

PABLO DE SANTIS

LA HIJA DEL CRIPTÓGRAFO



de

La novela comienza donde termina: ante el cuerpo muerto de Ezequiel Colina Ross, profesor de criptografía de quien Miguel Dorey, narrador de este relato, fue alumno. El padre lo destinaba a heredar un estudio de abogacía, pero sus intereses lo llevan hacia Filosofía y Letras, donde empieza a asistir a las clases de Colina Ross, experto tanto en lenguas perdidas de la Antigüedad como en los códigos de los espías.

En torno a Colina Ross se forma un grupo de alumnos que funda el Círculo de Criptógrafos. Arrastrado por el ambiente, Miguel Dorey empieza a participar en la incipiente actividad política. En una manifestación conoce a Eleonora, una estudiante de carácter muy singular que será la clave de varios secretos.

Corren los primeros años setenta: la radicalización de la política y los hechos dramáticos que desembocarán en la dictadura más tenebrosa de la Argentina condicionan los pasos de los protagonistas. El Círculo tiene éxito: publican Cuadernos de la Esfinge y mantienen muy buenas relaciones con universidades de todo el mundo. Muy pronto las urgencias políticas se imponen a las académicas, y el Círculo —gracias a Víctor Crámer, viejo enemigo de Colina Ross— se convierte en instrumento de una organización guerrillera. En el pasado, Crámer y Colina Ross se enfrentaron por su interés en la obra de un criptólogo inglés que logró descifrar la enigmática «lengua de Dédalo». Pero son los años setenta. ¿Habrà tiempo todavía para esos juegos con los signos de la remota Antigüedad?

OceanofPDF.com



Pablo de Santis

La hija del criptógrafo

ePub r1.0

Titivillus 16.06.2021

OceanofPDF.com

Título original: *La hija del criptógrafo*

Pablo de Santis, 2017

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

Introducción

Primera parte: El Círculo

- Qué es la criptografía
- Oscuridad
- Hospital Rawson
- Ciencias humanas
- Conversación en el subte A
- El fantasma de Crámer
- Bobby Tarrés
- El humo
- El núcleo fundador
- Cineclub
- El sacapuntas
- La lengua de Dédalo
- Maldany
- La visitante
- El poema
- El triunfo
- La despedida
- La maldición cretense
- La promesa

Segunda parte: La invasión

- Barnes
- Los recién llegados
- Crámer
- Lenguas olvidadas
- El maletín de Crámer
- Sistema postal
- La expulsión

Tercera parte: Apogeo y caída

Un apoyo técnico
Viaje a La Plata
El incidente de la bicicleta verde
Una casa en ruinas
Crónica
Cineclub
La fuente del sapo
Nimrod
Segunda visita a la mansión Colina Ross
La maldición cretense II
La última función
Mudanza
El fin del Círculo

Cuarta parte: La oficina de los hombres pálidos

La lengua de la radiación
El golpe de Blasco
El discípulo del padre Miral
El orden de los materiales
N23
Un mensaje secreto
Los archivos
Exit

Quinta parte: El templo de las sales Colina

El mundo exterior
La vida en Liliput
Los secretos que guardamos
Noticias de Colina Ross
Volver
La «madre» del mensaje
El enemigo
Exceso de equipaje
Mil dardos
Pruebas de galera
El último mensaje

Sobre el autor

OceanofPDF.com

Introducción

Cuando aquella mañana helada de 1983 encontré al profesor Colina Ross en su sepulcro de sal pensé, en un instante de miedo y confusión, que sería mejor abandonar la casa y dejar aquella muerte en el secreto. Pero las cosas no ocurrieron así: a las llamadas telefónicas y los inevitables policías y expertos forenses siguieron las necrológicas eruditas, los honores académicos, las placas conmemorativas y los minutos —los veinte segundos— de silencio. Sólo faltó que se lo homenajeara con la verdad; pero ocurre que la verdad nunca sirve de homenaje.

Asistí por primera vez a una clase de Colina Ross en el otoño de 1970, y entré en el círculo de humo y palabras creyendo que seríamos cientos sus acólitos. Pero éramos apenas veinte. Había imaginado que sólo el aula magna correspondía al aura del profesor, pero la cartelera de la facultad, más digna de fe que mis esperanzas, indicaba un antro subterráneo. Bajé las escaleras de cemento hasta llegar a un aula angosta y oscura. En el fondo se arrumbaban bancos rotos patas arriba, un ejército de escarabajos derrotados.

Me senté en el fondo, entre los pocos estudiantes, todos callados, tiritando, a pesar de que el otoño recién empezaba. La mitad fumaba, a nadie le importaba que se tratara de un sótano mal ventilado. Los minutos pasaban y yo era el único que miraba la puerta, esperando que apareciese el profesor; trataba de convencerme de que aquel marco de frío y tedio era el escenario adecuado para el deslumbramiento. En los cuentos de hadas y las viejas leyendas los sabios siempre habitan en chozas, o en cuartos olvidados del gran palacio, o duermen y oran en lo alto de una columna o en una cueva del desierto.

Algún estudiante se marchó, vencido por la demora o la ausencia, y otros empezaron a hablar de exámenes, monografías y manifestaciones.

Entonces apareció Colina Ross, con un cigarrito Avanti en un costado de la boca. No se disculpó por su retraso. Puso sobre la mesa un viejo portafolio de cuero marrón del que sacó libros y papeles. En las dos horas que siguieron no miró una sola página.

El tono monocorde de Colina Ross me daba sueño, la criptografía me aburría. ¿Para eso había venido? ¿Para eso me enfrentaba con mi padre? Voy a irme antes del final de la clase, me dije, y no voy a volver nunca más.

El profesor, mientras encendía otro de sus espantosos cigarritos, nos decía: No nos interesa la criptografía por la prolija labor de los espías, ni por los jeroglíficos, ni por las lenguas desconocidas que nadie ha descifrado jamás. Nos interesa la criptografía porque no sabemos qué piensan los que nos rodean y porque a menudo ni siquiera sabemos lo que pensamos nosotros mismos.

Fue como si esa clase hubiera continuado a través de las horas y los días, hasta que quince años después entré en el sepulcro de sal y di por terminada la lección.

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

El Círculo

OceanofPDF.com

Qué es la criptografía

El doctor Ezequiel Colina Ross era una leyenda para mí desde que leí un delgado volumen de tapas rojas titulado *Qué es la criptografía*. Contaba de modo muy simple la historia de los mensajes secretos y explicaba el modo de descifrarlos a través de la frecuencia con que las letras aparecían en cada idioma. También se proponía mostrar todo lo que tenían en común los criptoanalistas —empeñados en descifrar mensajes del enemigo— con los arqueólogos, que luchaban contra palabras misteriosas escritas miles de años antes. El librito había sido publicado a comienzos de la década del sesenta por la editorial Columba, en una colección que se ocupaba de indagar también qué eran la literatura inglesa, la física cuántica, el existencialismo y la astronáutica.

Colina Ross no publicó en su vida ningún otro libro, a pesar de que era el mayor especialista en criptografía y lenguajes herméticos del país. Le eran tan familiares las palabras labradas en tumbas milenarias como los libros de códigos de los agentes secretos. Hasta ese entonces nunca había escrito mi nombre en los libros, pero recuerdo que en la portadilla anoté, con letra redonda y clara: Miguel Dorey, 5 de septiembre de 1968. Y dejé caer una gota de tinta, modesto *ex libris*.

Yo tenía entonces dieciséis años y cursaba, sin problemas ni honores, el cuarto año del bachillerato en un colegio católico de Ramos Mejía. Apenas leí aquel librito empecé a resolver los ejercicios que planteaba en las últimas páginas y a inventar mis propios sistemas de claves. A partir de las indicaciones del autor llegué a construir un modesto dispositivo de cifrado que consistía en una base de madera, con las letras del alfabeto escritas en él, y dos anillos de latón, también con sus abecedarios. Era una simplificación extrema del procedimiento que estaba en la base de la famosa Enigma, la máquina que los alemanes habían usado en la Segunda Guerra y que permitía codificar y descifrar mensajes.

Mi modesto dispositivo no era otra cosa que el juego de un solitario, ya que no conseguí a nadie que compartiera mi afición. Yo mismo era el que enviaba y el que recibía los mensajes, tratando de olvidar su contenido para que el juego pudiera funcionar. Un inútil intento de duplicarme.

Pero mi padre no había planeado que me dedicara a los mensajes secretos. Había elegido para mí la carrera de Derecho y esperaba que yo continuara con su estudio, un cuarto piso en la calle Talcahuano, a pasos de Tribunales, en un edificio donde sólo había abogados y escribanos. Le hice caso y me anoté en Derecho. Durante dos años tomé el tren Sarmiento y luego algún colectivo; a veces me iba caminando desde Plaza Once hasta la facultad, por la Avenida Pueyrredón. Cursé cinco materias en primer año y otras cinco en segundo —las materias en ese entonces eran anuales—, y di parciales y finales sin grandes aciertos ni mayores dificultades. A mi padre no le preocupaba demasiado esta falta de ambición: le parecía que tanto las malas notas como los exámenes brillantes desentonaban con la mística misma del Derecho, disciplina destinada a exaltar la necesidad de la paciencia y la moderación.

Como mi casa estaba muy lejos de la facultad, me acostumbré a hacer tiempo en los alrededores. Solo o acompañado pasaba horas en la confitería de Bellas Artes, aguardando o demorando el momento de asistir a clase. A veces desistía de las populosas clases teóricas —que reunían a medio millar de alumnos— y me escapaba al Ital Park, perfumado con el olor de las garrapiñadas y el aceite quemado de los juegos mecánicos.

En 1970, leí en el suplemento dominical del diario *La Nación* un artículo donde Colina Ross comentaba un libro de René Guénon, *El esoterismo de Dante*. Recordé entonces la emoción que me había causado la lectura de *Qué es la criptografía*. Por alguna razón había pensado entonces que el autor estaba muerto, o que era extranjero, o inalcanzable. Pero al pie del artículo se decía que el autor de la nota dictaba una cátedra llamada *Criptografía y escrituras perdidas*. De inmediato fui a la facultad de Filosofía y Letras —entonces en la Avenida Independencia— y pregunté por esa cátedra. Una mujer de largas pestañas postizas me informó que no habría clases de esa materia hasta el año siguiente, pero podía anotarme en cambio en un seminario que el profesor Colina Ross daba en otra sede. Fui

entonces al edificio de la calle 25 de Mayo, que ya entonces parecía un edificio abandonado y a punto de derrumbarse por el peso de las toneladas de papel. Allí, en un aula del subsuelo, vi por primera vez al profesor. Al principio sólo podía asistir como oyente, porque no era alumno de esa facultad, pero eso me bastaba. El seminario era los viernes a la tarde. La Facultad de Derecho tenía las dimensiones de un palacio, y había sido construida de una vez y para siempre; en contraste, la Facultad de Filosofía y Letras ocupaba sedes siempre provisionales; una facultad itinerante que se hospedaba en edificios abandonados.

En 1972, después de haber cursado como oyente dos seminarios, ejecuté de un modo sorpresivo un plan que había armado en mi cabeza durante las clases de Derecho romano: dejé la casa de mi familia en Ramos Mejía y me fui a vivir al centro, a una pensión para estudiantes. Pero antes tuve que pasar por el mal trago de informar a mis padres que abandonaba casa y carrera.

La casa de mi familia en Ramos Mejía era un chalet grande, con un jardín en el fondo donde todavía sobrevivía una hamaca de madera sostenida por cadenas de hierro y rodeada de glicinas. El centro espiritual de la casa consistía en un gran comedor al que nunca entrábamos, porque estaba reservado para una ocasión especial —una cena con abogados amigos de mi padre, una reunión benéfica de mi madre con sus amigas— que nunca se producía. Comíamos en el comedor diario o, si no hacía frío, en la galería que daba al jardín. El domingo que informé a mis padres de mis planes comimos en la galería. Habían caído algunas hojas, y el amarillo contrastaba con el verde invencible del pasto, abrigado por la última lluvia. El viento trajo el ruido del tren, y mi madre dijo «Los trenes cuando pasan me dan una tristeza». Yo expliqué mis decisiones atolondradamente, pero como algo ya hecho y juzgado. Entonces mi madre me dijo en voz muy baja, como si se tratara de un antiguo secreto al que le había llegado el turno de la revelación, que la gran ilusión de mi padre era que me hiciera cargo de su estudio, cuando terminara la carrera. El estudio de la calle Talcahuano me esperaba con sus sillones de cuero verde y su mesa gigantesca, y los anaqueles llenos de libros encuadernados en cuero azul

que llegaban hasta el techo, y la secretaria Stella Maris, soltera, discreta y eficaz, que formaba parte del mobiliario.

Mi madre siguió explicándome todo lo que yo ya sabía, lo que me habían repetido durante mi adolescencia. Mi padre había heredado ese estudio de su socio y maestro, el doctor Euclides Samir, que fuera vicepresidente de la Asociación de Abogados. Nunca había tenido esperanza de que mi hermana, seis años mayor que yo, se interesara en el Derecho, pero siempre había estado convencido de que yo lo ayudaría con los casos; elogiaba lo que él llamaba «el ojo para la letra chica», la capacidad de advertir detalles que los demás pasaban por alto. Y ahora yo renunciaba a todo eso: al Derecho, a la herencia de Samir, a tener una secretaria perfecta como Stella Maris.

Al ver que no me convencía, mi madre empezó a echarle la culpa a mi padre, que había trabajado demasiadas horas durante mi infancia; a un profesor de literatura del colegio secundario; a la colección de novelas policiales El séptimo Círculo, que había llenado mis veranos; a la fatalidad. Mi padre no le echó la culpa a nadie, sólo abrió la boca para pedir que le alcanzaran la sal. Pero desde entonces empezó a hablarme cada vez menos. En lugar de partir de un gran enojo inicial para, con el correr de los días, corregirlo o atemperarlo, se tomó el asunto al principio como un pequeño disgusto, y luego fue profundizando su encono, como si mi pecado no hiciera más que crecer.

Cuando los visitaba, los domingos al mediodía, sólo se escuchaba la voz de mi madre, que hablaba de los problemas con la mucama, de las plagas que atacaban las plantas del jardín, de la vecina de enfrente que tomaba sol desnuda. Mi padre no hablaba ni me miraba y tomaba la sopa de verduras y después la carne con ensalada y los duraznos en almíbar sin levantar los ojos del plato. Si mi hermana estaba presente, el clima se distendía apenas un poco.

Después del café yo me escapaba con la excusa de exámenes y monografías. Aliviado y abatido a la vez, me pasaba todo el viaje de regreso en el tren Sarmiento pensando en el silencio de mi padre; ya no era un silencio hecho de palabras calladas, de reproches a los que no daba oportunidad de aparecer, sino que se trataba de un silencio hecho sólo de

silencio: nada para decir, nada que reprochar, ningún pensamiento en el centro de aquella obstinación. Me parecía a veces que mi viejo problema de audición —que había marcado mi infancia y mi adolescencia— volvía a mí, ya perfeccionado, y ahora, en vez de borrar una parte de todas las voces y sonidos, solo borraba la voz de mi padre.

Para poder subsistir y pagar la pensión daba clases de apoyo de castellano y literatura a alumnos secundarios y ayudaba a cuatro profesoras a hacer una interminable antología de literatura regional argentina. Nos reuníamos en el departamento de una de ellas, en Palermo. Todas tomaban té y me acostumbré también a tomar té. Eran profesoras de secundario, ya jubiladas y con tiempo libre ilimitado. Alguna había llegado a rectora, otra a vice. Se quejaban de las nuevas generaciones de profesores, ignorantes y maleducados; de las viejas generaciones, esas momias petrificadas; de las inspectoras del ministerio, delatoras a sueldo; de los alumnos, más bestias con cada calendario. A medida que pasaban los meses y la antología avanzaba, las profesoras iban dividiendo el territorio en subregiones y microrregiones, amenazando con parcelarlo hasta la extinción. Para cada paisaje encontraban un cuento, un fragmento de algún autor de memorias dado a la evocación de montañas y ríos, una copla de autor anónimo u olvidado. Yo las escuchaba, tomaba notas de sus ideas, pasaba a máquina los poemas que ellas traían a mano, o que habían señalado con pedacitos de papel en ajados libros comprados en su juventud. Gracias a ellas me enteraba de la existencia de poetas que desconocía por completo, como Manuel Castilla o Juan Sebastián Tallon. Les gustaba mucho Alfonsina Storni, a la que yo conocía sólo de lecturas escolares, y de la que me encantaron los poemas de los últimos años. Pero también debía prestarle atención a los scones y strudel de manzana que preparaban para cada reunión (había que repartir con equilibrio los elogios y no dejar ninguna tarta sin probar, la autora lo hubiera considerado una ofensa imperdonable).

Era un buen trabajo, pero a los cinco o seis meses se terminó: una de ellas, la más razonable de todas, enloqueció de golpe y en medio de una homilía en la iglesia del Pilar se subió al púlpito, ignoró las advertencias del sacerdote y empezó a declamar sobre el futuro negro que le esperaba a un país sin Dios. Se la llevaron en ambulancia, la antología se suspendió y ya

no hubo scones ni strudel. Para entonces yo ya trabajaba como profesor suplente en un colegio secundario.

OceanofPDF.com

Oscuridad

A las clases de Colina Ross llegaban de continuo estudiantes que interrumpían para anunciar marchas, paros, homenajes al Che Guevara o a algún manifestante muerto en algún lugar del mundo. Proclamaban el progreso y el futuro, pero las ceremonias fúnebres los obsesionaban: siempre había algún muerto para canonizar. A través de la muerte, los nombres se convertían en símbolos; y así el apellido de algún estudiante desconocido muerto en una refriega, o a causa de una bala perdida o no tan perdida, pasaba a ser una palabra que concentraba voluntades, un sinónimo de la injusticia y a la vez del porvenir. A través de la muerte, los desconocidos escalaban posiciones en un viaje simbólico, y aunque no llegaban al poder del Che Guevara —eran apenas nombres, no caras— se despojaban de sus circunstancias triviales —la carrera que habían estudiado, alguna novia, las desavenencias con los padres, que siempre las había— para cambiarlas por las circunstancias de su muerte.

Colina Ross era el único profesor que intentaba hacer callar a los integrantes de esta comisión de homenaje permanente, y eso había creado una especie de perpetuo encono entre los estudiantes y él. En general podía evitarlos, ya que los alumnos se olvidaban de esa aula perdida, la húmeda gruta de Colina Ross. Pero durante un paro estudiantil, los activistas del centro de estudiantes se pusieron más estrictos que de costumbre y fueron aula por aula, para obligar a todo el mundo a interrumpir y salir a la calle.

Recuerdo que esa vez Colina Ross estaba hablando del interés de Edgar Allan Poe por los mensajes secretos. Contaba cómo Poe lanzaba desafíos a los lectores del periódico *Alexander's Weekly*. Les proponía textos cifrados, y los lectores debían enviarle cartas con las respuestas al enigma. No había ningún premio real, sólo el orgullo de haber triunfado en esa competencia de solitarios y obsesivos. Eso nos estaba contando Colina Ross cuando la puerta de la sala se abrió de golpe y un grupo de tres estudiantes entró al aula. Sin pedir permiso para hablar anunciaron que la asamblea acababa de

votar un paro por tiempo indeterminado, y que había que vaciar la facultad. En ningún momento miraron a Colina Ross, que los observaba, menos atento a lo que decían que a sus gestos. Hecho su anuncio, se quedaron junto a la puerta, esperando que la orden de vaciar el aula se cumpliera. El profesor les respondió:

—¿No cree que «tiempo indeterminado» es una expresión exagerada? ¿O sus dictámenes incluyen a la eternidad?

Uno de los estudiantes, alto y rubio, le respondió de inmediato, con un tono tan neutro que daba la impresión de que había estado repitiendo lo mismo todo el día:

—No vamos a cesar en nuestros reclamos hasta obtener una respuesta, por eso el paro es por tiempo indeterminado.

—Si yo estuviera en lugar de ustedes, que felizmente no lo estoy, limitaría la duración máxima del paro a 80 años, que es lo que dura, año más, año menos, una vida humana.

Los estudiantes se miraron entre sí y sin hacer caso a Colina Ross repitieron su mensaje con una mezcla de vehemencia y fastidio. Cuatro o cinco alumnos recogieron sus cosas y se marcharon. Los otros nos quedamos un poco intimidados por el hecho de que Colina, indiferente, hubiera retomado su clase.

Los representantes de la asamblea se fueron; pensé que se habían dado por vencidos. Pero al rato cortaron la luz de todo el sector. Eran más de las siete, ya era invierno y se había hecho de noche. Una oscuridad de tinta invadió el subsuelo.

Colina Ross siguió hablando, como si no se diera cuenta de nada. Aprovechando las tinieblas, los estudiantes se fueron marchando de a poco, sigilosos, invisibles. Yo oía pasar a mi lado la procesión furtiva. Uno tropezó con algo y cayó al suelo, pero ni siquiera entonces el profesor interrumpió su clase. Hablaba del cuento *El escarabajo de oro*.

—Es curioso que Legrand, el que descifra el mensaje secreto, sea un aristócrata en decadencia, un loco. También Dupin, el detective que Poe nos presenta en *Los crímenes de la calle Morgue*, es un hombre que ha desperdiciado la fortuna heredada, y que puede razonar sobre todo menos sobre su propia existencia. Poe nos susurra al oído: el que llega a la verdad

lo puede hacer porque ha malgastado su vida. Sólo pueden aplicar la lógica los que han perdido toda lógica. El talento para descubrir la verdad y el talento para vivir son incompatibles.

»¿Recuerdan la fábula de Tales de Mileto? Va Tales caminando por los campos, estudiando las estrellas, cuando de pronto cae en un pozo. Una muchacha tracia que pasa por allí se ríe. ¿De qué te ríes? pregunta Tales. ¿De que me haya caído en un pozo? No, dice la muchacha. Me río porque sabes mucho de las lejanas estrellas, pero no ves lo que tienes delante de tus pies.

»Los que buscan la verdad son como Tales de Mileto: tienen los ojos fijos en las estrellas y caen en el pozo. Sólo que con los años los pozos se han ido haciendo más profundos.

Después volvió a los mensajes secretos de Poe y dijo que escribiría un ejemplo. Se escuchaba el ruido de la tiza en el pizarrón. ¿Para qué escribía en la oscuridad? ¿Creía que las tizas eran fosforescentes? Ya se cumplía el horario del final de la clase cuando las luces se encendieron de pronto, con un chirrido que me hizo pensar que los tubos fluorescentes estaban a punto de estallar.

Colina Ross nos miró con ojos encandilados, sorprendido al ver que éramos dos. El otro era Rodrigo Tarrés, al que más tarde Colina Ross bautizaría como Bobby Tarrés. Tarrés y yo, que nos conocíamos sólo de vista y que hasta ese momento nos habíamos mirado con antipatía, estábamos vagamente avergonzados por los ausentes, como si fuéramos responsables de la estampida. La oscuridad antes, y ahora la luz de los tubos fluorescentes, nos habían unido en un bando común.

Dijo el profesor:

—Discúlpennme si he dicho alguna tontería. Creía que estaba completamente solo, que todos se habían ido.

OceanofPDF.com

Hospital Rawson

Mi interés por los mensajes secretos era algo previsible, tomando en cuenta que durante toda mi infancia había vivido en un mundo de frases incompletas. Una falla congénita en los conductos de los oídos me había condenado a una audición deficiente y eso había provocado que mantuviera una reserva natural frente a los demás. Me costaba mucho entender lo que me decían cuando había ruido de fondo, o cuando alguien me hablaba en medio de un grupo de gente. Los cruces de conversaciones me confundían. No era tanto el volumen lo que echaba en falta, sino la calidad de sonido, como si todas las voces sonaran opacas. Me sentía cómodo sólo si hablaba con una persona a la vez. Aprendí a concentrarme en la lectura de labios para completar alguna palabra perdida.

Mi propia voz me sonaba apagada y ajena, y me costaba mucho saber si estaba hablando en voz baja o alta. Me retumbaba dentro del cráneo, y había un matiz de extrañeza en mi propia voz, como si hubiera un desconocido hablando por mí. A esta dificultad se le agregaba de vez en cuando un zumbido que aparecía y desaparecía de modo caprichoso. El enjambre de avispas recorría pasillos, escaleras, salas, para llegar hasta mí y entregarme su mensaje hecho de zetas sin fin.

Durante toda la escuela primaria había tratado de evitar que mis compañeros se dieran cuenta de mi problema, y para conseguirlo participaba lo menos posible en las conversaciones. Era mejor pasar por soberbio o por loco o por idiota que por sordo. Mis padres habían encargado un costoso audífono, pero cuando salía para el colegio lo guardaba en la valija, junto con los cuadernos y los manuales, para que nadie lo viera. Cuando tenía hora libre, me encerraba en la biblioteca del colegio a leer los libros de la colección Robin Hood y unos manoseados tomos de la Enciclopedia estudiantil de la editorial Codex. Una de las portadas mostraba a un astronauta, y yo fantaseaba con viajar solo al espacio, en una nave

blanca, limpia y llena de mecanismos; un largo viaje donde no tuviera que hablar con nadie.

Tenía la impresión de que en todas las conversaciones, aun en las que llegaba a oír a la perfección, había algo que me perdía; sentía que se me había escapado una palabra esencial, y postulaba que todo era más complicado de lo que yo recibía. De todas maneras ponía tanta atención a lo que me rodeaba que nadie se daba cuenta de mi condición. Me acompañaba siempre la sensación de que solo conocía la superficie de las cosas; que los otros vivían en la certeza y yo en la conjetura.

Esa actuación me agotaba. Los otros podían mostrarse espontáneos. Yo, en cambio, tenía que concentrarme en el papel que había elegido —alguien que oía todo a la perfección— y esa tensión me provocaba unos ataques de sueño en los que me quedaba dormido en cualquier momento del día antes de que mi cabeza tocara la almohada. A veces me dormía sentado en la mesa del comedor diario.

A los 15 años mis padres me llevaron a ver a un cirujano de renombre a la sala de nariz y oído del hospital Rawson. El doctor Jaris era un hombre alto, de orejas extraordinariamente grandes, como si esa marca hubiera señalado su destino como especialista en oído. Había en el consultorio, además de los consabidos diplomas colgados en las paredes, grandes láminas que mostraban cortes transversales del oído. Palacios en miniatura que las palabras debían recorrer para llegar a la cámara secreta del sentido. El médico tenía una caja de madera con el interior forrado en terciopelo negro. De allí sacaba distintos tipos de diapasones. Los más gruesos correspondían a las notas más graves, lo más finos a las agudas. Los manejaba con gran cuidado; como delicados instrumentos de una antigua magia.

Después de examinarme y hacer sonar los diapasones contra mis oídos y en el medio de la cabeza, me dijo:

—En el vientre materno empezamos a oír antes de poder ver, y nos vamos haciendo una idea de lo que está allá afuera a partir de unos pocos sonidos. Cuando nacemos, nacemos a la luz; pero no al ruido, que ya conocíamos. En general, la gente relaciona la imaginación con lo visual, pero es el oído la sede de lo imaginario y de lo oculto. Creemos, por

ejemplo, que la gente ve fantasmas, pero se ha comprobado que la gente en realidad oye a los fantasmas.

—Miguel no ve ni oye fantasmas —dijo mi madre, alarmada.

—Por supuesto. —El doctor Jaris sonrió—. Pero estoy seguro que Miguel, como todo aquel que padece alguna afección a los oídos, va reemplazando lo que deja de oír con sus propias palabras fantasmas. —Estuve a punto de asentir, pero imaginé que alarmaría a mi madre—. Si tenemos que imaginar para poder escuchar, ¿cómo saber dónde detenernos? ¿Cómo no imaginar de más?

¿Imaginaba palabras fantasmas? Lo que yo creía oír de los demás, ¿realmente lo decían o se trataba de algo que yo imaginaba? ¿Sabía algo de alguien o eran todos desconocidos?

Después el médico habló de una operación y tuve un momento de pánico, no por la operación en sí, sino porque imaginé despertando a un mundo en el que todas las personas dirían cosas distintas a las que antes habían dicho.

—¿Cree que es imprescindible operar? —preguntó mi madre.

A modo de respuesta, el doctor Jaris abrió una de esas enormes agendas de cuero color bordó que los laboratorios solían regalar a los médicos a fin de año y propuso una fecha para la operación. Mi madre aceptó. Jaris tomó una lapicera y con tinta negra anotó el nombre lentamente, como si se tratara de una ceremonia, a través de la cual yo entraba a formar parte de aquella gran agenda de canto dorado. Por primera vez sentí esa radical desigualdad que existe entre médico y paciente: para uno la operación, o la enfermedad, o el problema que fuera, es algo central y único; pero uno es para el médico apenas un elemento de una serie, un eslabón de una cadena.

—Apenas lo opere voy a empezar un largo viaje por Europa. Cosas que le debo a mi mujer. Además congresos, siempre congresos. Por eso voy a operar los dos oídos el mismo día.

Después expuso, frente a una de sus láminas, el plan de la operación. Creí entender que era un procedimiento bastante novedoso, lo que en la medicina nunca es buena señal. Como pacientes, nunca tenemos interés en ser pioneros de alguna técnica revolucionaria.

Por lejanos que parezcan, los días terminan por llegar. Salimos de Ramos Mejía temprano, todavía no había amanecido. La Avenida Rivadavia estaba cubierta de niebla y mi padre iba con la cara pegada al parabrisas, tratando de evitar los pozos y los autos sin luces. Para que todo saliera bien, mi madre había encendido una vela a santa Teresita de Lisieux.

El hospital Rawson, construido a principios de 1900, cuando las enfermedades infecciosas eran la obsesión de la medicina, constaba de pabellones aislados, separados por franjas de pasto sin cortar. A medida que pasábamos entre aquellos edificios de tejas rojas, sentía que la operación no era algo que iba a ocurrir en mi interior, sino en el exterior; que era la porción de realidad que me tocaba la que iba a yacer en el quirófano, y que luego, ya reparada, la iban a injertar en mi cabeza.

Me pusieron una vía en el brazo izquierdo y me pidieron que contara hasta diez en voz alta; no llegué a decir tres.

Cuando desperté creí que algo había fallado y que había perdido la audición por completo, porque sólo oía mi propio corazón. Pero eran los vendajes y los algodones los culpables de aquel silencio. La operación me devolvió el sentido del oído casi completo y una intolerancia hacia la música estridente y las voces agudas que aun me persigue (y, aunque parezca mentira, a los colores demasiado vivos, como si ciertos verdes y amarillos torturaran no mis ojos sino mis oídos).

Cuatro días después de la operación me llevaron a un instituto privado, en la Avenida Santa Fe, y me metieron en una cabina aislada con planchas de corcho. Pasé las pruebas auditivas con éxito: levanté la mano derecha cuando oí un sonido agudo, la izquierda cuando cesó. El médico —mucho más joven que Jaris, que estaba de viaje— usó también sus diapasones. Yo era consciente de que percibía todo, y sin embargo no dejaba de pensar que una parte del significado lo perdía. Estaba acostumbrado a reponer con mi imaginación algo que se escapaba; y si no se me escapaba nada, de todos modos agregaba una parte, o al menos la sospecha de que había algo más.

Era tal mi ansiedad por conocer lo que estaba escondido que me convertí en el final de la secundaria en un estudiante aplicado, y estaba al tanto de todas las cosas y las vidas que me rodeaban. Los otros podían distraerse; yo estaba condenado a la atención. Recordaba con precisión

nombres, profesiones, parentescos, inclusive tenía esa memoria reservada sólo para las mujeres que permite recordar los cumpleaños y fechas importantes y la cantidad de hijos que tiene la gente y las edades y los nombres de esos hijos.

A pesar de esa inmersión en la corriente de la vida, muy a menudo se me señalaba mi neutralidad, mi falta de empatía, una cierta frialdad, como si no hubiera podido escapar del aislamiento provocado por un oído defectuoso. Cuanto más me involucraba en las vidas de los otros, más se daban cuenta de que estaba lejos de ellos. Conocer nombres, edades, parentescos, o recordar con detalle viejas conversaciones no equivale a ese verdadero conocimiento sobre los demás, que no consta de datos abrumadores, sino de la palabra justa o la sonrisa en el momento adecuado. Había confiado en que la operación me iba a devolver el sentido de la espontaneidad, pero tenía que aceptar que ya lo había perdido. Trataba con la gente como si tuviera que seguir un manual de instrucciones. Cambié los deportes de equipo que se practicaban en el colegio, como el fútbol y el *rugby*, por el tenis; uno estaba solo, era el único responsable de sus aciertos y de sus fracasos, no había que estar pendiente de lo que nadie decía.

Cuando encontré en una librería de viejo de la calle Riobamba el libro de Colina Ross, y descubrí, por lo tanto, la criptografía, me di cuenta de que aquella ciencia —si es que era realmente una ciencia— estaba hecha para mí. La criptografía era una metáfora perfecta para definir cómo veía las cosas: siempre indirectas, siempre veladas, escondidas. Gracias al estudio de lenguas olvidadas y mensajes secretos contemplé desde afuera, como si la observara en un microscopio, mi eterna sensación: siempre me estoy perdiendo de algo, y eso que me estoy perdiendo es lo más importante.

Ciencias humanas

Algunos de los alumnos que seguíamos los cursos regulares y los seminarios de Colina Ross estábamos en camino de dedicarnos a la lingüística, pero también había matemáticos y unos pocos aspirantes a arqueólogos. A comienzos de los setenta se comenzaba a hablar de la gramática generativa de Chomsky, y todo el interés por las lenguas iba en esa dirección: la utopía de una gramática universal que diera cuenta del esqueleto secreto de todas las lenguas del mundo. Si se hablaba de una gramática universal era como si ya no se estudiara el caprichoso mundo de los hablantes, sino la misma mente humana. La lengua había dejado de ser una laboriosa adquisición, para convertirse en herencia y destino.

Pero esa no era la única novedad a la que debíamos estar atentos. Desde Francia nos habían llegado hacía tiempo las noticias sobre el triunfo del estructuralismo: el estudio de las letras había dejado de ser esa cosa blanda que siempre habían tenido las humanidades; por fin se copiaba el rigor de la ciencia, el sueño de alcanzar una objetividad con el fantasmal mundo de las palabras. Poemas y relatos ya no eran vistos como sueños diurnos sino como sistemas cerrados que podían diseccionarse y verse con el microscopio. Se dividía un cuento en segmentos para analizarlo mejor. La biografía de los escritores, que hasta entonces había sido fundamental en los estudios literarios, quedaba suprimida. Que Melville hubiera navegado alguna vez un barco ballenero antes de escribir *Moby Dick* era algo que carecía por completo de importancia, ya que el libro estaba hecho de palabras, no de pedazos de barco o de pedazos de Melville. Quien se asomaba a la literatura debía aprender a deshacerse de la ilusión de que existían escritores, para enfrentarse con los textos como mensajes llegados de la nada, que sólo decían algo a través de sus correspondencias entre sí y no con el ilusorio mundo real.

Cada una de las disciplinas dominantes (el psicoanálisis, el estructuralismo, la gramática generativa) nos mostraba que detrás de las

variaciones y las apariencias se escondían verdades tan constantes como elusivas. Todo lo que nos habían enseñado antes eran los elegantes engaños de las mentes ociosas, los entretenimientos de salón, el cultivo de las *belles lettres*: ahora llegaba la hora de enfrentarnos con la verdad.

Pero había una disciplina que iba más allá que las otras en sus intentos de desenmascarar el mundo: la economía marxista. En ese último paso todo se revelaba como ilusión (inclusive los ismos recién adquiridos) para que el mundo se nos mostrara como una lucha de intereses y de clases. Los historiadores habían hablado de batallas y conquistas, el derrumbe de murallas y la construcción de catedrales, pero el corazón del mundo había permanecido en el secreto. Los estudiantes de humanidades, las personas menos dotadas para la economía, los que nada sabíamos del debe y del haber y que hubiéramos encontrado indescifrable la libreta de un almacenero, éramos los mayores expertos en economía teórica. ¡Por fin una economía que estaba hecha sólo de ideas, sin esa complicación de números, porcentajes, estadísticas! Ya podíamos darnos por enterados, ya éramos superiores a los que no conocían la verdad escondida detrás del decorado. Los otros, los inocentes, y sobre todos nuestros padres, sentados en el teatro del mundo, creían estar viendo la realidad misma, de la que eran víctimas y cómplices. Nosotros, en cambio, veíamos el telón, las cuerdas de los tramoyistas, los complicados aparejos de la representación.

Todos los profesores a cuyas clases asistía se dejaban capturar por una de estas sectas: el estructuralismo, el marxismo, el psicoanálisis o la lingüística, y a veces por todas a la vez. Pero el profesor Colina Ross las detestaba todas por igual. No le importaba lo que las lenguas del mundo tuvieran en común —el sujeto, el predicado, el número—, le importaba lo que tenían de distinto. Desconfiaba del estudio científico de la literatura, y de los afanes estructuralistas. Ni siquiera le gustaban los formalistas rusos, a los que yo adoraba.

—Con la lengua no se puede hacer ciencia, porque para hablar de las palabras usamos palabras, y así siempre nos manejamos con material infectado —nos decía—. Los científicos saben que al estudiar una realidad la transforman. Pero en el estudio de las lenguas esto ocurre con más fuerza que en ningún otro campo: nosotros somos la encarnación misma del

principio de incertidumbre. Somos como médicos apestados que tratamos a pacientes sanos. Al contagiarlos descubrimos las huellas de la enfermedad que nosotros mismos hemos llevado.

OceanofPDF.com

Conversación en el subte A

El profesor Colina Ross llegaba siempre tarde y no parecía consciente de sus tardanzas. Vestía un traje gris oscuro arrugado, con una camisa de cuello gastado y una corbata finita, negra o azul con rayas amarillas. Los zapatos, negros, angostos y con cordones, tenían la punta raspada y hacía muchos años que no tenían noticia del betún. Usaba un sombrero azul, cuando hacía años que los hombres con sombrero sólo se veían en las películas argentinas en blanco y negro que pasaban por televisión a las tres de la tarde.

A pesar de su aspecto, se decía que tenía mucho dinero, porque su familia había sido la dueña de los laboratorios Colina, de La Plata, que desde los años veinte hasta bien entrados los cincuenta habían saturado las farmacias de todo el país con las famosas sales Colina, que las mujeres usaban para mantener la serenidad y la juventud, esas dos cosas incompatibles. Todavía se ven a veces, en alguna antigua farmacia de La Plata, las ilustraciones art-decó de los afiches, con dríadas o náyades que parecen dibujadas por Alphonse Mucha. Los frascos eran de un vidrio azul que anunciaba el azul de las sales, y que le daban un aire a pócima mágica. La etiqueta mostraba a hermosas mujeres flotando en las aguas del Mar Muerto, supuesto origen de las sales Colina.

También se decía que el profesor se había casado con una actriz de teatro, Marilú Miller, y que ella había muerto muy joven. A otros profesores les gustaba hacer alguna referencia a su vida personal: estaban seguros de que el relato de por qué se habían dedicado a la filosofía o a la lingüística o a la literatura gauchesca resultaría apasionante a sus alumnos. Colina Ross descreía de tales ilusiones.

El profesor vivía en La Plata y venía sólo los miércoles y viernes a la facultad. No tenía auto ni sabía manejar: se tomaba el ómnibus Río de La Plata, que lo dejaba en Plaza Miserere, y de allí el subte A.

Una noche, de regreso a la pensión de estudiantes donde vivía, me encontré a Colina en la estación Plaza de Mayo del subte. Había un tren detenido en la estación, y vi al profesor a través de la ventanilla. Estaba sentado en uno de los asientos individuales, con el maletín en las rodillas y sobre el maletín un ejemplar de la 5.^a de *La Razón*. Me senté frente a él. Creo que lo fastidió encontrar a alguien conocido, y me tendió la mano con una mezcla de disgusto y cautela. Lo interrogué sobre el abad Tritemio, el autor de la *Polygraphia* (uno de sus temas favoritos) y me respondió con alguna vaguedad. Había algún problema con el subte y nos quedamos largamente allí en el viejo vagón de madera, que terminó por llenarse. Por los altoparlantes el jefe de estación daba alguna explicación hecha de palabras encimadas y borascosas.

—Deberíamos dedicarnos a descifrar estos mensajes —dijo Colina Ross—. Los altoparlantes de los aeropuertos y de las oficinas públicas, los micrófonos de los actos escolares, la voz de los que dan un examen sin haber estudiado, las chicas finas que hablan con una papa en la boca: todo eso pone a prueba nuestra capacidad de interpretación.

Trató de leer un chiste del diario —*Don Fulgencio, el hombre que no tuvo infancia*— pero lo derrotó la tenue luz amarillenta. Miré hacia el andén y vi que dos de los pasajeros —un hombre y una mujer— que aguardaban el próximo subte lo saludaban a través de la ventanilla. Él levantó la mano, sin sonreír. Me resultaban conocidos, profesores de Historia o de Filosofía. Él era un típico profesor de la facultad, el triunfo del estereotipo: barba, lentes, un saco de corderoy. Ella, que tendría unos treinta y cinco años, vestía un traje sastre que le daba más bien una apariencia de abogada o escribana. Ella le dijo algo a él en el oído y él se rió.

—Son profesores de la facultad, ¿no? Me los crucé varias veces —dije.

—Él es Daniels, ella Mónica Farina.

—¿Amigos?

—Cretinos. Ese Daniels, a pesar de las sonrisas que me tributa, está moviendo los hilos para que impugnen el concurso que gané.

—¿Por qué razón?

—Ése es el problema. Todavía no lo sé. Quieren que gane un profesor de letras, Víctor Crámer. Crámer, ¿le suena?

—No.

—Viene de la ciudad de Córdoba. Se ha autoproclamado el gran especialista en la lengua de Dédalo. Sostiene que yo me he adueñado de papeles de Maldany para mi uso exclusivo y que me niego a compartir lo que tengo.

—¿Maldany?

—Alexander Maldany. Arquitecto de profesión y arqueólogo aficionado. El descifrador de la lengua de Creta. Fui su amigo durante los años cincuenta, cuando estudiaba en Inglaterra gracias a una beca.

Recordé que Colina Ross había mencionado a Maldany al pasar en las páginas finales de su único libro. Pero yo no recordaba quién era, ni a qué se refería cuando hablaba de la lengua de Dédalo.

—Yo estuve al lado de Maldany cuando encontró el método para descifrar aquellos signos que habían permanecido en la oscuridad durante más de tres mil años. Y sin embargo, Víctor Crámer ha querido adueñarse siempre de Maldany, cree que es el único en la Argentina que sabe de su existencia. No sé por qué no se dedica mejor a poner bombas con sus amigos, que es lo que mejor sabe hacer.

Miré a mi alrededor, a ver si alguien había escuchado la última frase del profesor. Pero todo el mundo estaba metido en sus asuntos. Era el abatimiento de las siete de la tarde: la ropa arrugada, bostezos, la mirada perdida. Dijéramos lo que dijéramos, nadie nos prestaría atención.

—¿Y cómo sabe que van a impugnar su concurso? —pregunté.

—Me han dicho.

—¿Quién? ¿Alguien del jurado?

—Tengo espías por ahí, pero no muy eficientes. Todas las informaciones me llegan por la mitad.

Me quedé mirando a Daniels y a Farina, que conversaban animadamente, sabiendo que no podíamos oírlos. La mujer movía mucho las manos al hablar y se llevaba la mano al pelo; eran señales de que quería gustar al otro profesor. Daniels, en forma inconsciente, jugaba con su anillo de casado. Me pregunté si prosperaría ese romance.

El tren empezó a avanzar y pronto tomó velocidad. Las luces se apagaron. Cuando se volvieron a encender, advertí que Colina Ross se

tensaba, como si la oscuridad, que habíamos dejado atrás, le hubiera dado miedo. Me sentí tentado a animarlo. Me acerqué al oído del profesor:

—Van a impugnar su concurso porque descubrieron que uno de los jurados fue profesor asociado suyo en la cátedra de Lógica, en La Plata.

Colina Ross me miró.

—Russack, sí. Qué curioso que quieran impugnar el concurso por Russack, que no guarda de mí un buen recuerdo. ¿Y qué más?

—Sólo eso.

—Tiene que haber algo más.

—Si tienen algo más, no lo dijeron.

—Russack... —repitió el profesor. Era como si probara cuán desabrida puede ser una palabra—. Pensé que era algo más grave. Pensé que realmente sabían algo de mí.

Una chica de unos diez años se abrió paso entre el gentío y nos tendió unas manoseadas estampitas con la imagen de San Jorge. Colina Ross me dijo:

—Es una señal, ¿lo ve? Hemos matado al dragón.

De pronto se sobresaltó, como si un pensamiento lo hubiera herido. Me tomó del brazo.

—¿Quién le dijo lo que me acaba de decir? ¿Alguien de confianza?

—Nadie.

Hasta ese momento nunca la atención de Colina Ross se había fijado en mí (ni en ningún otro alumno, salvo en Bobby Tarrés). Me encantó descubrir su curiosidad, ver que por una vez él estaba pendiente de mis palabras, ver que podía emerger del borroso conjunto de sus alumnos. Pero en su mirada había desconfianza, tenía miedo de que le hubiera mentado, de que le confesara que el dragón seguía con vida. Al final dije la verdad:

—Se lo acaba de decir Daniels a Farina.

—Usted se está burlando de mí.

—Le aseguro que no.

—¿Cómo pudo oírlos en medio del gentío y a través de la ventanilla?

—Puedo leer los labios.

Se quedó esperando durante unos segundos que le dijera que era una broma, que la explicación era otra. Pero al final aceptó:

—¿Dónde aprendió eso?

—De chico era hipoacúsico, y me acostumbré a completar con mis ojos la información que me daban mis oídos.

Colina dobló cuidadosamente el diario. Un vendedor ambulante anunciaba a los gritos un juego de peines.

—Su extraño poder me ha quitado hoy un peso de encima.

—¿Qué pensaba que habían descubierto?

—Cuando se ha vivido lo suficiente siempre hay algo para esconder.

Le dio una moneda a la chica y, para mi sorpresa, se quedó con la estampita. Se puso el diario bajo el brazo, bajó en Once y se perdió entre la multitud.

OceanofPDF.com

El fantasma de Crámer

Tal como preveía Colina Ross, esa impugnación no tenía ninguna posibilidad de prosperar. Por ese tiempo el tal Víctor Crámer, el profesor que aspiraba a la cátedra de Colina Ross, tenía muchos amigos, pero no los suficientes, o los suficientes pero no a suficiente altura, y que Colina Ross hubiera compartido una cátedra con uno de sus jurados no era razón para invalidar el resultado del concurso. La impugnación ni siquiera llegó a plantearse y Colina siguió con su cátedra en la Universidad de Buenos Aires. Venía los miércoles y los viernes. Los lunes y los jueves enseñaba Lógica en La Plata.

Bastó que Colina Ross mencionara a Víctor Crámer en aquel vagón de subte para que el nombre empezara a repetirse a mi alrededor, como si sus palabras hubieran activado un mecanismo o un complot. En un bar, tarde en la noche, frente a vasos de ginebra, un ayudante de trabajos prácticos alabó el modo en que Crámer reunía la curiosidad por la antigüedad clásica con intereses más urgentes. En la misma semana una compañera que siempre andaba con un libro de Paulo Freire bajo el brazo me recomendó un artículo de Crámer que acababa de publicarse en una revista de Lingüística. «Por fin alguien estudia la Revolución como un cambio en el lenguaje». Otra había leído un largo ensayo sobre la situación cubana en la página de Internacionales del diario *La Opinión*. Un compañero, para darse aires, me comentó en la puerta de la facultad: «Hace cinco minutos le estaba diciendo a Crámer que la teoría de los acrósticos de Saussure...». Para mí Crámer era el hombre invisible, una de esas personas que, como en algún cuento de Henry James, estamos siempre a punto de conocer, pero se van cinco minutos antes de que lleguemos o llegan cinco minutos después de que nos hayamos ido.

Yo había tomado partido por Colina Ross, no por simpatía sino por fatalidad o destino, así que leí los artículos de Crámer con la voluntad de que no me gustaran y no me gustaron. No importaba si se trataba de

Maldany (que había empezado a ser para mí un nombre familiar) o de Cuba o de la revolución mexicana: parecía estar tan seguro de todo que las palabras se ahogaban antes del final de la frase, y uno tenía la sensación de que leía repeticiones sucesivas, cada una más mecánica que la anterior. Cada tanto mechaba en el léxico marxista alguna expresión campechana o gauchesca («carajo», «retobado») o tanguera («otario», «bulín») o algún verso del *Martín Fierro*, pero en su prosa las palabras parecían sacadas de algún diccionario de argentinismos recién comprado y ya lleno de polvo. Sus artículos sobre Maldany no hacían otra cosa que destacar la soledad del arquitecto, como si veladamente quisiera señalar que la amistad con Colina Ross era un invento de Colina Ross. «Nadie interrumpió, en los trabajosos años del descubrimiento, la soledad de Maldany». Crámer escribía artículos sobre Maldany para otorgar a Colina Ross certificado de inexistencia.

Las menciones a Crámer alcanzaron un pico de intensidad en una reunión en la casa de un amigo, César Calmet. El departamento ocupaba un quinto piso en la calle French, en Barrio Norte. Pisos encerados, patines de lana para no rayarlos, mesas con floreros, centros de mesa, cuadros de marcos dorados. El comedor inviolable, reservado para las visitas; cigarreras de peltre, floreros chinos, cajas de cristal con caramelos ácidos que se habían convertido en piedra. Las casas de los padres entonces: recargadas, oscuras, asfixiantes, llenas de vitrinas y zonas intocadas, museos de todas las cosas que no se harían jamás, de las libertades que nadie se tomaría. El futuro del que queríamos escapar. Después de pasar la adolescencia caminando con patines tejidos al crochet sobre el *parquet* de madera con olor a cera, no era raro que alguien quisiera agarrar un fusil y entrar en la selva.

Pero los padres de Calmet se habían ido de viaje, y la casa, cuidada como un museo durante tantos años, ahora era pasto de las fieras. Las carameleras de cristal servían de cenicero. Alguien, por hacer una broma, había descolgado y vuelto a colgar del revés un cuadro de Soldi. Al dueño de casa no le preocupaba nada de eso, y se dedicó a saquear alegremente la bodega del padre. En un momento salió al balcón y lo seguí. Era el único que conocía, y no quería quedarme solo en un rincón, sin nadie con quien

conversar. Calmet, apoyado en la baranda del balcón, parecía atacado por un súbito acceso de melancolía.

—Esperaba que Crámer se quedara más tiempo. Pero se fue enseguida. No soporta la música fuerte. Pero no podemos hacer una fiesta sin música, ¿no?

—¿Cuánto hace que se fue?

A modo de respuesta levantó de una maceta la colilla de un cigarro.

—Se acaba de ir. Esto es lo que dejó.

—Un pucho. Qué gentil.

—Hace meses que le estamos preguntando si es verdad que estuvo en Cuba trabajando para los servicios secretos, descifrando mensajes de la CIA. Su respuesta: evasivas, palabras por la mitad, suspiros. Ni siquiera aceptó que hubiera estado en Cuba. Pero hoy, cuando le convidé uno de los cigarros de mi padre y le pregunté qué le parecía, dijo: he fumado mejores.

—¿Y son buenos los cigarros de tu padre?

—¿No entendés? Me dijo: «He fumado mejores».

—Y eso significa...

—Y eso significa que todo es verdad.

—Podría haber fumado un habano mejor en otra fiesta. O a lo mejor no entiende nada de habanos.

—No seas idiota. Él habla para el que sabe entender.

Y Calmet, algo borracho y algo desencantado, entró en el humo y el ruido de su propia fiesta, que ya empezaba a languidecer como languidece toda fiesta: con la gente hablando de política o de la última película que fue a ver.

Así como me acostumbré a oír el nombre de Crámer, me acostumbré a dejar de oírlo. Unos meses después de su fiesta lo encontré a Calmet por la calle, y cuando le mencioné a Crámer tardó unos segundos en recordar quién era. Antes le hubiera construido un altar, ahora no recordaba su nombre. No es que Calmet hubiera sufrido una amnesia momentánea: es que la vida estaba tan llena de cosas, que lo que no estaba presente de modo continuo se deshacía en el aire.

Bobby Tarrés

Hacer amigos después de los treinta es un milagro, pero en la juventud es una costumbre y hasta una fatalidad. Íbamos siempre a los mismos lugares y caminábamos repitiendo idénticas caminatas y decíamos las mismas cosas en noches parecidas; y a pesar de las repeticiones marchábamos en busca de lo irrepetible y único. Era una época de la que no sabíamos casi nada de los amigos: no nos importaban sus familias, ni los colegios donde habían estudiado, ni intercambiábamos recuerdos de las vacaciones, ni mencionábamos juegos o libros o las otras irrealidades de la infancia. Tener en cuenta el pasado de los otros era un error y una descortesía. Era el futuro de cada uno lo que debíamos conocer, y en lo que debíamos confiar. Qué importa lo que soy ahora; importa lo que llegaré a ser.

Pero con Rodrigo Tarrés todo era distinto. Él sí tenía un pasado: todas las películas que había visto. Y el futuro no le preocupaba. Colina Ross lo prefería sobre todos los demás alumnos, porque Tarrés venía de un colegio jesuita y a pesar de sus distracciones y atropellos era el que mejor entendía aquella materia. Tarrés era alto, desgarrado, llevaba barba y unos anteojos anticuados y siempre estaba excesivamente abrigado, con camisas de viyela y pulóveres enormes y remendados. Usaba unos zapatos negros con cordones número 45, siempre desatados. Tenía una capacidad de deducción casi prodigiosa, y el mismo Colina Ross se quedaba maravillado cuando escribía un mensaje en el pizarrón, y Tarrés lo descifraba antes de que los demás tuviéramos tiempo de encontrar la s, la n y las vocales, que son las primeras letras que se adivinan en el idioma español. Colina Ross lo llamaba Bobby, porque decía que era el Bobby Fischer de la criptografía, genial pero excéntrico y loco, y Tarrés terminó aceptando que todos lo llamaran así.

Colina Ross le ofreció que se hiciera cargo de un práctico, a pesar de que Tarrés estaba muy lejos de recibirse; es más, Tarrés pertenecía claramente al grupo de gente que cursa pero no da los finales, que se anota

en las materias equivocadas, que abandona cursos por antipatía con temas o profesores, y que no se recibe nunca. La clase de gente a la que las cosas concluidas, completas, definitivas, entristecen. Como Bobby le dijo que no tenía la más remota voluntad de enseñar, me lo ofreció a mí, que acepté de inmediato. Cuando le pregunté a Bobby por qué no quería enseñar, me respondió:

—A mí la lingüística, la criptografía, la arqueología, nada de esto me interesa. A mí lo que me importa es huir de la empresa familiar. Mi viejo quiere que me haga cargo. ¿Me imaginás, dándole órdenes a los obreros? Además, hay que levantarse temprano.

—¿Qué fabrica tu padre?

—Kamionka, el camión indestructible.

Era un juguete famoso, que según el lema de la compañía duraba 100 años. Estaba fabricado con un material misterioso que llamaban «goma volcánica». El Kamionka nunca se rompía, pero las cabezas de los niños sí, ya que era un juguete de peso considerable.

—A mí lo que me interesa es el cine.

Le nombré a un compañero de la facultad que estaba haciendo películas en súper 8.

—Te digo el cine de verdad, no estos que se van a filmar a la villa miseria. ¿Quién quiere ver pobres en una película? Ya los vemos en la realidad. Pero no quiero hacer una película, quiero tener un cine, pasar las películas que me gustan.

Me recitaba los nombres de sus directores favoritos. Algunos me sonaban, otros no: Wajda, Ozu, Welles, Griffith, Visconti, Rossellini.

—¿Y de los argentinos?

—Saslavsky, Fregonese, Christensen, Hugo del Carril, Leonardo Favio. Estos dos son peronistas, pero puedo pasarlo por alto.

En las clases me cruzaba a menudo con una chica pelirroja, muy blanca. Yo era tímido, pero admiraba la desenvoltura; era callado, pero admiraba a los que hablaban. Miraba fascinado el pelo rojo, la piel muy blanca, que no toleraba el sol, la convicción que parecía dominar cada uno de sus movimientos. Me había acercado a ella pero a cierta distancia y no había llegado a evaluar su voz. La voz era para mí un asunto importante, porque

las voces agudas me hacían temblar. Siempre existía el peligro de que una mujer hermosa se convirtiera al instante en una harpía de terrible canto.

—¿Qué te parece? —le pregunté a Tarrés, mientras le señalaba a la pelirroja. Miró con gravedad.

—No tengo una opinión formada. Yo siempre salí con locas. Las que no están locas, viven para mí en otra realidad. No entiendo de qué me hablan, cuando ocurre el milagro de que me hablen.

OceanofPDF.com

El humo

Volví a verla unos días después, a causa de un conflicto gremial, una de esas ocasiones en las que los estudiantes de humanidades nos presentábamos para dar un apoyo solidario que fácilmente se convertía en problema. Los trabajadores de una empresa de pisos cerámicos habían tomado las instalaciones de la fábrica en reclamos de sueldos atrasados. Uno de los delegados de la comisión interna tenía un sobrino en el centro de estudiantes, y allá fuimos, al barrio de Mataderos, con carteles y megáfonos.

Yo había tratado de convencer a Bobby Tarrés de que me acompañara. Me miró como si le hablara en chino.

—Disculpame, pero yo no salgo del centro. Mi zona tiene sus límites: al sur la Avenida Rivadavia, al Norte Santa Fe, al este el Bajo, al oeste Callao. ¿Y vos querés que vaya a Mataderos?

La fábrica era un edificio de fines del 1800, de dos pisos, rodeado por una reja de jabalinas pintadas de verde. El edificio tenía dos altas chimeneas de ladrillos. Detrás de la reja estaban los trabajadores, que miraban con cierta desconfianza a los estudiantes que estábamos afuera. Se negaban a abrir las rejas, por temor de que la policía aprovechara para entrar y desalojara la fábrica. Rejas afuera, pancartas; rejas adentro, nada. El pelo largo y las patillas de los estudiantes contrastaban con los obreros bien afeitados y el pelo corto peinado con gomina.

Unos neumáticos ardían en mitad de la calle. Empujado por el viento, el humo negro se corría hacia el sur. En la vereda de enfrente de la fábrica la pelirroja observaba todo como una espectadora neutral. Todos los estudiantes estaban en grupos, ella sola. Estaba tan elegante —un vestido floreado, unos zapatos verdes— que su presencia ahí resultaba incongruente, como si fuera una turista que se hubiera perdido.

El fuego de los neumáticos se hizo más intenso y cubrió la calle como un deshilachado telón. Y apenas aquella noche improvisada y asfixiante nos

rodeó por completo, asomaron los caballos, sin gritos o anuncios, sólo el ruido de los cascos contra los adoquines. A menudo la realidad prefiere los efectos teatrales, como si quisiera fijar las cosas en nuestro recuerdo, como si no se resignara a las distracciones continuas que forman nuestra vida. Cuando los vi tuve por un momento la sensación de que eran caballos sueltos, sin jinetes, una tropilla fantasmal que se abría paso a través de la neblina negra. Los montaban policías armados con bastones, pero las cabezas de los caballos eran tan grandes, tan completas que se adueñaban de todo. No parecía que estuvieran ahí para ir a nuestro encuentro, sino para dejarse ver por unos instantes, majestuosos y ajenos, y galopar después hacia otra meta más noble y lejana.

Algunos estudiantes se quedaron inmóviles por la sorpresa. Si la policía seguía usando caballos, a pesar de lo complicado que era mantenerlos y llevarlos de un sitio a otro entre los autos y los colectivos, era a causa de ese efecto aterrador y misterioso que producían los animales en la gente de a pie. Los caballos le daban a cualquier instante la densidad mercurial de la Historia. Los estudiantes dejaron caer las pancartas, como banderas en el polvo, y corrieron por la misma avenida en la que estábamos en dirección al norte. Era seguro que la policía también estaba allí, al fondo de la calle, a la espera de los fugitivos.

Un estudiante alto, que yo había oído vociferar en alguna asamblea, trató de trepar la reja de la fábrica. Los obreros lo observaban con una mezcla de estupefacción y escepticismo, porque la reja era muy alta y el estudiante carecía de toda agilidad. Los bastonazos lo alcanzaron en la espalda.

Yo crucé la calle corriendo, rumbo a un callejón. Cuando pasé junto a la chica pelirroja me detuve, porque ella acababa de levantar del suelo una piedra. Un pedazo de baldosa, en realidad. Sin tiempo de elegir un blanco la arrojó hacia adelante. La piedra se perdió entre el humo y las cabezas de los caballos. Nadie la vio, de otra manera la hubieran seguido hasta el fin. Esa piedra estaba destinada a que sólo yo la viera, para que me sirviera de advertencia. No una advertencia para ese día en particular, sino para los años por venir. El aviso —me adelanto a confesar— no sirvió de nada.

Antes de que se le ocurriera repetir su hazaña, la tomé del brazo y le grité que corriera. Al apretarle el brazo fue como si la despertara de un sueño. Me hizo caso: corrió junto a mí por una calle angosta, de baldosas rotas y yuyos que formaban en las paredes jardines verticales. Nos rodeaban los muros altos de fábricas o mataderos abandonados. Llegué a ver también una cabeza de toro fundida en hierro encima de un portón. Imaginé que también allí, al final de la calle, aparecería la policía montada o efectivos a pie, pero no había nadie, habían pasado por alto el callejón. Corrimos dos, tres cuadras, mirando hacia atrás para ver si nos seguían. No nos conocíamos, pero íbamos de la mano. Noté que tenía las manos frías. No sabía aún de su manía por comprarse guantes, que dejaba olvidados en todas partes. En pocos minutos alcanzamos una calle tranquila, donde no había ninguna señal de la persecución. Le solté la mano.

Llegamos a la Avenida del Trabajo. Colectivos, taxis, peatones. Unas pocas cuadras habían bastado para entrar en un mundo distinto, donde nada sabían de la toma de la fábrica o de la policía montada. Tosíamos, tratábamos de recuperar el aire. Sin que le preguntara nada me dijo su nombre —Eleonora. Su voz era maravillosamente grave. Dos cuadras más adelante prendió un cigarrillo y me dijo que había nacido en La Plata, hacía dos años que había venido a vivir a la capital y nunca había estado en ninguna protesta o manifestación de ninguna clase. Le pregunté entonces por qué había tirado la piedra. No sé, dijo, pensé que era eso lo que se esperaba de mí. ¿No tira todo el mundo piedras a la policía?

El humo y la carrera me habían secado la garganta. Tomamos agua del bebedero de piedra de una plaza, junto a una calesita inmóvil. La sed parecía inagotable y dejé que el agua me empapara la cara y la camisa. Estábamos lejos del centro y pasaban los minutos y las horas, y por alguna razón caminamos sin detenernos a tomar un colectivo o un taxi. Cada tanto ella se olía la ropa, como si buscara restos de humo, como si quisiera recobrar una señal de la aventura. Cuando pasamos por el parque Chacabuco la besé brevemente y pensé que ahí se había terminado el camino, porque ella pareció por un momento sorprendida o molesta. Pero luego seguimos caminando, cuadra tras cuadra, sin mencionar el beso o la fábrica de Mataderos, sin calcular cuántos estudiantes habían sido heridos o

habían terminado presos: todo eso había ocurrido hacía mucho tiempo. La luz abandonaba con pereza la ciudad.

Llegamos hasta el centro, hasta un decrepito edificio de la calle Uruguay, flanqueado por un almacén y una casa que vendía guitarras. Le pedí su teléfono, pero dijo que no tenía. En esa época, el alquiler de un departamento podía duplicarse si tenía una línea telefónica.

—Si querés decirme algo, escribime una carta.

—¿Y si es algo urgente?

—Acabamos de conocernos. ¿Qué puede haber de urgente entre nosotros?

Ahí nos despedimos. Sólo entonces me di cuenta de que estaba cansado, que apenas podía mantenerme en pie. Me senté en el último asiento de un colectivo y me quedé dormido. Me pasé diez cuadras de la pensión donde vivía.

Eleonora me había dicho que iba a la facultad a la tarde y a la noche —horarios que preferían los que trabajaban y los que se sentían obligados a simular que trabajaban, que eran la mayoría. En los días siguientes presté atención a los bares cercanos de la facultad, a la puerta de la entrada, a las clases a las que me había dicho que asistía. También rondé su edificio, con la esperanza de que apareciera. Una noche —ya perdidas la esperanza de encontrarla— la vi sentada en los fríos escalones de mármol de la facultad, lidiando con un cassette roto. Trataba de meter adentro una larga serpentina de cinta.

—¿Desgrabás clases? —le pregunté.

—No, no —me miró con algún estupor—. Estudio lingüística.

—¿Y el grabador?

—Voy grabando las voces de la gente. En el subte, en la calle, en el colectivo.

—¿Para qué?

—Estoy haciendo un trabajo de campo.

—¿No me vas a grabar a mí?

—No.

—¿Por qué no?

—Grabo a la gente común, no a los estudiantes.

Grababa a la gente común, al pueblo, a lo que ella consideraba el pueblo, una abstracción hecha a partir de empleadas domésticas que trabajaban en las casas de clase media, los jubilados que se sentaban en los bancos de las plazas a leer el diario o a darle maíz a las palomas y los trenes y colectivos que se llevaban a la gente, al atardecer, de la capital al conurbano, amontonados y dormidos. Así armaba su colección de frases triviales, tonadas del interior, dichos camperos, palabras sin eses. Luego empezaría a grabar secretos (*cuénteme un secreto, cuénteme algo que no le haya dicho a nadie nunca*), y los cassettes se multiplicarían hasta llenar siete cajas de zapatos. Por supuesto, nada de eso me apartó de ella: a través de las mujeres bonitas aprendemos a amar la impostura y admirar el error.

Me anoté en una materia sólo para verla. Después caminábamos. Íbamos a pie a todas partes, por muy lejanos que fueran los cines, los teatros, las casas de los amigos. Éramos iguales a los que nos rodeaban. Repetíamos las mismas conversaciones en los mismos bares, escuchábamos los mismos discos rayados, intercambiábamos libros de poesía que habían abandonado las rimas y el conteo de los versos, y dejaban entrar, en cambio, las palabras de la calle, y donde nunca faltaba algún homenaje al Che Guevara, a Rosa Luxemburgo o a Ho Chi Minh. El poeta parecía hablarle a una mujer: en el último verso se advertía que la destinataria de la poesía era Cuba, o la revolución. El poema increpaba a un tigre feroz, a una bestia sedienta de sangre: en el último verso nos enterábamos de que se trataba de los Estados Unidos o de Richard Nixon.

Una noche la acompañé hasta el edificio. Esperé que me despidiera, pero sostuvo la pesada puerta y entré. El ascensor jaula hacía un ruido feroz, como si anunciara su despedida.

—No esperes un palacio —me advirtió.

Era tan cuidadosa con su ropa que había imaginado un orden similar al de su apariencia, pero el departamento de dos ambientes era un caos de ceniceros (robados de bares), libros, apuntes, cardigans y zapatos tirados. Perchas sobrecargadas colgaban de los picaportes. En el sillón había un corpiño negro, que hizo a un lado sin darle mayor importancia. En la

pequeña mesa unas naranjas empezaban a vestirse con un moho blanco. Puso a calentar un poco de café. Acerqué la mano a su cuello y la besé, pero no fue igual que el beso del parque. Fue una bienvenida, un rito, la entrada a su caótico reino, que olía a Channel número 5, café quemado y naranjas maduras.

Días más tarde le pregunté si conocía al profesor Colina Ross. Vaciló un segundo, y respondió que sí; ante mi insistencia aceptó ir a una de sus clases. Colina Ross, que llegó, como siempre, tarde, la saludó con una sonrisa. Le susurré al oído:

—Colina Ross no sonríe nunca a nadie. Es la primera vez que le hace a alguien ese honor.

—Los de La Plata nos conocemos todos —dijo ella, por toda respuesta.

Éramos novios, pero no se podía decir esa palabra; también estaban prohibidas las declaraciones de amor. Conocía a tanta gente en tantos lugares, que yo sentía unos celos que no podían concentrarse en nadie; y mis celos ya no se referían a personas, sino a cierto bar, a cierta calle o la ciudad entera. A mí me daba fastidio mi familia, y supuse que a Eleonora también la suya, porque nunca la mencionaba; se podía vivir bien sin las familias, mientras llegaran, puntuales, las mensualidades que pasaban para sostener los departamentos compartidos, o los cuartos de pensión, los libros que incitaban al rechazo de los libros, las ginebras en los bares y los gastos inevitables que lleva toda revolución. La mensualidad de Eleonora no debía ser pequeña, porque en su casa nunca faltaban las bebidas, y no se la veía interesada en conseguir trabajo. Su departamento estaba siempre lleno de amigos que estaban de paso y de humo que no se iba.

Se la presenté a Tarrés: se odiaron de inmediato.

OceanofPDF.com

El núcleo fundador

Fue a partir de mi entusiasmo con las clases de Colina Ross que convencí a tres amigos de fundar el Círculo de Criptógrafos. Eleonora, a regañadientes, terminó por aceptar. Nos reuníamos los viernes a la noche, después de las once, en el bar La Giralda de la avenida Corrientes, mozos impasibles y mesas de mármol, o en la casa de Fabiani, un ex seminarista, cuyos padres siempre estaban de viaje por Europa. La casa estaba en Recoleta y era enorme y en las paredes había cuadros de Xul Solar y de Horacio Butler, que era amigo de la familia. Aunque los otros despreciaban a Colina Ross por variadas razones —uno por lo que llamaban su autoritarismo, otro por su amor por Inglaterra, Fabiani porque decía que se había visto envuelto en un escándalo sexual del que no dio ninguna precisión— yo quería contar con su padrinzgo. Tarrés adoraba a Colina, y la oscura leyenda que lo rodeaba no le importaba lo más mínimo.

Fabiani, algo obeso, lampiño, acomplejado por la profusión de barbas y bigotes que siempre lo rodeaban, intentó en vano convencerme de olvidar al profesor.

—Ese hombre va a acabar con todos nosotros: nos enseña a invocar a los ángeles, como hacían los antiguos criptógrafos, pero en realidad quiere llevarnos al trato con el demonio.

—Yo también soy católico —decía Tarrés— y lo defiendo.

—¿Vos católico? ¿Pisaste alguna vez una iglesia?

—Amo el cine. ¿Y qué es el cine? El cine es el templo. En la sala oscura sólo hay pecado y redención.

La resistencia de Fabiani era ridícula; Colina Ross no sólo era el que más sabía sobre la materia, sino que había fundado, a fines de los años cincuenta, el Círculo de Criptógrafos de La Plata. Según pude averiguar —no gracias a Colina Ross sino a pesar de Colina Ross— el profesor había estado unos años ausente de la universidad, y cuando volvió se rodeó de un grupo de estudiantes que lo miraban como a un mesías y con ellos fundó el

Círculo. Sus integrantes publicaron cuatro cuadernillos con el fruto de sus investigaciones. El primero, escrito por dos alumnos, había tenido por tema el relevamiento de las señales masónicas escondidas en la arquitectura de La Plata. Después el grupo se había disuelto, no sabíamos por qué.

No sólo queríamos conseguir el apoyo simbólico de Colina Ross; también un lugar de reunión que estuviera en la misma facultad, donde sobraban las oficinas en desuso, ya convertidas en sepulcros de sillas rotas y tesis comidas por las polillas. Aduéñarnos de una oficina en el edificio que la facultad tenía en la calle 25 de Mayo le daría al grupo un aire de seriedad, de auténtica institución. Además, para ese entonces yo ya sabía quién era Alexander Maldany, el amigo de juventud de Colina Ross, y con quien él había colaborado en el desciframiento de la escritura cretense. Había rastreado todo lo que había sobre él en la biblioteca. Había visitado el archivo de *La Nación* para ver los recortes de la época. Así había aprendido que el desciframiento de la llamada Lengua de Dédalo había sido una hazaña comparable a la de Champollion con los jeroglíficos. A través de Colina Ross podría tener un acceso directo a los pormenores del descubrimiento. Quería que el profesor me permitiera el acceso a sus archivos, a sus anotaciones, a su correspondencia. Siempre que investigábamos algo teníamos la conciencia de que lo hacíamos desde un sitio remoto, en donde sólo recibiríamos el fulgor de resplandores ajenos. Pero esta vez yo tenía una comunicación directa con la historia de las lenguas perdidas.

—¿Por qué te interesan esos papeles? —me preguntó Eleonora, mientras terminábamos de tomar un café en un bar de la calle Sarmiento.

—Maldany descifró la lengua de Dédalo, y Colina Ross...

—Tenemos toda la vida por delante, años y años. Y vamos a ver cómo cambia todo a nuestro alrededor.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que hay algo enfermizo en querer leer cartas de gente que ha muerto, papeles amarillentos, anotaciones en los márgenes de los libros.

—Mirá lo que dejamos nosotros. Ceniza en el fondo de un pocillo. La marca de *rouge* en una servilleta —Busqué en mis bolsillos—. Un papel donde anoté un teléfono que no sé de quién es. Un boleto de colectivo. Un

volante de una astróloga. Nada tiene sentido. Esos papeles en cambio tienen un significado.

—Pero son el pasado. En cambio nosotros...

—Nosotros también somos el pasado. O vamos a serlo. A menos que encontremos la fuente de la juventud.

—Conozco una fuente de la juventud, y te aseguro que no quisieras hundirte en sus aguas —dijo Eleonora.

Le iba a preguntar qué había querido decir, pero aparecieron Fabiani y Tarrés.

—¿Quién va a ir a pedirle a Colina Ross que nos apoye? —preguntó Tarrés, mientras observaba con alguna preocupación uno de los agujeros de su gigantesco pulóver color bordó.

Miró a Eleonora, que bajó la vista.

—Vamos en grupo —dijo Fabiani.

—No, Colina Ross detesta los grupos —dije—. Andá vos, Fabiani, que sos el más diplomático.

—Yo no —dijo él—. Andá vos, Bobby, que sos el favorito.

—El favorito es Dorey —dijo Tarrés. Trató de hacer un nudo con una larga hebra de lana que sobraba a su pulóver.

—No soy el favorito —dije— pero voy, si quieren que vaya.

Colina Ross trabajaba hasta tarde en su oficina del último piso, preparando el desorden de las clases futuras. Un miércoles a la noche, diez minutos antes de la hora que me había dado para la entrevista, subí por las escaleras y caminé por el pasillo desierto y oscuro. Sólo había luz en su oficina. Mientras me acercaba, me llegaron las voces de una discusión. Era el momento en que la discusión en tanto tal se deshace, y ya no hay argumentos, por caprichosos que sean, sino exabruptos y amenazas y palabras ininteligibles. Colina Ross parecía sereno o, más que sereno, ausente; pero la muchacha, que era Eleonora, temblaba entre sollozos.

Tuve la absurda idea de que se había adelantado a pedirle apoyo para nuestro club y de que su llanto se debía al rechazo de Colina Ross. Estaba tan hundido en mis propias preocupaciones que no se me ocurría otro

motivo que justificara la extraña escena. Sentí, como tantas veces antes, que la pieza fundamental se me escapaba, que escuchaba la superficie de las palabras, pero que a todo podía dársele un sentido completamente distinto, si se tenía la clave.

La discusión terminó cuando Eleonora salió a paso rápido, casi corriendo, hacia las escaleras; en lugar de detenerla e intentar consolarla retrocedí hasta un rincón oscuro y ahí me quedé, pensando en mi propia huida. Fue la única vez en mi vida que la vi llorar; más tarde, muchos años después, frente al altar de las sales Colina, la vería ahogar un sollozo, pero para entonces ya había perdido el misterioso arte de las lágrimas.

—Igual, igual a tu madre... —dijo Colina Ross. Por el tono, era menos un reproche que un descubrimiento.

Esperé unos minutos y avancé lentamente por el pasillo. Encontré a Colina Ross de pie, mirando hacia mí. Como si pudiera ver en la oscuridad, me dijo:

—Pase, Dorey. Lo estaba esperando.

Avancé despacio con los papeles en la mano. Ahí había anotado una serie de ideas sobre el futuro Círculo, que ahora me parecían inadecuadas y estériles.

—¿Se cruzó con mi hija?

Tuve la impresión de que nunca antes había oído la palabra «hija», de que no estaba seguro de su significado.

—¿Eleonora?

—Usa el apellido de la madre, Bartoldi. No quiere que nadie sepa que es mi hija. Usted es su amigo, ¿no? Seguramente ella le dijo algo de su padre. Me interesaría saber qué historia se inventó.

—Me dijo que su padre vivía en el extranjero.

Era mentira. Me había dicho que su padre había muerto en un accidente automovilístico cuando ella era niña.

—¿Por qué Eleonora no dice que usted es su padre?

—Si pudiera contestar esa pregunta... de todos modos no lo haría.

—Pero su esposa ¿no era Marilú Miller?

—Mi esposa se llamaba María Luisa Bartoldi. En el teatro, en esa época, todos se ponían sobrenombres. Seudónimos artísticos. Los apellidos

judíos quedaban podados de kas, de eses, de zetas, o directamente desaparecían, reemplazados por el segundo nombre. Los nombres italianos se convertían en franceses. Los franceses, en ingleses. Los ingleses... bueno, no había ingleses. Ahora sólo lo siguen haciendo los cantantes de tango o los de la nueva ola. O los trotskistas, pero estos prefieren los seudónimos telúricos.

Me senté en una silla desvencijada.

—Dicen que su esposa hizo una película. Una única película.

—*La fuente del sapo*, de Luis María Meyer. Nunca vi que la anunciaran en televisión. Era de los estudios Lumiton. El pobre Meyer tuvo dificultades para filmarla durante el peronismo, porque creían que era antiperonista, y cuando llegó la Revolución Libertadora tuvo problemas para distribuirla, porque creían que era peronista. Pero hablemos de lo que vino a hablar. Nunca me gustó el cine argentino.

Desparramé los papeles que había traído sobre el escritorio y me puse a buscar entre ellos para evitar mirar al profesor. Balbuceando, le expliqué mis planes. Quería hacer pequeños grupos de investigación. Quería publicar una serie de cuadernillos monográficos. Quería organizar un congreso sobre criptografía. Había pensado hablar con claridad y soltura y esperanza: en lo que dije no había otra cosa que confusión y desaliento. Mi mente estaba ocupada por una única frase: *Eleonora es la hija de Colina Ross*. El profesor me miraba con una sonrisa indecisa, como si le costara mantener la compostura y no estallar en una carcajada.

—Sabemos que usted fundó el Círculo de Criptógrafos de La Plata. Queremos hacer algo parecido.

—Ah no, usted no sabe de qué está hablando. Parecido a eso no. Éramos pocos, pero terminamos todos peleados. Las palabras secretas atraen a las personas desequilibradas, ¿sabe? La criptografía es igual a la locura. Los locos entienden todo, excepto aquello que tiene que ver con ellos. Los criptógrafos somos iguales: podemos entender todos los mensajes, excepto uno: aquel que nos está destinado.

Y al fin dijo que aceptaba el padrinazgo y el asesoramiento y que trataría de conseguirnos una oficina. No podía comprometerse a mostrar sus archivos sobre Maldany, porque estaban en su casa de La Plata, y no

acostumbraba recibir a nadie allí. Ni siquiera, dijo, le gustaba que los otros supieran dónde vivía.

—La criptografía nos lleva directo a la paranoia. Después de pasar unas horas buscando un mensaje escondido, empezamos a pensar que nos siguen por la calle.

Mientras hablaba, estaba ligeramente ausente y miraba hacia la puerta, como si esperase de un momento para otro el regreso de su hija.

Después me tendió la mano y dijo:

—Queda fundado el Círculo de Criptógrafos de La Plata, perdón, de Buenos Aires, o de la Argentina, o del Mundo. Que la curiosidad lo impulse, la imaginación lo ilumine y la buena vista lo acompañe. Hay que leer la letra chica de los contratos: ésa es la primera enseñanza, y es la última también.

OceanofPDF.com

Cineclub

Los integrantes del Círculo de Criptógrafos de Buenos Aires nos mudamos de La Giralda hacia un bar que estaba también sobre Corrientes, pero entre Riobamba y Callao. Era un bar angosto, sin nombre o de nombre olvidable. El interior era una especie de penumbra amarilla, gracias a sucesivas lamparitas que se iban quemando y que nadie reponía. El mozo era ceremonioso, mudo, hostil. En las mesas cercanas a la puerta siempre había movimiento, pero en el fondo había tres o cuatro mesas de mármol que nadie ocupaba, salvo nosotros. Ahí tuvimos nuestras primeras reuniones, con el entusiasmo de todo lo que comienza, y la clásica proliferación de ideas cuya sola enunciación libera de la obligación de ejecutarlas.

En ese entonces estábamos Fabiani, Eleonora, Tarrés y yo. Eleonora no podía soportar a Tarrés, que en medio de las reuniones me hablaba sólo a mí, como si los demás fueran invisibles y sobre todo como si ella fuera invisible. Por mi causa se veían obligados a veces a compartir la mesa de café, pero entonces me hablaban cada uno por su lado, y utilizando toda clase de sobrentendidos de tal manera que el otro no pudiera darse cuenta de nada. En general yo, que era el destinatario de tales sobrentendidos, tampoco entendía.

Tarrés seguía resistiendo las continuas invitaciones de su padre a hacerse cargo de la fábrica, que estaba en las afueras de Lincoln. Había empezado a ocuparse de un cineclub que lo había contratado como seleccionador de películas, y al que le escribía los programas. Sus notas eran incomprensibles, aunque a veces entre tanta oscuridad aparecía un pensamiento luminoso. Las firmaba Rara Avis. Pasaba las películas que conseguía: Fellini, Truffaut, Kurosawa, Bergman, Godard, Ford y algunos filmes argentinos, como *La muerte camina en la lluvia*, *Los verdes paraísos* o *Historia de una noche*.

—Las películas me las presta un amigo, el Ruso, que vive encerrado en una casa de Congreso, rodeado de latas de películas; nunca sale, siempre

tiene las persianas bajas, se la pasa comiendo chocolate y fumando. Vive de rentas, no trabaja, las mujeres dejaron de interesarle, así que no tiene ningún motivo para salir. Una noche se va a quedar dormido con el pucho encendido, y la hoguera se va a ver desde la luna.

El padre de Tarrés insistía en sus llamados y sus largas cartas. De vez en cuando mandaba también emisarios: algún primo de paso por la capital, alguna tía a la que Bobby debía invitar a tomar té con masas a la confitería El Molino, frente al Congreso. El padre ofrecía pagarle viajes para que visitara fábricas de juguetes de Europa y de Estados Unidos. Quería que le trajera ideas de nuevos productos. La fábrica lo necesitaba. La goma volcánica lo necesitaba. Los niños de todo el país lo necesitaban. Pero Bobby decía:

—Los niños son el enemigo. Son los invasores extraterrestres. Nos desplazan de donde estamos. Chocan contra nosotros, llenan nuestros oídos de llantos y gritos, nos pegan chupetines a la ropa. Tenemos que vengarnos aburriéndolos, mortificándolos. Lamorisse, nuestro vengador, lo sabía: por eso filmó *El globo rojo* y *Crin blanca*. Para que los niños lloren en la sala oscura.

Algunas veces me animaba a ir a los ciclos de «cine-debate» organizados por Bobby Tarrés. Eleonora, en cambio, nunca aceptó acompañarme, por resentimiento contra mi amigo. El cineclub funcionaba en el Continental de Flores, sobre Carabobo, en una sala que en los días de semana sobrevivía pasando películas vagamente eróticas para los alumnos secundarios que se rateaban del colegio o para hombres solos que trabajaban por la zona. La programación: Lando Buzzanca, Isabel Sarli, versiones italianas de Carmilla o de Drácula que abundaban en vampiresas desnudas y bien alimentadas. Los títulos variaban, pero los afiches de la calle eran siempre los mismos (mujeres pulposas sorprendidas en la ducha o en la cama por alguna entidad abominable). La sala olía a humedad y encierro, y la alfombra raída estaba sembrada de cajas de maní con chocolate y cigarrillos apagados. Muy de vez en cuando caía una inspección, y si en ventanilla no había dinero suficiente para sobornar al inspector, el acomodador escondía a todos los menores de 18 detrás de una puertita que daba a un pozo de aire y luz.

Los viernes a la noche Buzzanca & Cía. le cedían la sala al cineclub y a Tarrés, que vendía las entradas, presentaba la película y coordinaba el debate. ¿Hace falta decir que el debate se circunscribía a las opiniones de Tarrés? Peroraba, mientras los demás huían. Unos pocos estoicos nos quedábamos hasta el final. Si alguien se atrevía a dar una opinión que no concordaba con la suya (y ninguna opinión concordó jamás con la suya), emitía una carcajada de desprecio, a lo que a veces agregaba cosas como:

—¿Que el más grande director de hoy es Antonioni? ¿Ese farsante? ¡Por favor! Para entrar a esta sala debería tomarse examen de ingreso.

O:

—¿Los hermanos Mekas son unos genios? ¿Estoy oyendo bien? ¿Se refiere a esos aborrecibles nihilistas que se filman el dedo gordo del pie y lo exponen como una obra maestra? ¡Echen a esa persona de la sala!

—¿Quién habló del cine revolucionario? Que levante la mano —Nadie se animaba a levantar la mano—. ¿Vamos a juzgar a las películas por el contenido? ¡El mensaje, el mensaje! ¡Van a terminar por decir que la insufrible *Queimada* es una obra maestra! ¿Por qué no le dan la Palma de Oro de Cannes a Fidel Castro, que una vez le sacó una instantánea a un campesino en un cafetal?

A pesar de que era el más hábil de todos, a Tarrés le interesaba poco el Círculo de Criptógrafos. Se quedó por amistad. Tenía hacia mí una devoción absoluta. Aunque me discutía todo lo que pensaba, todo lo que decía, era como si sólo a través de mí él pudiera conservar un contacto con el mundo. Eso no significaba que respetara mis ideas sobre el cine:

—¿En serio pensás que es una película inteligente *2001: Odisea del espacio*? ¿La de los monos que saltan con música de Richard Strauss, y que sirven de prólogo a una serie de incoherencias espaciales con los valsecitos del otro Strauss?

»No sé qué es el cine, mi querido Dorey, pero estoy seguro de qué cosa no es el cine: que te pasen fotos con música clásica, para engrupirte de que se trata de algo importante. ¡Ojalá hubieran dejado a los monos dirigir la película!

El sacapuntas

Pronto conseguimos, gracias a Colina Ross, una oficina en la facultad. Estaba en el último piso, muy cerca de la suya. Tuvimos que despoblarla de antiguas monografías: las más viejas encuadernadas en cuero y con vocación de libro; las más nuevas, en modesta cartulina celeste. Bajo las pilas de papeles encontramos un escritorio grande, una máquina de escribir Underwood, estantes para libros y una pequeña mesa a la que estaba atornillado un sacapuntas mecánico. Le puse un poco de aceite y descubrí que funcionaba. Ese sacapuntas *made in USA*, que me encantaba, terminó por convertirse en el símbolo del Círculo, y yo mismo lo dibujé con plumín y tinta china, para que apareciera en la portada de nuestra publicación, *Cuadernos de la Esfinge*.

Necesitábamos una inauguración formal, así que invitamos al profesor Colina Ross a dar una charla. Estábamos presentes los cuatro integrantes del Círculo y dos o tres alumnos que no recuerdo.

«Hubo dos descifradores de jeroglíficos cuyo ejemplo no debemos olvidar —dijo aquella vez Colina Ross—. El primero fue Athanasius Kircher, el segundo Champollion.

»Kircher era un teólogo jesuita que a partir de 1630 recopiló tantos jeroglíficos como pudo y los investigó hasta arrancarles a la fuerza un sentido. Explorador de volcanes, inventor de máquinas asombrosas, entre ellas un *perpetuum mobile* fabricado con imanes, Kircher tenía la costumbre de no resignarse frente a lo desconocido. Por eso no podía tolerar la oscuridad de los signos. Dio una sagaz interpretación de todos los jeroglíficos, y puso palabras donde antes había sólo dibujos. Le arrancó a aquellos signos frases misteriosas, encantamientos, poesía; quien se asomaba a esas palabras podía sentir la presencia de esos dioses con cabeza de chacal, halcón o cocodrilo. Y dio además, a ese mundo tan ajeno, una coherencia interna, como quien ordena en constelaciones las caóticas estrellas. Luego se supo que su interpretación era pura ilusión: el jesuita

había inventado todo, sus interpretaciones de los signos egipcios eran completamente imaginarias, y sus largas cadenas de significados no tenían ninguna relación con la realidad.

»Hoy nadie cree en Kircher, pero todos creemos en Champollion. Si Napoleón creía en él, cómo no vamos a creer nosotros. Champollion consiguió la piedra de Rosetta, descubrió que el hierático, el demótico y los jeroglíficos eran tres formas de escritura diferentes de una misma lengua y acabó con la oscuridad. Descifró por completo la lengua de los sacerdotes egipcios.

»Pero ¿quién fue más fiel a la verdad de los jeroglíficos? Porque si los sacerdotes egipcios hubieran querido ser comprendidos con claridad, habrían comunicado las cosas de otra manera. Estaban enamorados de esa oscuridad que construyeron durante siglos. Su verdad no podía ser revelada; su verdad correspondía al misterio mismo, no a su revelación. Kircher fue fiel a la voluntad de esconder todo detrás de dibujos. Entregó los jeroglíficos al sueño de Occidente. Champollion, al descifrar todo, borró todo también. Borró el antiguo misterio. Ningún significado puede competir con la inquietud que despiertan esos signos cuyo esplendor descansa en su oscuridad.

»Sobre Champollion las enciclopedias repiten una frase, una idea que no podemos pasar por alto: *Después de su hazaña, el interés por los jeroglíficos se perdió casi por completo*».

Yo había llevado mi grabador, y prometí pasar en limpio la charla y dársela para que la corrigiera, antes de publicarla. Después de las palabras del profesor, saqué una botella de *champagne* barato y no muy frío y unos vasos de plástico y brindamos por el futuro del Círculo de Criptógrafos de Buenos Aires.

Aunque había ayudado a que tuviéramos ese lugar, Colina Ross evitaba la oficina: a veces lo cruzaba en el pasillo, pero en general caminaba tan

absorto que pasaba a mi lado sin reconocirme. Una vez, al hojear uno de los cuadernillos, su dedo índice se detuvo en la ilustración del sacapuntas:

—Bien elegido.

—¿En serio?

—Para descifrar mensajes, lo primero es afilar el lápiz.

A pesar de nuestras discusiones interminables, que poblaban de dificultades aun las decisiones más sencillas, los *Cuadernos de la Esfinge* empezaron a publicarse con alguna regularidad. Eran cuadernillos de 36 páginas, con tapas en cartulina celeste, editados en la imprenta de la facultad. Cada número constaría de un artículo principal y algunos materiales heterogéneos: un comentario a una película, una página de novedades o reseñas de libros, la traducción de un poema. La variedad me molestaba, yo quería darle un carácter monográfico. Pero Bobby me recordaba:

—Para libros, ya están los libros. Una revista tiene que tener siempre algo actual, algo casual y algo incongruente. Si no, no es una revista.

Los sucesivos números cumplieron en parte con Tarrés: lo actual no resultaba demasiado actual, porque la imprenta se demoraba; pero la incongruencia abundó. El primer número estuvo dedicado a los códigos utilizados en la Segunda Guerra Mundial; el segundo, a la criptografía hermética del Renacimiento. El tercero, que escribimos con Tarrés, y que fue el que más gustó a Colina Ross, trataba de las *sortes virgilianas*, el método de adivinación practicado entre los romanos. El consultante hacía una pregunta sobre su vida personal, o sobre alguna decisión importante que debía tomar. Luego cerraba los ojos y señalaba al azar un verso de *La Eneida*. Debía luego interpretar el verso aparecido. Bobby insistió en ponerlo en práctica, tomó de su biblioteca una traducción española e hizo una pregunta:

—¿Nos llevará a buen puerto el Círculo de Criptógrafos?

Abrió el libro con los ojos cerrados y señaló un verso al azar:

«Ahora estoy a merced del oleaje y me traen y llevan los vientos de la orilla».

Tarrés se quedó preocupado.

—Esperaba encontrar algún vaticinio más edificante.

—Hay que ver el contexto. ¿Quién dice esas palabras? —le pregunté.

—Es el canto IV. El que habla es Palinuro, el piloto ahogado.

Otro de los cuadernillos estuvo dedicado a los algoritmos matemáticos. Ese trabajo sirvió de excusa para que entrara al Círculo, unos meses más tarde, Gabriel Cimer, que entonces trabajaba en el archivo del diario *La Razón* y que siempre estaba imaginando nuevos sistemas para organizar la información. Hubo otros cuadernillos que no recuerdo y que no conservo; el último, que empecé a escribir yo y que no llegó a aparecer, tenía por tema la obra de Maldany y su relación con Colina Ross. Éste lo recuerdo con toda precisión, casi como si hubiera existido. Nada excita más a la memoria que lo no logrado, como si la memoria estuviera cansada de esa servil subordinación al pasado, y aceptara con agrado las tareas pendientes, todo lo que tiene una partícula de futuro en su estructura.

Al salir de una de mis clases, me crucé con Colina Ross. Me devolvió un primer borrador del cuadernillo sobre Maldany. Eran unas veinte carillas escritas a máquina. Esperaba que me hubiera hecho alguna marca, señalado un error o aprobado un párrafo o una frase, pero no había ninguna. Contra su costumbre, me dio una palabra de aliento:

—Está trabajando muy bien, Dorey. No vamos a dejar que nuestro Maldany caiga en las manos de ese impostor.

—¿Qué impostor?

—Crámer. ¿No se acuerda? Víctor Crámer. —Hacía meses que nadie nombraba a Crámer. Recordé la charla que habíamos tenido, hacía tiempo, en el vagón de subte—. Él quiere apoderarse de Maldany. Yo lo conocí, fui su amigo, y eso no me lo va a perdonar jamás.

—Pensé que hacía tiempo que Crámer había dejado de ser un peligro. Pensé que no estaba, que se había ido.

—Crámer siempre está. Si no nos acordamos de él, es porque quiere ser olvidado. Va a volver cuando menos lo esperemos.

A lo largo de los meses llegué a tomar cientos de anotaciones sobre la amistad entre Maldany y Colina Ross. Algunos datos los conseguí a través de sus clases, otros gracias a preguntas directas, que respondía siempre con reticencia. También revisé los pocos papeles que estaban en poder de Eleonora. Entre ellos una foto de Marilú Miller en el momento de su

esplendor, cuando filmó su única película: *La fuente del sapo*. Tenía los ojos grandes y usaba el pelo corto. Eleonora se le parecía, pero había en la actriz un aura infantil que ella había perdido.

OceanofPDF.com

La lengua de Dédalo

Colina Ross tenía treinta años cuando conoció a Marilú Miller en la confitería París de La Plata. Ella todavía usaba su nombre verdadero, María Luisa Bartoldi, y se reunía todos los viernes en el primer piso de la confitería con un grupo vocacional de teatro. Uno de los actores había sido compañero de Colina en la Facultad de Humanidades y se la presentó. María Luisa tenía entonces veinticinco años pero usaba el pelo muy corto y parecía de 16. Trabajaba de secretaria en un estudio jurídico y había actuado en algunas obras de Chejov y de Ibsen en pequeños teatros de La Plata. El director de una de esas obras le pidió que se pusiera un nombre artístico, porque «María Luisa Bartoldi» era muy largo, y no era nombre para una actriz. Como todos la llamaban Marilú, y como esa tarde tenía en la mano una edición de *La muerte de un viajante* de Arthur Miller, entonces poco conocido en Buenos Aires, el director le propuso el seudónimo de Marilú Miller. A ella le sonó bien.

Colina Ross obtuvo una beca de una fundación anglo-argentina para viajar a Londres. Se proponía estudiar unos fragmentos de Arquíloco, un poeta griego, conservados en las bóvedas del Museo Británico. El manuscrito en cuestión era un papiro hallado en Egipto a fines del siglo XIX, e incluía también fragmentos de alguna tragedia perdida de Sófocles sobre el sitio de Tebas. La beca era por dos años, y cuando se lo dijo a Marilú ella lloró dos noches seguidas, una por cada año que no se verían. Para consolarla Colina Ross le aseguró que en cuanto ahorrara lo suficiente le enviaría un pasaje, para que fuera a visitarlo.

Por ese entonces la fortuna familiar estaba casi acabada. El padre — bioquímico — había muerto un año atrás, y las sales Colina languidecían en los estantes de las farmacias. La familia era dueña todavía de unos campos, pero estaban a la sombra de trámites sucesorios. La madre del profesor vivía sola en la gran casa de La Plata, con su desordenado jardín y su torre en el fondo, oscurecida por la hiedra. La beca era un salvoconducto para

que Colina Ross pudiera alejarse de su madre, siempre rodeada de gatos y con la casa empequeñecida por los cuartos clausurados, abarrotados de baúles, jarrones y lámparas. La señora Colina se había visto obligada a abandonar esas regiones de la casa porque no daba abasto con la limpieza y se negaba a contratar personal doméstico. «Las mucamas son todas espías del gobierno». Aún después de la caída de Perón se negaba a contratar mucamas. «Todas espías al servicio del tirano prófugo».

Colina Ross tomó la costumbre de escribirle a Marilú todos los días, aunque enviaba las cartas cada dos o tres. A veces anotaba una sola línea, resumiendo el día en un instante; pero Marilú confundía esas epifanías con la indiferencia y el hastío. Eleonora conservaba algunas de estas cartas, todas en sobres vía aérea y papel traslúcido. Colina Ross no era muy efusivo: apenas un «te extraña» y luego su firma, Ezequiel, como si no pudiera extrañarla en primera persona.

En los meses siguientes las cartas fueron y volvieron a través del océano. Las de Marilú escritas de un tirón y con las estampillas de Perón y Evita. El tema principal eran sus sentimientos. A veces anotaba cosas de su vida, pero lo importante era el modo en que su mente imaginaba, recordaba, proyectaba hacia el futuro. Las de Colina Ross eran más breves, y tenían estampillas con la cara de la joven reina de Inglaterra, y hablaban de su creciente fastidio por los manuscritos de Arquíloco, el poeta que había elegido. La sabiduría es siempre retroactiva, escribía Colina Ross: nos sirve para reconocer que tomamos el camino equivocado, pero no para reconocer en el momento oportuno el camino correcto. Sus cartas daban la intención de alguien perdido, que ha viajado mucho sin saber exactamente para qué. Todo eso cambió cuando Colina Ross empezó a trabajar con Alexander Maldany en el desciframiento de lo que se dio en llamar «la lengua de Dédalo», una escritura ocho siglos anterior a *La Ilíada*.

Ya desde los años 20 la lengua de Dédalo se había convertido en la obsesión de los mayores arqueólogos del mundo. Nadie había podido descifrar una sola palabra, pero en congresos y publicaciones académicas todos discutían y se impugnaban mutuamente sus observaciones. De todas las lenguas que permanecían sin descifrar, la lengua de Dédalo era la que había reunido la mayor cantidad de artículos y conjeturas, como dos siglos

antes había ocurrido con los jeroglíficos egipcios. La oscuridad de la lengua servía a algunos académicos para decir que encerraba un mundo de belleza y conocimiento, y a otros para repetir que era la nueva Atlántida de la arqueología: una quimera, una fantasía, algo que sólo revelaba nuestra inagotable necesidad de extrañamiento y hechizo.

OceanofPDF.com

Maldany

Alexander Maldany era un hombre alto, algo tímido, pero que tenía un encanto personal considerable.

—Era de esas personas a las que basta un par de palabras para convertirse en el centro, como si su sola presencia desgarrara el manto de tedio que existe en toda reunión —me explicaba Colina Ross.

Cuando conoció a Maldany, el profesor le escribió a Marilú Miller: «Él abre la boca y todos sabemos, de pronto, que hasta entonces nos habíamos aburrido, que hasta entonces no habíamos prestado verdadera atención a nada. Pero él nos devuelve la curiosidad, el asombro».

Le pregunté una vez cómo se había acercado a él, y me respondió:

—Yo había asistido a una de sus clases. A cada frase dominada por el entusiasmo oponía otra dominada por la melancolía. Era flojo en griego y no tenía ningún escrúpulo en reconocerlo. Un par de meses más tarde lo encontré en un pasillo. En realidad podría no haberlo reconocido, o no haberme atrevido a interrumpirlo porque siempre andaba apurado y mirando el suelo, como si hablara consigo mismo, pero esa vez se había detenido a ver una especie de abejorro que golpeaba contra una ventana. La luz le daba en la cara y fue por los reflejos rojizos de su cabeza que lo reconocí. Le hice alguna observación acerca de la *Scripta Minoa*, el volumen en el que el arqueólogo Evans había reunido aquella escritura misteriosa. Al principio me escuchaba con una atención más puesta en el abejorro que en mí, pero cuando le señalé que un grupo de signos se repetían con sorprendente frecuencia me miró. «¿Por qué habla con ese acento? ¿Es italiano?», me preguntó. Le expliqué que era argentino. Bastaron esas pocas palabras para que Maldany me pidiera que colaborara con él. Estaba rodeado de los mayores especialistas en lengua griega del mundo, de arqueólogos, de lingüistas; me vio a mí, que venía de lejos y que estaba perdido, y me sintió un igual. Ninguno de los dos tenía un apellido ilustre, un árbol genealógico, un escudo de armas, una casa en el campo:

estábamos perdidos en aquel mundo compartimentado en colleges que libraban guerras secretas desde el siglo XIV. Y yo además era argentino, que en ese mundo era como tener un certificado de inexistencia firmado por la reina y Dios.

Maldany no era arqueólogo, sino arquitecto, pero tenía desde niño un don para las lenguas (el mismo don que tenía Champollion). Había aprendido con facilidad seis idiomas, pero tenía dificultades para el griego. (Es muy habitual, me confió Colina Ross, que personas con extraordinaria facilidad para los idiomas tengan problemas con el griego antiguo, mientras que personas con mucha resistencia al aprendizaje de lenguas puedan traducir griego con facilidad. El latín, el inglés, las matemáticas, la habilidad para el dibujo y la música se alojan en la misma zona del cerebro; el griego antiguo en una muy distinta. No sé de dónde sacaba Colina Ross estas precisiones anatómicas).

La obsesión de Maldany con la escritura de Creta comenzó a partir de una excursión escolar. Tenía 14 años cuando visitó con unos condiscípulos una exposición sobre arqueología en un museo de Londres. La muestra celebraba los 50 años de la Escuela Británica de Atenas. Le tocó asistir, al principio sin mayor entusiasmo, a una conferencia de Arthur Evans, el arqueólogo que había encontrado el palacio de Cnosos y los restos de lo que se dio en llamar la civilización minoica. Evans no era un académico, era un aventurero: había gastado todo lo que tenía en viajes agotadores, en sirvientes peligrosos y en sobornos a las autoridades.

Cuando alguien le preguntó a Evans qué lo había impulsado a buscar ese palacio fantasmal, respondió: «La leyenda del rey Minos, que me contaba una niñera antes de dormir».

Evans gastó la fortuna de su familia en viajes, excavaciones y en los problemas que traen los viajes y las excavaciones, y finalmente dio con el palacio de 1500 habitaciones, y con una cultura entera hasta entonces completamente desconocida. Después de desgranar frente a los escolares los recuerdos de su vida de arqueólogo, Evans habló de las tablillas que había encontrado, escritas en lo que llamaba la lengua de Dédalo. No sólo no habían sido descifradas, sino que ni siquiera se había encontrado alguna

lengua con la que pudieran guardar un parentesco. Evans escribió en un pizarrón algunos signos encontrados en las tablillas.

«Parece un laberinto visto de arriba», dijo Maldany. Los signos eran los obstáculos y corredores de esa construcción imaginaria.

El arqueólogo le dio la razón:

«Son mi laberinto portátil».

Maldany levantó la mano y preguntó si había entendido bien, si era cierto que nada, ni siquiera un signo había sido descifrado.

«Ni un signo», respondió Evans.

«Voy a dedicarme a descifrar la lengua de Dédalo», dijo Maldany, que tenía 14 años.

«Me parece una magnífica idea, pero temo que no estaré vivo para cuando usted haya encontrado la solución al acertijo».

Evans tenía razón: la empresa le llevó a Maldany veinte años. Para entonces, y a pesar de que tuvo una larga vida, Evans hacía mucho que había muerto.

Durante la guerra, Maldany sirvió en la RAF como navegante de vuelo de los bombarderos Lancaster que destruyeron las ciudades alemanas desde 1944 hasta la rendición. En una pequeña mesa, iluminado por una luz muy tenue, trataba de descifrar los mapas de Alemania, mientras el avión, con las luces de las alas apagadas, avanzaba en la noche.

Cuando la guerra terminó, se comenzó a hablar del método que habían usado los servicios secretos ingleses para quebrar el código secreto de los alemanes. Eran informaciones en voz baja, confidencias, secretos revelados muy tarde en la noche y después de algunas copas: la verdad saldría a la luz muchos años después. Pero lo que decían los rumores era que se había logrado descifrar los mensajes secretos alemanes gracias a un grupo heterogéneo de expertos en palabras cruzadas. (*Venga a nuestra redacción y resuelva un juego de palabras cruzadas en menos de 12 minutos; si lo consigue, un filántropo donará 100 libras a una institución de caridad*). Maldany prestaba mucha atención a esos rumores.

—Alexander decía que los rumores son el único oráculo que sigue en pie —recordaba Colina Ross—. Nos advierten que en algún rincón, lejos de nuestra vista, el futuro está empezando a ocurrir.

A Maldany, a quien apasionaban las historias de espías, le pareció que tal vez no fueran tan diferentes los mensajes cifrados del alto mando alemán y las tablillas de Creta y por eso decidió aplicar el método usado contra las máquinas Enigma para resolver el caso de la lengua de Dédalo. Se propuso reunir versiones distintas, contradictorias, jugar con las variantes posibles hasta que apareciera algo que tuviera sentido. Empezó a llamar a sus hipotéticos colaboradores *Nuestros expertos en palabras cruzadas*. Maldany explicaba al joven Colina Ross:

«A pesar de lo que se dice de los periodistas, yo mismo he podido comprobar lo inteligente que se vuelve la gente en los periódicos, mientras que las facultades de humanidades parecen destruir las neuronas de los académicos. En las redacciones los tontos se vuelven sabios, y en las universidades los sabios se vuelven tontos. Esto ocurre por lo siguiente: por limitado que sea un individuo, en los periódicos trabaja junto a otras cabezas, aprende de los demás, y si se equivoca, será advertido de su error al día siguiente. Cuando consulta en el archivo, ese laberinto alfabético, en general es por algo pertinente, ya que todos los periodistas están muy ocupados, y si dedican un rato del día a buscar en sobres polvorientos es porque tienen una buena razón. En las universidades ocurre todo lo contrario. Las cabezas están aisladas. Cada uno ocupado sólo de su tema. Si alguien avanza por el camino equivocado, pueden pasar años antes de que sea advertido de su error. Para resolver la lengua de Dédalo debemos actuar como periodistas, debemos conectar tantas cabezas como sea posible, como hicieron los especialistas para descifrar los mensajes enviados por las máquinas Enigma».

Colina Ross parecía hacer esfuerzos por no hablar de Maldany en sus clases y en sus conversaciones, pero volvía una y otra vez a mencionarlo, a propósito de cualquier cosa. Yo tomaba notas, a veces frente a él, y otras veces a sus espaldas. Tenía una libreta azul en cuya primera página había escrito: *Maldany*. A veces le pedía que pusiera en palabras su memoria, pero él escribía algún artículo de vez en cuando sólo para sumar puntos que le permitieran no quedar fuera de carrera en caso de un eventual concurso. Se negaba a escribir libros. Y, sobre todo, se negaba a escribir sobre Maldany.

—Soy un maestro oral, como Sócrates y Jesucristo —se burlaba—. La letra mata, pero el espíritu resignifica.

Durante sus años en Inglaterra, Colina ayudó a Maldany en todas las etapas de su trabajo, inclusive la primera, que fue tal vez la más ardua e inútil, que consistió en redactar y enviar un minucioso cuestionario sobre aquella lengua desconocida a todos los especialistas que habían opinado al respecto. A la oficina de Maldany llegaban —con la tardanza característica de los académicos— decenas de sobres. Colina Ross era el encargado de abrirlos y darles una primera lectura.

A pesar de sus escasas capacidades para la clasificación, Colina Ross colaboró con la reunión y análisis de aquella encuesta, que era en la mayoría de los casos una colección de errores, peleas entre académicos que se odiaban y minuciosos trabajos que acumulaban bibliografía para llegar a la conclusión de que la respuesta a aquel enigma sería siempre una página en blanco. Pero, tal como había previsto Maldany, el hecho de que la información se reuniera en un solo lugar, que se rompiera el aislamiento (como se había roto en la *Station X* de Bletchley Park, como se rompe cada día en la redacción de un gran periódico) era el camino para encontrar la verdad. Colina Ross lo había ayudado también con el griego, lo que finalmente sería fundamental para el desciframiento de aquella escritura.

A veces Colina Ross lo encontraba en su estudio o en un banco en el parque leyendo novelas policiales. Pero no eran las novelas que le gustaban a Colina Ross, con la trama concentrada en una casa de campo, un tren varado en la nieve o en un gran hotel. Las portadas de los libros que elegía Maldany abundaban en escorpiones, en bolas de cristal, en jeroglíficos egipcios, en manos que sostenían puñales orientales. Sus autores favoritos eran Edgar Wallace —a quien Colina Ross conocía por las ediciones de la editorial Tor de Buenos Aires—, y dos escritores por completo desconocidos para él: Talbot Mundy y Leo Perutz.

En los libros de Wallace personajes misteriosos intercambiaban mensajes en trenes nocturnos; sus asesinatos nunca se libraban de signos misteriosos que prometían más asesinatos. Al final se necesitaban vastas conspiraciones internacionales para explicar las abundantes incoherencias. De Talbot Mundy le gustaba sobre todo *Los nueve desconocidos*, cuyo

título hablaba de una secta de nueve sabios, adoradores de la diosa Kali y guardianes de nueve libros donde estaba cifrada una sabiduría ancestral. Leo Perutz era un escritor checo de habla alemana. Las portadas decían que había sido también un brillante matemático. Sus misterios no eran convencionales: en una de sus novelas los habitantes de una aldea caían en un frenesí religioso sin límites; en otra, una serie de personajes morían a causa de la lectura de un libro.

Chesterton había dividido las novelas policiales entre aquellas que pertenecían al «cuarto amarillo» (un enigma perfectamente definido, un grupo de sospechosos limitado, una explicación económica y racional) y las del «peligro amarillo», con sus conspiraciones de chinos, hindúes o de lo que fuera. Chesterton, por supuesto, prefería las primeras, y Colina Ross también. Pero a lo largo de los meses que pasó con Maldany, el profesor llegó a comprender por qué al arquitecto lo seducían más las conspiraciones exóticas que los enigmas domésticos. Las esperanzas y terrores de sus atolondrados detectives eran las esperanzas y terrores de Maldany. Como ellos, él rechazaba una respuesta moderada. Quería una revelación total y absoluta. Habría odiado una respuesta que acabara con el misterio; deseaba una respuesta que multiplicara el misterio sin fin.

—Todas las novelas policiales me decepcionan —decía Maldany—. Excepto aquellas que no termino de entender.

La visitante

Colina Ross cumplió su promesa, ahorró unas cuantas libras esterlinas y envió a su novia un pasaje en avión. Marilú interrumpió los ensayos de *La alondra* de Jean Anouilh y viajó a Londres. Cuando se encontraron en el aeropuerto, los dos se vieron cambiados. Ella tenía el pelo muy corto por exigencia de la obra, él se había dejado el bigote. Vivieron juntos durante tres meses en un pequeño departamento, que era más bien un altillo. A la dueña de la casa, una severa viuda, no le gustó nada la llegada de una mujer a la vida de su huésped. Para evitar problemas Colina Ross presentaba a Marilú como su esposa, aunque no estaban casados.

Por ese entonces Colina Ross había descubierto algo llamado *ley de Zipf*, y ensayó su aplicación a la lengua de Dédalo. Zipf era un lingüista norteamericano que en 1940 había hecho un descubrimiento singular: la frecuencia de las palabras en la lengua inglesa respetaba un orden matemático. La palabra más común aparecía el doble de veces que la segunda más común, el triple de veces que la tercera más común, el cuádruple de veces que la cuarta... y así seguía con su serie. Muy pronto otros lingüistas trataron de aplicar la regla a otras lenguas, como el español, el alemán o el italiano, y la ley demostró tener una validez universal. La ley de Zipf quedó convertida en un instrumento para poder definir si una serie de signos cuyo significado se ignora es realmente parte de una lengua existente o una completa invención. De hecho se la aplicó al manuscrito Voynich, un libro hermético del Renacimiento, escrito en caracteres misteriosos e ilustrado con imágenes de plantas y flores y diminutas mujeres desnudas que parecían formar parte de un ritual o encantamiento. El manuscrito Voynich pasó la prueba de la ley de Zipf, lo que significaba que sus incomprensibles caracteres eran la transcripción, a un alfabeto inventado, de algún idioma real.

Pero Colina Ross no tuvo la misma suerte que los aficionados al manuscrito Voynich: descubrió que la lengua de Dédalo no respondía a esta

ley. La frecuencia de las palabras no seguía ningún orden predecible.

Este descubrimiento debía haber obligado a Maldany a moderar sus esperanzas de encontrar, bajo los oscuros signos, un texto lleno de orden y significado. No quería decir que la lengua no fuera una lengua, pero sí que podía ser, por ejemplo, una larga lista de nombres propios o de objetos. Un tratado de filosofía, un artículo de una revista de modas o un canto de la *Divina Comedia* permiten verificar la ley de Zipf, pero no la lista de ingredientes de una receta o el catálogo de una biblioteca. Maldany le imploró a Colina Ross que se abstuviera de aplicar «la ley maldita» y siguiera atento a la correspondencia, para ver si alguno de sus múltiples corresponsales proponía algo que pudiera resultar útil a su investigación.

Muchas veces el profesor pasaba la noche entera trabajando en las oficinas de la facultad, para disgusto de Marilú, que sentía que esa soledad a la que ahora estaba condenada conmemoraba la larga soledad anterior. Marilú no quería ser espectadora de las rutinas de su novio: quería ser la excepción, la interrupción, el interminable recreo. Pero Colina Ross no quería distraerse de su trabajo. Intentaba hacer un esquema general con el resultado de las encuestas enviadas a los mayores arqueólogos y expertos en lenguas del mundo.

Decía Colina Ross: «Al seguir los pasos de Maldany, yo había caído en el peor error epistemológico: el respeto a las ideas ajenas».

Pero a la vez descubrió que los errores podían resultar inspiradores. No los errores razonables y sensatos, sino los otros: los disparates. Había algo en el disparate que seducía a la imaginación, y mostraba un camino nuevo, aunque se tratara de un camino bloqueado. Una serie de corresponsales misteriosos, autodidactas alejados de la universidad, había descubierto la encuesta de Maldany, y enviaban sus propias respuestas. Los locos siempre llegaban a una traducción total y absoluta de los viejos signos.

—A toda lengua misteriosa le llega su Athanasius Kircher —decía Maldany—. ¿Terminaremos nosotros por convertirnos en eso?

Mientras Colina Ross se hundía en sus papeles, Maldany se encargaba de llevar a Marilú al teatro y a alguna reunión social. Por ese entonces el arquitecto tenía una novia alta y extremadamente pálida a la que nunca le cayó bien Marilú. A veces iban al cine los cuatro en el coche de Maldany,

un Bristol azul. A Maldany le gustaban las comedias y las películas de gánsters norteamericanas y las películas de Hitchcock, sobre todo las que había filmado en Inglaterra antes de marchar a los Estados Unidos, como *La dama desaparece* y *Los 39 escalones*, vertiginosas como sueños. A la salida del cine entraban en alguno de los bares de la ciudad, atiborrados de estudiantes, y allí les tocaba a Marilú y a Maldany llevar el peso de la conversación. Colina Ross siempre estaba silencioso y la novia de Maldany, por puro rencor contra la belleza de Marilú, se hacía eco de ese silencio. Pero a veces hablaba, como cuando Marilú fantaseó con hacer carrera en Hollywood y ella le respondió: «Es mejor que primero aprendas a hablar bien inglés; si no, estás condenada al papel de la mucama».

El período en el que Marilú estuvo en Inglaterra coincidió con los meses previos a la revelación final. Colina Ross se preguntaba si la charla de Marilú, su desinterés por todo aquel mundo académico, sus bostezos ante la mínima mención a la lengua de Dédalo, sus chistes tontos, las películas de las que hablaba, con una memoria prodigiosa hasta para el último de los actores de reparto, la música que oía en la radio, siempre vulgar y siempre demasiado fuerte, todo lo que había hecho por distraerlos de su trabajo no había sido lo que había dado a Maldany el impulso para resolver al fin aquel enigma.

A menudo es la dispersión lo que nos lleva al corazón del asunto, decía Colina Ross.

El poema

Aquellas tablillas encontradas en Cnossos se habían salvado del total olvido por una casualidad. Los cretenses no acostumbraban a cocer el barro de las planchas donde escribían, pero a causa de grandes y remotos incendios muchas tablillas habían quedado cocidas, y conservadas así para la provisoria eternidad.

Maldany se quedaba mirando alguna transcripción, mientras recorría con su dedo los espacios en blanco, como si fuera uno de esos laberintos que aparecen en las revistas de juegos. Dejaba que su dedo se perdiera en los muros de la lengua de Dédalo. Se había convertido también para él, como lo había sido para Evans, en un laberinto portátil, y a donde iba se llevaba sus transcripciones.

Esperaba que en aquellos trazos estuviera escondida una obra maestra perdida, un poema escrito ochocientos años antes de *La Ilíada*. No se dejaba desencantar por el hecho de que, a lo largo de años de investigaciones, eran muy pocos los textos de valor hallados en su soporte original. Si algo se había salvado de la antigüedad, era porque ya en tiempos remotos alguien había descubierto su valor y lo había transcripto por completo en papiros, pergaminos o libros, o había citado algún fragmento en otra obra.

Maldany había empezado a llamarlo «el poema», al principio en tono de broma, y luego sin ninguna ironía. «Cuando aparezca el poema...» decía, pero no completaba la frase. Quien está enamorado, nombra a la amada a propósito de cualquier cosa, sólo por el placer de nombrarla. Así le ocurría a Maldany con «el poema».

¿Era posible que «el poema» mostrara el lazo entre los poemas homéricos y las antiguas culturales orientales? ¿Era posible que ahí estuviera escondida una especie de ur-*Ilíada*, que narrara la historia del dios ausente, ese dios que, después de las mil transformaciones provocadas por

la transmisión oral, había terminado por convertirse en el Aquiles homérico?

Al final de una de sus clases, le pregunté a Colina Ross:

—Si Maldany no había descifrado un solo signo, ¿qué le hacía pensar que había un poema entre aquellos fragmentos?

—Alexander era muy racional para otras cosas, pero tenía la enfermedad que padeció Nerval, que padeció Strindberg, que padeció el pobre Akutagawa.

—¿Cuál?

—La manía de las correspondencias. Hay un nombre griego para eso, pero no lo recuerdo. Es el mal que nos lleva a pensar que cualquier signo que vemos por ahí no es un vestigio del azar, sino algo que ha sido enviado directamente hacia nosotros por el destino. Nerval veía la correspondencia entre las caminatas de unos locos en el hospicio y el movimiento de los planetas. Akutagawa relacionaba una serie de desgracias que lo rondaban con los impermeables que veía a su alrededor. Para él la desgracia llegaba vestida de impermeable en un día de lluvia. Strindberg veía los actos de una mano invisible en curiosas correspondencias de la naturaleza, en nombres de calle que parecían hablar de su vida, en libros abiertos al azar en un párrafo o una palabra que albergaban terribles significados. Maldany llamaba a estas casualidades y señales *la oficina de correo de los dioses*. Cuántos hombres han creído ver prefigurado su destino en alguna conversación oída al pasar, en unos afiches pegados en la pared de un baldío, o en algún sueño.

—¿Alguna vez Maldany soñó que lo que descifraba era un poema?

—No, era inglés, los ingleses no sueñan. O por lo menos no recuerdan sus sueños. Pero un incidente de su vida lo llevó a la convicción de que lo que lo esperaba después de treinta siglos era un poema.

—¿Qué incidente?

—Algún día se lo contaré. Yo lo llamo el «incidente de la bicicleta verde».

A Maldany le bastó descubrir que aquellos signos no eran letras, sino sílabas, y que eran una forma arcaica del griego, para que el significado

comenzara a aparecer. Lento, después de su siesta de siglos, el sentido se dejaba ver.

Para entonces Marilú se había ido. Había estado tres meses en Inglaterra, pero tuvo que volver a La Plata cuando su permiso de residencia se terminó. Cuando partió, su pelo, cortado para su papel de Juana de Arco, ya había crecido. En una de las cartas que Colina Ross le envió a Marilú en los meses siguientes, le decía, tal vez para halagarla, que Maldany había quedado desolado por la partida de su compañera de conversación. El arquitecto estuvo taciturno durante días enteros. Cuando se reunían a trabajar, Maldany interrumpía para hacer reflexiones absurdas sobre las películas que había visto y que Colina Ross había olvidado por completo. Nunca vi las cartas de Marilú (quién sabe si Colina Ross las había conservado), pero según pude deducir a partir de las líneas de su novio, Marilú fingía que no la halagaba esa lejana devoción.

«Le envié, como siempre, tus cariños a Alexander», escribía el profesor.

OceanofPDF.com

El triunfo

El descubrimiento no fue obra de un instante, fue una constelación que unía dispersos fragmentos: la semejanza de unos pocos signos con las letras griegas; la posibilidad de que se tratara —por la brevedad de las palabras— de una escritura silábica, el carácter «enumerativo» de muchos de los textos hallados... La lengua de Dédalo confirmó lo que la intuición le había dictado a Maldany (intuición de la que luego se había alejado): era una variante arcaica del griego.

Al resolver lo que los académicos llamaban «el enigma cretense», Maldany se convirtió en la gran figura de la arqueología mundial. La noticia escapó de los medios académicos y llegó a los periódicos, y una y otra vez lo llamaban «el Champollion inglés». «El arquitecto que descubrió la salida del laberinto», tituló algún diario. Periodistas de países lejanos venían a entrevistarle en su despacho, y le sacaban fotos y él se sonrojaba y simulaba que su participación había sido casual o menor. A los fotógrafos les costaba lograr que mirara al objetivo. Siempre bajaba la vista.

Y sin embargo su triunfo lo sumió en una perdurable melancolía, como si aquellos mensajes venidos del fondo de los tiempos le hubieran transmitido un sentimiento de derrota que sólo a él estaba destinado.

Decía Colina Ross: «Si se hacía una reunión en su honor, uno lo encontraba en el balcón, fumando, solo, como si en lugar de ser el homenajeado fuera uno que llegó por error, uno que no conoce a nadie y a quien no se le ocurre ningún tema de conversación. ¿Vio esos platos que tienen una rajadura que los hace extremadamente frágiles, pero que sólo aparece cuando el plato se calienta? Fue su triunfo lo que hizo que la rajadura, que seguramente estaba ahí desde siempre, saliera a la luz».

La traducción de aquellas sílabas fue revelando que no se trataba de ningún poema. Eran anotaciones comerciales, transacciones, listas de cosas que había que comprar. Bueyes, odres, sacos de harina. Salarios para soldados, cocineros, mensajeros: los rutinarios gastos del palacio. No había

nada que a Maldany le interesara menos que la vida cotidiana del remoto palacio. No quería saber nada de bolsas de cereal o de odres de vino o de bueyes o de esclavos. No era un historiador, no era un marxista: era un romántico. Quería un hechizo que volviera a encantar el mundo. A medida que cada signo era alcanzado por la interpretación, Maldany miraba los trazos que quedaban por descifrar, como si «el poema» fuera como un fugitivo que se esconde en refugios cada vez más pequeños, en su huida de traductores implacables. Pero pronto fue evidente que «el poema» ya no tenía dónde ocultarse.

Odres, bueyes, esclavos.

Era lógico que aquella escritura no hubiera pasado la prueba de Zipf, porque era una colección de sustantivos, una lista de cosas y no el reflejo de la lengua real, con sus pronombres, verbos, adjetivos, promesas, vacilaciones y mentiras. Apenas Colina Ross le hizo esta observación, Maldany le pidió que jamás volviera a nombrar a Zipf.

—Al que es alcanzado por la maldición, no le sirve de nada pensar en el oráculo que debió haber obedecido.

La trampa había durado siglos y milenios y él había caído en ella. Le había costado mucho descifrar el mensaje, y ahora hubiera querido devolverlo a la oscuridad.

OceanofPDF.com

La despedida

Un año después de haber sido declarado el Champollion inglés, Maldany fue en barco a Río de Janeiro, donde dio una conferencia y luego continuó viaje a la Argentina. Visitó la Universidad de Tucumán y la de Córdoba. Fue a ver luego a su amigo Colina Ross y se alojó en un hotel en La Plata. Durante tres meses vio todos los días a Colina Ross y a su esposa. Cenaban juntos todas las noches, e hicieron también pequeños viajes al Tigre y al campo, a la estancia de una familia amiga.

«Maldany siempre estaba a punto de decir algo, pero no lo decía. Parecía que no podía encontrar las palabras adecuadas», recordaba Colina Ross.

Él trabajaba entonces como profesor en un colegio secundario. Daba matemáticas, filosofía, lógica, lo que hiciera falta.

Le pregunté a Colina Ross:

—¿No le extrañó a Maldany que usted, que había participado en el desciframiento de la lengua de Dédalo, estuviera dando clases en un colegio secundario de las afueras de La Plata?

—Le parecía natural que en un país como Argentina ocurrieran cosas extrañas. La normalidad lo hubiera sorprendido. Los hombres civilizados sienten un gran respeto por todo lo que ocurre lejos de su casa: el casamiento por castas, la lapidación de las mujeres adúlteras, el canibalismo.

Colina Ross aprovechó la llegada de Maldany para casarse con Marilú. Lo hicieron sólo por civil, a pesar de que ella hubiera querido casarse de blanco y por iglesia. Tuvo que conformarse con un sencillo vestido verde agua y una capelina. La fiesta contó con pocos invitados: la familia de Marilú, algunos amigos del mundo del teatro. Por parte del novio sólo estuvieron su madre, su prima, Haydée Porta, con la que había jugado en los interminables veranos de su adolescencia en la quinta de City Bell, y

Maldany, que fue uno de los testigos. No invitó a ninguno de sus ex colegas de la facultad.

Después del civil fueron a una confitería del centro de La Plata, cuyo primer piso funcionaba como salón de fiestas. Marilú insistió en bailar el vals. Colina Ross dio unos pasos torpes y después se la cedió a Maldany, que giró con ella por la pista, bajo una claraboya con vitrales de colores, y siguió bailando sin que nadie se la arrebatase, hasta que la pista se fue vaciando de parejas y quedaron solos.

Cuando los recién casados regresaron de su luna de miel (una semana en Mar del Plata) descubrieron que Maldany había cancelado las dos conferencias que tenía pendientes (una en el Club Argentino de Ajedrez, otra en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires) y había regresado a su país.

Unos meses después de su regreso a Inglaterra, Maldany murió en un accidente de coche. Había estado hasta tarde encerrado en su oficina en la universidad. Al parecer, había vuelto a sus antiguas traducciones, tratando de ser más preciso en su significado. Un portero confirmaría después que vio la ventana de su despacho iluminada.

Luego de trabajar en la *Scripta Minoa* hasta las dos de la mañana, se subió a su automóvil y tomó un camino que llevaba a Norwich. Viajaba solo y a toda velocidad por una ruta desierta cuando su auto se estrelló en plena noche contra un camión estacionado al costado de la ruta. Qué estaba haciendo en esa ruta Maldany, nadie lo supo jamás. Su cuerpo atravesó el parabrisas. Murió de inmediato. Tenía 37 años.

Su coche era un Bristol, fabricado por una empresa que durante la guerra había fabricado aviones, los mismos bombarderos que Maldany había tripulado en la noche alemana.

Cuando Maldany murió, hacía tiempo que el interés por la escritura cretense se había apagado por completo. Hubiera querido ser Athanasius Kircher y encontrar un mundo lleno de belleza y significado: le tocó ser Champollion, y debió conformarse con la verdad.

La maldición cretense

Cuando Colina Ross se enteró de la muerte de su amigo, Marilú estaba internada en una clínica de La Plata porque había tenido problemas con su embarazo, ya de siete meses. El médico le había indicado reposo absoluto hasta el momento del parto. Sabía cuánto quería Marilú a Maldany, y le ocultó la noticia hasta que la niña nació. Colina Ross sacaba todos los diarios que encontraba, por la posibilidad de que en algún pequeño recuadro apareciera alguna referencia a la tragedia de Maldany. Los cambiaba por novelas de Stefan Zweig o William Somerset Maugham. También fotonovelas, que a ella le encantaban, y la *Radiolandia*.

Cuando volvieron a la casa, Marilú le pidió que avisara a Maldany del nacimiento de Eleonora. Su esposo tuvo que decirle la verdad. Marilú no lloró, pero durante días estuvo absolutamente callada. Sólo hablaba en susurros con la bebé. La madre de Colina Ross trataba de sacarle en vano alguna palabra, la atormentaba con consejos y la atiborraba de pociones y ungüentos diversos de los laboratorios Colina.

La muerte de Maldany podía resultar misteriosa, pero más me intrigaba el giro que había sufrido la carrera de Colina Ross.

Al embarcar en Inglaterra era una promesa de la ciencia argentina. El consejo directivo de la Universidad de La Plata lo había invitado a organizar la primera cátedra especializada en desciframiento de lenguas arcaicas y criptografía. Cuatro meses después de su regreso ocupó su primer cargo: una suplencia como profesor de filosofía en un colegio de la periferia de La Plata. Parecía un destino de fugitivo. Era como si al cruzar la línea del Ecuador hubiera cruzado la línea del fracaso.

Le costó tres años volver a conseguir un puesto en la Universidad. Y como ayudante de trabajos prácticos, compitiendo con estudiantes de 22 años.

Le pregunté a Colina Ross si había habido algún problema político que explicara ese castigo. Por toda respuesta me dijo:

—Vea, Dorey, los viajes transoceánicos son muy aburridos. Y al fin y al cabo también a mí me alcanzó la maldición cretense.

OceanofPDF.com

La promesa

No hubo en mi vida un momento de mayor entusiasmo que los primeros tiempos del Círculo de Criptógrafos. Las reuniones me llenaban de energía, y hacía proyectos de investigación sobre los temas más disímiles. Leía sobre Giordano Bruno, sobre Alan Turing, sobre Champollion, sobre la larga tradición de libros malditos, sobre el manuscrito Voynich, sobre alquimia, sobre la historia de la CIA. Adoraba a Eleonora y me quedaba mirándola en una reunión, o en una clase, como si la viera por primera vez. También mi carrera como profesor me llenaba de entusiasmo. En mis primeras clases mi timidez me había hecho perder el hilo de la conversación, y a veces hasta la voz, pero pronto aprendí a hablar sin leer. Me hacía un esquema de la clase y eso me bastaba para hablar hasta el final.

Por ese entonces intentaba vincular el mundo de la criptografía a la literatura: siguiendo los pasos de Colina Ross, centraba mis clases en Edgar Allan Poe, en la interpretación hermética de la *Divina Comedia*, en la figura del anagrama en la poesía, en las correspondencias que aparecían en Baudelaire, en Nerval y en Rimbaud. En una pequeña editorial alcancé a publicar una pequeña antología de cuentos sobre criptografía. Algunos autores eran célebres, como Edgar Allan Poe (*El escarabajo de oro*), Arthur Conan Doyle (*El misterio de los bailarines*), Rudyard Kipling (*Más allá del límite*) y M.R. James (*El tesoro del abad Tomás*). Otros más bien desconocidos, como F.A.M. Webster (*El secreto de la clave extraordinaria*) y J. Dardalhon (*Explicación del texto*).

Había empezado también a pasar en limpio las notas que había tomado sobre Maldany en mi libreta azul; llegué inclusive a concebir un libro que constara de charlas con el profesor, pero él se opuso a la idea.

—¿Un libro? No, ya hay demasiados libros en el mundo.

—Pero una vez publicó el libro en la editorial Columba. Todavía tengo mi ejemplar, con las tapas rotas.

—Qué bueno que tenga un ejemplar, yo no tengo ninguno. Lo escribí porque necesitaba el dinero. Tenía que vender unos campos de mi padre, pero estaban trabados en un juicio sucesorio. Y como usted sabe, la falta de dinero es la décima musa. Las otras nueve son impostoras.

Aunque no lograba entusiasmarlo con el libro, pronto fue evidente que sí lo alegraba el Círculo de Criptógrafos. Hasta ese momento había estado aislado: no tenía contactos con otros profesores, a los que salvo raras excepciones despreciaba; y las agrupaciones estudiantiles, que nunca estaban de acuerdo entre sí, con él hacían una excepción, y lo detestaban todas por igual. El Círculo fue una manera de acercarse a los estudiantes, y de ver correr su nombre entre los jóvenes. Aunque fuéramos un grupo apartado y extravagante, éramos jóvenes al fin. Fue también un modo de acercarse a su hija. Hacía tiempo que no se hablaban, pero en las reuniones empezaron a pelearse, y cualquier discusión es mejor que el silencio.

Gracias a Fabiani, que se encargaba de la correspondencia, el Círculo había logrado convertirse en una entidad reconocida en las universidades europeas. Tal vez les resultaba exótico que en un país tan lejano hubiera gente que se dedicara al estudio de la criptografía y al desciframiento de lenguas antiguas. Llegaban a la mesa revistas de filosofía, de arqueología, de hermenéutica. Llegaron cartas de Frances Yates, de John Chadwick (que había sido amigo de Maldany), de un biógrafo de Alan Turing, de un profesor que estaba editando los diarios secretos de Ludwig Wittgenstein, escritos en clave. Las cartas iban a parar a un archivador de metal, donde se clasificaban según las iniciales del corresponsal. Fijamos en la pared unos estantes para poner allí las revistas y libros que llegaban.

Después de una reunión que terminó tarde, Colina Ross y yo fuimos caminando hasta la estación Plaza de Mayo del subte A. Antes de que desapareciera escaleras abajo, entre la turba de oficinistas que bajaban a los saltos, me dijo:

—Tengo que agradecerle esto.

—¿Qué cosa?

—El Círculo. Me ha permitido estar más cerca de mi hija de lo que nunca estuve. Si algún día me decido a publicar los papeles de Maldany, usted se hará cargo de la edición.

—¿Qué son exactamente esos papeles, profesor?

—Cartas que me mandó desde Inglaterra, artículos que me pasó para que revisara y que no llegó a publicar, apuntes de sus conferencias. Pienso que son cosas que pueden tener algún interés.

Ese breve diálogo fue mi condena. Como el pobre crítico de *Los papeles de Aspern*, empecé a fantasear con la posesión del tesoro. Los papeles de Maldany se convirtieron en mi grial. Le preguntaba al profesor en qué estado estaban, si estaban escritos a máquina o a mano; lo alertaba sobre las posibilidades de que el papel se desintegrara. ¿Los había puesto a salvo de la humedad? ¿Sabía que los clips dejan su sello de óxido sobre el papel?

Fuera de esta inquietud por los papeles de Maldany, nada me preocupaba. Los diarios traían noticias de secuestros y asesinatos. Las sucursales de bancos norteamericanos volaban día por medio, igual que los supermercados en manos extranjeras. Grupos guerrilleros tomaban por asalto comisarías y hasta cuarteles. Gremialistas de izquierda y abogados de presos políticos eran baleados en plena calle, al mediodía, y los asesinos se alejaban sin apuro en los Ford Falcon que los esperaban. Cada mes surgía una nueva organización revolucionaria con una sigla distinta, o una que ya existía se dividía, o dos que habían sido antagonistas hasta poco tiempo atrás se unían. Nosotros, lectores de lenguas perdidas, escrutadores de los símbolos que escondía la realidad, no nos molestamos en leer las señales de la catástrofe.

Nadie necesita un mundo perfecto. La perfección, aprendemos con los años, es obstinada enemiga de la vida. Basta con tener una razón para levantarse cada mañana. Yo tenía a Eleonora, tenía mis estudios, tenía mis amigos, tenía la promesa de los papeles de Maldany. Era feliz.

SEGUNDA PARTE

La invasión

OceanofPDF.com

Barnes

Fue Claudio Barnes el que abrió la puerta a la invasión.

Eleonora lo conocía bien: habían sido compañeros del Colegio Nacional de La Plata. Él era hijo del gerente de una sucursal del Banco Hipotecario. Se afeitaba la cabeza, lo que en esa época era una excentricidad. Barnes usaba unos anteojos de aro redondo y un saco de cuero negro. En los días de calor se ponía una especie de sombrero panamá, y en los de frío, una gorra. Militaba en una agrupación trotskista que en los últimos tiempos había descubierto el peronismo: asistían deslumbrados a la posibilidad de que la palabra «pueblo», abstracta y pura, pudiera encarnarse en individuos concretos, aunque impregnados de creencias bárbaras. A pesar de sus urgencias políticas, Barnes tenía un interés auténtico en el pasado, y en esa época había empezado a estudiar sánscrito. Colina Ross lo había guiado hacia la lectura de Mircea Eliade y el mundo de los mitos había fascinado a Barnes.

Colina Ross prefería ignorar por completo las inquietudes políticas de Barnes. Era evidente que confiaba en él, aunque no lo trataba con esa especie de burlona complicidad con la que trataba a Tarrés, sino con cierta respetuosa distancia. A veces se quedaban los dos hablando después de clase. Colina Ross trataba de convencerlo de que mandara *papers* a congresos y a revistas académicas con referato. Barnes decía que sí, pero no mandaba nunca nada. Yo pensaba que era por haraganería, pero ya para ese entonces la política se había convertido en la más persistente de sus excentricidades.

La única vez que vi a Colina Ross completamente ofuscado en una clase fue a partir de una inocente pregunta de Barnes que llevó, después de un rato de conversación, a lo que parecía un callejón sin salida. Le preguntó al profesor cuál era el mensaje más breve que había conocido.

Colina Ross pensó unos segundos, se acomodó los anteojos y luego respondió:

—Mucho antes de escribir sus *Vidas paralelas*, Plutarco fue sacerdote en el templo de Delfos. Era muy joven en aquel tiempo, y por lo tanto muy curioso. Un día encontró tallada en una columna una letra épsilon, que parecía estar allí desde tiempos remotos. Pronto la encontró también en el frente del templo y luego en las columnas y hasta en las monedas acuñadas en el oráculo. ¿Cómo era posible que nadie, excepto él, reparara en aquella letra, tan visible y sin embargo tan secreta? ¿Por qué a nadie más le importaba? Le preguntó a los sacerdotes más viejos, pero éstos nada sabían con certeza: cada uno tenía su propia teoría, pero ninguna convenció al joven Plutarco.

»Pasaron los años, Plutarco abandonó el oráculo, y sin embargo no se olvidó de la épsilon. Tenía más de setenta años cuando se animó a escribir un diálogo sobre ella.

»En ese diálogo cinco filósofos conversan alrededor de su maestro Ammonio, que es el Sócrates de Plutarco. Uno postula que la épsilon, en tanto quinta letra del alfabeto, nos dice que cinco fueron los grandes filósofos de Grecia. La respuesta no convence a nadie. Con parecida lógica numérica otro señala que por ser la segunda vocal corresponde al segundo astro, el sol, que era el astro de Apolo, a quien estaba dedicado el templo. Parece respuesta de criptógrafo, más que de filósofo.

»El tercero propone que es un signo gramatical específico, como partícula de pregunta en las consultas que se hacen al oráculo. También el cuarto se inclina por una solución filológica: la épsilon sería una conjunción condicional, algo parecido a nuestro *si*. Pero estas opiniones no triunfan en el espíritu de quien lee este diálogo: quieren siempre los lectores, enfrentados a algo hecho de palabras, que les señalen algo que está más allá de las palabras. Además, si son cinco los que hablan, siempre esperaremos que sea el quinto el que tenga la verdad.

»El maestro, Ammonio, se reserva su opinión para el final. A su turno, dice que la épsilon refiere al verbo *eimi*, ser, y significa por lo tanto “eres”. El viajero que llega al oráculo recibe la enseñanza del *conócete a ti mismo*. Y entonces responde “eres”, lo que significa que sólo la divinidad existe de verdad. Tú, el dios, eres; yo, el mortal, no soy, no soy del todo. La épsilon

es el mensaje secreto del peregrino que acepta su irrealdad frente a la realidad del dios.

Habíamos escuchado a Colina Ross en silencio, pero apenas terminó de hablar comenzamos a discutir si podíamos recordar algún mensaje tan breve como ése, pero que fuera un mensaje real, enviado por una persona a otra y con un significado específico.

—Podríamos pensar en un mensaje que no tuviera ninguna letra —dijo Tarrés.

—¿Cómo sería eso?

—Un espacio en blanco.

—Se podría discutir si un mensaje sin letras es menor que uno de una sola letra —dije—. También el vacío ocupa espacio. En el lenguaje Morse, las pausas entre una señal y otra ocupan espacio en el papel y tiempo en el aire.

—También puede haber mensajes no lingüísticos —dijo Barnes.

—¿Por ejemplo? —preguntó Bobby Tarrés.

Había muchos ejemplos para dar y no había nadie en la clase que no tuviera uno en su memoria. Sin embargo, Colina Ross se apresuró a hablar, como si la respuesta estuviera agazapada dentro de él, esperando el momento de saltar:

—Una hoja de árbol. Una hoja que tenga un sentido para alguien que está preparado para ver la señal, pero no para los demás.

—Una hoja de árbol —repitió Barnes—. ¿Qué podría significar una hoja de árbol? Podría ser significativa sólo si no hubiera a su alrededor otras hojas con las que pudiera confundirse. Sólo tendría sentido si estuviera sola o si fuera especial por alguna razón.

Y entonces Colina Ross abrió la boca como para responder, pero no dijo nada. En sus ojos había algo turbio: era miedo, o era vergüenza, las dos emociones que con más facilidad dejan a quien las posee fuera del lenguaje. ¿Qué hoja era esa, que lo había dejado mudo?

Habían sido unas pocas palabras, pero me di cuenta de que esa hoja había existido, y no en un rincón perdido de alguna historia de la criptografía, entre menciones a bastones etruscos, a Giordano Bruno y a los libros de códigos japoneses, sino en la vida de Colina Ross. Una hoja se

había convertido en mensaje, en un mensaje tan importante que ahora, apenas mencionada, la hoja lo obligaba al arrepentimiento. Hubiera querido interrumpir esa turbación, pero no se me ocurrió nada para decir.

Barnes se apresuró a preguntar, para salvar la situación:

—¿Y cuál es el mensaje más largo, profesor?

Bastó esa pregunta para que Colina emergiera de su aturdimiento:

—El mensaje más largo corresponde a los locos. Esa idea paranoica que tienen de que todo lo que los rodea, lo que escuchan en la radio y en la televisión, las pintadas en las paredes de los baldíos, los diálogos de la verdulería, todo forma parte de una transmisión secreta que se refiere a ellos y que todos los demás entienden, excepto ellos mismos. ¿Qué mensaje más largo que ese puede existir? Es la lección secreta que nos dan los locos: por largo que sea, y aunque tengamos a mano las claves, nunca entendemos el mensaje que nos está destinado.

Ésa fue la última clase que recuerdo antes de que se empezaran a sentir en el interior del Círculo las primeras noticias de la invasión.

OceanofPDF.com

Los recién llegados

A pesar de que se conocían desde el colegio secundario, Barnes y Eleonora nunca hablaban entre sí. A veces me parecía que era una especie de discreta antipatía. Otras veces, que el secreto de Eleonora (que era hija de Colina Ross) pesaba tanto sobre ambos, que preferían ser dos desconocidos.

Cuando le pregunté por ese trato distante, me respondió:

—Ah, es que nos conocemos desde hace tanto tiempo que ya no tenemos nada que decirnos.

Los juegos de Barnes con la política parecían formar parte de una especie de personalidad paralela, y que no interfería con nuestras investigaciones. Pero una tarde, durante una de nuestras reuniones de los jueves, Barnes nos dijo que tenía un amigo que quería integrarse al Círculo de Criptógrafos.

—¿Alguien que conocemos? —pregunté.

—Se llama Ramiro Lemos.

—No me suena.

—Hizo algún seminario con Víctor Crámer.

Fabiani intervino:

—Creo que es mejor no seguir expandiéndonos antes de completar las cosas que planeamos hacer y que todavía no hicimos.

—¿Qué cosa planeamos? —preguntó Barnes.

—Publicar un *Cuaderno de la Esfinge* por trimestre.

—No me acordaba. Seguro que ese día falté.

Fabiani suspiró, como suspiraban en esa época las tías, para señalar que una muchacha, o el país, o el mundo, se encaminaban hacia su perdición.

—¿Entonces no va a entrar nadie nuevo? —preguntó Barnes—. ¿Vamos a ser siempre los mismos?

—Claro que van a poder entrar miembros nuevos —dijo Fabiani—. Pero lo van a poder hacer a través de un procedimiento que va a constar de

sucesivas entrevistas, la presentación de un trabajo escrito, el aval de uno de nosotros, una votación final...

Barnes asintió con la cabeza: aceptó las palabras de Fabiani como se acepta el polvo que flota en el aire y el cambio de las estaciones.

—Este nuevo integrante nos puede ayudar con la revista. Tiene experiencia en publicaciones.

—En la próxima reunión podemos votar si empezamos con el procedimiento...

—En la próxima reunión va a votar también él —lo cortó Barnes.

Creí que lo del nuevo integrante era una mera posibilidad, pero Ramiro Lemos estaba afuera de la oficina, como un acontecimiento a punto de ocurrir, y cuando Barnes, sin esperar a que nadie diera su opinión, ni a favor ni en contra, se asomó para llamarlo, Lemos entró con la mano tendida. Había sido la potencia y ahora era el acto. Era alto, enérgico, y cuando daba la mano apretaba como si fuera a romper una nuez. Fabiani me miró, esperando que yo lo echara. Me encogí de hombros.

Lemos vestía un pantalón claro y una camisa verde: parecía más un cantante de moda que un aspirante a criptógrafo o (como supimos apenas abrió la boca) un cuadro político. Ya no éramos los antiguos integrantes que recibíamos al nuevo; ahora éramos nosotros los nuevos, los recién llegados. Lemos nos saludaba como si nos diera una calurosa bienvenida a la oficina que él pisaba por primera vez.

Lemos se sentó en una silla desvencijada que había quedado libre. La evitábamos por temor a que se desarmara, y cuando se sentó nos quedamos mirándolo, como si se tratara de uno de esos tests mágicos que usan las tribus africanas de las películas: el que miente es mordido por la serpiente, el impío se quemará antes de atravesar la hoguera, el que no merece entrar al Círculo de Criptógrafos terminará sentado en el suelo. La silla no se rompió. Había dado su veredicto: Lemos quedaba aceptado.

Tenía el tipo de los que dominan las asambleas, y que nunca suelen ser el personaje principal, sino el brazo derecho del personaje principal, que aguarda en las sombras la oportunidad de hablar y vencer. Su voz era grave y poderosa. Conocía bien esa retórica indirecta con la que se ganan las

discusiones, donde las decisiones se toman previendo los pasos futuros, como jugadas de ajedrez. Tarrés se dio cuenta de inmediato:

—Se elogia a A para dejar que B lo ataque. Después se propone a C, para que lo ataquen todos los demás. Cuando todos están cansados, cuando la mayoría se ha ido, se propone a D, que es el que finalmente queda. Es la dictadura de la postergación.

En las siguientes reuniones, Lemos no se preocupó en simular que le interesaba algo de los trabajos que habíamos emprendido. No simuló devoción alguna por Colina Ross. Nos arrancaba de nuestro ensimismamiento, nos decía que mientras estábamos pensando en mensajes secretos de la Segunda Guerra Mundial, o discuriendo sobre la torre de Babel, allá afuera había verdaderos mensajes cifrados, y de cuyo develamiento dependían vidas humanas.

Tres o cuatro veces Lemos vino acompañado por su mujer, una psicóloga. Él tendría unos 26 años, pero parecía mayor y ya estaba casado. Ella le llevaba unos cinco años. Era bajita y charlatana. Se llamaba Ana María Bari, pero Lemos la llamaba Any. Vestía siempre una remerita blanca, unos *jeans* apretados y unas botas altas. Tenía cierto *sex appeal* continuamente corregido por su manía de dar lección acerca de todo. La mujer se aburría en nuestras reuniones; un par de veces habló para vincular las lenguas cifradas a lo que llamaba la lengua paterna, que se oponía a la lengua de todos los días, la lengua materna. Eleonora, con quien se llevó mal desde el comienzo, le preguntó qué quería decir con eso. La psicóloga no se amilanó, y le respondió:

—A la madre se la entiende siempre. Al padre no se lo entiende nunca. Por eso digo lo de la lengua materna, clara, y la lengua paterna, encriptada. Estamos siempre a medio camino entre el sobrentendido (la madre) y el malentendido (el padre).

Para señalar los paréntesis bajaba la voz y hacía gestos con los brazos.

Había una especie de ingenuidad en ella que contrastaba con la actitud de él, esa permanente astucia. Era como si ella confiara en que la política era un espacio para que al fin las palabras y las cosas se reunieran, sin

ambigüedades, mientras que para él era el lugar donde palabras y cosas se despedían para siempre.

Lemos era una presencia avasalladora, y sin embargo nos dimos cuenta, desde el principio, de que algo faltaba. Era la mitad de algo. No podía triunfar del todo, porque sabía poco y nada de criptografía, estaba allí con la idea de copar el grupo, como eran copados centros de estudiantes, unidades básicas y sindicatos o por la derecha o por la izquierda; pero no tenía ninguna posibilidad de ganar. Sus energías sobraban, pero le faltaba la cautela, el sentido de la oportunidad, la sutileza con la que podría habernos conquistado. Le faltaba, nos enteraríamos después, Crámer. Además estaba Tarrés. Cada cosa que Lemos decía Tarrés se la discutía. Acostumbrado a enfrentarse con enemigos previsibles en interminables y también previsibles asambleas, Lemos no sabía qué hacer con Tarrés, que se salía de toda norma, y a veces hablaba como un anarquista radical y otras como si fuera un enviado de la curia.

Lemos estaba sólo para señalar la inutilidad de nuestros estudios. No podía afirmar nada, no podía guiarnos, pero sí podía descorazonarnos. No era el invasor, era el mensajero del invasor, venía apenas a anunciar que los tiempos habían cambiado. Por otro parte, sirvió de entrada para que otros miembros se agregaran al grupo. Al principio Fabiani y Tarrés se opusieron a este ingreso irrestricto. Pero cuando Lemos, en una marcha, resultó herido en el hombro por una perdigonada de la policía, se convirtió de pronto en un héroe cuyas decisiones nadie se atrevía a poner en duda. Siempre se hablaba de la herida de Lemos.

—Me temo que esa herida no va a terminar de cicatrizar jamás —decía Tarrés.

Cuando llegaba uno nuevo, el procedimiento siempre era el mismo. Primero Lemos y Barnes lo presentaban del modo más anodino posible. El nuevo hacía comentarios triviales durante un par de reuniones, y en general fingía estar enfrentado a Lemos y apoyar en cambio a alguno de los miembros antiguos, como Tarrés, Eleonora o yo. Durante el primer mes parecía estar destinado a ser mueble o dispositivo escenográfico, hasta que cuando llegaba el momento de decidir algo revelaba cuál era su verdadero bando.

Nosotros —Tarrés, Fabiani, Eleonora y yo— no hicimos nada para detenerlos. Habíamos puesto en marcha algo que se nos iba de las manos. Nos sentíamos culpables de nuestro anacrónico saber, y creíamos que aquellos invasores podían devolvernos la conexión con el mundo. Pero no éramos un grupo homogéneo. Fabiani temía a los invasores. Tarrés los despreciaba sin temerles. A mí me contagiaban una especie de extraña energía, como si pudieran derrotar todo lo que la vida tenía de gris y rutinario. Y Eleonora empezaba a deslumbrarse. Ésos eran nuestros estados: miedo, desprecio, interés, deslumbramiento.

Para ese entonces hacía largo tiempo que vivía con Eleonora. Largo tiempo: unos pocos meses, pero era así como considerábamos el tiempo, todo lo que duraba más de un instante parecía una época. Hasta entonces había vivido en una pensión, con compañeros de cuarto cambiantes pero siempre molestos. Eran todos varones, acostumbrados a una rutina de bromas de mal gusto, y a un estado emocional que pasaba sin intermedio de los proyectos desmesurados y urgentes a la melancolía por estar lejos de sus familias. Yo ya había cumplido el servicio militar en un cuartel del Ejército en Ciudadela y la vida en la pensión me parecía un regreso a la conscripción: un ambiente de hombres solos que se aburrían. En los días de invierno, el frío era espantoso y muy a menudo dormía vestido, porque era incapaz de sacarme la ropa. En verano el calor era insoportable: el cuarto estaba en el último piso, y llegaba todo el calor de la terraza. Así que recibí la invitación a mudarme con Eleonora como si se tratara de una gracia divina.

Eleonora tenía un departamento de dos ambientes, en el centro, en un viejo edificio de la calle Uruguay, casi esquina Sarmiento. Hasta ahí la había acompañado el día en que hablamos por primera vez, después de haber atravesado la ciudad a pie y con olor a humo en el pelo y en la ropa. De día la calle era tan ruidosa que había que cerrar las ventanas para poder conversar sin gritar.

La cama matrimonial estaba formada por dos colchones tirados en el suelo. Eran de desigual altura, a ella le tocaba uno nuevo y firme, yo me hundía en un raído colchón de lana. Cambiábamos las sábanas muy de tanto

en tanto. No llegamos a comprar almohadas, usábamos un par de almohadones del sillón del *living*. Había una endeble biblioteca de caña, con apuntes de la facultad y libros prestados o sacados de bibliotecas a las que ya no regresarían. No teníamos lámparas: las lamparitas desnudas colgaban del techo. En el piso había un tocadiscos Winco y una serie heterogénea de LPs: Los Beatles, la *Misa criolla*, algo de Piazzolla, Daniel Viglietti, un par de discos de música clásica: Bach y Grieg. Chopin, por Dinu Lipatti. No sé de dónde habían salido. Teníamos una heladera Siam, demasiado grande para el pequeño departamento, y que siempre estaba vacía. A Eleonora no le gustaba cocinar y no le importaba comer. Vivía a mate, galletitas de agua, tartas de jamón y queso y manzanas verdes.

Había muchas cajas de zapatos llenas de cassettes. Eran las grabaciones de Eleonora. Su interés por la lingüística se había terminado y ya no le interesaban los giros coloquiales: interrogaba a sus entrevistados sobre los secretos. Cualquier secreto le servía. Decía que algún día haría un libro con las confidencias de todas esas personas.

(Mi segundo nombre es Saturno/ Mi esposa no sabe que estuve en la cárcel/ Mi madre no es mi madre, mi hermana mayor es mi madre, y la que hace de madre es en realidad mi abuela/ Hace 17 años le puse veneno a mi suegra en el guiso de lentejas, ni siquiera se indigestó/ Me separé hace cinco años, pero cada tanto llamo a mi ex esposa a las tres de la mañana, espero que atienda y corto/Cuando tenía 15 años, conversé con una chica en el colectivo, llevaba unas trenzas y estudiaba un libro de latín. Nunca más la volví a ver. Pasaron veinte años y no hay un día en que no piense en ella/ Mi padre es judío, pero todos los días entro a la iglesia a rezar un padrenuestro y dos avemarías/ Hace años que tengo esta fantasía: soy un soldado inglés en una isla del Pacífico, estoy herido de bala y mis compañeros me llevan en una camilla de lona por una playa, bajo el sol/ Los domingos le disparo a las palomas con un rifle de aire comprimido y dejo que se pudran en las terrazas/ En medio de la noche me pongo a llorar, lloro y lloro, no sé por qué/ Una vez me peleé con mi mejor amiga y le mandé un anónimo diciéndole cosas horribles, insultos sexuales, y yo misma traté de consolarla mientras le decía cómo puede haber gente tan hija de puta como para escribir algo así/Odio a mis alumnos, odio a todos

mis alumnos, trato de que mis exámenes coincidan con los de matemáticas, así les va mal en las dos materias, porque los considero unos monstruos.)

La casa estaba siempre desordenada, porque los dos estábamos todo el día fuera, y ninguno era afecto a la limpieza. Había una alacena no muy grande, incrustada en la pared, y a mí siempre me daba pena verla vacía. Apenas cobraba los pocos pesos que me pagaban por mis suplencias en colegios secundarios, compraba latas y paquetes de arroz y de fideos para llenar sus estantes. Ver la alacena llena me daba tranquilidad. Siempre me había gustado, en las novelas que leía de chico, el momento en que los héroes se aprovisionaban para la expedición que estaba a punto de comenzar. Con la misma satisfacción yo llenaba mi alacena de latas de tomates, paquetes de fideos y yerba y botellas de vino. Cualquier plan parece posible cuando uno tiene las provisiones suficientes.

OceanofPDF.com

Crámer

Lemos llegaba temprano a las reuniones, y siempre hablaba y hacía planes y se movía por la habitación. Cuanto más se movía él, menos nosotros, como si aceptáramos que su misión consistía en apoderarse del espacio a través de su despliegue de energía. Pero su presencia seguía siendo para nosotros una especie de enigma que contemplábamos sin mayor interés. Hasta llegamos a pensar, con Fabiani, que el verdadero propósito era encajarnos a su charlatana esposa, la psicóloga de vaqueros apretados y botas altas, para que la mantuviéramos entretenida mientras él se dedicaba a cosas más importantes.

Una noche Lemos anunció que quería presentarnos a un experto en criptografía, alguien que había trabajado con auténticos mensajes secretos, y de cuyo trabajo y habilidad habían dependido vidas humanas. Confiaba, dijo, en que mantuviéramos el secreto, ya que no era conveniente que se anduviera diciendo por ahí que nuestro nuevo miembro había estado en Cuba y en Angola. Lo que escucháramos no debía salir de nuestra pequeña sala.

—¿A quién le vamos a contar? ¿A quién puede importarle lo que hablamos acá? —preguntó Tarrés.

—Siempre hay oídos atentos —respondió Lemos, y por un instante tuvimos la sensación de que vivíamos rodeados de micrófonos y de espías. Luego continuó con su críptica biografía del ausente. Hablaba señalando a su izquierda, como si hubiera realmente alguien ahí, y por un momento pensé que se había vuelto loco y que había venido acompañado por un amigo imaginario. Por alguna razón vinculada con el activismo político o con el *show business*, aquel largo prólogo exigía la ausencia del homenajeado. El personaje en cuestión, dijo al final, era Víctor Crámer. Había pasado más de un año desde que éste le había disputado su cátedra a Colina Ross.

Cuando al cabo de media hora Crámer entró, pensé que era alguien que se había confundido de oficina. Me había hecho diversas imágenes de Crámer y ninguna se acercaba ni remotamente al original. No parecía ni un guerrillero perdido en la selva ni un intelectual perdido en la ciudad, ni ninguna de las variantes equidistantes entre los dos arquetipos. Era de baja estatura, tenía unos años más que nosotros, y usaba saco y corbata. Se peinaba a la gomina. Se lo hubiera podido confundir con un vendedor de seguros o un visitador médico. Los anteojos de aro cuadrado subrayaban el aire de seriedad. Nunca sonreía. Cuando Lemos lo presentó, Crámer hizo un vago asentimiento con la cabeza y no dijo nada.

En las horas que siguieron, Crámer se dedicó a escuchar atentamente. De tanto en tanto sacaba de sus bolsillos unos caramelos blandos de eucalipto, que comió lentamente hasta acabarlos. No convidó a nadie. Si mal no recuerdo, Fabiani expuso un trabajo que estaba haciendo sobre la panlengua, la lengua inventada por el pintor Xul Solar. La panlengua se proponía como un lenguaje universal: las palabras, en lugar de ser artificios caprichosos, como en todos los idiomas del mundo, iban a ser artefactos lógicos: cada letra iría sumando una categoría. Así la A por ejemplo, significaría ser vivo, la siguiente letra, B o C, designaría a un vegetal o un animal, la siguiente, si se tratase de un animal, separaría invertebrados de vertebrados, y así con cada letra, la palabra iría abriéndose paso en el abigarrado universo, para recorrer el camino atestado de las categorías y familias, las tribus y los países, para llegar a la soledad del individuo.

Crámer permaneció callado hasta el final de la reunión, asintiendo de vez en cuando, como si el tema le interesara. En circunstancias normales, todos hubiéramos dejado hablar a Fabiani sin intervenir. Era ampuloso, aburrido, prolijo y bastaba ponerle algún reparo para que su discurso se estirara sin fin. Sabíamos que en el mundo universitario, interrumpir significa prolongar. Esa vez, sin embargo, parecía que todos tenían alguna reflexión para hacer sobre la panlengua y las lenguas privadas que habían inventado los artistas, los escritores y los locos en general. Yo noté de inmediato que la reunión tomaba un curso diferente, que todo aquel que hablaba se quería lucir, quería quedar como inteligente a los ojos de Crámer. Si se hubiera medido el volumen de las voces, se habría advertido

que todo el mundo había empezado a hablar en voz un poco más alta, como si necesitáramos compensar el silencio de Crámer. Yo mismo me encontré haciendo algún comentario trivial sobre la relación entre la pasión idiomática de Xul Solar y sus cuadros, llenos de figuras geométricas que parecían letras de un idioma desconocido.

En las reuniones siguientes me di cuenta de que el poder de Crámer no estaba en su carisma. Transmitía algo más importante que el carisma: la convicción absoluta. Porque el carisma es frágil, como si suplicara la atención ajena. Pero la convicción es cerrada como una piedra, una forma antigua y acabada. En cierto sentido, tenía algo en común con Colina Ross: el encanto de los que saben que no pueden contar con ningún encanto.

Yo había escuchado por primera vez su nombre en una época en que todo el mundo hablaba de Crámer y de pronto todo el mundo parecía haberlo olvidado. Pero ahora que lo conocía, él mismo hacía que el pasado fuera ligeramente distinto. Si había estado ausente, se debía a asuntos de suma importancia. Si todo el mundo lo había olvidado, se debía a una estrategia. Ése era el verdadero poder de los revolucionarios: no tanto cambiar el futuro como el pasado, hacerlo ver de una manera completamente distinta. Prestaba atención, pero esa atención no era algo pasivo, sino un ejercicio enérgico, una silenciosa acrobacia de la voluntad. Nunca bostezaba, no conocía el aburrimiento. Daba la impresión de alguien a quien se puede dejar durante horas en la oscuridad, sin que se aburra, porque sus pensamientos alcanzan para llenar el vacío con su electricidad. Su sola presencia nos recordaba que no estábamos seguros de nada nunca, que no hacíamos más que dudar aun ante las decisiones más sencillas. Pero él no dudaba, y cuando lo hacía, era porque había tomado la determinación de dudar. Cuando alguien irrumpe mirando las cosas como si mirara a través de ellas, como si todo, aun las personas, fueran las piezas gastadas y repetidas de un juego ya jugado cien veces, podemos estar seguros de que ése es el que va a ganar.

Tarrés, que lo detestó desde el primer instante, se daba cuenta de que las cosas jamás podrían haber sido de otro modo:

—Todo lo que hicimos fue para recibirlo: a esto estábamos destinados desde el principio. Crámer es la consumación de nuestro destino.

Secretamente lo estábamos esperando. Es nuestro Godot, nuestro Che Guevara, nuestro Perón, que en veinte minutos nos manda a todos al carajo.

Víctor Crámer venía de la Universidad de Córdoba. Era licenciado en Letras y en Historia y se había interesado luego en la arqueología. Así había llegado a Maldany y a la lengua de Dédalo. Tenía veinticinco años cuando publicó en una edición de la Universidad de Córdoba un volumen titulado *Los buscadores del gríal*. La primera parte del libro estaba dedicada a Champollion, la segunda a Maldany. Alguna vez llegué a tener el libro en mis manos: Crámer se esforzaba por encontrar paralelismos en esas dos vidas cinceladas por la obsesión.

Hasta ahí sabíamos con certeza: el resto de su biografía era una serie de rumores y conjeturas. Había participado de muy joven en las revueltas estudiantiles de Córdoba, lo habían herido en una pierna y había terminado preso. En uno de sus viajes había contraído paludismo, y todavía lo atacaban unos terribles escalofríos que lo dejaban en cama días enteros. Había estado en Cuba a fines de los años sesenta y había formado parte de un grupo integrado por matemáticos y aficionados a los crucigramas con el fin de descifrar mensajes de los servicios secretos norteamericanos. Había estado en Palestina y en Angola. En alguna geografía lejana había sufrido un accidente en un *jeep* (otro conducía: él nunca aprendió a manejar). El accidente le había dejado una cicatriz en el cuello. No tenía esposa, novia o concubina. Era célibe.

Qué era verdad de todo eso y qué no, nunca lo supimos y no importaba. Era sólo siete u ocho años mayor que el resto, pero había cruzado ese límite con el que siempre soñábamos: la línea de la experiencia. Crámer era serio y malhumorado y toda esa admiración lo molestaba. Usaba el pelo corto, nunca abandonaba su saco de solapas angostas, ni aun en el verano, ni se desabrochaba el último botón del cuello. Parecía tan conservador en su aspecto que nadie lo hubiera considerado un revolucionario. Jamás respondía directamente a una pregunta, así que era muy difícil decir cuál era su pensamiento.

Fue en la cuarta o quinta reunión cuando habló por primera vez. Ese día esperábamos la visita del profesor Colina Ross pero había faltado a causa de una gripe. Tarrés acababa de proponer un curso sobre los mensajes

secretos de los griegos y de los etruscos. Por toda respuesta, Crámer repitió la palabra «etruscos» como si no conociera su significado, o como si a los etruscos sólo se los pudiera homenajear con la perplejidad y el silencio. Después sacó de su portafolio negro un libro ajado y lo puso encima de la mesa. En la portada tenía la bandera argentina y un ancla.

Me animé a tomarlo. Era un libro de códigos de la Marina. Enseñaba a los marinos a cifrar mensajes cuando sus conversaciones de radio podían estar interferidas. Una leyenda escrita en la portada decía: *Material secreto. Prohibida su lectura fuera de la Fuerza.*

Lo fuimos pasando de mano en mano. Nos habíamos pasado de mano en mano muchos libros y cuadernillos, pero éste se detenía en cada uno, como si tocarlo nos uniera. Era como si hubiéramos vivido alejados de la realidad y ahora aquel objeto, con sus advertencias y amenazas, irrumpía entre nosotros como un símbolo de todas las cosas que nos habíamos estado perdiendo.

Así cambiamos los jeroglíficos por documentos secretos del Ejército y de la Marina, que no sabíamos de dónde salían. Aprendimos a usar radios capaces de captar la frecuencia de la policía. Lemos, radioaficionado durante su adolescencia, nos ayudaba con antenas y transistores. Aprendimos de memoria los códigos numéricos que usaba la Policía Federal para advertir de un sospechoso a pie, en auto, o la posibilidad de una bomba. A la vez que nos interesábamos en códigos ajenos, desarrollamos los propios. Palabras para alertar que una conversación telefónica estaba siendo escuchada por otras personas. Señales para avisar que a uno lo seguían. Sistemas de codificación sencillos que pudieran ser descifrados en minutos. Avisos clasificados para publicar en diarios, que encerraban mensajes en clave. Nos preparábamos para un futuro en el que todo habría de ser secreto, en donde todos estaríamos escondidos.

Barnes parecía a veces equidistante entre su interés político y su antigua afición por las lenguas muertas y los mitos. Citaba a menudo a Mircea Eliade. Crámer en general lo dejaba hablar, pero una vez le recordó que Eliade había pertenecido al grupo fascista rumano Guardia de hierro:

—Su idea de buscar el trasfondo mítico de todo es una ilusión antimaterialista y antimarxista.

Barnes se encogió de hombros:

—También nosotros formaremos parte de un mito alguna vez, un cuento que irá pasando de boca en boca. Las discusiones ideológicas, los documentos partidarios, los oscuros antecedentes de cada decisión serán olvidados. Quedarán en la memoria nuestros actos, desprovistos de matices y de dudas. Relámpagos en la oscuridad. Reuniones nocturnas en cuartos llenos de humo, donde un grupo minúsculo se propone tomar el poder.

—Pero eso no es el materialismo, no es la Historia...

—Leé nuestras revistas, Crámer, los comunicados, los resúmenes de las reuniones, los documentos de circulación interna. Para contar los actos del enemigo, no omitimos detalle. Queremos que sean una pura acumulación de circunstancias. Para contar los nuestros, omitimos todo detalle. Queremos que tengan valor universal. Los actos del enemigo son la Historia. Los nuestros, el mito.

OceanofPDF.com

Lenguas olvidadas

Al principio mi entusiasmo por estas novedades era un poco artificial, sólo cumplía para no quedar al margen de todo. La juventud siempre había sido para mí un arduo trabajo de adaptación a los otros. Los primeros cuatro — Fabiani, Eleonora, Bobby Tarrés y yo— quedamos pronto desplazados por los nuevos. A nuestras espaldas, nos llamaban «los jesuitas». Antes se había impuesto una jerarquía que tenía en su cima a Colina Ross, y luego a mí (aunque Tarrés sabía más que yo, era de las personas que jamás buscan ni consiguen reconocimiento alguno). Pero esa jerarquía ahora no significaba nada. Las teorías marxistas, al denunciar que todo era ilusión, nos daban la sensación de que por fin tocábamos algo verdadero, de que habíamos dejado de vivir en el mundo de la mentira. Pero la acción real iba más lejos. Aun la mejor de las teorías, el marxismo, parecía confundirse con las otras ilusiones del mundo frente a la experiencia del peligro, que era lo auténtico, lo que no estaba escrito, lo que nunca podría escribirse.

Bastaba participar en una de las entregas de alimentos en las villas miseria, en el robo del arma de un soldado, gendarme o policía, en la colocación nocturna de una bomba lanzapanfletos para sentir que la experiencia verdadera no era el cumplimiento de la teoría, sino la entrada en un mundo nuevo, como si toda la vida hasta ese entonces hubiera sido falsificación y engaño.

—No vivimos para contemplar —decía Crámer.

La línea de la experiencia iba estableciendo otras jerarquías entre nosotros. Los que quedábamos afuera del peligro aceptábamos pertenecer a una casta inferior, habitar la antesala del mundo.

Los tres que quedábamos del grupo fundador, vagamente culpables de nuestro *hobby* anacrónico, nos resignamos a un lugar casi marginal. A nadie le importaba que hubiéramos sido los fundadores: eso no significaba más que un vínculo con el pasado, y el pasado nunca era del todo bueno. En el centro estaban Lemos, Crámer y Barnes. Este último seguía afeitándose la

cabeza y había empezado a usar sombreros de paño. Le habían recomendado que no llamara la atención, pero él estaba satisfecho con su aspecto y a menudo se miraba en el vidrio de la oficina. Las ventanas, como daban al pasillo oscuro, funcionaban como espejos. A él no le bastaba con verse en el espejo de su casa, quería verse allí, en acción, entre los compañeros y el humo. Barnes era un criptoanalista mejor que Lemos y aún que Crámer, aunque trataba de esconder lo que sabía de la criptografía clásica, por la que simulaba desdén.

El último en sumarse al grupo fue el pálido, el rubio Cimer que venía de Ciencias Exactas, y a quien ya conocíamos por su trabajo en el archivo de *La Razón*. Su actitud no se parecía en nada a la de Lemos o a la de Crámer. Tenía un gesto melancólico y derrotado. Los otros habían llegado a la revolución por la esperanza, y él por la desesperación.

Cimer trabajaba en *La Razón*, en el turno de la tarde. La redacción estaba en el barrio de Barracas. El archivo era enorme y constaba de altísimos estantes que había que alcanzar a través de unas escaleras que parecían de circo. Alguien había pegado a la pared un cartelito: «No se admiten empleados con vértigo». Cimer había inventado un nuevo sistema para archivar que consistía en una serie de letras y números. Lo explicaba a quien quisiera escucharlo, y a quien no también:

—Si en una nota se habla de cinco personajes distintos, ¿cómo archivarla? ¿Mandarla a cinco sobres distintos? Eso puede hacer que el trabajo sea infinito. Mi sistema alfanumérico permite vincular todos los sobres entre sí.

Pero su método no convencía a sus jefes del archivo, que preferían hacer las cosas como las habían hecho siempre, bajo el cobijo del alfabeto.

Cimer estaba obsesionado con el tema del azar. En sus tiempos de estudiante de Exactas había llegado a viajar en invierno a Mar del Plata, solo, para ver cómo los jugadores empedernidos hacían sus apuestas. Quería estudiar las estrategias que usaban los hombres para controlar el azar.

—Cada nacimiento es la probabilidad de uno contra millones —nos explicaba—. Nuestros padres se conocieron por casualidad, siguieron su romance a través de una serie de coincidencias afortunadas, la gestación se

hizo por casualidad. ¿Cómo no vamos a jugar un juego en el que hay una posibilidad contra 36, si nosotros mismos hemos sido, antes de nacer, una posibilidad contra millones?

Lemos hablaba siempre, con una mezcla de admiración y de espanto, de la vez que a Cimer le habían dejado en custodia una gran cantidad de dinero (que pertenecía a un grupo de la zona norte, fruto del secuestro a un pequeño industrial). Cimer se había ido de inmediato a Mar del Plata, para jugar al casino. Había hecho la operación por su cuenta.

—¿Perdió? —pregunté.

—Ganó. Fue castigado, de todas maneras, pero fue una pena leve. Lo mandaban a hacer tareas aburridas, lo que nadie más quería hacer. Nadie tenía ganas de darle un castigo más grave, porque triplicó lo que se llevó.

—¿Y si hubiera perdido?

—Lo hubieran ofrecido de voluntario para alguna acción de pronóstico fúnebre. A nadie se le niega la posibilidad de redención.

No creo que a Cimer le importara el pueblo, ni el colonialismo, ni el imperialismo, ni la tercera posición ni la patria socialista, ni las otras palabras del vehemente diccionario de la época: le importaba la revolución porque era la exaltación del azar:

—Con la revolución puede ocurrir cualquier cosa. Eso es lo interesante. Lo más probable es que nos maten a todos, pero también puede pasar que no. Hasta existe la posibilidad de que ganemos.

Colina Ross pisaba muy de vez en cuando las reuniones, y sólo cuando lo llamábamos por algún asunto específico. Teníamos que asegurarle, además, que Crámer no iba a estar presente. Las ausencias de Crámer eran muy frecuentes, ya que se la pasaba haciendo misteriosos viajes por todo el país. O al exterior. O en cama, con sus ataques de temblores y escalofríos.

Colina Ross había tomado el ingreso de Crámer en el Círculo como una afrenta personal. Pronto fue evidente no sólo que había perdido todo poder en el Círculo, sino que a pesar de conservar la cátedra su lugar en la facultad era provisorio y marginal. Si mantenía, a pesar de su despecho, algún contacto con el Círculo de Criptógrafos, era porque no había perdido

la esperanza de que Crámer, a causa de sus ocupaciones cada vez más grandes y más misteriosas, acabara por abandonar la oficina.

Crámer, además, había sido nombrado en una cátedra paralela: esas cátedras que se armaban sin necesidad de concursos y a pedido de los estudiantes. Bastaba con sacar un siete en los parciales para quedar eximido del examen final. Un método destinado, en general, a vaciar de alumnos la cátedra de algún profesor al que se quería castigar políticamente.

La pérdida de poder de Colina Ross se hizo aún más evidente cuando se organizó el primer congreso de Criptografía, que no llevó ese título sino el melancólico nombre de I Simposio de Lenguas Olvidadas. El congreso se hizo en la misma facultad.

Nunca supe de dónde había sacado Crámer el dinero para pagar los hoteles de los invitados extranjeros. De Uruguay vino un tal Adamson, un inglés que había trabajado en el servicio secreto durante la guerra y que se había instalado en Montevideo en los años 50, porque se había casado con una bailarina uruguaya. Había también un arqueólogo mexicano de apellido alemán, un profesor peruano, López Meltán, y un francés, cuyo nombre no recuerdo, que tenía un ojo de vidrio.

El francés habló del legado de Ferdinand de Saussure, y contó que se habían encontrado nuevas anotaciones de puño y letra en una valija que había dejado en la casa de un pariente y que estaba por publicar un libro con esas anotaciones póstumas. Adamson, el inglés, contó la historia de una unidad de criptógrafos destinada a enviar mensajes falsos, para que fueran recibidos y descifrados por los alemanes. Para inventar historias habían reclutado escritores de novelas baratas, sobre todo de novelas policiales. López Meltán desarrolló la idea de que las lenguas que pervivían sin escritura —las lenguas indígenas, por ejemplo— eran infinitamente más complejas que el latín, el inglés o el español, como si su gramática estuviera perpetuamente amenazada por la particularidad y la excepción. «Las lenguas en contacto con la naturaleza son infinitas, porque la naturaleza es pródiga en matices y no se cansa de exigir palabras y más palabras. Es la ciudad la que restringe el lenguaje y resume el mundo. Sin ciudad no hay un lenguaje que termine en escritura, porque la ciudad pone un límite».

A los jesuitas no nos dejaron la posibilidad de organizar nada: todo venía del lado de Crámer. Bastaba mirar el organigrama del simposio para ver que el mensaje oculto del congreso era la venganza de Crámer contra Colina Ross, por haberle ganado aquel concurso.

Al profesor lo invitaron apenas a dar una charla menor, ni la de apertura ni la conferencia de clausura. Se ofendió con razón y no quiso participar. Crámer se ocupó de la última charla, que no llevaba título.

Lemos nos había adelantado que Crámer iba a hablar de su experiencia con la ruptura de los códigos de la CIA. Pero Crámer subió a la tarima del aula magna casi sin mirar al público y empezó a hablar del tema favorito de su rival, la lengua de Dédalo. Contó toda la historia de Maldany, desde cuando recibió las primeras noticias de la lengua, aún adolescente, hasta la gloria del desciframiento. Sólo mencionó como al pasar a Colina Ross. Lo mencionó como si recordara su nombre en un instante de imprevista nostalgia, como si el otro hubiera muerto y él, Crámer, se hubiera arrogado la misión de hacer recordar a los demás un nombre que sabía olvidado. Lo mencionó como si lo despidiera para siempre.

A la salida le señalé a Crámer que me había sorprendido el tema elegido; que creía que esas cosas sólo tenían interés para nosotros, los fundadores del Círculo, los jesuitas.

—¿Por qué no puede un revolucionario tener pasatiempos? Siempre nos pueden ser útiles. Antes de hacer este congreso, los servicios de inteligencia estaban convencidos de que el Círculo de Criptógrafos estaba completamente dedicado a la actividad subversiva. Ahora los hemos convencido de que nos ocupamos de temas aburridos que no interesan a nadie. Por eso los hemos dejado a ustedes seguir con sus *Cuadernos de la Esfinge*: necesitamos de vez en cuando un jeroglífico, un signo raro, una frase en latín, para que nos dejen seguir con lo nuestro en paz.

—Por un instante llegué a creer que de veras te interesaba la lengua de Dédalo.

—Claro que me interesa, escribí una vez un libro sobre Champollion y Maldany. Pero ahora no tengo tiempo de dedicarme a esas cosas. Es un tema del que me voy a ocupar cuando todo haya terminado. —Me sonrió—. Un pasatiempo para mi vejez.

De la guerra entre Colina Ross y Crámer, ésta fue la segunda batalla. La primera —el concurso— la había ganado Colina. La segunda —el simposio— le tocó a Crámer.

—El simposio no tiene otro propósito que ignorar a Colina —dijo Tarrés—. No se tendría que llamar Lenguas olvidadas, sino Olvidando a Colina Ross.

OceanofPDF.com

El maletín de Crámer

En las reuniones del Círculo se hablaba de política pero siempre de un modo elíptico, como si la realidad no fuera una cuestión de acciones y reacciones directas, sino un juego muy complicado, donde a cada movimiento correspondían lejanas e inesperadas consecuencias. No tenía sentido juzgar un acto —así predicaban— por sus consecuencias inmediatas (por ejemplo, una muerte, dos muertes, tres muertes) sino por la sucesión de cambios que provocaba a su alrededor. Y si bien en las publicaciones de izquierda la indignación era una emoción repetida —y se le exigía al lector una indignación semejante y continua— en aquellas discusiones no había vestigios de indignación alguna. Con la misma frialdad se exponían los propios movimientos y los del enemigo.

Crámer se había empeñado en que analizáramos los rumores que circulaban en las calles, como si se tratara de mensajes secretos enviados por el inconsciente colectivo de la población. Recopilábamos un rumor tras otro. Algunos breves, epigramáticos, *Perón está muerto*. Otros eran largos relatos cuyos detalles variaban. *Su corazón se detuvo, y lo resucitaron gracias a un ritual egipcio*. Eleonora iba con su grabador como una alucinada, tratando de fijar en la cinta magnética los tenaces temores y las vagas profecías. Crámer tenía la esperanza de poder dirigir esos rumores; de que ciertas acciones provocaran versiones preestablecidas de la realidad. Pero los resultados lo desencantaban una y otra vez. Los rumores nunca cumplían con lo que se esperaba de ellos. Era como si el rumor encontrara su ocasión en un elemento inmediato, pero su contenido remitía siempre a algo mucho más lejano en el tiempo.

Barnes, que seguía leyendo a Mircea Eliade, le decía a Crámer:

—Los rumores son el borrador de los mitos.

El rumor más insistente hablaba de guerrilleros que se habían hecho pasar por médicos para llegar hasta el presidente. Los falsos médicos atravesaban todas las vallas y controles que separaban al presidente de la

calle. Como había tres equipos médicos atentos a la salud de Perón (uno en la Casa Rosada, otro en la residencia de Olivos y un tercero móvil) no era tan raro que aparecieran médicos que su círculo no conocía. Según el rumor, estos intrusos llegaban hasta Perón y al final dejaban, junto a su lecho de enfermo, un mensaje escrito en un recetario. El mensaje decía que habían podido matarlo y no lo habían hecho. Que meditara sobre ese indulto, que los tuviera en cuenta, que se cuidara. La visita era mantenida en secreto por la seguridad del Estado, para que no se supiera que *ellos* podían llegar a cualquier sitio. Ni siquiera Perón estaba a salvo de sus jóvenes y furtivos visitantes.

El primero de julio los rumores terminaron. Poco después del mediodía escuché en la radio el anuncio de su muerte. Yo estaba en el departamento, a punto de salir. Me pareció que la ciudad entera hacía silencio, como si bajo su apariencia caótica y heterogénea fuese un organismo que ahora revelaba su verdadera naturaleza de cosa única. Los bocinazos habituales que llegaban desde la avenida Corrientes habían dejado de sonar. Salí a la calle. Tenía que ir a la facultad, pero apenas caminé unas cuadras me di cuenta de que no iba a haber clase. Todo había quedado suspendido. A mi alrededor algunos caminaban por la calle con la radio portátil pegada a la oreja. Muchos tenían la mirada perdida. Se chocaban en las esquinas como sonámbulos.

Las horas pasaron y empezaron a organizarse las honras fúnebres. Asueto en dependencias oficiales, banderas a media asta, brazaletes negros. El cuerpo llevado de la Casa de gobierno a la Catedral, de la Catedral al Congreso. La lluvia colaboraba con el luto, llenando la ciudad de paraguas negros.

Se produjo el previsible velorio interminable, la larga procesión aterida de frío, horas de pie para ver durante un segundo el cuerpo, vestido de uniforme, en el Congreso. En las esquinas los soldados repartían vasos de chocolate caliente y mate cocido. Cuando cerraron las puertas del congreso para llevarse el cuerpo, los que se quedaban afuera, todavía ordenados en interminables columnas, pujaron por entrar. La Guardia de infantería los enfrentó con palos y gases lacrimógenos. Por momentos los deudos parecían formar parte de un grupo organizado, pero enseguida se disolvía en

reacciones esporádicas y avances atolondrados. El luto, la perplejidad y la llovizna daban a sus movimientos una especie de coreografía, como si nada, ni siquiera la indignación y sus escaramuzas, pudieran escapar al orden de la ceremonia.

Envuelto en una gruesa capa de nylon transparente, el ataúd fue llevado en su remolque rumbo a la capilla de la residencia de Olivos. Los helicópteros inspeccionaban las nubes, y se perdían de vista y volvían a aparecer, como si jugaran a las escondidas con la multitud: el ruido de sus motores daba una sensación de amenaza y de urgencia. Era la música del futuro, el rumor de los años que vendrían.

Una semana después tuvimos una reunión en el Círculo. Hacía tanto frío que nadie se sacó el abrigo. Lemos parecía levemente abatido, como si su peronismo hubiera sido auténtico alguna vez. Hasta propuso hacer un minuto de silencio al comienzo de una reunión. Nos miramos entre nosotros, algo avergonzados, pero finalmente hicimos algunos segundos de silencio. Abrigados y de pie, reunidos en un estrecho círculo, parecíamos espiritistas o magos a la espera de alguna señal de otro mundo.

Crámer, en cambio, lucía exaltado. No era la gran muerte lo que lo entusiasmaba: era el delicado mecanismo de la posibilidad. La naturaleza arborescente del porvenir, sus caminos abiertos y oscuros. Y lo importante era que había que elegir. Crámer conocía el encanto de la decisión, que para la gran mayoría es fuente de angustia. No se detenía en ningún lamento por las puertas que se han cerrado para siempre. No lo desvelaba la cercanía del error.

También Barnes parecía entusiasmado, aliviado por fin de que aquella representación de fidelidad al líder hubiera por fin terminado.

—El dueño de los símbolos está muerto, ahora pertenecen a quien sea capaz de tomarlos.

Crámer le reprochaba:

—¿De qué nos sirven a nosotros los símbolos, las fotografías, las estampitas, los recuerdos de una época de oro que no conocimos?

—Nos sirven.

—Son símbolos, no son cosas reales.

—Estamos en una guerra de símbolos.

Crámer habló del marxismo, de la necesidad de liberarse de las ilusiones de la historia inmediata, de ver los engranajes detrás de la apariencia. Barnes le respondió:

—Marx no hubiera despreciado la fuerza del símbolo. ¿No habla del «fulgor maldito del oro»? A sus hijos les contaba cuentos en los que un juguetero fabricaba unos raros juguetes que funcionaban solos, y que después de irrumpir en la vida de los niños volvían misteriosamente a sus viejas manos. ¿Cómo un materialista se va a dar el lujo de ignorar esos juguetes, los símbolos?

Crámer lo dejaba hablar, pero él ya había pronunciado su profecía: ahora, con el líder muerto, crecería el apoyo a la organización. Ahora se haría más profundo el trabajo en las fábricas, en el conurbano, en las villas miseria. La figura de Perón había paralizado la Historia, pero ahora las fuerzas quedaban libres para ocupar ese lugar. El reloj de la revolución, detenido por aquel confuso liderazgo, volvía a marchar.

Nunca supe exactamente cuándo fue que Eleonora se pasó al otro bando, el de la resolución y el de la urgencia. Había empezado a detectar desde mucho antes matices, frases sueltas, un cierto énfasis al decir algunas cosas. Se había dado cuenta de que su padre abominaba de sus nuevas amistades, y sus nuevas ideas, y empezó a cultivarlas con frenesí. Me había hecho jurar que a nadie diría quién era su padre.

—Sólo lo sabés vos y Barnes, porque fuimos compañeros en el Colegio Nacional de La Plata. Barnes nunca hablaría. Si alguien se entera, sé que fuiste vos.

Cuando hablaba, sus opiniones eran más extremas que las del resto. Era como si tuviera que pagar el pecado de haberse mostrado reticente alguna vez. O el otro pecado, el secreto: que era la hija de Colina Ross.

Empezamos a discutir por cualquier cosa. En general las discusiones empezaban porque yo protestaba ante algo que había dicho frente a desconocidos. Seguía existiendo el Círculo de Criptógrafos. ¿Por qué no

usar, de vez en cuando, el secreto? ¿Por qué no copiar la cautela de Crámer? Y creo que ahí mismo nos hubiéramos separado, de no haber sido por el encargo de Crámer. El hecho de que necesitara mis servicios hizo que Eleonora me viera bajo una nueva luz.

Una noche, a la salida de una de nuestras reuniones en la facultad, Crámer me dijo que quería hablar a solas conmigo.

—Puedo ir a tu casa —le dije. Yo sabía perfectamente que no recibía a nadie en su casa. Nadie sabía dónde vivía.

—Mejor en tu departamento. Mañana a las ocho de la noche.

Al día siguiente, a las ocho en punto sonó el timbre. Crámer llegó con un maletín ajado, que completaba su aspecto de oficinista. Lo puso sobre la mesa de pino. Le ofrecí un café: me aceptó un vaso de agua. Mientras él ordenaba el contenido del maletín yo trataba de poner un poco de orden a nuestro alrededor, levantando ceniceros con el logo de Cinzano robados en bares y pocillos de café de la noche anterior.

—Dejá de acomodar cosas, Miguel. Necesito que hagas un trabajo para nosotros. Algo muy sencillo, que no te va a comprometer en nada. Es como hacer... —buscó la palabra—... una monografía.

Dejé mis afanes domésticos y me senté frente a él.

—¿Qué clase de monografía?

Sacó del maletín una foto en blanco y negro. Un hombre morocho, bajo pero robusto, de 37 a 42 años. Vestía una camisa y una campera de cuero. El hombre estaba abriendo la puerta de un Torino: se notaba que la foto había sido tomada sin que se diera cuenta. Crámer fue sacando del maletín otras fotografías: el frente de una casa, un Renault 12 blanco, la sede de un sindicato. Todas en blanco y negro y reveladas y copiadas, se notaba, por un aficionado. No convenía llevar a las casas de fotografía un material semejante. Unos papeles acompañaban a las fotos: una hoja cuadriculada donde se anotaban los movimientos hora por hora, una breve semblanza del recorrido sindical de un tal Guzmán (que era, imaginaba, el hombre de las fotografías), recortes de diario donde se lo veía en un acto, junto a un líder sindical. También había recortes de diarios de izquierda, que acusaban al tal

Guzmán del incendio de un local partidario y de la golpiza a un estudiante de abogacía. Los recortes —que eran de distintos diarios y publicaciones— tenían un sello que decía *Archivo diario La Razón*, señal de que era Cimer el que había entregado parte de los papeles.

—Cosme Guzmán es un matón de un grupo que está peleando poder dentro del sindicato del plástico. También hizo trabajos para los metalúrgicos. Alguien completamente irrelevante.

Señalé los papeles:

—Para ser alguien irrelevante, le prestaron bastante atención.

—De eso se trata: tenemos que armar un objetivo falso. Quiero que a partir de estas fotos y de estos papeles, des a entender que vamos a matar a Guzmán. Quiero que prepares este maletín con la información necesaria.

Opuse alguna resistencia: yo era un profesor universitario, ése no era un trabajo para mí. Además el trabajo en cuestión me parecía incomprensible. Como hacía siempre que algo lo ponía nervioso, Crámer buscó en los bolsillos de su saco gris hasta que encontró un paquete de caramelos de goma de eucalipto. Se puso uno en la boca, sin convidarme. Respiró hondo antes de explicar, como si tuviera que rebajar su pensamiento al de un retrasado mental:

—Vos sabés que somos un grupo independiente. Colaboramos en lo que podemos, pero no queremos sumarnos del todo a una estructura mayor que nos terminaría de absorber por completo. Pero hay otro grupo, pequeño como el nuestro, que está probablemente infiltrado por los servicios de inteligencia. Tengo cerca alguien que me vigila. Llamémoslo López, por ponerle un nombre. En la organización le tienen mucha confianza a López. Demasiada confianza. Quiero que dejen de confiar en él, porque estoy seguro de que es un infiltrado de la policía. Por eso necesito que López robe esta información... Y me la devuelva después, como hace siempre. Información preparada por nosotros, claro está. Pero no puede ser algo muy evidente. Hay que hacer las cosas de tal manera que sienta que es él el que deduce, que a partir de puntos alejados entre sí va armando la figura, la constelación.

—No entiendo...

—Dudamos de lo que nos dicen, pero jamás dudamos de lo que descubrimos, ¿no es así, Miguel? El que sabe mentir, dice sólo la mitad de la mentira. Hay que hacerlo trabajar... pero sólo un poco. No sobrestimes la inteligencia de este muchacho, no es Maldany... ni Colina Ross. Si no lo resuelve en una tarde, abandona y pasa a otra cosa. Triste sería que López se quedara sin nada.

Volví a mirar los papeles. Era un mundo ajeno, y sin embargo sentí una especie de emoción al tocar esas fotografías, esas hojas atiborradas de insignificancias. El mundo exterior, el peligroso mundo real. Gente viva que caminaba por ahí, no pueblos extinguidos a causa de volcanes o invasiones. Era el presente, no diez siglos antes de Cristo.

Crámer resumió:

—Quiero que López esté convencido de que el sábado 12 de octubre vamos a matar a Guzmán y le pase esa información a la policía. Así, cuando el barrio de este Guzmán se llene de policías de civil, en la organización van a entender que es un infiltrado, algo que vengo diciendo desde hace meses.

Aparté los papeles.

—No quiero hacerlo. Además, no sabría cómo hacerlo.

Los ojos de Crámer me miraron sin emoción. Fijos y vacíos como los ojos de las estatuas. Había convencido a gente de tareas mucho más complicadas.

—No trates de rebajar tus méritos. Podría dárselo a otro, pero el resultado no sería el mismo. Te lo doy a vos porque te tengo confianza, porque sé que vas a ser sutil sin ser oscuro. Sabemos además que tenés problemas económicos...

Sacó un sobre de su bolsillo y lo deslizó entre los papeles. Andaba mal de dinero y no pude evitar hacer un cálculo mental del contenido del sobre.

Agregó, como si se disculpara:

—Tenemos una caja chica para gastos organizativos.

En ese momento se oyó el ruido de una llave en la cerradura y Eleonora entró. Recuerdo que ese día vestía una pollera gris y una blusa rosa, y unos aros de perla que nunca le había visto. Dejó el abrigo en el respaldo de una silla. Estaba, como siempre, sin maquillar, salvo un toque de *rouge* en los

labios. Tenía un guante de lana azul en la mano derecha, el izquierdo lo había perdido. Le sorprendió ver a Crámer. Nunca antes había visitado el departamento.

—Víctor, me hubieras avisado que venías a verme, me habría apurado. Me quedé en un bar hablando con una amiga.

—No te preocupes, no te vine a ver a vos. Vine a ver a Miguel.

Se volvió hacia mí.

—¿Te dejó el maletín, entonces?

Vi en la cara de Eleonora la decepción de que la visita no fuera para ella. Pero vi también una especie de admiración, que trataba de resistir. No importaba lo que hiciera, mis clases, mi trabajo, mis artículos, nada podía compararse con aquellas obligaciones clandestinas. Cualquier honor, cualquier fulgor, sólo podrían salir de esos oscuros encargos: esa lengua secreta que siempre, en algún momento, llegaba a tocar algo en el mundo.

Crámer se paró y le dio a Eleonora un beso en la mejilla. Después me miró:

—Tres días. Mañana tengo que hacer un viajecito. Si tenés alguna dificultad, hablá con Lemos.

Esa misma noche me puse a trabajar en los papeles. Eleonora caminaba de un lado para otro.

—¿Por qué confían en vos, que no te interesa nada de esto?

—Deben querer a alguien de afuera.

—Podrían habérmelo pedido a mí.

—No le des tanta importancia.

—Si te lo pide Crámer, es importante.

—Es un trabajo de oficinista. Trabajo de archivo.

—Detrás de cada acción siempre hay papeles, horarios, cosas escritas que hay que quemar después. Creeme: no es trabajo de oficina.

Me quedé leyendo una y otra vez los papeles, para que ningún detalle se me pasara por alto. La lamparita desnuda que caía sobre la mesa se movía levemente a causa de la brisa que entraba por la ventana de la cocina, y la luz bailaba sobre escritos, recortes y fotografías. Ella se fue a la cama

enojada, y sin embargo, en los días siguientes, desaparecieron todos los conflictos que había entre nosotros.

La vida de Cosme Guzmán se parecía a la de tantos otros matones insignificantes del conurbano: un sueldo como empleado municipal en la intendencia de Morón, miembro destacado de la hinchada de un club de fútbol, guardaespaldas de un sindicalista del plástico que aspiraba a quedarse con la dirección del gremio... Se ocupaba de la pegatina de carteles, de juntar gente para los actos, de amenazas y extorsiones. Tenía una esposa y dos hijos en Merlo, y visitaba los martes y los viernes a una mujer que vivía en Liniers. La mujer se llamaba Beatriz y era dueña de una peluquería. Estas visitas tenían un carácter, según los papeles, bastante regular.

Decidí que la imaginaria ejecución ocurriría en las calles de Liniers, en el momento en que Guzmán se despedía de su amante hasta la semana siguiente.

Con la plata que me pagó Crámer invité a Eleonora a comer a un restaurante. Sabía que hubiera sido más razonable guardarla, pero la plata me quemaba los dedos y tenía que gastarla. La dejé elegir, y me llevó a un restaurante de Recoleta. Estaba a mitad de cuadra, y unas cortinas amarillas impedían ver el interior. Yo no sabía nada de restaurantes: fuera de casa, mi dieta consistía en cafés con leche con medialunas, algún tostado, alguna porción de *pizza*. No estaba acostumbrado a la luz tenue, que volvía indescifrable el menú, a la continua atención del mozo, que no dejaba que se vaciaran nuestras copas, y a las velas en las mesas. Cuando llegó el primer plato estiré el brazo para alcanzar la sal y Eleonora me dijo:

—No te muevas. Hay alguien detrás tuyo que no quiero que me vea.

—¿Quién es?

—Un tío.

—¿Hermano de tu padre o de tu madre?

—Primo segundo de mi padre. Teniente coronel.

Pero la estrategia no sirvió de mucho, porque al rato un hombre canoso, de bigotes, se acercó a Eleonora con los brazos extendidos.

—¡Eleonora! Cuánto tiempo sin verte. Preciosa como siempre.

Eleonora susurró mi nombre. Me puse de pie para tenderle la mano. El hombre me sonrió, pero sus ojos no sonreían: me estudiaban.

—Hace tiempo que no veo a tu padre —dijo.

—Pero la tía Haydée lo ve, toman el té todas las semanas.

La cara del militar cambió por completo.

—¿Sí? No sabía. Bueno, ellos siempre fueron muy cercanos. Además hace tiempo que no visito a Haydée. Vivimos en Belgrano, y a La Plata no vamos nunca. ¿Vas vos a La Plata, a ver a tu padre?

—No.

—Te debe extrañar.

—La facultad me deja poco tiempo libre.

—Por suerte estudiás en Buenos Aires y no en La Plata, allá son todos terroristas. —Me miró—. Mi mujer me dice que cuando salga con el auto no lleve los papeles del ejército, para que no me reconozcan si me para un falso retén.

—¿Un falso retén? —pregunté.

El teniente coronel se acercó a mi oído para explicarme:

—Simulan que son patrullas de la policía pero son terroristas vestidos de policías o de gendarmes. Apenas reconocen que uno es militar le pegan un tiro. Pero yo siempre llevo mi carné del Círculo Militar y mi arma reglamentaria. ¿Qué puedo hacer? Soy un militar, no puedo disfrazarme de otra cosa. Podemos cuidarnos pero sólo hasta cierto punto. Estamos en las manos de Dios. El país está en las manos de Dios.

Eleonora acompañó a su tío hasta su mesa para saludar a su esposa y a otro matrimonio. Cuando volvió me dijo:

—Los militares están asustados. Se inventan sus historias de los falsos controles y después se las creen. Imaginan gente infiltrada en todas partes. Parece la serie *Los invasores*.

Le pedí que no hablara tan alto, de una mesa vecina se habían dado vuelta para mirarnos. Por suerte la mesa de su tío estaba alejada.

—No sabía que tenías un tío militar.

—Él es Colina por parte de madre. De apellido Porta por parte de padre. Teniente coronel Velmiro Porta. Está retirado, pero asesora en temas de inteligencia, no sé a quién. El teniente coronel Porta siempre odió a mi padre, por celos.

—¿De qué estaba celoso?

—Su hermana Haydée sintió predilección por Colina Ross, desde que eran chicos. Había diferencia de edad entre ellos: cuando mi tía tenía 13 años, Colina Ross tenía 18. Pasaban los veranos en una quinta de City Bell. Ella le decía a todo el mundo que eran novios. Jugaban a los espías. Se mandaban mensajes secretos y los dejaban en un hueco, en el tronco de un árbol. Era una encina enorme que había en los fondos de la quinta. La llamaban «el árbol de los secretos».

—No me digas que así empezó tu padre con la criptografía.

—Así empezó: con una prima lejana que le mandaba cartas de amor. En clave, claro, como se deben mandar las cartas de amor.

Yo había terminado mi plato. Me dejó probar su lenguado a la crema.

—Pero el amor terminó de improvisto: hubo un robo, un reloj de oro que desapareció del cajón de una cómoda. Y el futuro teniente coronel acusó a Colina Ross. Dijo que lo había visto guardándose el reloj en el bolsillo del pantalón. Hubo un escándalo familiar, el reloj nunca fue encontrado y los primos dejaron de verse por años. Ya mayores, Colina Ross y Haydée volvieron a reunirse. Si vas un miércoles a la tarde a la confitería Rosales de La Plata, los vas a ver siempre en la misma mesa, junto a la ventana, tomando té con masas. Ella siempre está arreglada, siempre con ropa nueva, los claritos hechos, recién salida de la peluquería. A veces creo que Haydée es la única persona para la que mi padre conserva algún rasgo de humanidad.

Trabajé en el informe que me había pedido Crámer con la misma obsesión con la que descifraba los mensajes que proponía Colina Ross, o preparaba mis clases. A medida que me hundía en el juego me olvidaba de los posibles efectos en el mundo real. Cuanto más jugaba, más real se hacía la escena para mí. Pero no real en términos de realidad efectiva, sino de lo que

podríamos llamar el convencimiento de la percepción, esa impresión de cosa inmediata que tenemos en los sueños. Podía verlo: Guzmán recorría la ciudad en su Renault blanco en medio de la noche, asistía a reuniones sindicales, donde le cuidaba las espaldas a su jefe, iba a un asado, a un partido de fútbol, escapaba de su hogar (imaginaba las promesas que murmuraba en el oído de su amante, la peluquera) y volvía al hogar con el vago arrepentimiento que da la saciedad. Siempre iba armado: una 22 en el bolsillo de la campera. Yo tomaba nota de sus actos, como si cada uno estuviera lleno de significado.

Me tomé en serio la cosa: tenía que cuidarme de no cometer errores en la planificación del falso asesinato. Por ejemplo, que no hubiera una comisaría en la vereda de enfrente, o algún funcionario o militar de alto grado con guardia permanente cerca de su puerta.

Una tarde me acerqué hasta la casa de su amante, en Liniers. Era una calle de casas bajas, a cuatro cuadras de la estación de tren, del lado norte de la avenida Rivadavia, una zona tranquila donde abundaban los terrenos baldíos. En la esquina había un almacén que parecía de los años treinta, con viejas latas de galletitas, grandes frascos de cristal para caramelos y antiquísimas botellas de caña y ginebra unidas por telarañas. La casa de la peluquera era un PH con tres departamentos, uno de ellos en venta, según anunciaba el cartel de una inmobiliaria. Me detuve en la puerta a atarme los cordones de los zapatos. La calle estaba iluminada en cada esquina por una lámpara de mercurio. No había ningún inconveniente para poner a mis imaginarios justicieros en un automóvil en esa misma calle, aguardando bajo el follaje de las tipas, que los resguardarían de la luz del farol. Guzmán, después de su cita romántica, emergería de aquel mundo de sábanas revueltas, colonia barata y reproches, y emprendería el camino al hogar. En el trayecto entre la puerta y su automóvil —el Renault blanco— mis asesinos le darían alcance.

Como el blanco no era importante, el grupo encargado de la operación debía dar la impresión de gente casi marginal con respecto a la organización, muchachos que estaban haciendo méritos para que les asignaran después ocupaciones más importantes. En manos de uno puse un Fal, el fusil de fabricación belga que daban a los conscriptos en el servicio

militar. Era un arma muy buscada por su alcance, pero no era difícil de conseguir, porque ya eran muy comunes los robos a reparticiones militares. Otro tendría una pistola nueve milímetros robada a algún suboficial de la policía. En el baúl habría, como reserva y en caso de que surgieran inconvenientes, una escopeta de caza, con el caño recortado en forma manual. Nada de Itakas, ametralladoras o armas más seguras y sofisticadas. Puse tres armas —un fal, una pistola, una escopeta común— con las que alguna vez había tomado contacto. El fal y la pistola en las prácticas de tiro del servicio militar. La escopeta, cuando había acompañado a un tío mío a cazar perdices. Me parecía que sólo se podía convencer a alguien de lo que uno imaginaba si se incrustaba en la fantasía partículas de realidad.

Redacté una lista de los lugares que Guzmán solía frecuentar: a cada uno atribuí una letra. La casa de su amante era la F. Escribí a máquina un mensaje donde se decía que la «entrega de mercadería» se haría el 13 de octubre entre las 2 y las 3 de la mañana en F. Agregué algunas frases sin mayor sentido, como si quisiera despistar a posibles lectores ajenos al asunto: un deseo de feliz cumpleaños, la mención a una boda.

Al final de la reunión del Círculo de Criptógrafos devolví a Crámer el maletín. No dijo nada. No le dio una sola mirada a mi informe. Se metió en la boca un caramelo de goma de eucalipto y salió apurado. Con su maletín, su saco y su corbata parecía un empleado de oficina que se había quedado trabajando hasta tarde para cumplir con los encargos de su jefe.

Sistema postal

Fabiani se había convertido, gracias a su aplicada obstinación, en el verdadero corazón ejecutivo del Círculo. Por más que su apego a la prehistoria del Círculo lo convirtiera en un enemigo, logró mantener su lugar gracias a que estaba en su poder la correspondencia del Círculo. Tenía un trato ya familiar con sus corresponsales en universidades de Alemania, Inglaterra, México, Perú, Colombia, Italia y Estados Unidos. Sabía quién era quién en cada universidad, y evitaba los nombres más obvios y prefería tocar los resortes ocultos de la maquinaria académica. Podía ignorar, por ejemplo, a algún notable jefe de un instituto de Arqueología, o a la presidenta de algún departamento de Estudios Helénicos o Filosofía Antigua, porque sabía quién habría de ser su reemplazo a corto plazo. Escribir cartas significaba poner en marcha complejos engranajes psicológico-postales. Si se acertaba o no en la elección de las palabras o de los corresponsales, uno sólo se enteraba meses después.

—Tengo las dos cosas que se necesitan para este trabajo —se jactaba Fabiani—. Paciencia y estampillas.

Sus *papers*, que producía con notable frecuencia —aunque siempre eran variaciones de lo mismo— aparecían en muchas de las revistas que llegaban a nuestra pequeña oficina. Las publicaciones recibidas iban llenando poco a poco nuestros estantes.

Lemos trató de arrebatarse ese lugar, pero Fabiani se resistió, y fue evidente que incluso los amigos de Lemos estaban de acuerdo con que Fabiani siguiera con su tarea. ¿Quién más iba a entender cómo funcionaba ese complejo sistema postal? Además tenía una buena relación con la imprenta de la facultad. No bastaba con enviar las cosas: para que salieran publicadas en un lapso menor a la década había que hacer llamadas telefónicas, ir a tomar un café a la imprenta. Una tarde descubrí a Fabiani leyendo la página deportiva del diario.

—¿Ahora te interesa el fútbol?

—No. Es para tener tema de conversación con los muchachos de la imprenta. ¿Cómo era que se llamaba el arquero de Huracán?

A Fabiani nunca le había caído bien Colina Ross. Sin embargo, el progresivo avance de Crámer los había obligado a unirse en un desesperado intento por contener la invasión. Estaban condenados, por temperamento, a odiarse. Las circunstancias los habían hecho incómodos aliados. Los dos compartían la ilusión de que bastaba con persistir para vencer. Fabiani siempre estaba esperando de Colina Ross una brusca decisión que no se producía. Me decía:

—Es el momento para que se juegue, para que saque de encima a Crámer y a los suyos.

—Si hiciera algo así, se quedaría sin la facultad. Obligados a elegir, las autoridades preferirían a Crámer.

—Nosotros fuimos los que empezamos, ¿no? El círculo es nuestro.

Era nuestro. ¿Pero había un «nosotros»? ¿Teníamos algo en común? Fabiani tenía razón, Fabiani había trabajado con dedicación, pero nadie quiere quedarse del lado de los que se sientan en el primer banco, de los que se sacan diez y llevan manzanas a la maestra. Además, empezaba a sentir esa impaciencia que habían sentido muchos especialistas en filosofía antigua, en literatura griega, en arqueología. Ese susurro: el peso de la antigüedad aplasta, nos paraliza con su mezcla de ruina y perfección. Si sólo lo antiguo tiene sentido, ¿qué sentido le queda al presente? Colina Ross lo llamaba el «síndrome de Pompeya»: la idea de que todo lo que tocamos está petrificado, que nuestra voluntad de vivir queda paralizada, que vivimos entre muertos.

—Sentimos que todo está marcado por el Volcán —decía Colina Ross.

Crámer no intervenía en la publicación: consideraba que cuanto más apolítica fuese, más serviría de cobertura cuando llegaran tiempos difíciles. Aquel séptimo número —que fue el último— tenía como artículo principal la conferencia que Colina Ross había dado en la inauguración del Círculo, un buen tiempo atrás. Yo había terminado de pasarla en limpio y se la había dado a corregir. El profesor le dio una leída rápida y me la devolvió:

—Usted mejora mis balbuceos —dijo con cortesía.

Un martes llegué a la oficina y encontré sobre la mesa los nuevos ejemplares de *Cuadernos de la Esfinge*, envueltos con esmero en papel madera y atados con cordel amarillo. Desgarré el papel con alguna impaciencia. Pasé por alto el artículo de Colina Ross, no quería encontrar erratas y amargarme. Cerca del final había una página de misceláneas —que daba cuenta, entre otras cosas, del congreso de Lenguas olvidadas—, una reseña de la traducción de *El arte de la memoria*, de Frances Yates, que acababa de aparecer en español, y un poema titulado «Las armas y las letras». Leí los primeros versos. Un homenaje al Che Guevara, pensé. Una intromisión de Crámer y los suyos en el aséptico ámbito de los *Cuadernos*.

El fastidio me hizo abandonar la lectura.

Una noche, a la salida de la facultad, y después de dar clase durante cuatro horas, escuché pasos que me seguían. Era Crámer, vestido con un impermeable *beige*, completamente arrugado.

—Este Tarrés, ¿vos sos muy amigo de él, no?

—Claro que soy amigo.

—A mí me causa gracia, me parece un bicho raro.

—Es un bicho raro. Bastante consciente de serlo. En una época firmaba sus críticas de cine como Rara Avis.

—Pero ¿no te parece un poco bocón? ¿No andará diciendo cosas inadecuadas en lugares inadecuados?

—No.

—Te digo la verdad, lo estamos estudiando. No sé cuánto más...

—Tarrés es el mejor.

—El mejor para las cosas inútiles.

—De todos modos hay reuniones públicas y reuniones íntimas, y Tarrés sólo asiste a las públicas. No tienen por qué tener miedo...

—No, miedo es lo único que no tenemos. Pero todo está cambiando tan rápido. No sólo acá, en todas partes. A veces siento que las palabras de todos los días quieren decir cosas distintas. ¿Y Fabiani?

Me di cuenta entonces de que no le preocupaba Tarrés. Había sido apenas la introducción para sondearme. Ahora llegábamos al punto en

cuestión:

—Es imprescindible —dije—. Es muy cuidadoso con la correspondencia.

—Cualquiera puede echar cartas en un buzón.

—Y es gracias a Fabiani que el Círculo tiene cierto reconocimiento. Consigue además que los de la imprenta se pongan a trabajar.

—Eso también lo podemos conseguir nosotros. Son *compañeros*.

—Son *compañeros* que tienen sus tiempos.

—De eso me encargo yo. Vos preparate para pegar estampillas. Todo eso de las reuniones íntimas por un lado y públicas por otro ya no tiene sentido. Tenemos que unificar todo.

—¿Y Fabiani?

No respondió. Siempre pasaba de un tema a otro. Siempre estaba un paso adelante. Cuando se terminaba de hablar con él, uno sentía que el principio de la conversación, todo lo que había dicho cinco minutos atrás, era parte de un pasado ya cubierto por el polvo.

Me puso la mano en el brazo:

—Lo de la valija fue algo perfecto.

—¿Qué pasó?

—Está en marcha. Un trabajo impecable. El destinatario de nuestros informes se tomó su tiempo para entender, pero al final entendió. Está claro que necesitamos intelectuales como vos.

—Intelectuales como yo. ¿Y ustedes qué son?

—Yo trato de defenderte ante los demás, pero... Creo que falta una señal de compromiso más fuerte.

—Hay muchas cosas en las que no estamos de acuerdo.

—Tampoco nosotros estamos de acuerdo en todo. Vivimos entre contradicciones. Si todo el tiempo estuviéramos seguros de todo, no tendría ningún valor la toma de decisiones. De eso se trata la dialéctica.

—¿De qué?

—Siempre estamos caminando en la oscuridad.

Habíamos llegado por 25 de Mayo hasta la avenida Corrientes. La humedad difuminaba los faros de los autos y las luces de las calles en manchones amarillos. Crámer miraba de vez en cuando a nuestras espaldas.

Miraba también la cara de la gente con la que nos cruzábamos: empleados bancarios rezagados, mujeres vestidas con trajes sastre y chicas que trabajaban en los *cabarets* y whiskerías de la zona. Crámer hablaba casi susurrando, y creo ahora, a la distancia, que era ese aire de intimidad y complicidad lo que le permitía apoderarse de las voluntades casi sin hacer esfuerzo. Crámer daba las órdenes, pero nunca parecían órdenes, eran siempre palabras susurradas en la noche, como si recibirlas fuera un extraño privilegio. Era el encargado de recordar las enormes fuerzas de la Historia que se movían más allá de nosotros, y cuando hablaba, uno quedaba de pronto conectado con esas fuerzas invisibles e irremediables.

Crámer detestaba las manifestaciones, las consignas, los aspectos públicos de la política. Para él estaban hechos el secreto, la conjura, la conversación elíptica, los procedimientos indirectos, los cuartos llenos de humo. Nunca trataba de convencer, daba por hecho que todos estábamos convencidos.

—Sigamos caminando. Empecé con el asunto de los mensajes secretos por mi padre. —Era la primera mención a un asunto personal que le oía—. Es ferroviario, se jubiló el año pasado. Antes tenía palomas mensajeras. Yo lo ayudaba a escribir los mensajes, que se mandaba a sí mismo. Siempre en clave. Llevaba las palomas en el rastrojero y las soltaba en el campo. Ellas solitas encontraban el camino de regreso.

—¿Y sigue?

—No, no sigue más. Un día se llevó todas, las diez palomas, a más distancia que de costumbre. Yo tenía 17 años. Le dije que en la radio habían anunciado tormenta, no le importó. Hubo una tormenta muy fuerte, el río se desbordó, cayó granizo. Esperó a las palomas. Una sola regresó, y murió al día siguiente. No volvió a jugar a las palomas mensajeras, pero a mí me quedó lo de los mensajes secretos. Los hijos a veces hacemos en serio lo que los padres hicieron por afición.

Volvió a mirar hacia atrás, se metió en la boca un caramelo de goma de eucalipto, y supe que iba a pedirme algo, que si había contado algo personal era con un propósito. Por supuesto, era posible que lo del padre y las palomas fuera un invento, es más, probablemente no un invento viejo, al que podía reconocerse cierta duración y por lo tanto algo de sedimentada

verdad, sino algo que acababa de imaginarse ahí mismo, mientras caminábamos.

—Se llevaron al Griego, un compañero —dijo por fin.

—¿El Griego?

—No lo conocés, no es de la facultad. Su casa está en Villa Luro. Saquearon el lugar, rompieron los muebles, buscaron adentro de los libros... El Griego estaba trabajando en algo. Tenía que conseguirnos una información.

—¿Qué información?

—Eso no importa ahora. Estamos seguros que dejó un mensaje en algún lugar, pero no sabemos dónde. Si lo hizo, debe haber elegido algún modo de comunicarse que la policía no pudiera descubrir.

—Puedo descifrar mensajes, pero no encontrarlos.

—Necesitamos que visite el lugar alguien limpio. Sin antecedentes. Alguien que pueda pasar por un amigo, en caso de que lo descubran.

—Pero la casa debe estar custodiada.

—Buscaron de arriba abajo. Están seguros de que no quedó nada escondido. No dejaron una consigna, nada, ni siquiera el policía de la esquina. Tienen otros asuntos de qué ocuparse.

Tenía miedo. Un miedo absoluto. Pero día tras día había visto cómo otros cruzaban la línea de la experiencia, cómo otros menos capaces que yo ganaban el respeto de los demás por cumplir un deber en medio de la noche.

—Suponete que te diga que sí...

—Yo no sé suponer...

—Imaginá...

—Soy un hombre sin imaginación. Es sí o es no.

—Suponete que te diga que sí... ¿Cómo entro?

—Una ventana del fondo está abierta.

—¿Hay que ir de noche?

—No, de noche no, tendrías que encender la luz o usar una linterna y eso llamaría la atención. Hay que ir de día. Si no encontrás nada, paciencia, yo ya estuve allí y volví con las manos vacías.

—¿Estuviste?

—Estuve.

—¿Y qué tengo que encontrar?

—Si te lo dijera, influiría en tu decisión, y tal vez orientarías tu búsqueda en la dirección equivocada. Prefiero que no sepas nada.

—¿Cómo puedo encontrar algo en un lugar desconocido si no sé lo que busco?

—Un mensaje. A lo mejor puede ser una sola palabra.

—Lo voy a pensar.

—Está bien que lo pienses. —Me tendió la mano, despidiéndome bruscamente, como si no soportara el contacto con la duda—. Mejor que cuando lo hagas, lo hagas a conciencia.

Las reuniones ya se extendían hasta la madrugada; las discusiones eran a menudo violentas. Había dos clases de reuniones: las «abiertas», donde todos tenían su lugar, y las «cerradas», a las que asistía un grupo de nueve en el que no estaban Fabiani ni Tarrés. Se suponía que las «cerradas» eran secretas. Pero las tensiones de las reuniones cerradas fueron invadiendo las abiertas. Había siempre dos grupos que se enfrentaban, pero eran grupos inestables. En general, Barnes estaba enfrentado a Crámer. Eleonora se unía a él, pidiendo acciones urgentes. Crámer se fingía paciente, prudente, la imagen misma de la cautela. Lemos, que de vez en cuando solía llegar acompañado de su esposa, Ana María o Any Bari, la psicóloga que hablaba de la lengua materna y la paterna, no la trajo más. Al principio Tarrés les discutía y lo dejaban hacer sólo porque Crámer le guardaba una simpatía que nadie más —entre ellos— compartía. Era una especie de amor no correspondido, porque Bobby odiaba a Crámer. Pero después hasta el mismo Bobby aprendió a mantener la boca cerrada y se fue antes de que expulsaran a Colina. Ya desde el principio, cuando eran los recién llegados, no tenía sentido discutir con ellos, porque sabían cómo controlar las reuniones. Manipulaban las discusiones y las votaciones. Aplicaban a nuestro reducido Círculo los métodos para controlar grandes asambleas. Desplazaban la discusión entre uno de nosotros y uno de ellos, a una discusión, que simulaba ser más fuerte, entre ellos mismos. Pronto ese

enfrentamiento se disolvía. Falsos aliados tomaban la palabra por nosotros y eran fácilmente vencidos. Siempre decían lo mismo:

«Nuestra obligación es dar un apoyo técnico a los muchachos de la organización».

Cada uno se soñaba lo que no era: el estudiante, obrero; el rico, pobre; el civil, soldado. Encerrados en nuestra sala, inmovilizados por la conversación interminable, jugaban —jugábamos, también yo— a ser hombres de acción.

Los días pasaron sin que Crámer volviera a hablar de Fabiani y su expulsión. Una noche Fabiani se empeñó en recitarnos lo que iba a ser su tesis de doctorado. Era un estudio sobre las profecías de las brujas en Macbeth. A partir de los pocos versos que vaticinaban el encumbramiento del héroe (y también su fin), Fabiani se había puesto a estudiar la relación entre la profecía y la ficción. En un mundo paralelo el tema hubiera podido ser interesante, pero nuestro mundo era éste y bastaba escuchar cinco minutos a Fabiani para empezar a bostezar. Lemos y Barnes se pusieron a conversar entre ellos. Él levantó la voz y ésta se hizo más aguda, pero no advirtieron el cambio, siguieron hablando entre ellos. Discutían, al parecer, sobre un artículo que Crámer acababa de publicar sobre la economía de Cuba. Crámer, en cambio, le prestaba atención a Fabiani, o al menos permanecía con la mirada fija en él. Fabiani, incómodo por los susurros, se quedó callado, y su silencio fue más digno de atención que sus palabras, porque aun Lemos y Barnes suspendieron su charla y lo miraron.

—¿Qué pasa? —preguntó Fabiani.

Se había quedado mirando a Barnes y a Lemos, pero fue Crámer el que habló, y entonces me di cuenta de que todo lo que me rodeaba —conversaciones susurradas, distracciones, tedio— todo lo que parecía fruto del descuido y el azar era parte de una precisa representación.

—Estás afuera —dijo Crámer.

—¿Qué?

—Relevado de todo.

—¿De la correspondencia?

—De todo.

—¿Por qué?

Crámer se puso de pie y levantó del escritorio un ejemplar de *Cuadernos de la Esfinge*.

—¿Alguna errata significativa? —preguntó Fabiani.

—Una larga errata.

—Habíamos convenido en que se publicaría el artículo.

—¿Qué artículo?

—La charla de Colina Ross.

—No es ese artículo el que me molesta. Ni las otras páginas. Me molesta la publicación inconsulta de ese poema sobre el Che Guevara.

—Fuiste vos, Crámer, el que lo dejó sobre el escritorio.

—Para que lo miraras, no para que lo publicaras sin consultar a nadie.

—Ustedes demoraron esas páginas hasta el último día. Al ver esas hojas encima de la mesa supuse que ustedes lo habían aprobado.

—Si dejáramos pasar este error, sería como decir: no importa la palabra escrita, se puede decir cualquier cosa. Nosotros formamos un grupo independiente con cierto apoyo y cierta libertad, pero ese apoyo y esa libertad van a durar mientras no cedamos a esa desesperanza bienpensante, al encanto de la desilusión.

Noté que las manos de Fabiani temblaban de ira.

—Pero me dijiste que traerías algo para completar esas dos páginas en blanco. Era el último día. Si no mandaba la revista a la imprenta en ese instante, teníamos que esperar dos meses más, y yo pensé...

Por toda respuesta, Crámer leyó el poema. No sabía leer: confundía la neutralidad con la monotonía.

Las armas y las letras

*Es su revolución, ya no hace falta
compartirla con nadie. Está cercado.*

*Con la victoria, inevitables, llegan
las transacciones y los ministerios.*

*Escritorios canjeados por fusiles
para llenar planillas, poner sellos
y presupuestos, planes quinquenales,
la diplomacia y las ejecuciones.*

*La derrota es la síntesis tardía
su moneda, la sangre, colabora
con la hipnótica, austera economía
que tiránicos símbolos exigen.
Tienen hambre y sed, están perdidos.
Las cosas fueron mal desde el principio.
De nuevo: «Ésta es la historia de un fracaso».
Descubrir la sorpresa repetida
de que hay una alegría inesperada
en resumir los signos del espanto
en dejar a la catástrofe que dicte.
La victoria no sirve por escrito.
La han echado de la estética del siglo.
Es el héroe y acaso no le bastan
los confusos combates. En la selva
falta el agua y sobran delaciones.
Escribe su meditada desconfianza
por la palabra escrita, el negativo
de la acción. Levanta al guerrillero
sobre el literato, último capítulo
del combate entre las armas y las letras.
Una emboscada. Lo toman prisionero.
A los demás los fusilan antes.
Ya no puede escribir. Pero no hacen falta
las libretas, el lápiz, ahora otros
escribirán por él. Ahogado, herido
debe elegir palabras con cuidado.
La memoria respeta los finales.
Todo será conservado. Es la última
escena del acto quinto. A su verdugo
le dice que apunte bien, a ese sargento
que vacila, tiembla, que está esperando
la cancelación de la orden, que no quiere
la maldición, el don, el privilegio*

*el salvoconducto sangriento de la Historia.
Apunta bien, le dice, yo no puedo
apuntar nada. ¿Y el papel y el lápiz?
¿Dónde vas a guardar este instante,
la sentencia que vale más que el diario,
el epigrama final de la aventura?
Apunta bien: vas a matar a un hombre.*

Con gesto teatral Crámer tiró la revista sobre la mesa. La revista resbaló hasta chocar contra el sacapuntas mecánico.

—Ese poema es una burla a todo lo que creemos. Es una burla a buena parte de los miembros del club. Habíamos convenido en dejar la política fuera de los *Cuadernos*... Y entonces vos venís y nos encajás ese poema.

Fabiani se puso de pie.

—Ni siquiera conozco al autor. Es sobre el Che Guevara. Pensé que les gustaría. Que eran ustedes los que querían publicarlo.

—¿Pensás que nos seduce cualquier cosa escrita sobre el Che Guevara? ¿Somos los que pegan pósters en las paredes? ¿Somos folkloristas de la izquierda? ¿Y los ponchos y las boleadoras dónde están? El poema habla de las armas y las letras. El Che se volcó decididamente a las armas. Escribió que el guerrillero es el escalón más alto para el hombre. Pero el poema lo muestra preocupado al final de su vida por las letras de nuevo, por lo que se escribe. El poema muestra el triunfo de las letras.

Se hizo un silencio solemne; el silencio fingía que era el turno para que el acusado ensayara una última defensa. Fabiani no dijo nada en su defensa, no esperó a que se levantaran las manos, votando en su favor o en su contra. Sabía bien que si se había llegado hasta ahí, era porque todo estaba decidido. Me pareció que hasta admiraba que se hubieran tomado el trabajo de montar una trampa para echarlo. Abrió un cajón del escritorio y sacó unos papeles y una lapicera de capuchón plateado, con la que solía firmar con tinta negra las cartas del Círculo de Criptógrafos. También se llevó un sello con el nombre de nuestro mínimo club. Ahora no le serviría de nada, pero se lo llevó, de todas maneras. Abrió otro cajón: planchas de estampillas. Vaciló un segundo y al fin las dejó, tal vez porque habían sido

compradas con plata del Círculo. Guardó sus papeles entre las páginas de un libro y salió de la oficina sin saludar. Durante el instante que siguió a su partida sentí con claridad que aquella expulsión nos unía.

A partir de ese momento quedé a cargo de la correspondencia del Círculo de Criptógrafos de Buenos Aires y fue entonces que entendí en parte por qué la insistencia de Crámer en quedarse con el mínimo club. La red de la correspondencia era sólida: en las universidades extranjeras se hablaba de nuestro Círculo como si se tratara de una institución firme, algunos hasta pensaban que teníamos edificio propio. El nombre de Colina Ross —y su relación con Maldany, que Fabiani se había ocupado de divulgar— lo respaldaba. No era sólo el deseo de Crámer por acabar con el feudo de Colina Ross: era el poder sobre una institución que podía llegar a servir de refugio cuando el peligro fuera más profundo.

Después del 76, ninguna institución sirvió de protección, ni siquiera la Iglesia Católica. Pero faltaba más de un año para el golpe y hasta el Círculo de Criptógrafos podía servir de refugio imaginario.

La expulsión

Gracias al poema de autor desconocido, Crámer se había deshecho de Fabiani. Una noche, unos meses más tarde, le pregunté de dónde había sacado aquel poema.

—Era de Barnes, poeta clandestino. El poema no era gran cosa, pero sirvió para echar a Fabiani.

—Lo podrías haber echado sin ninguna excusa.

—¿Sin excusa? ¿Sin arte? Nunca hay que dejar pasar la oportunidad de hacer una conspiración, por pequeña que sea.

Fabiani expulsado. Tarrés se había ido solo. Sólo quedaba un enemigo en pie.

Colina Ross iba muy de vez en cuando al Círculo a dar una breve charla sobre algún tema. Nos poníamos previamente de acuerdo sobre el día y la hora en que pasaría, para que sus enemigos no estuvieran presentes. También pasaba a buscar la correspondencia que le estaba dirigida. Pero una noche irrumpió una reunión, saludó con un gesto y se sentó a un lado, como si fuera uno más. Estaba callado, y sin embargo su silencio era más significativo que cualquier cosa que pudiéramos decir. Cada uno que hablaba parecía estar al borde del tartamudeo, y esforzaba la vista para no mirar hacia el profesor. Crámer había faltado a muchas reuniones, parecía haber renunciado por completo al Círculo, pero ese día estaba allí, tan silencioso como su rival.

Recuerdo que yo propuse que conversáramos sobre el contenido de la próxima edición de los *Cuadernos de la Esfinge*. Me respondieron que no había ninguna necesidad de seguir con la revista. Traté de convencerlos de que si no había ninguna publicación que refrendara la existencia del Círculo, los contactos internacionales se apagarían. Me miraron con escepticismo, pero me dejaron hablar. Además yo tenía un interés personal en el asunto, porque quería escribir sobre la relación entre Maldany y Colina Ross. Era una excusa para que el profesor me diera al fin los

prometidos papeles de Maldany. Crámer me dejó hablar, y cuando Lemos quiso intervenir lo hizo callar con un gesto. Pero al final él mismo cortó tajante mis modestos planes editoriales:

—No tenemos más papel.

—Del último cuaderno imprimimos solo 300 ejemplares —dije—. Pensé que nos quedaba papel suficiente para otro.

—No tiene sentido que sigamos hablando de los cuadernos —me respondió con fastidio—. Pasemos al siguiente tema.

Pero entonces se oyó la voz de Colina Ross:

—Hay papel para publicar mil ejemplares. Yo mismo conseguí que el decanato nos lo asignara, después de una pelea que duró tres horas. El papel está en la imprenta.

—No tenemos más papel —repitió Crámer, sin variar el tono de voz.

—Me vas a acompañar, Crámer —dijo Colina—. Vamos a ir juntos a la imprenta de la facultad y te voy a mostrar dónde está el papel...

—Tuvimos que usar el papel para imprimir otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Una publicación urgente.

—Quisiera saber cuál fue esa publicación urgente.

Crámer abrió su portafolio y buscó lentamente en su interior. Al final sacó una revista: *La causa del Pueblo*. En la tapa estaba la foto de una media res colgando de un gancho. Un título cruzaba la foto, en diagonal: *Los frigoríficos y el sindicalismo cómplice*.

—Necesitaban una ayuda. Cambiamos una bobina del papel que usábamos para los cuadernos por el doble de este papel, que es mucho más barato. No tiene sentido preparar materiales en papel caro para una elite, cuando podemos llegar a miles.

—Usaron el papel que el decanato nos dio para publicar algo llamado *La causa del Pueblo*. ¿Entiendo bien?

—¿No le gusta el nombre? Puede ayudarles a estos compañeros a buscar uno mejor.

Colina Ross abrió la puerta:

—Váyanse todos ahora. Usted, Crámer: váyase a otra parte, y llévese a todos sus amigos.

Nadie se movió. Nadie dijo nada. Colina Ross seguía con la mano en el picaporte. Entonces habló Crámer:

—Doctor, conocemos su pasado. Es usted el que se va.

—De qué está hablando.

—De las chicas, profesor. Todos lo sabemos.

—Las chicas...

—Las chicas.

No sabía de qué chicas hablaba Crámer. En los comienzos del Círculo, Fabiani había mencionado algún viejo escándalo, sin dar precisiones. Eleonora, que había seguido la conversación con el aire ausente de quien espera que pase el tiempo en una mesa de café, bajó la vista. Tenía las mejillas rojas; trataba de disimular una vergüenza violenta que la obligaba a unir una mano con la otra, a bajar la cabeza, como si quisiera plegar su cuerpo sobre sí mismo hasta desaparecer en una pieza de origami. Volví a mi vieja sensación de que ignoraba algo que todos los demás sabían: mis oídos no habían atrapado la palabra esencial que cambiaba el sentido de todas las cosas.

Durante un momento Colina Ross se quedó mudo, como si no supiera qué decir. Pensé en la hoja de árbol que había mencionado alguna vez. Pensé que eran pocas las cosas que podían dejarlo sin saber qué decir. Pero enseguida se recuperó.

—Ustedes son mejores policías que la policía.

—Eso no es un elogio —dijo Crámer—. Cualquiera es mejor que la policía.

—Controlan la vida sexual de sus miembros y encuentran el adulterio peor que el asesinato. Eso es lo que llamo una moral estricta.

—En su caso nadie habló de adulterio: usted es viudo. Su problema es de otra clase.

—¿Acaso no culpaban a su líder muerto de pecados semejantes?

Lemos se paró para responder, pero Crámer lo hizo callar con un gesto. Obediente, Lemos se sentó. Crámer sacó de su bolsillo un paquete de caramelos de goma de eucalipto y se puso uno en la boca.

—Doctor, ¿no le parece que es tarde para que un hombre de su edad ande levantado? La Plata está lejos y las calles son inseguras. ¿O quiere

quedarse hasta que votemos su expulsión?

Colina levantó la mano:

—Yo mismo voto mi expulsión.

Colina Ross no miró a Crámer, no miró a su hija: me miró a mí. Esperaba que lo siguiera. No me moví.

El profesor abandonó la oficina que él mismo nos había conseguido. Salí al pasillo pero me quedé ahí, sin seguirlo, sólo mirando cómo se alejaba. Caminaba tan lento que parecía que no iba llegar nunca hasta el ascensor que lo esperaba.

OceanofPDF.com

TERCERA PARTE

Apogeo y caída

OceanofPDF.com

Un apoyo técnico

Sabía que había perdido toda posibilidad de conseguir las cartas de Maldany. Yo había traicionado a Colina Ross, no había esbozado ni una mínima defensa. Podría haber salido tras él, apartarme de los demás, pero eso era elegir el pasado en vez del futuro, el desencanto en lugar de la convicción. Era quedarse afuera de la vida. Me sentía dividido: yo era el que jugaba el antiguo juego de las palabras raras, y era también el que vivía las novedades como un llamado continuo y demencial a entrar en el mundo y a ocupar un lugar entre los otros. Había conocido el síndrome de Pompeya: quería huir de un mundo de piedra. Y sin embargo no perdía las esperanzas de escribir el cuadernillo sobre Maldany, como anticipo de un libro de muchas páginas, que vendría después y que me justificaría.

Para llegar a Maldany, no tenía ya a Colina Ross, pero me quedaba Eleonora. Como ella estaba en guardia cuando le hablaba de Colina, yo probaba con su madre: una contraseña para entrar en el búnker de su memoria. Una noche, después que se habían ido los amigos, dejando a su paso botellas vacías y latas de conserva con puchos apagados, levanté un libro del suelo. Era un ejemplar de *Las palabras*, de Sartre, con la portada manchada de vino y ceniza. Del libro cayó un viejo programa del cine Hindú.

Argentina Sono Film presenta

La fuente del sapo

Libreto y dirección: Luis M. Meyer.

Clarisa es una muchacha soñadora que vive en un pueblo. Un día se pierde en el bosque, la sorprende una tormenta y llega hasta una casa que tiene una verja. Entre los árboles hay una fuente que recibe agua de un sapo de bronce. Clarisa recuerda una vieja leyenda sobre esa fuente: si uno tira al agua una moneda con ojos cerrados, se le cumplen tres

deseos. Y le pide el primero: que se le abran las puertas de esa casa.

Clarisa verá como a lo largo de los meses y los años sus tres deseos habrán de cumplirse, para bien o para mal.

Con Guillermo Battaglia y la debutante Marilú Miller.

—Qué hacés con eso.

Eleonora me arrancó el programa de las manos.

—Estaba adentro de un libro. Uno de los que quedó de milagro. Tus amigos se llevan los libros, los discos...

—Son tus amigos, también.

Se había quedado mirando la foto del programa. Su madre parecía una niña. Tenía algún parecido con Elsa Daniel. Guillermo Battaglia la estudiaba con semblante severo.

—Mi madre murió cuando era muy joven. Yo tenía cuatro años. Tengo imágenes aisladas: un verano en la playa, ella con una malla azul. Una vez en una heladería, comiendo helado de frutilla, con una cucharita de madera. La tarde en que vimos esta película, la única en que actuó, y me compró dos cajas de maní con chocolate. El cine era un palacio de mármol. A mí me parecía raro ver a mamá en la pantalla, era otro mundo y le pedía que me llevara ahí, porque yo también quería pedirle deseos a la fuente del sapo. La fuente no existe más, me dijo mi madre. Era de yeso, la hicieron para la película. Todo es de mentira, dijo.

—¿De qué murió tu madre? —pregunté con involuntaria brusquedad.

—De una enfermedad en la sangre. Fue muy rápido. Yo apenas me acuerdo de las visitas al hospital, de los parientes en casa, que llegaban tarde y hablaban en voz baja, de discusiones en medio de la noche. La gente que miraba y me decía: pobrecita, pobrecita. Tenía miedo de haber perdido mi nombre por ese otro tan raro: Pobrecita Colina Ross. Apenas mamá murió, mi padre empezó a revisar toda la casa. Vacío los cajones, revisó cada libro. Parecía haber enloquecido. Mi tía Haydée trataba de pararlo, pero él seguía vaciando cajones, los bolsillos de la ropa, los libros de mamá. Yo le preguntaba qué pasaba, qué estaba buscando. Él no decía nada.

—A lo mejor lo hacía para distraerse, para no pensar.

—No, él no es así. No hace nada porque sí. Todo tiene un propósito, aunque ese propósito sea demencial. Muchos años después, de visita en la casa de mi tía yo le pregunté a ella qué había pasado aquella vez. Por qué mi padre había enloquecido, qué buscaba. Y ella me dijo que un día antes de que mi madre muriera en un tercer piso del Hospital Británico, Colina Ross había querido tomarla de la mano, y ella, pálida, sin peso, reunió la fuerza suficiente como para rechazar su mano. Y le dijo: «Te dejé un mensaje». Y no dijo nada más hasta que perdió la conciencia. Mi tía lo atribuía al delirio de la morfina, pero mi padre se lo había tomado en serio y había buscado ese mensaje por toda la casa. Vacío todos los cajones y todos los roperos. Buscó adentro de cada libro, revisó cada página de cada libro, en una casa donde había miles de libros. Abrió algunos cuartos que ya mi abuela, que estaba loca, había clausurado. Cuartos llenos de muebles, de pinturas, de jarrones, de esculturas. Mi padre revisó repisas y cajones. Miró adentro de los floreros y detrás de los crucifijos. Se le ocurrió cavar en el jardín, pero la idea de que mi abuela había enterrado gatos en cada rincón del terreno le impidió hacerlo.

—¿Y alguna vez encontró algo?

—Nada. Pero hasta el momento en que me fui de casa, a los 19 años, él seguía buscando. Lo hacía con disimulo, porque sabía que a mí me molestaba.

Levanté un par de libros tirados en el suelo. Devolví a su lugar unos discos de *jazz*. Ella ponía en una bolsa las botellas, vaciaba los improvisados ceniceros:

—Pero ahora que vive solo y que nadie lo vigila, ahora que tiene toda la libertad, debe seguir buscando el mensaje de mamá.

OceanofPDF.com

Viaje a La Plata

Al ver mi interés en el programa del cine Hindú, Eleonora se resignó a mostrarme un viejo costurero forrado en tela donde guardaba algunos papeles de su madre: una libreta cívica, escrita con la amable caligrafía azul lavable que entonces tenían los empleados de los juzgados de paz, un cuaderno de cuarto grado, un cuaderno pentagramado marca Istonio, convertido en álbum de figuritas que brillaban, cartas que Colina Ross le había enviado desde Londres, guardadas en sobres vía aérea adornados con diminutas estampillas verdes y rojas con la cara de la reina de Inglaterra. A través de estas cartas pude completar algunos datos sobre Maldany que Colina Ross apenas había mencionado en sus clases. Pude conocer también los detalles del viaje que Marilú Miller había hecho a Inglaterra.

A pesar de que hacía siete meses que vivía con Eleonora, nunca había visto que padre e hija se encontraran fuera de la facultad, ni que almorzaran juntos ni que tomaran un café. Si se cruzaban, hacían algún pequeño gesto, como desconocidos que se recuerdan vagamente de alguna fiesta. Pero un viernes ella me dijo que tenía que ir el sábado a La Plata a buscar unas cosas a la casa de su padre y me pidió que la acompañara. Yo estaba un poco cohibido por haber permitido que expulsaran a Colina Ross del Círculo de Criptógrafos, pero ella insistió y terminé por decir que sí.

Tomamos el ómnibus Río de la Plata en plaza Once y llegamos cerca del mediodía. Caminamos unas diez cuadras hasta la casa del profesor. Era una casa grande, antigua, tal vez la más vieja de toda la manzana, con un pequeño jardín al frente, y unas gárgolas de hierro que completaban la fantasía medieval del arquitecto, que había almenado la pared de la terraza y distribuido escudos de armas en los vidrios. El musgo había conquistado casi todo el frente.

Le pregunté si no prefería ver a su padre a solas.

—Odio estar a solas con él. Entrá conmigo, por favor.

Sólo entonces la vi vulnerable, como si aquella casa, por el poder de una emanación misteriosa, pudiera quitarle las energías. Subimos los cuatro escalones de mármol que llevaban a la puerta. Apenas tocamos el timbre el profesor nos abrió, como si hubiera estado esperando con el ojo en la mirilla.

—Me echaron del Círculo, pero me hacen el honor de venir a esta humilde morada. Entren por su propia voluntad y dejen un poco de la felicidad que traen con ustedes.

—No empecemos, papá —dijo Eleonora. Creo que fue la única vez que lo llamó así: siempre era «Colina Ross».

El profesor vestía un viejo pantalón de corderoy y una chomba azul, desteñida, con un cocodrilito del lado izquierdo. Besó a su hija y luego me tendió una mano floja, sin mirarme. Pasen, pasen, dijo con impaciencia. Pasamos de la luz a la oscuridad. La casa olía a encierro y a tabaco. Eleonora se movía con familiaridad a causa de la memoria, no de los ojos. Yo, que contaba sólo con mis ojos, me quedé cegado por la penumbra interior. Eleonora enseguida se puso a descorrer cortinas y abrir celosías. Tímidos, los muebles empezaron a ganar volumen, los cuadros colores. La mesa de madera dejó de ser un bulto informe, y se cubrió de periódicos, frascos de remedios, naipes franceses ordenados en un solitario interrumpido. También una frutera, un cenicero de vidrio, un atado de cigarritos Avanti. Las paredes se llenaron de libros hasta el techo, y de esos objetos que van a parar a los estantes de las bibliotecas: abrecartas, pisapapeles, una piedra rara hallada en una excursión, un caracol negro, adornos comprados en viajes. En un rincón se alzaba un mueble alto, de cinco cajones: me enteraría más tarde que ahí estaba el archivo de Colina Ross.

Eleonora se ofreció a mostrarme el jardín del fondo. Atravesamos la cocina de azulejos blancos, pasamos por una puerta de metal. Había imaginado, a pesar del tamaño de la casa, un pequeño jardín, pero después de la galería de baldosas negras y blancas había un gran terreno lleno de plantas que crecían sin mano que las podara. Reconocí una higuera, geranios, jazmín del país, un gomero. Pero había, sobre todo, malezas y

flores silvestres amarillas y blancas. Había llovido hacía poco, y grandes caracoles recorrían las hojas brillantes, curvando los tallos con su peso.

—Mi madre se ocupaba de las plantas. Hace más de veinte años que están libradas a su suerte. No tengo recuerdos de mi abuela paterna, pero sé que a ella las plantas tampoco le interesaban. Sólo los gatos. Tenía decenas de gatos. Todos enterrados aquí. Nunca tiraba las cajas de zapatos, porque con el cartón hacía sus ataúdes.

En el fondo había una torre octogonal. La fantasía medieval del arquitecto le había dado a aquella torre un aire de cuento. Con artes de araña, una terca enredadera se empeñaba en cubrirla.

—Ahí está la biblioteca.

—¿Guarda los libros más valiosos?

—No, los que ya no lee. Es decir, casi todos.

Fui hasta la pequeña puerta, no más de un metro sesenta, y traté de abrirla.

—¿Querés que le pida la llave?

Detrás de esa puerta podía haber cualquier cosa, tal vez libros que había buscado durante años, tal vez un ejemplar de la *Scripta Minoa*. Pero sentí un brusco desencanto, un desinterés por todas las cosas.

—No, dejá.

Volvimos a la casa, caminando sobre lajas grises. Colina Ross trataba de limpiarse una mancha de tuco de la camisa.

—Hice unos tallarines —dijo—. La salsa es casera.

Eleonora sacó diarios y frascos de remedios de la mesa y una frutera con unas peras, uvas y manzanas de cera y extendió un mantel abundante en flores y remiendos. Repartió unos viejos cubiertos de alpaca. Al rato Colina Ross trajo tres platos con tallarines y salsa de tomate y empezamos a comer. Yo abrí una de las botellas de vino que habíamos traído. Recién después de tomar el primer vaso de vino me animé a decirle:

—Lamento no haber salido detrás de usted cuando Crámer habló. La situación me tomó por sorpresa.

—Lo entiendo. Lo que se anuncia largamente siempre nos toma por sorpresa. Sólo estamos preparados para lo inesperado.

—Hablemos de otra cosa —dijo Eleonora.

Su padre negó con la cabeza.

—La gente habla de lo que tiene en común, o de lo que ya no tiene en común. No importa, no le guardo rencor. Tarde o temprano tenía que pasar. En todas las facultades es lo mismo. Hay algunos viejos profesores que se pliegan a los nuevos aires de la historia, pero yo no sirvo para eso. No es porque piense distinto, no. La diferencia de ideas siempre es algo que se puede pasar por alto. Es que yo por la gente como Crámer siento repulsión.

Eleonora consiguió desviar la conversación hacia una tía lejana que estaba enferma. Hizo desganadas preguntas y recibió imprecisas respuestas. Mencionó también que lo había visto a Velmiro Porta, el teniente coronel. La mención sólo mereció a Colina Ross una profunda inspiración.

—¿Y la tía Haydée?

—La veo todas las semanas. Siempre amenaza con quedarse a vivir en Italia, pero vuelve. Todos los jueves nos vemos a la misma hora, en la misma confitería, casi siempre en la misma mesa.

Después Eleonora le preguntó:

—¿Y la plata que te pedí?

—Está arriba, en la mesita de luz.

Eleonora se fue escaleras arriba.

—Cada tanto viene a buscar algo de la herencia de la madre. ¿Sabía eso?

—No, no sabía.

—Me lo imaginaba.

—No es asunto mío.

—Mi hija trabaja en un sindicato, ¿no?

—En el sindicato de los periodistas.

—Pero quiere seguir vistiéndose en la Avenida Santa Fe o en las *boutiques* de Recoleta. Son las inevitables contradicciones de clase. Les gusta el comunismo porque piensan: con lo que tengo, y con lo que me toque en el reparto...

—Eleonora no es comunista.

—No, es algo parecido, pero peor.

Entonces le dije al profesor:

—Todavía me acuerdo lo que me prometió.

—Yo no acostumbro a prometer. Una promesa es una mentira postergada.

—Los papeles de Maldany, profesor.

—¿Para qué los quiere? Ahora no hará el cuadernillo ni nada. A menos que quiera publicar en, ¿cómo se llamaba?... *La causa del Pueblo*.

—Por ahora quiero estudiar el tema, reunir la información. Ahora no es tiempo de pensar en editar.

—¿Estudiar el tema? ¿Va a encerrarse con papeles? No, no hará nada de eso, créame.

—¿Cómo sabe?

—Es tarde. Es tarde para que se ponga a estudiar, a escribir. Ya pasó el tiempo de los contempladores. Ahí Crámer tiene toda la razón. Es la hora de las cosas urgentes. Sin tiempo para Maldany ni lenguas antiguas. Considéreme el oráculo de La Plata y acepte mi modesto vaticinio, aunque no haya pitonisa de por medio: no va a haber cuadernillos, ni libro sobre Maldany, ni nada.

Eleonora apareció de pronto, sin que el ruido de pasos la anunciara. Como animales, las casas reconocen a sus dueños, y solo retumban con los pasos de los desconocidos. Traía en sus manos un viejo álbum de fotografía de tapas marrones, atadas con un cordón negro. Hizo lugar en la mesa para poder abrirlo. Las páginas que separaban las hojas de cartón negro eran de un material traslúcido, con diseño de telarañas. Colina Ross le sacó el álbum de las manos con brusquedad; señaló una foto en la que se lo veía a él, de joven, junto a su esposa, Marilú Miller, que parecía una adolescente, y otro hombre, alto, de pelo rubio o castaño claro (era difícil juzgar por la fotografía en blanco y negro) y de indecisa sonrisa. Había un muelle, un río, un bote.

—Éste es Maldany —lo señaló.

Yo nunca había visto una foto del arquitecto. Hasta ahora Maldany sólo había estado hecho de recuerdos y letras.

—Este lugar parece el Tigre —dije.

—Exacto. El recreo El tropezón, donde se suicidó Lugones, tomando cianuro. Muchos venenos eran entonces de venta libre: eso le da una gran verosimilitud a las novelas de Agatha Christie. Hoy en día envenenar a

alguien es mucho más complicado. Fuimos en invierno, el cuarto parecía no haber sido habitado en meses, las sábanas estaban heladas y tan almidonadas que era difícil meterse en la cama. A Maldany le tocó un cuarto cuya ventana daba al río. Me acuerdo los gritos de Marilú, porque encontró debajo de la almohada una araña negra, enorme. Yo salía a remar, pero Marilú y Maldany no querían saber nada del agua.

—¿Para qué vino Maldany a la Argentina?

—Para visitarme. O vino, mejor dicho, con la excusa de visitarme. No sé en realidad qué buscaba. Dio un par de conferencias en Tucumán y Córdoba. Una de ellas fue un homenaje a Arthur Evans. En Buenos Aires se alojó en un hotel de la Avenida de Mayo, y después en el Excelsior de La Plata. Se había traído en el equipaje varias novelas policiales de un autor que siempre leía, un tal Talbot Mundy. Usted, que leyó tantos policiales, ¿oyó hablar del tal Mundy?

—Usted me habló alguna vez de las lecturas de Maldany. Conseguí libros de Edgar Wallace y de Leo Perutz, pero nunca de Talbot Mundy.

—Cuando yo le preguntaba por qué leía esa clase de literatura, que nadie se tomaba en serio, me decía: las leo para que el mundo vuelva a parecerme misterioso.

Colina Ross pasó una página del álbum. En el pasado, en las fotos en blanco y negro, la gente siempre estaba bien vestida (las mujeres con vestido, los hombres con saco y corbata), y sonreía a la cámara. La espontaneidad no alcanzaba el rango de virtud.

—Maldany se me acercaba y yo sentía que quería decirme algo, pero por alguna razón desistía. Como si no encontrara las palabras adecuadas, o como si el impulso inicial, que lo había llevado a cruzar el océano, de pronto se hubiera perdido. Había estado obsesionado con develar esos antiguos signos, ocho siglos anteriores a *La Ilíada*. Había golpeado a las puertas del tiempo, esperando que le dieran un mensaje precioso. El poema, el poema. Y había triunfado de una manera horrible, encontrando cuentas de transacciones comerciales, balances, tantas bolsas de trigo, tantos cerdos, tantos odres de vino o esclavos. Y no pudo soportar que su secreto fuera por fin revelado. Mire esos ojos.

El dedo señaló la cara de Maldany. Pero eran fotos de formato muy chico, como se estilaba en la época, y yo no podía saber nada de sus ojos: sólo percibía la sonrisa indecisa o forzada.

—Hasta el último día estuvo a punto de decirme algo, pero siempre Marilú entraba y lo interrumpía. Y yo pensaba: es inglés, nunca hablará. No sabe lo que es una confidencia. Cruzó un océano para hacer una confidencia, y volverá a cruzarlo, sin haber hecho la confidencia. Y así fue. Volvió a su país, sin decir por qué había viajado a la Argentina y sin decir tampoco por qué había decidido regresar. Maldany volvió a Londres, mientras estábamos de luna de miel. Evitó despedirse de nosotros. Me escribió una última carta. Está ahí, en ese mueble, junto con el resto de sus papeles...

Señaló el mueble alto, de cinco cajones, en un rincón del comedor.

—Que un día me dejará mirar...

Colina Ross siguió como si no me hubiera oído:

—Y pocos días después, un martes, al salir de la facultad muy tarde en la noche tomó su auto y en vez de ir para su casa eligió una ruta rumbo al sur y se estrelló contra un camión estacionado al costado del camino. Dijeron que había sido un accidente. Que se había quedado dormido al volante. Yo creo una cosa muy distinta.

—¿Qué?

—Creo que él no podía vivir en un mundo sin secretos. ¿Puede usted vivir en un mundo sin secretos, Dorey?

Me quedé callado. No esperaba respuesta.

—Y ahora, si me disculpan, siempre hago media hora de siesta. Ni un minuto más ni uno menos.

Y subió las escaleras.

Eleonora había recuperado el álbum y pasaba las páginas. Parecía más interesada en el tenue papel de telaraña que en las fotografías.

Me acerqué al mueble de cinco cajones. Traté de abrir un cajón. Estaba con llave. Cada cajón tenía una diminuta cerradura. Eleonora me miraba, indiferente a mis afanes.

—¿Sabés dónde están las llaves de este mueble?

—Las tiene en la mesita de luz.

—¿No me las vas a buscar?

—Tiene el sueño liviano. No va a dejar que abras esos cajones. Toda su vida está en ese mueble.

—Pensé que eran sólo los papeles de Maldany.

—Maldany, mi madre, él. Todo mezclado. Si querés abrir el mueble, vas a tener que venir cuando él no esté.

Resignado, me puse junto a ella a mirar las fotos, con esa sensación engañosa que siempre nos dan las fotos viejas, de que en el pasado las cosas eran en blanco y negro, y eran más dulces y más sencillas.

OceanofPDF.com

El incidente de la bicicleta verde

Cuando volvió de la siesta, Colina Ross me dijo:

—Maldany sabía perfectamente que existía la posibilidad de que las inscripciones no revelaran nada interesante. Y sin embargo mantuvo hasta el fin una confianza completamente irracional. ¿Sabe cómo llamábamos a esa confianza? La teoría del tesoro escondido. La formulación es ésta: si hay algo escondido, tiene que ser un tesoro. ¿Qué otra cosa podría ser? Así nos enseñaron los cuentos de infancia. En todos los cuentos hay cofres, cámaras secretas, cajitas...

»Esta idea, que finalmente resultó terrible para él, se alojó en su mente a partir de un hecho fortuito: su súbita amistad con Hugo Heinz, un alemán experto en Historia de los sajones. A este encuentro yo lo llamo el incidente de la bicicleta verde.

»Heinz era un alemán que no sabía nada de la antigua Creta ni de la lengua de Dédalo, y que nunca supo el efecto devastador que tuvo sobre Maldany. Quién sabe cuántas veces a lo largo de la vida hemos sido como ese alemán: comentamos algo al pasar y condenamos a alguien a la desesperación o a la muerte.

»El alemán estaba en Cambridge por tres meses, para dar clases y estudiar unos documentos sobre los sajones. Era alto y algo pasado de peso. Estaba convencido de que hablaba un inglés puro, pero su acento alemán se distinguía ya en el saludo. Todavía había mucho resentimiento contra los alemanes, pero a Heinz no le importaba en absoluto. Cuando no estaba dando sus clases recorría la ciudad con una bicicleta verde de ruedas anchas. Se veía a lo lejos que era alemana, porque las gomas de las inglesas eran finitas. Más de una vez le aparecieron los neumáticos pinchados, como un recuerdo de la guerra, pero él insistía con su bicicleta verde de ruedas anchas. Estaba convencido de que parecía un perfecto inglés, y atribuía las pinchaduras de sus neumáticos a una epidemia de clavos perdidos. Una mañana atropelló a Maldany, que cruzaba distraído, y así se conocieron. El

inglés lo insultó, el alemán pidió disculpas. Maldany reconoció el acento y comenzaron a conversar.

»Heinz se había salvado de entrar en el ejército porque era asmático. Trabajó durante toda la guerra en una fábrica de municiones. Lo rodeaban toneladas de pólvora. Todo el tiempo era consciente de que si caía una bomba en cualquier punto de la fábrica, todo volaría por los aires. El hermano mayor de Hugo, Ernst, era un diplomático que se había especializado en las relaciones de Alemania con Inglaterra. Su padre había sido uno de los más antiguos miembros del movimiento nacionalsocialista, y Ernst había trabajado con ahínco en la cancillería, interpretando los comunicados ingleses, con la esperanza de que la guerra entre Alemania e Inglaterra pudiese ser evitada. Pero este frente también se abrió y, con el paso de los meses y de las catástrofes, Ernst fue entrando en el más absoluto descontento. Abjuró de los amigos de su padre, y terminó formando parte del heterogéneo grupo que atentó contra Hitler.

»El fallido atentado derivó en decenas de detenciones, traslados al frente oriental, donde la muerte era segura, y ejecuciones sumarias. También hubo algunos suicidios inducidos, como el del mariscal Rommel. Ernst Heinz fue a parar a prisión. No lo mataron de inmediato porque Himmler, que sabía que el derrumbe era inminente, quería a alguien capaz de negociar con los ingleses cuando llegara el momento de la rendición. Pero los astros no acompañaron a Ernst: Himmler se entusiasmó bruscamente con el director de la Cruz Roja en Suecia como candidato a negociar la rendición. Ernst fue fusilado de inmediato junto con otros 15 prisioneros.

»Eran los últimos días del Reich, Berlín estaba devastada y con el ejército rojo a sus puertas. Mientras todos huían de Berlín rumbo al oeste, Hugo viajaba desde el oeste hacia Berlín. Hizo el viaje en un tren vacío: los trenes con los que se cruzaba iban abarrotados de gente, y cuando se detenían, en alguna estación, lo miraban a él como a un loco. El tren se detuvo antes de llegar a la terminal, por algún problema en las vías. Hugo no esperó a que el problema se solucionase, saltó a las vías y caminó durante kilómetros hasta la cárcel donde estaba preso su hermano. La cárcel era una fortaleza de cemento con ventanas angostas como rendijas. Logró

pasar a una oficina. Los empleados estaban vaciando los archivos para llevarlos al patio de la prisión y quemarlos. Preguntó por Ernst Heinz: le dijeron que lo habían trasladado a un centro de exposiciones, entonces en ruinas, para su ejecución, junto con otros detenidos. A Hugo le llamó la atención el tono neutro con que se lo dijeron, como si explicaran que un expediente estaba en tal estante, o que eran las seis de la tarde. El lenguaje de la catástrofe, decía Heinz, no está hecho de gritos y angustia: es una lengua gris de la que se ha extirpado todo matiz de emoción.

»Hugo caminó hasta la Invalidenstrasse. La ciudad estaba cambiada, las cosas conocidas aparecían en un lugar inesperado, como ocurre en los sueños. Escombros y humareda en todas partes. Autos calcinados. Entró al centro de exposiciones a través de un agujero en el muro. Recorrió el predio sin saber adónde ir. Encontró entre las ruinas un caballo blanco, muerto. Ese caballo lo siguió visitando en sueños durante años. Después entró en un gran tinglado, donde se había hecho un año atrás una gran exposición sobre el porvenir de Alemania. Allí encontró los dieciséis cadáveres. Todos vestían un uniforme marrón. Los habían dejado allí mismo, contra una pared, en el lugar del fusilamiento. Se veían los agujeros de bala en los muros. El hedor era insoportable. Le pareció oír un motor en marcha, pero era el zumbido multiplicado de las moscas. La muerte había hermanado a aquellos hombres, que ahora confundían sus rasgos. Se detuvo en cada cuerpo hasta dar con su hermano.

»Pensó en principio en enterrarlo ahí mismo, pero no tenía una pala y además el suelo era de cemento. Tampoco tenía los medios para llevárselo de allí, ni combustible para incinerarlo. Hacía días que era imposible encontrar en Berlín cualquier clase de combustible. La idea de dejar el cuerpo insepulto le resultaba abominable, pero no quedaba otro camino. Lo único que hizo fue revisar sus bolsillos, para ver si había dejado alguna nota o si había conservado algún objeto que sirviera de recuerdo.

»Lo que Hugo encontró fue una pequeña libreta donde su hermano había escrito 69 sonetos. El último estaba fechado la mañana misma de su muerte. Todos habían sido escritos en la cárcel, cuando su hermano sabía que lo esperaba la muerte. Y sin embargo parecía surgir de ellos una extraña calma. Casi no había correcciones. En algunos recordaba viejos episodios

de infancia, en otros reflexionaba —con métrica impecable— sobre la participación de su familia, y en la suya propia, en el desastre. Hugo se llevó la libreta y tuvo que dejar insepulto el cadáver de su hermano. Dos años después de la guerra —cuando se levantó la prohibición de editar que pesaba contra el nombre de su hermano— hizo publicar los 69 poemas en una pequeña edición de tapas azules.

»Esto fue lo que Hugo le contó a Maldany una noche, en una mesa que estaba en el fondo de un *pub*, junto a un teléfono público. Maldany lo escuchó durante horas sin interrumpirlo. Pero al llegar a la última escena, cuando Hugo revisó las ropas de su hermano, muerto desde hacía días, para ver si encontraba una nota, ya no creyó que le hablaban de una lejana historia alemana sino de su propia vida.

»Sören Kierkegaard llevaba cosido en su ropa, para no olvidarlo nunca, un pedazo de tela que decía: *De te fabula narratur*. De ti, lector, trata la fábula. Maldany creyó que de él trataba aquella fábula, el hallazgo de los poemas entre los cadáveres hinchados. Los dioses gustan de los caminos indirectos y de las señales ocultas.

»Y a partir de ese día comenzó a considerar que la historia de Hugo era un mensaje reservado a él: si Heinz lo había embestido con su bicicleta verde, no había sido por casualidad. La oficina de correos de los dioses no se vale de cartas, encomiendas y telegramas, sino de señales misteriosas y casualidades extraordinarias: una lluvia repentina que obliga a una mujer a entrar en un bar, y así de pronto se encuentra con una amiga de la infancia, a la que había buscado por años; un libro que cae de la biblioteca para abrirse y mostrar cierta frase, que ha de mover al lector a tomar una decisión fundamental; un tren que se pierde por cuestión de segundos para que el pasajero suba, maldiciendo, al siguiente, y se encuentre con el amor de su vida. La oficina de correos de los dioses se especializa en indicios indirectos que hay que saber interpretar. Si Hugo había podido no sólo encontrar el cuerpo de su hermano en medio de la ciudad arrasada, sino también los poemas, ¿por qué no iba poder encontrar él, Maldany, bajo la dura tierra de Creta, el poema que llevaba siglos a la espera de sus lectores?

»Su esperanza empezó a tomar la precisión de los sueños: ya no era un escrito filosófico, la inauguración de los presocráticos, no era un texto

histórico, no eran los edictos de un rey sin nombre: lo que estaba bajo la tierra cretense era un poema. Hugo, el mensajero, había venido a advertírselo.

El poema, el poema.

Colina Ross señaló en el álbum la cara de Maldany.

—No hubo ningún poema. La fábula de Hugo Heinz era la fábula equivocada, el oráculo fallido. Hubo una ruta desierta, un automóvil Bristol lanzado a toda velocidad, un camión al costado del camino. Entre sus ropas encontraron una lapicera de oro, que le habían regalado cuando descifró la lengua de Dédalo; un atado de cigarrillos; un pañuelo con sus iniciales bordadas; una petaca de *whisky* y un libro de Sófocles, con una hoja seca de roble, a modo de señalador. Y ningún papel, ninguna palabra, ninguna explicación.

Colina Ross tomó la página con diseño de papel araña y la dejó caer sobre las fotos.

OceanofPDF.com

Una casa en ruinas

En los días siguientes evité a Crámer y a Lemos. Dejé de ir a las reuniones del Círculo. Seguí asistiendo a mis clases, pero iba directo a mi aula apenas llegaba y desaparecía a toda velocidad. La estrategia sirvió durante un tiempo, pero una mañana, al salir del edificio de la calle Uruguay para ir a un colegio, me encontré a Crámer en la puerta.

—Espero una respuesta —dijo.

—Ahora no puedo hablar. Estoy apurado.

—Si no te decidís vos, tengo que mandar a alguien más.

—Mandá a quien quieras.

—Estaba pensando en Eleonora.

—Ella no va a ir.

—¿No? ¿Querés que le pregunte?

Eleonora había dejado la facultad y estaba trabajando en la Asociación de periodistas. Se suponía que su trabajo era poner en orden el archivo, pero ella prefería escribir los comunicados que daba a conocer el sindicato. El trabajo de oficina la aburría. Cuanto más se aburría, más vehementes eran sus comunicados. Pero la escritura, por exaltada que sea, siempre es trabajo para hacer sentado. Si Crámer le proponía ir a la casa del Griego, aceptaría de inmediato.

Le dije a Crámer que iría al día siguiente.

—De día, ¿te acordás? No de noche. Todo hay que hacerlo de día. Pensamos de noche y actuamos de día.

Y me puso unos billetes en el bolsillo. Los conté cuando él se hubo ido: era una suma considerable. La caja chica no era tan chica. Me gustaba tener el dinero en el bolsillo, pero a la vez me intranquilizaba: si pagaba tanto, tal vez el trabajo no fuera tan sencillo como lo pintaba.

Preferí ir después del mediodía, a una hora en que habría poca gente en la calle. Fui en el colectivo 104, me bajé en Rivadavia al 9000, donde la

avenida se llenaba de casas de venta de muebles usados, y eché a caminar hacia el sur.

La dirección señalada por Crámer correspondía a una casa construida a fines de los años 40, con un pequeño jardín adelante y un gran jardín atrás, como eran muchas de las casas del barrio. En el jardín los yuyos se multiplicaban, tapando un sendero de lajas. Al lado había un terreno baldío. Miré a un lado y a otro: la calle estaba vacía. No se veía ningún policía. Miré con cuidado los autos estacionados en la cuadra. Un Rambler, un Di Tella y un Citroën 2cv cubiertos de hojas. Salté el pequeño muro, y caminé hacia el fondo. En el jardín trasero habían arrancado las plantas, habían cavado algunos hoyos, en busca de quién sabe qué cosas enterradas, sin molestarse por llenarlos después.

Entré a la casa por la ventana de la cocina. Sabía de las puertas rotas, de los cajones volcados, de los libros tirados, pero había en aquel desorden una especie de minuciosa voluntad de destrucción. No había mueble, o plato que no hubiera sido roto, lo que no se habían llevado estaba en el piso, hecho trizas, hasta el punto de que era difícil caminar por las habitaciones. Montañas de libros yacían destrozados, como si los intrusos hubieran buscado algún mensaje secreto en los pliegues de la encuadernación. Sólo un par de revistas *Selecciones* habían quedado en su lugar, en un estante. El trabajo se había interrumpido antes de que llegaran hasta allí. Un cuadro de una escena marina había sido arrancado de su marco y tajeado. Un ropero yacía volcado, con sus cajones apilados. Los colchones estaban destrozados a cuchillazos, y restos de plumas grises y de goma espuma amarilla se desparramaban por el suelo de las habitaciones. Había fotografías familiares tiradas en el piso: un brindis en algún cumpleaños, una pareja de jóvenes con el mar a sus espaldas, la vieja foto en blanco y negro de un chico de unos cinco años en una montaña nevada. Cada cosa rota era una advertencia de los peligros que rondaban la casa, y sin embargo, a medida que me adentraba en la destrucción sentía una extraña calma, como si hubiera entrado en un mundo distinto, donde yo ya era otro, y debieran caer sobre mí temores nuevos y nuevas exigencias. En ese rato que recorrí las habitaciones vacías, la zona de desastre, sentí que formaba parte de algo. Es el momento en que las vidas comunes aparecen triviales, aburridas,

vaciadas de plenitud, y donde un instante de verdadera experiencia vale más que años de anestesia y penumbra. El instante extremo que no puede cambiarse por el paso de las estaciones, el progresivo escalamiento en un trabajo, las amables repeticiones de la vida.

¿Cómo quería Crámer que buscara algo en ese desastre? Habían arrancado hasta el papel vinílico estampado de margaritas y violetas, y las tiras de papel colgaban de las paredes como lóbreas guirnalas. No sabía ni dónde empezar a buscar, caminaba desconcertado por los cuartos, y pasar de un sitio a otro ya costaba trabajo, porque no había dónde poner los pies. Era evidente que no sólo había hecho el trabajo concienzudamente, sino con cierta alegría por la destrucción.

Al fin entré en el baño de azulejos blancos y negros. Todo olía a perfume, porque habían arrojado a la bañera frascos de colonia, junto con cajas de medicamentos, frascos de talco y hojitas de afeitar. Había un jabón en el suelo, y noté que una de las cuatro puntas estaba gastada. Escribir en un espejo: la forma más tonta de dejar un mensaje. No es posible que sea así de simple, pensé. El espejo estaba tan sucio, y la luz era tan tenue que no llegaba a distinguir a simple vista si en el espejo había algo que pudiera ser una letra. Habría que probar con vapor. Milagrosamente no habían destrozado el calefón, que seguía encendido. Abrí la canilla de agua caliente y dejé que el vapor invadiera el baño. En el espejo fueron apareciendo las letras escritas con jabón:

Mhlgñc 56

Apenas vi el mensaje cerré la canilla y copié las letras en una libreta que llevaba en el bolsillo del pantalón. Había un trapo y empecé a limpiar el vidrio tratando de no dejar huellas. Ahora que el mensaje había aparecido el miedo volvía. No sabía si era un nombre en clave, o un lugar, o si encerraba la clave de lectura para otros mensajes, pero el mensaje en el espejo me hablaba del peligro con más fuerza que los muebles rotos y los colchones destrozados. Me dispuse a memorizar el mensaje y hacer trocitos el papel, pero estaba tan nervioso que no pude hacerlo. Salí a la calle y eché a caminar rumbo a Rivadavia tratando de no acelerar el paso para no llamar la

atención. Me detuve en un quiosco a comprar unas pastillas, iba a tomar unas DRF de menta pero al final me decidí por unos caramelos de goma de eucalipto, como los que siempre comía Crámer. Me subí al primer colectivo que pasó.

El método más simple para cifrar un mensaje consiste en reemplazar cada letra con la que viene antes o después en el abecedario. Nunca sería el método elegido por un verdadero especialista, pero decidí probar. Con la letra anterior sólo conseguí:

Mhlqñc
lgkpnb

Pero con la letra siguiente obtuve de inmediato un resultado:

Mhlqñc
nimrod

Parecía la respuesta correcta, pero también podía ser casualidad. Nimrod había sido un rey asirio, el constructor de la torre de Babel, y si no me fallaba la memoria también aparecía su nombre en el Infierno de la *Divina Comedia*. Si se seguía el mismo sistema con los números se obtenía el 67.

Nimrod 67.

Colina Ross llamaba el «horizonte del mensaje» y a veces la «madre del mensaje» al contexto que correspondía al mensaje. Los especialistas de la Station X que debían luchar contra las máquinas Enigma sabían que el contenido oculto era, en la mayoría de los casos, las órdenes a los submarinos alemanes en el Mar del Norte. Pero yo no sabía cuál era el contexto del mensaje, así que no tenía forma de saber si mi interpretación había sido la correcta.

Me encontré con Crámer en un café de la avenida Federico Lacroze, con billares en el fondo. Tres hombres de traje y corbata jugaban en una de las mesas con la lentitud y el silencio de una ceremonia. Crámer había perdido ya la modesta felicidad de los bares conocidos. Cada encuentro en un café

nuevo, ésa era la consigna. Nadie los perseguía aún, nadie tenía sus nombres, pero habían armado una rutina de interrupciones y desvíos, pensando en el futuro. El hábito de ser impredecible. Crámer daba a todos las mismas instrucciones: siempre hay que tener plata en los bolsillos, pero no mucha, hay que tener cambio, y cospeles de subte, y cospeles de teléfono, y no anotar nada nunca, no llevar un solo papel escrito, memorizar todo.

Junto con Crámer estaba Lemos, vestido con una camisa *sport* a rayas blancas y celestes. Eran una pareja extraña: parecían un aplicado oficinista y un estudiante de una universidad privada, más preocupado por la salida del sábado a la noche que por los parciales. Crámer, que no bebía alcohol, tenía un pocillo vacío delante de él. Lemos tomaba una cerveza.

—Por la cara que tiene, algo consiguió —dijo Lemos, vagamente burlón.

—Algo conseguí.

—Un héroe —dijo Lemos, mientras Crámer seguía callado, serio, ansioso porque le mostrara lo que había conseguido.

—Nimrod 67 —dije en voz baja—. Si es que eso tiene algún sentido para ustedes.

Pensé que se iba a ver decepcionado por la brevedad y la oscuridad del texto, pero Crámer sonrió.

—Hiciste sonreír a este amargo, eso merece un brindis.

Lemos le pidió un vaso al mozo y me sirvió cerveza. Sobre la mesa había un platito de metal con aceitunas.

—Sabía que tenía que mandarte a vos —dijo Crámer—. No hace falta que te lo diga, pero que nadie sepa de esto, ni siquiera los más cercanos.

—Ni siquiera Eleonora —agregó Lemos.

—¿Y ahora? —pregunté.

—¿Y ahora qué?

—¿Y ahora no me van a decir qué es?

Se miraron entre ellos. Lemos movió la cabeza a un lado y a otro, pero me pareció que Crámer vacilaba. Merecí, por un instante, la duda de Crámer. Estaba a punto de hablar. Iba a confiarme el secreto, pero yo no estaba muy seguro de querer saberlo.

—Olvidemos eso por ahora. A cambio te voy a hacer otra confidencia. Tu otro trabajo, la valija, ¿te acordás?

—Me acuerdo. ¿No sirvió?

—Sirvió, pero cambiamos de idea. En vez de hacer que desconfíen de esta persona que está entre nosotros, preferimos hacer que le crean. Que le den toda la confianza, hasta tanto nos convenga.

Tardé unos segundos en comprender qué era lo que estaba diciendo.

—Pero faltan pocos días...

—Lo vamos a hacer antes de tiempo, porque sabemos que la noche en cuestión van a tener marcada la casa. De todos modos van a seguir confiando en esta persona, a pesar del cambio de fecha, porque vamos a respetar las otras circunstancias. En toda acción siempre hay cosas que se deciden a último momento.

Iba a decirles que no hicieran nada, que todo había sido una ficción, un juego elaborado en mitad de la noche. Pero en ese momento entraron al bar unos jóvenes de cabeza rapada, posiblemente soldados conscriptos de franco, que ocuparon una mesa vecina. Lemos y Crámer, como si tuvieran bien ensayada la rutina, empezaron a discutir sobre un partido de fútbol. Me levanté y salí del bar. Crámer, que no sabía nada de fútbol, que en su vida había ido a una cancha, criticaba despiadadamente la labor de un defensor de Racing.

OceanofPDF.com

Crónica

En las noches siguientes tuve el sueño intranquilo: me despertaba a las dos o las tres, preguntándome si ése era el día elegido. Busqué a Crámer en la facultad, para pedirle que detuviera todo, pero no lo encontré. Pensé en advertir de alguna manera a Guzmán, pero no podía acercarme a él sin correr peligro, y si Crámer sabía que había sido yo el que lo había advertido, me considerarían un traidor. Y por esos días, no le iba bien a los traidores. Odié a Crámer por condenarme a esas noches en vela, que terminaban con la radio encendida a las seis de la mañana, a ver si llegaban noticias de la ejecución. Eleonora me preguntó varias veces qué me pasaba pero no dije nada. Día tras día abría el diario, esperando que el hecho ocurriera por fin, así quedaba liberado de la espera.

En la sexta de *La Razón* encontré la noticia: habían matado a Guzmán a la salida de una casa en Liniers. Como el crimen había sido a la madrugada, los diarios de la mañana no habían tenido tiempo para sacar la noticia. La nota era muy breve, porque Guzmán era un personaje menor del sindicalismo, uno de esos personajes que salen al costado en las fotos de grupo. El sindicato del plástico había repudiado el hecho pero sin referirse a Guzmán en particular: *Rechazamos toda forma de violencia*.

La nota de la sección policiales no decía qué estaba haciendo Guzmán en esa calle de Liniers. Habían reconstruido el asesinato de manera bastante precisa: dos hombres lo habían esperado en un auto. Cuando Guzmán salió de la casa y empezó a caminar hacia su Renault blanco, lo interceptaron. El único testigo era un jubilado que estaba paseando a su perro. Declaró que no había oído una sola palabra antes de los disparos. Guzmán, que estaba armado, no alcanzó a sacar el revólver. Le pegaron cinco tiros.

Esperé que la culpa me invadiera, pero la culpa se demoró en explicaciones políticas, en excusas de tipo práctico, y finalmente se perdió. Lo que llegó fue una extraña emoción, el descubrimiento de una vanidad hasta entonces desconocida. Mi paciente tarea había tenido influencia en el

mundo exterior, yo había elegido el lugar y el momento de la noche, había elegido el método y el número de hombres, y todo, según el diario, parecía haberse cumplido con exactitud. Muchas veces me había preguntado por qué razón los hombres, a lo largo de la Historia, se jugaban la vida, fuera por causas acertadas o equivocadas. Por qué no se quedaban en su casa, con una botella de vino, por qué salían al frío, a la lluvia, para morir en una calle cualquiera, en medio de la noche. Por qué luchaban los que no estaban obligados a luchar. Volví a sentir, como había sentido al recorrer la casa en ruinas, que no había una emoción semejante. Nunca había creído que la ideología bastara para explicar nada, no eran las abstracciones lo que decidían los pasos de los hombres. Ahora que había una muerte, ahora que una línea se había trazado entre mis manos y un cuerpo tendido en la vereda, era más evidente la sensación de que había un centro, y que uno tenía un lugar reservado en ese centro: los otros hechos parecían insignificantes, los otros hombres y mujeres con los que me cruzaba en la calle parecían extras, pálidas sus ambiciones y sus deseos. Imaginé que el éxito, el dinero o el amor no podían compararse a esa certeza de que entre uno y el mundo se había abierto una puerta.

Volví al quiosco y compré el diario *Crónica*, porque sus fotografías llegaban a todos los rincones del crimen, y si no podían sacar la foto en el lugar le compraban las fotos a la policía. En su página de policiales siempre se veía alguna mujer baleada por su marido, o un cuerpo arrollado por el tren, o el suicida pendiendo de la cuerda. No me defraudó: ahí estaba Guzmán tendido en la vereda, boca abajo. La sangre negra se escapaba hacia el cordón, por los canales de las baldosas. Vestía un pantalón oscuro y una camisa. Tal vez había abandonado la casa de la peluquera sin terminar de atarse los zapatos, porque uno se le había salido. Era una vida maldita; un matón, tal vez un criminal. Y sin embargo aquel zapato suelto, el apuro por volver a su casa, tal vez algún vago remordimiento, lo devolvían al mundo humano, a los triviales problemas de los hombres. Recordé el cuento del tímido escribiente de Lisboa, a quien basta tocar una campanita para que muera un mandarín de un punto remoto de la China, y para que su fabulosa fortuna llegue en un instante a sus manos manchadas de tinta. No había, en mi caso, ninguna fortuna (salvo unos pocos billetes que ya me había

gastado), pero la campanita había sonado, y el mandarín había sido llevado a la morgue judicial, con cuatro balas torpes en brazos y piernas, y una en el corazón.

OceanofPDF.com

Cineclub

Una especie de tardío instinto de conservación hizo que en esos días me apartara de Lemos y Crámer y buscara la compañía de Bobby Tarrés, a quien hacía tiempo tenía abandonado. Además, para ese entonces, Tarrés ya se había apartado del Círculo de Criptógrafos. También había perdido la sala del cine Continental de Flores, donde funcionaba su cineclub.

—Te confieso que fue un error mío.

—Es la única vez que te oigo confesar un error.

—Un error diplomático, no cinematográfico. Paso una película de Godard, *Sin aliento*. Imagino que, a pesar de tu ignorancia, la conocés.

—La conozco. ¿Se cortó?

—La proyectamos sin problemas. Llega el momento del debate y una señora con tapado de piel me da su opinión sobre la película. Tonterías, por supuesto. «Señora, le digo, cuando quiera oír su opinión se la voy a pedir. Mientras tanto quédese callada». Se fue ofendida. Resulta que era la esposa de un comisario de Flores. Al rato el dueño del cine me llama y me dice que se acabó, que no me quiere ver más.

Pero Tarrés pudo volver a pasar películas porque Colina Ross le consiguió que se ocupara de un ciclo de cine que organizaba la facultad en el edificio de la Avenida Independencia. Incluso le consiguió un sueldo como trabajador no docente. A cambio le pidió que suprimiera la parte del debate.

—En los tiempos que corren —dijo Colina— cualquier discusión puede convertirse en un conflicto armado.

Tarrés aceptó con resignación.

La visita a su casa había sido un primer acercamiento, pero Colina Ross no me había dado los papeles, ni siquiera había actualizado su ya lejana promesa. Necesitaba llegar de nuevo hasta él, y sólo Bobby Tarrés parecía merecer su confianza. Le pregunté a Bobby por la única película en la que había actuado la esposa del profesor, *La fuente del sapo*, de Luis Meyer.

—Nunca la vi —me dijo—. Sé que fue una película que tuvo muchos problemas. Meyer la filmó durante el peronismo, pero no la pudo estrenar de inmediato. Los peronistas pensaron que era una película antiperonista. Por lo que leí del argumento parece algo abstracto, un cuento de hadas. Después los de la Revolución Libertadora, creyendo que había sido peronista, le agregaron nuevos inconvenientes. El pobre la estrenó tarde y en pocos cines, y la película no la vio nadie.

—¿Se puede conseguir?

—Difícil. Pero vamos a preguntarle al Ruso.

—¿Quién es?

—El amigo del que te hablé, Ismael Livkin, el que me presta las películas. El padre era distribuidor. En tiempos de opulencia compró algunos departamentos, y su hijo vive de rentas. El Ruso heredó miles de latas de películas. Tiene un proyector y no sale de la casa. Se pasa las horas tomando té y comiendo chocolate en la oscuridad.

—¿Mirando películas?

—Mirando *la* película. En general ve siempre la misma. Es nuestro Howard Hughes, pero sin plata. Hughes ve a toda hora *Estación polar Zebra* y come helado de banana y nueces; Ismael, el Ruso, prefiere *La ventana indiscreta* y come chocolate Sufflair. Tiene menos dinero, pero mejor gusto.

Una noche, después de que terminara su función del cine, fuimos caminando hasta una casa cerca del Congreso, sobre la calle Combate de los Pozos. Ya que iba a pedir un favor, pensé en comprar una botella de vino, pero Tarrés me corrigió.

—Si querés caerle bien, chocolate Sufflair con almendras. No prueba otra cosa.

Tocó el timbre con insistencia. Le señalé que la cuadra estaba a oscuras, debía haber un corte de luz, y entonces golpeó. Apareció un hombre que debía tener unos cuarenta años, gordo, anteojos gruesos, barba de tres días, vestido con una bata escocesa.

—Tarrés, mi viejo amigo.

No le dio la mano porque tenía las dos ocupadas: sostenía latas de arvejas con velas encendidas. Nos hizo pasar. La casa parecía enorme y casi

desprovista de muebles. En una especie de nicho había un busto de mujer, hecho por algún escultor aficionado. Las persianas de todas las ventanas estaban bajas. Las latas de películas se levantaban en columnas desde el suelo.

—Apagón. Mejor volvemos otro día —dijo Tarrés.

—No, no hay problema. Todos los días cortan la luz en el barrio. ¿Les molesta buscar con velas? Creo que los cortes de luz son una excusa para que uno use las latas de arvejas que tiene en la despensa. ¿Alguna vez le pusieron arvejas a algo? Sólo sirven de candelabros.

—La próxima que venga te regalo una linterna —dijo Bobby—. Por ahora, un chocolate.

Me lo sacó de la mano y se lo tendió. Ismael dejó una de las velas en la mesita del teléfono, comprobó que fuera la marca de chocolate y el sabor correspondiente a sus gustos y lo dejó caer en el bolsillo de la bata escocesa. A cambio del chocolate nos dio un par de velas montadas sobre latas y lo seguimos por la enorme casa vacía de muebles. Bobby, muy abrigado pero siempre con frío, temblaba. En estantes y en el suelo se amontonaban libros, latas de película y cajas de zapatos llenas con viejos programas.

—El celuloide es el elemento más combustible que existe —exageró Tarrés.

—No te preocupés. Están en latas. Las latas no se incendian. Si no, el séptimo arte hubiera desaparecido de la Tierra.

Todas las películas estaban mezcladas: *A la hora señalada* junto a *El mago de Oz*, viejas películas argentinas con latas de Buster Keaton. A mí me costaba leer, a la luz temblorosa de las velas, las etiquetas pegadas a las latas. Ismael, nuestro guía, iba haciendo conjeturas contradictorias sobre el lugar donde había visto la película por última vez, y así nos llevaba de una habitación a otra.

—*La fuente del sapo*. Tengo un recuerdo vago de esa película. Con Guillermo Battaglia, ¿no? Y Marilú Miller, que después no volvió a hacer cine. Pasaba algo en un castillo, o en una casa grande... Creo que vi sólo la mitad. El director era...

—Meyer —dijo Tarrés.

—Muchas gracias, idiota. Quería acordarme yo solo. Si no practico, las neuronas se me fosilizan. Luis Meyer, que se fue después a México. Ya sé dónde está, vengan conmigo.

Fuimos hasta el último cuarto.

—Está ahí, junto a *Sed de mal*. Me acordé porque relacioné la película de Welles, que transcurre en la frontera de Estados Unidos con México, con la vida de Meyer.

Cerca de la ventana, más clausurada que cerrada, había varias latas. Enseguida la encontré.

—¿Estás haciendo un ciclo dedicado a Meyer, o a películas con fuentes, o con sapos?

—Nuestro amigo, el profesor Colina Ross, era esposo de la actriz —dijo Tarrés.

—¿De Marilú Miller? Una belleza. Qué melancolía que nos dan esas actrices que mueren jóvenes, y que están siempre vivas en el cine. Les digo la verdad: estar encerrado en esta casa y ver películas es como vivir dentro del cine. Ya casi no sueño con cosas del exterior. Sueño con cargas de caballerías, con crímenes, con vampiros. Y con actrices, claro. Ayer fue Grace Kelly. Anteanoche la Bergman. Tengo anotados todos los nombres.

—¿Y Marilú Miller? —pregunté.

—No, con ella nunca soñé. Veo cine argentino, pero para soñar prefiero el extranjero. Mirá si uno se deja llevar por el sueño y de pronto suena un «che, escuchame una situación», o «pasame el sifón». Cuando todo es demasiado realista, uno se da cuenta de que está en un sueño y se despierta.

Bobby siempre me había resultado extravagante, pero había mantenido alguna clase de contacto con el mundo exterior. Por eso su amigo lo superaba:

—Para entrenar mis neuronas fosilizadas, hago ejercicios mnemotécnicos. Trato de recordar una película con cada letra del alfabeto. *Alphaville*, *Borsalino*, *Carne*, *Dios se lo pague*, *El silencio*, *Fahrenheit 451*... O nombres de actrices, o de directores. Les aconsejo que hagan como yo. También es un buen ejercicio para conciliar el sueño.

—Yo no tengo problemas con el sueño —dijo Bobby, bostezando—. Siempre tengo sueño.

Seguimos conversando un poco más, pero no había dónde sentarse y eso era un poco incómodo. Bobby temblaba, y yo también empecé a temblar. No había una estufa en toda la casa. Ismael, envuelto en su bata escocesa, no se daba cuenta del frío.

Cuando salimos de la casa de Ismael, con las dos latas de película en la mano, le dije a Bobby que iba a avisarle al profesor. Me advirtió:

—Esperá un poco, tengo que estudiar la película, para ver en qué estado está. Puede estar quemada, o cortada. O tal vez haya otra película en una de las latas. A veces una misma película la daban en dos cines a la vez, entonces llevaban en moto un rollo, y después al rato llevaban el otro, y eso se prestaba a confusiones. Cualquier película podía terminar en cualquier lata. ¿Vos pensás que el Ruso es la Cinemateca Francesa?

Tres días después Tarrés me confirmó que la película estaba completa y en buenas condiciones.

—Tiene un pequeño salto porque la película se quemó en mitad del primer rollo, pero nadie lo va a notar.

—¿Cuándo la podés pasar?

—El jueves de la semana que viene.

—¿Antes no?

—Debe hacer veinte años que no se pasa en un cine. ¿Qué problema hay en esperar uno o dos días más? Además tengo que redactar el programa.

—No hace falta.

—¿Cómo no va a hacer falta programa?

Creo que nadie, excepto yo, leía los programas de Tarrés.

Fui a buscar a Colina Ross a la salida de una de sus clases.

—Profesor, Tarrés quiere invitarlo el próximo jueves al cine.

—¿A ver qué?

—*La fuente del sapo*.

—Ya la vi —me dijo, mientras caminaba por el pasillo—. La vi en el cine Hindú hace veinte años. Delante de mí había una chica sentada.

Tendría unos trece años. El pelo olía a jabón blanco. Me acuerdo más de ese olor que de la película.

Mi voz sonó tan apagada que me sorprendió que me oyera:

—Nos costó mucho encontrarla.

—¿Y usted estuvo involucrado en esa búsqueda? Entonces no es cosa de Bobby.

—Pensé que le podía interesar verla de nuevo.

Colina Ross se encogió de hombros.

—Si tengo tiempo, voy a ir. ¿Y Eleonora?

—Todavía no le avisé.

—Avísele, ya que está. Creo que nunca volvió a ver esa película. Así por lo menos va a haber una espectadora en la sala.

Aceleró el paso y me dejó atrás.

Eleonora volvió tarde esa noche. Le dije que Tarrés y yo habíamos encontrado *La fuente del sapo*.

—¿Por qué estás buscando siempre en el pasado de los demás? ¿No es un poco enfermizo?

—Es una película. No es el pasado de nadie.

—Es mi pasado.

—Además de tu madre, trabajaba otra gente.

—Pero no es por eso que la buscaste. Es por esos papeles del mueble alto.

—¿Vas a venir?

—Vas a lograr que todos sepan que soy la hija de Colina Ross. Tu amigo Tarrés ya debe saberlo.

—Tarrés no sabe nada.

—Cuando vea la cara de mi madre se va a dar cuenta.

—Siempre hay gente que se parece a los actores del cine.

—No vas a conseguir los papeles de Maldany sólo por pasar una película.

—No importa. Igual quiero ver esa película. Y a tu padre le gustaría que fueras.

—Que vaya o no vaya, no importa. Estoy segura de que él no va a ir.

OceanofPDF.com

La fuente del sapo

Había en la entrada de la facultad una cartelera donde se ponían avisos de toda clase: departamentos para compartir, clases de idiomas, estudiantes que se ofrecían a «corregir» (es decir, a hacer) monografías ajenas, actos políticos... Ahí fijaba Tarrés los anuncios de sus películas. También se preocupaba por reproducir a mimeógrafo unos programas con la ficha técnica de la película, además de sus comentarios. Los programas le servían a Tarrés para atacar a los críticos de los grandes diarios, a los que llamaba invariablemente «gacetilleros», porque suponía que no veían las películas y repetían lo que decían las gacetillas de prensa que entregaban las distribuidoras. Él mismo repartía los programas a la entrada. Cada tanto hasta recibía una propina.

Esa tarde me senté en la sala húmeda y llena de humo que la facultad había cedido a Tarrés. Las butacas, aunque desvencijadas, eran auténticas butacas de cine. Había poca gente, como siempre. Ya estaban pasando los primeros títulos cuando alguien se sentó en la misma fila que yo, pero a cinco butacas de distancia. Era Colina Ross. Me quedé mirando la entrada para ver si Eleonora llegaba a último minuto, pero no apareció.

En cuanto a la película, tengo ahora, tantos años después, un recuerdo borroso. Pero eso no es culpa de los años, sino de la película en sí, que borrosamente transcurría.

La protagonista, una Marilú Miller con el pelo muy corto, es Clarisa, una muchacha de 17 años. Durante un paseo una amiga le habla de una fuente que concede los deseos, escondida en el bosque. Clarisa dice que es un cuento de viejas. Una mañana se pelea con su padre, quien le da una bofetada; ella, enojada, se pone a caminar por el bosque. Piensa irse de su casa para siempre. Se desata una tormenta y ella camina sin rumbo hasta encontrar una gran casa. La reja no tiene candado y corre a refugiarse bajo el alero. Desde allí ve la fuente y se acuerda de la leyenda que la rodea. A pesar de la lluvia, se acerca a la fuente y pide un deseo: que la dejen entrar,

que la salven del viento y de la lluvia. De inmediato se abren las puertas de la casa y un hombre la invita a entrar. Le dice que es el dueño de la casa y que le permitirá dormir en uno de los innumerables cuartos vacíos. Hasta aquí me parecía que era la historia de la bella y la bestia... pero sin bestia.

Al amanecer la muchacha despierta: alguien ha abierto la puerta del cuarto. En segundos tiene al hombre sobre ella. La muchacha lo golpea con un candelabro y logra escapar del cuarto. Baja las escaleras, sale al jardín. Pero el hombre, incitado ya no sólo por el deseo, sino por la ira, la arrincona contra la fuente. Ella pide un segundo deseo: que algo o alguien la salve del ataque. De inmediato se escuchan ladridos, los cascos de unos caballos y la voz de un hombre. El que llega es el verdadero señor de la casa (Guillermo Battaglia). Aquel que se había hecho pasar por dueño no era más que el mayordomo.

El mayordomo le dice a la muchacha lo siguiente: si lo denuncia, él dirá que ella entró como una ladrona y la entregará a la justicia. Si, en cambio, ella mantiene la boca cerrada, él alentará el romance con el dueño de la casa. Llegará un día en que ellos dos, mayordomo e intrusa, serán los dueños de todo. Ella, obligada, acepta el pacto.

El mayordomo dice a su patrón que ha dado refugio a una muchacha que se perdió en el bosque. Tiene algo de fiebre y está en cama. El señor protesta. Ha enviudado poco tiempo antes y toda novedad le resulta irritante. Pero cumple con las reglas de la hospitalidad y deja permanecer a la muchacha en la casa hasta que se restablezca.

Al principio, tiene con Clarisa un trato distante, como si estuviera impaciente por su partida, como si la mera presencia de la muchacha fuera una injuria hacia su esposa muerta. Pero en los días siguientes propone sucesivos paseos por el bosque. También le revela que está harto de la soledad de aquellos parajes. Le pide consejos de jardinería, la deja mover muebles, desplazar cuadros, limpiar de verdín las estatuas. Pronto viene el cura del pueblo a casarlos.

Clarisa se ha convertido en la dueña de la casa, pero sigue en poder del mayordomo. Éste ha terminado por enamorarse y su deseo se hace más asfixiante. El señor sospecha que hay algo oscuro en la relación entre ambos y planea una celada: finge un viaje. Ella le pide que no se vaya, o

que la lleve con él. El señor se niega. Apenas se va, el mayordomo sorprende a Clarisa en el enorme y sombrío comedor y trata de forzarla sobre una alfombra hecha con la piel de un oso blanco. Ella lucha con él y está a punto de ser vencida. No hay candelabros a mano y la fuente está lejos.

Su marido entra de pronto. No hacen falta explicaciones: el dueño de casa entiende todo y se dispone a hacer justicia. El mayordomo tiene un puñal, su señor otro. La muchacha sale corriendo de la casa. A lo lejos oye un grito.

Ella vaga perdida por el bosque, sin animarse a regresar, y a saber así cuál fue el saldo del duelo. Al anochecer decide volver. Ve en la casa una luz encendida y una silueta detrás de una ventana. No sabe si es su marido o el mayordomo. Entonces se acerca a la fuente del sapo y pide su tercer deseo, el último. Los otros deseos han sido a futuro; éste último es un ruego hacia el pasado, porque sabe que el combate ha llegado a su fin. No conocemos su formulación exacta, porque sólo vemos el movimiento de sus labios. Los labios pronuncian tres veces el mismo deseo.

De pronto, del fondo de la fuente emerge el cadáver del sirviente, la piel lívida y los ojos abiertos. Ella comprende que en ese horror está su liberación y corre hacia la casa.

Tarrés se había tomado su tiempo para investigar sobre la película y explicaba en el programa mimeografiado por qué el director había encontrado tantos obstáculos durante el peronismo, a pesar de que el tema no rozaba siquiera la política. Al parecer, algún funcionario había interpretado que la muchacha, encarnada por Marilú Miller, era la República, que resultaba seducida por un impostor, Perón, pero que finalmente podía volver a su verdadero dueño, la oligarquía terrateniente.

Pero cuando vi la película no me interesó ni el argumento ni las actuaciones ni las interpretaciones políticas. Todo se borró y lo único real para mí fue la cara de Marilú Miller, y no toda su cara sino sus labios, y no a lo largo de toda la película sino en el último segmento, cuando Marilú se asomaba a la fuente para decir su tercer deseo. La toma estaba hecha desde

abajo, como si la cámara estuviera bajo el agua, como si fueran los ojos del muerto los que la veían pronunciar el último deseo. ¿Aquella boca perfecta —aquella boca idéntica a la de Eleonora— acababa de decir lo que yo creía? ¿Había encontrado en un segundo el mensaje que Colina Ross había buscado durante años, en el fondo de los cajones, en el interior de los libros y los floreros? Cuando lo dijo por segunda vez todavía no podía estar seguro. Pero a la tercera ya no me quedaron dudas.

Miré a mi alrededor, como si los demás se hubieran dado cuenta igual que yo. Pero todos seguían atentos al argumento. Nadie había notado que las palabras estaban fuera del film. Sólo a mi oído —a mis ojos— llegaba el susurro de esa boca.

Eleonora no es tu hija.

Eleonora no es tu hija.

Eleonora no es tu hija.

Miré a Colina Ross. No había notado nada. Parecía aburrido. Había dado clases durante cuatro horas, lo esperaba el viaje a La Plata, no estaba de ánimo para películas, sólo la impaciencia le impedía dormirse. La visión de su esposa no lo conmovía en absoluto.

El film terminó minutos después de la escena de la fuente, con el abrazo de los esposos y el obligatorio amanecer. Temí que algo en mi cara o en mi voz delatase el secreto que acababa de conocer. Hice un vago saludo a Colina Ross, miré mi reloj, como si un importante compromiso me esperara en alguna parte, y salí de la sala. Ni siquiera pasé a saludar a Tarrés. Marilú Miller, muerta hacía muchos años, me había confiado un secreto y yo lo guardaría.

OceanofPDF.com

Nimrod

La actividad del Círculo —que ya era una cosa completamente distinta— me arrebatava a Eleonora. Ella había dejado de tomar clases en la facultad, pero seguía yendo a las reuniones y continuaba con su trabajo en la secretaría de prensa de la Asociación de periodistas. Su vida social seguía en casa. No estábamos solos un segundo, a la noche el departamento de dos ambientes se llenaba de gente que caía en busca de techo o protección. O venían a buscar un paquete que otros les habían dejado, y cuyo contenido era mejor no averiguar. O hacían tiempo para tomar un tren o un micro que salía a la madrugada. Yo había tratado de alejarme del Círculo, pero no servía de nada, porque el Círculo estaba instalado en casa.

Un día me di cuenta de que Eleonora se había convertido en el símbolo de todas esas urgencias y reclamos. Apenas la veía, sentía una impaciencia por alejarme de ella, de toda esa tensión que la rodeaba, misiones y peligros susurrados o escritos en papelitos. Ahora todo estaba en clave.

Por ese entonces cedí a la tentación: un par de alumnas que demoraban el final de la clase con sus preguntas —una los martes, otra los jueves— y me acompañaban después por el pasillo y más lejos también. Una duró dos meses, la otra tres. No se conocían, pero las dos me señalaban lo mismo: que yo siempre parecía tener la cabeza en otra parte. Empecé a aparecer por el departamento a cualquier hora, a veces al amanecer. Eleonora no me reprochaba nada, no parecía notar mis ausencias.

El departamento de la calle Uruguay ya resultaba asfixiante. Las sucesivas visitas, siempre imprevistas, traían consigo un halo de incomodidad y de peligro. Una mañana le propuse a Eleonora que nos fuéramos a vivir a una casa que había pertenecido a una tía de mi padre. Estaba en Ituzaingó. A suficiente distancia de la capital como para que la gente que usaba nuestro hogar de refugio provisorio u oficina de correo lo pensara dos veces antes de tomar el tren. La tía en cuestión había muerto seis años antes y la casa estaba en malas condiciones, pero podríamos

encargarnos de los arreglos. Mi padre no me la había ofrecido, pero estaba seguro de que si se la pedía me la prestaría.

Había fantaseado con que Eleonora aceptaría de inmediato la mudanza a una casa cuatro veces más grande que el departamento. Pero cuando la vi entrar, con el diario en la mano, y le planteé mis planes, me miró con los ojos muy abiertos:

—¿Que nos vayamos ahora? ¿Vos estás loco? ¿Irnos a vivir a Ituzaingó?

Pronunciaba Ituzaingó lentamente, como si fuera una palabra en un idioma exótico.

—Todo el mundo sabe que vivimos acá. Todos tienen tu dirección. Vas a ser la primera a la que van a ir a buscar.

No me escuchaba. Seguía repitiendo la palabra Ituzaingó, como si resistiera su poder de credulidad.

—Una casita en Ituzaingó... ¿Qué vas a hacer, poner un estudio de abogado, ir a trabajar con tu viejo, defender a las empresas ante los tribunales laborales, para que puedan echar a los obreros sin pagar un peso?

—Nunca voy a volver a Derecho.

—Y a tus noviecitas... ¿las vas a llevar también?

Pasé por alto el comentario.

—Es mejor que nos vayamos ahora, antes de que las cosas se compliquen.

—Las cosas ya están complicadas.

—Puede ponerse peor, y todos saben que vivís acá.

—Todos saben también que vos vivís acá.

—Yo estoy lejos del Círculo, lejos de Crámer. Yo no corro peligro.

—¿Ah, no? —Y entonces dijo, como si se tratara de un insulto en una lengua extranjera—: Nimrod.

Tardé unos segundos en recordar qué era Nimrod. Nimrod 67, el mensaje escrito en el espejo de un botiquín de una casa arrasada.

—¿Nimrod? ¿Cómo sabés eso?

—¿Vos me guardás secretos? Otros me tienen confianza.

—¿Otros? ¿Lemos?

—¿Vos no mirás la televisión? ¿No escuchás la radio?

Entonces me mostró el diario *Clarín* que había comprado recién. En primera página una foto de un salvavidas que flotaba en el río, mientras un suboficial de prefectura trataba de levantarlo con un bichero.

Me senté en una de las dos sillas que teníamos. El Coronel Rivas, jefe de un batallón de inteligencia del Ejército, había sido asesinado el día anterior. Había salido a pasear en su velero, solo, como hacía todos los jueves a la tarde, y una bomba había volado la embarcación mientras atravesaba el canal San Antonio. Como era día de semana, había pocos barcos y lanchas en el río. Rivas era dueño de un viejo velero de madera, de diez metros de eslora. La bomba había sido tan poderosa que el velero se había hundido de inmediato. Los investigadores de la prefectura conjeturaban que la fuerte corriente había desperdigado los restos a lo largo de kilómetros. Todavía no sabían si la bomba contaba con un mecanismo de relojería, o si había sido activada a control remoto desde alguna embarcación que había pasado a su lado.

Los únicos testigos habían sido un matrimonio que tenía un pequeño crucero. Habían visto la explosión a unos 200 metros, pero cuando se disipó el humo negro ni siquiera pudieron adivinar qué era lo que había explotado, porque el velero había desaparecido por completo. Más tarde se encontró flotando en el río un salvavidas redondo con el nombre del barco.

En el diario decía que la embarcación se llamaba Nimrod, y pertenecía a un club de veleros de San Fernando. Ocupaba la amarra 67. Lanchas de la prefectura seguían buscando el cuerpo del coronel Rivas, sin muchas esperanzas.

Segunda visita a la mansión Colina Ross

Había tenido la impresión de que el Círculo de Criptógrafos —o lo que podríamos llamar el Nuevo Círculo de Criptógrafos, con Crámer y Lemos a la cabeza— era un ente marginal, condenado a la hipótesis, la promesa y el insomnio. Había considerado la ejecución de Guzmán como una excepción, una última jugada de Crámer —ante sus misteriosos jefes, ante las borrosas y clandestinas autoridades ante quien debía dar cuenta de sus actos y de los actos de su pequeño grupo— para demostrar que el trabajo intelectual no podía rechazarse del todo. Una última versión de la larga discusión entre las armas y las letras. Pero la voladura del velero había ocupado un lugar central para la organización, para el enemigo, y para todo el mundo. Las muertes de todos los días ya empezaban a confundirse bajo el barniz de la costumbre, pero la voladura de un barco —y sobre todo un velero, que se desplazaba sin motor, sin otro ruido que el murmullo del viento contra las velas— tenía el poder de un símbolo. La ciudad parecía destinada a la violencia, como si los asesinatos no fueran otra cosa que una continuación de los gritos, los bocinazos y los accidentes automovilísticos que ocurrían todos los días, un conflicto extremo en un ambiente donde los conflictos eran la norma. Pero el contraste entre la placidez del río y el estallido se imponía en la imaginación como algo inolvidable. Además, el atentado había servido para recordar que la organización podía actuar en cualquier territorio, inclusive en ese refugio de sauces, silencio y soledad.

Durante los días siguientes no se habló de otra cosa. Todos los días se daban noticias sobre los avances de la investigación. Desde la prefectura aseguraban que los explosivos habían sido traídos del extranjero, que los países comunistas habían colaborado con el atentado, se sospechaba de contactos con países árabes, pero era evidente que ni siquiera sabían de qué explosivos se trataba, porque por momentos hablaban de dinamita y por momentos de trotyl o explosivo plástico. Mientras tanto, las lanchas de la prefectura encontraban fragmentos del barco y ese lento rompecabezas

mantenía viva la noticia en los diarios. El eco de la explosión se dejó oír durante días: numerosos arrestos específicos, redadas inespecíficas en locales partidarios, desapariciones, un joven colgado de un árbol cerca del lugar de la explosión.

A veces trataba de pensar que yo no había hecho nada, que la palabra en el espejo de aquella casa arrasada no había tenido nada que ver con el atentado. Pero otras veces, animado por los aires de la época, sentía la vanidad de haber sido un engranaje esencial del atentado. Que yo no supiera nada de la explosión —ni quién la había hecho, ni cómo la había hecho— no significaba nada, porque se hablaba siempre de «compartimentos estancos», complejas acciones que reunían el trabajo de gente que no se conocía. Yo pasaba en una misma noche de la jactancia al arrepentimiento y de la osadía al miedo. Me veía rescatando de la casa en ruinas y del espejo aquella palabra en clave, y luego anotando en un papel: *Nimrod*. Fuerzas oscuras y poderosas se habían encargado de que ese nombre, hasta entonces secreto, apareciese en la tapa de los diarios y en los noticieros de la televisión.

Hacía tiempo que no veía a Crámer ni a Lemos. Le dije a Eleonora que no se acercara a ellos. Me respondió que los había estado buscando pero que no había forma de encontrarlos. En la facultad, Crámer se había tomado una licencia extraordinaria. Se decía que estaba de viaje. Se seguía reuniendo con los otros, pero las citas eran un procedimiento complicadísimo, con cambios de lugar a última hora, una especie de búsqueda del tesoro.

Con Eleonora casi no nos cruzábamos. Ella salía, yo entraba, ella entraba y yo salía. Cambiábamos unas pocas palabras y no eran de amor. En la primavera del 75 tuvimos una larga discusión y me llevé las cosas de su departamento. Así me alejé de aquello que me era familiar: amigos de la facultad en perpetuo estado de conspiración, artistas que se proponían hacer un arte para las masas y arrastraban a sus exposiciones a perplejos obreros metalúrgicos, documentalistas aficionados que filmaban una olla popular en super 8 y acto seguido proclamaban el fin de la ficción. En los días siguientes me di cuenta de que todo lo que me rodeaba estaba allí porque yo estaba con ella. Al dejarla, el mundo se despobló. Ella había sido la

intérprete entre aquel mundo de constantes novedades y yo. Lejos de ella, quedé fuera de las cosas nuevas. Y consideré al peligro como una de esas cosas de las que ya me había alejado.

Aunque nos íbamos de a poco despidiendo, menos con gritos que con monosílabos, ironías y silencios, hubo un incidente que nos separó antes de lo que hubiera imaginado.

Eleonora nunca hablaba de su padre, si no era para insultarlo y exhibir la vergüenza que sentía de llevar ese apellido. Yo, para contrariarla, lo defendía. No se trataba de verdaderas discusiones, porque ella hablaba con palabras inconexas, ruinas de un diálogo interior.

Por ese entonces tenía a mi cargo uno de los dos prácticos de la materia Criptografía, que estaba a punto de ser eliminada del departamento de Letras. El mío era el práctico de la noche, el más populoso. La materia era optativa, y la elegían todos los inadaptados sociales que se refugiaban en la facultad: los expulsados de los partidos de izquierda, que necesitaban un grupo cualquiera al que integrarse; los viudos solitarios que, ya jubilados, habían decidido volver a la facultad para enfrentarse a todo lo que el mundo tiene de incomprensible y, de paso, dar peroratas a los jóvenes sobre las verdades de la vida; los espías de los servicios de inteligencia, a los que se reconocía fácilmente por su aire de perplejidad y aburrimiento, y, por supuesto, los psicóticos que siempre han sido elenco fijo de las facultades de Humanidades. Ya se sabe: los locos estudian Letras y, sobre todo, Filosofía. No quieren saber nada de recibirse de ingenieros o de contadores.

Mientras nada se entendiera, los alumnos permanecían callados, y así yo, siguiendo los pasos de Colina Ross, hablaba largamente de los algoritmos matemáticos o del misterioso *Liber Motus* —tratado de alquimia desprovisto de palabras—, o de la *Polygraphia* del Abad Tritemio, o del modo en que Giordano Bruno cifraba en grabados y en relatos alegóricos su arte de la memoria. Mientras los nombres y los incidentes fueran desconocidos para los alumnos, se podía dar clases tranquilamente. Pero bastaba mencionar que Napoleón había llevado al buen Champollion en su campaña a Egipto, para que la elite de los estudiantes se exaltara y

comenzara a atacar o a defender a Napoleón, ese colonialista, ese imperialista, ladrón de tumbas egipcias y verdugo de los pueblos. Los psicóticos preferían, en cambio, recordar el secreto encerrado en los jeroglíficos y el poder de las pirámides. ¿Sabe usted, profesor, que si deja una hojita de afeitar en una pirámide durante una semana, la Gillette se carga de tanta energía que no se desafilan ni siquiera en un siglo?

Un día en que volvía de una de mis clases vi en la cartelera de la facultad el anuncio de un congreso de Lógica en Mendoza. Entre los asistentes estaba Colina Ross. Cuando volví a la noche al departamento encontré a Eleonora tomando un té con galletitas de agua. Por suerte no teníamos ningún invitado sorpresa. Ahora que casi no teníamos comidas en común estaba cada día más flaca. Hacía calor, y vestía solo una pollera de *jean* y un corpiño color piel. Estaba descalza. La camisa colgaba de la silla. Iba a acariciarle la espalda —bajo la piel los músculos se dibujaban como en un tratado anatómico— pero me contuve: era como tocar a una desconocida. Le dije:

—Pensé que la Lógica había sido abolida en Argentina, pero van a hacer un congreso en Mendoza, y tu padre va a ser la gran figura.

—El congreso de Mendoza, claro. Tiene que dar la conferencia de apertura. No sé cómo se siguen haciendo congresos, cómo la gente sigue su vida como si nada. No se dan cuenta de que en poco tiempo todo va a cambiar.

—¿En qué va a cambiar?

—Vamos a acentuar las contradicciones hasta que los militares arrasen con esta democracia de papel. Cuando empiecen a aplicar sus programas sin que nadie pueda controlarlos, cuando se vea lo que realmente son, cuando los Estados Unidos claven su bandera sobre nuestro territorio, hasta la clase media va a salir a apoyarnos.

—¿Ustedes quieren el golpe?

—Es un paso obligado. Nunca está más oscuro que antes de amanecer.

Me pregunté de dónde habría sacado esa frase. No quería hablar de política, pero no por la política en sí, sino porque sentía que era todo aquel mundo de urgencias e ideas absolutas lo que me la había arrebatado. «Nunca está más oscuro que antes de amanecer». Ése tenía que ser Lemos,

más afecto a los refranes de póster y a los significados rotundos que el elíptico Crámer. Para Crámer, la política estaba hecha de preguntas susurradas al oído, no de versos y aforismos en voz alta.

Abrí la heladera. Vacía. Vacía con esa jactancia de vacío que sólo conocen las heladeras. No sólo dicen: no hay nada para comer. Dicen: tu vida es un desastre. Era tarde para salir a hacer compras. También yo cenaría té con galletitas Express. Si es que quedaba algún saquito de té y alguna Express.

—¿Vas a ir vos a Mendoza? —me preguntó.

—No. Te decía lo de Mendoza porque quiero que me acompañes a la casa de tu padre.

—¿Para qué?

—Quiero dar una mirada a los papeles de Maldany mientras él no está.

—Eso se parece a invasión de propiedad.

—No si vos me acompañás.

—Yo no te acompaño a ninguna parte. Pero si querés ir acá están las llaves.

Estaba perdiendo a Eleonora, ya había perdido mi lugar en el Círculo de Criptógrafos, poco faltaba para que quedara fuera de la facultad y ya era tarde para volver a la senda del Derecho y de mi padre: me aferraba a los papeles de Maldany como a un salvavidas.

Esa vez fui en tren. Había que cambiar de formación en Temperley. Era noviembre, pero el verano se anticipaba con 36 grados. Las calles estaban cubiertas por las flores violetas de los jacarandaes y las amarillas de las tipas. Estaba a una cuadra de la casa cuando vi un retén de la policía. Paraban autos y colectivos, hacían bajar a todos los que consideraban sospechosos, los palpaban de armas, les pedían documentos. A paso lento doblé en la primera esquina.

Subí los escalones de mármol y abrí la puerta con las llaves que me había dado Eleonora. Entraba un poco de luz por las celosías de metal. Probé abrir el mueble: seguía cerrado. Eleonora me había dicho que las llaves del mueble estaban en la mesita de luz. Tuve que encender la luz de la escalera, un globo de vidrio, porque ya no se veía nada y no quería abrir las ventanas. Subí la escalera que llevaba a los dormitorios. Había varias

puertas cerradas: los cuartos clausurados sobre los que ya me había advertido Eleonora en mi visita anterior. Pero la puerta del dormitorio estaba abierta y vi la cama matrimonial enorme, de madera oscura, con un gran espaldar de bronce. Encima había quedado la huella de un clavo y la silueta de un crucifijo. Debía de haber colgado durante muchos años, para que los trazos de polvo dibujaran su silueta con tanta precisión. Tenía, al principio, miedo e incomodidad, pero el miedo y la incomodidad pronto desaparecieron. Bajo el vidrio de la mesita de luz había un poema de Ezra Pound cortado de la página de algún periódico inglés, casi ilegible de tan amarillo, y una foto de Eleonora acompañada por su madre, Marilú Miller, con el pelo corto. Estaban en una plaza: en el fondo de la foto se veía un tobogán. Al abrir el cajón de la mesita de luz sentí el olor que venía de una bolsita de lavanda. Había una afeitadora eléctrica Philips, con el cable cortado, unas barritas de alumbre, una libreta con tapas de hule, dos lapiceras con el capuchón de oro. Había también un llavero con cinco llavecitas.

Con el llavero en la mano bajé al comedor. Estaba apurado por irme. Había planeado cómo llegar hasta los papeles, pero no qué hacer con ellos. ¿Los leería allí? ¿Los robaría, para devolverlos cuando se presentara la ocasión? En las películas de espías, los visitantes clandestinos como yo siempre tenían una cámara para hacer microfilmaciones, pero yo ni siquiera había traído conmigo un anotador.

Apenas hice girar la llave en la cerradura más alta del mueble cuando oí que pronunciaban mi nombre.

Dorey.

Por un instante tuve la esperanza de haber enloquecido y de que fuera una alucinación auditiva. Una rémora de mi lejana operación. Pero mi nombre volvió a sonar, con un dejo de impaciencia.

Dorey. Venga, por favor.

Pensé en salir corriendo, pero me contuve. Era una época en que uno estaba obligado a tomar todas las decisiones equivocadas. Entonces pronuncié el nombre del profesor. En la casa silenciosa mi propia voz sonó como la de un desconocido, como cuando uno se escucha en un grabador y piensa: cómo puede ser ésa mi voz, nasal, inexpresiva, aborrecible. Nadie

respondió. Seguí por un pasillo y doblé a la derecha. Abrí una puerta de metal pintada de verde y entré en un ambiente de techos altos, abundante en burbujas de humedad.

La claridad me deslumbró. La luz entraba por claraboyas con cristales azules, rojos y amarillos. En el centro de la sala había una pileta de azulejos blancos y verdes, de unos siete metros de largo. Parecía profunda. Estaba cubierta de un agua espesa, saturada de sal. En el borde se veían frascos vacíos de las famosas Sales Colina. Contra una pared había dos biombos art-decó con la imagen de mujeres vagamente cubiertas con hojas, atrapadas en pudorosas enredaderas. El armazón de los biombos era de madera, pero las imágenes eran de cristales unidos con emplomaduras. Había también en las paredes carteles publicitarios de metal enlozado. Las manchas de óxido se abrían paso, tenaces, en la piel tan blanca de las mujeres.

Sales Colina: el secreto de la armonía.

En la pileta flotaba el profesor Colina Ross, desnudo. El cuerpo descarnado, con los huesos marcados. La pileta era algo profunda, pero sólo tenía un metro de agua, de manera que el profesor yacía al menos un metro bajo mis pies.

Sales Colina: la fuente de la eterna juventud.

Eleonora había dicho alguna vez que sabía dónde estaba la fuente de la juventud, pero que yo no querría sumergirme en ella. Estaba allí.

—No se asuste —dijo de pronto Colina, sin abrir los ojos—. Sabía que iba a venir. Eleonora me avisó.

—¿Eleonora?

—Ella se enteró que el congreso de Lógica se suspendió.

—¿Por qué se suspendió? —pregunté, como si me importara algo de todos los congresos de Lógica del mundo.

—Mataron a un estudiante. Era de Santa Fe, vivía en una pensión, era candidato por alguna lista al centro de estudiantes. Le dispararon desde un auto cuando salía de la pensión. Sus compañeros van a salir a protestar y la policía va a salir a pegarles. Las autoridades de la facultad decidieron dejar la Lógica para mejor ocasión. Eleonora me llamó por teléfono hace un rato. Se enteró de todo antes de que usted saliera para acá, y no le dijo nada.

Estaba arrepentida por esa omisión. Bueno, las mujeres no se arrepienten, no conocen el arrepentimiento. Digamos que cambió de opinión.

Ahora se había incorporado. El agua le llegaba por encima de la cintura, a la altura del abdomen. Los coágulos de sal quedaban adheridos al vello de su pecho. Tomó del borde uno de los frascos y me lo tiró. Casi lo pierdo, pero logré atajarlo.

—Le voy a revelar un secreto familiar, que no debe decir a nadie: las sales Colina son en parte sal común, en parte sales de sulfato de magnesio, magníficas para flotar. Y tienen un colorante también, que les daba su característico color azul. Mi abuelo inventó el negocio. Quería ser estanciero, pero era muy malo para manejar los asuntos del campo. Para el campo se necesita paciencia, y mi abuelo no tenía nada de paciencia. En cambio era un genio para los negocios farmacéuticos e hizo mucha plata. Fue uno de los primeros que entendió que a la gente le fascinan las enfermedades y que todos adoran tomar tónicos, remedios, vitaminas. Lo del color azul vino después y fue idea de mi padre, que era químico. El color azul hizo que las sales se siguieran vendiendo aún cuando los productos similares de las empresas rivales ya habían desaparecido. Pero al fin las sales, los tónicos, los ungüentos, todos esos productos mágico-farmacéuticos desaparecieron cuando llegaron los tranquilizantes. La gente no quiere curarse, no quiere estar mejor: sólo quiere dormir. —Señaló el frasco que yo tenía en la mano—. Con los años el colorante perdió su poder. Ahora todo es blanco.

Dejé el frasco en el suelo, murmuré una vaga excusa sobre unos papeles que me había pedido Eleonora, y fui hacia la puerta.

—Dorey, debe entender que cada cierto tiempo es necesario borrar. Tantos signos, tantas letras sin sentido. Para eso tengo este templo familiar. Aquí se probaban las famosas sales Colina. Aquí libero mi mente de esos signos que me agobian. Usted sabe de lo que hablo. Esas malditas letras que nos persiguen, que se infiltran en todas partes, pidiendo que encontremos un sentido... Pero el motivo por el cual Eleonora lo envió hacia aquí no es el poder misterioso de las sales Colina.

Dio dos o tres palmadas. Entonces apareció una chica de unos doce o trece años. Era morocha, una chica del interior, tal vez había empezado a

trabajar por horas y había terminado así. Estaba descalza, cubierta solo con un toallón amarillo, tan desteñido que era casi blanco. En la pierna izquierda tenía una antigua cicatriz, encima de la rodilla. Estaba nerviosa e intentaba sonreír. Se apartó el pelo de la cara. Colina Ross le había ordenado que apareciera y ella obedecía.

—También ella me ayuda a borrar. Ustedes y yo esperamos lo mismo: algo que nos arranque de la existencia cotidiana. Algo que nos arranque del aburrimiento, de la previsibilidad. No les importa el pueblo, la patria, la revolución, esas abstracciones: les importa no terminar en una oficina, les importa no tener que soportar los reclamos de una esposa, el mal humor de un esposo, el llanto y las demandas de los hijos. No quieren trabajar en farmacias, en escuelas, en estudios contables. No quieren llevar a los niños a darse las vacunas y hacer la fila para pagar las cuentas, los impuestos. Van hacia las obligaciones terribles para escapar de las obligaciones cotidianas. Los entiendo: yo soy igual.

Volvió la mirada hacia la chica, que seguía de pie, con su toallón amarillo, sin saber qué hacer. La sonrisa había desaparecido.

—Dígale a mi hija que ya lo sabe, que no hay secretos entre nosotros.

OceanofPDF.com

La maldición cretense II

De regreso, y en lo que fue nuestra última conversación antes de que me fuera de su casa, Eleonora me explicó por qué su padre, al regresar de Inglaterra, había pasado tan pronto de ser una promesa de la ciencia argentina a convertirse en un profesor suplente de la materia Lógica en colegios secundarios de las afueras de la ciudad.

Una familia galesa, que Colina Ross conocía bien y que alguna vez lo había alojado, le encargó la misión de custodiar durante el viaje a una adolescente de catorce años que iba a pasar una temporada con unos tíos en Buenos Aires. Era una chica alta, pálida, de rulos dorados. Se llamaba Margaret. Le pidieron también, como favor especial, que le diera algunas clases de español.

Durante los primeros días, Colina Ross cumplió con lo prometido: todos los días, de 10 a 11 de la mañana, se dedicó a enseñar a la chica los rudimentos del español. La chica no era tonta y aprendía rápido.

Con motivo del cumpleaños del capitán, se organizó en el barco una fiesta de disfraces. Colina Ross se encerró con la chica, y con la excusa de improvisar un disfraz de diosa griega con unas sábanas y papel metalizado, terminó por desvestirla.

En los seis días siguientes la visitó en su camarote. Cuando el barco llegó al puerto de Buenos Aires, la chica bajó por la escalerilla sin decir una palabra ni en español ni en galés ni en inglés, y siguió obstinada en su silencio durante los siguientes días. Colina Ross hubiera podido ocultar la seducción, si no fuera porque la muchacha, una semana después del desembarco, se cortó las muñecas con una hojita de afeitar. Como los cortes no eran profundos y como se asustó al ver la sangre y empezó a gritar, se salvó. Pasó una semana internada en una clínica privada y cuando se recuperó contó como pudo la historia. No hacía falta contar mucho: bastaba con decir un nombre.

La policía fue a buscar a Colina Ross, pero los tíos galeses decidieron levantar los cargos para evitar un escándalo que pudiera perjudicar el futuro de la chica. Aunque la causa penal no avanzó, el nombre de Colina Ross ya había sido publicado en la prensa. Los diarios de Buenos Aires dedicaron al asunto apenas unas líneas, pero en *La Jornada* de La Plata apareció la foto del malogrado profesor en tres ediciones distintas.

Al principio tuvo que huir a colegios perdidos en el interior de la provincia. A pesar del escándalo, Marilú Miller se casó con él (Maldany fue uno de los testigos), dejó su carrera y lo acompañó en su itinerario. Sus amigas le recomendaban, en largas tardes de té, llanto y scones, que lo abandonara, que siguiera con el teatro, pero ella repetía que las acusaciones eran falsas. Capitanes de barco, nacionalistas galeses y una adolescente perturbada se habían conjurado contra un inocente. Marilú, que había actuado en los teatros de La Plata y de Buenos Aires, y que hasta había salido en la tapa de una *Radiolandia*, fotografiada por Anne Marie Heinrich, ahora se ocupaba de montar funciones infantiles, con uniformes militares de papel crêpe, trajes de dama antigua improvisados con vestidos viejos y vendedoras de empanadas tiznadas con corcho quemado.

Transcurrido un tiempo prudencial, Ezequiel Colina Ross aceptó un cargo en la Universidad de La Plata. Como su pasado siempre podía ser motivo de chantajes, Colina Ross evitaba pelear por las mejores aulas o los mejores horarios, y se resignaba a lo que le tocaba en suerte. Se había quedado afuera de toda intriga académica: los que no sabían nada de su historia lo consideraban un santo, alejado de los intereses del mundo. Cuanto más escondido, mejor.

Después de todo, enseñaba una disciplina cuya base era el secreto.

Eleonora terminó de contarme la historia y me miró con expresión triunfal.

—Podrías haberme dicho todo eso sin mandarme a la casa. Te hubiera creído: no necesitaba verlo.

—Yo no te mandé a la casa. Fuiste porque querías. Y no supe hasta después de que saliste que el congreso de Lógica se había suspendido.

—Me dijo otra cosa. Me dijo que te arrepentiste.

—Miente.

Me miró a los ojos. Habló lentamente, para que sus palabras quedaran grabadas en mi memoria:

—Yo haría cualquier cosa con tal de que nadie sepa *qué* es mi padre. Cualquier cosa.

Y empecé despacio a preparar mi equipaje.

OceanofPDF.com

La última función

Tarrés nunca empezaba una conversación de forma directa. Una noche, sentados en un bar de Boedo, cerca de su casa, ya muy tarde, frente a una botella de Americano Gancia, un sifón y platitos con maníes y aceitunas, que iba a tener que pagar yo, porque él siempre andaba sin plata, me dijo:

—A través de un primo mío conocí a un grupo de cuatro amigos escaladores. Buenos muchachos. Sonrientes, amistosos, saludables.

—Qué bien.

Era noviembre y aunque era de noche estábamos cerca de los treinta grados. Bobby igual llevaba un pulóver grueso, tejido a mano, por si refrescaba de improvisto.

—Uno murió de un paro cardíaco en los Alpes, otro se cayó en una grieta en el Aconcagua, otro desapareció en el Fitz Roy, al último se lo tragó una avalancha. Al cabo de dos años no quedaba ni uno vivo.

—¿Y?

No respondió. Bobby quería advertirme. Pero no conocía ninguna palabra de advertencia. Cambió de tema.

—Me voy de la facultad.

—¿Te vas? ¿Adónde?

—A Lincoln. Voy a ayudar en la fábrica de mi viejo.

—Kamionka. El camión indestructible.

—Te voy a decir un secreto: los juguetes de goma volcánica también se rompen. Es un mito que sean indestructibles. Los Kamionka son mortales como nosotros.

—¿Por qué te vas?

—Porque me echaron. Hoy es la última función. El cine era un buen trabajo. Conseguía películas, las pasaba. Ganaba algo de guita. Siempre existía la posibilidad de conocer a alguna loca. Las películas alemanas son ideales para eso. Las locas adoran la sordidez y los insultos en alemán. Pero

me rajaron de un día para otro. Ni siquiera esperaron que terminara el ciclo de cine húngaro.

—Voy a hablar con ellos. Estoy seguro de que puedo convencer a Crámer...

Bobby Tarrés me miró como si yo fuera un niño al que ya se le ha explicado que Papá Noel son los padres, que los Reyes Magos son los padres, pero que todavía guarda alguna esperanza con respecto al Ratón Pérez. Me puso la mano en el hombro y me dijo:

—Crámer no tiene nada que ver.

—¿Lemos?

—Es Colina. Es el profesor el que me echa. Arregló todo para que clausuraran el cine. Convenció a las autoridades de que era peligroso mantener la sala abierta.

—¿Cómo te va a echar él? Siempre te defendió.

—Colina no me quiere ver más.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—En algún momento hice o dije algo que estaba mal. No sé si alguna vez voy a saber qué fue. Viste cómo es: los peores errores no son los que hacemos a propósito, con un poco de maldad. Son los que hacemos sin querer, sin saber, cuando estábamos pensando en otra cosa. Hacemos algo terrible y no pasa nada, nos distraemos un instante y nos ganamos el infierno.

Asistí a su función de despedida: pasó *Cenizas y diamantes*, de Wajda. Tarrés estaba de ánimo sombrío. Al terminar la película dijo, como para llenar de alegría a los espectadores:

—El protagonista murió en 1967, al saltar de un tren en movimiento. Lo último que hizo fue saludar a Marlene Dietrich, que viajaba en el tren. Se despidió a la vez de la Dietrich y de la vida.

Se escucharon cuatro o cinco lentos, fúnebres aplausos, Uno de ellos el mío. Así terminó el cineclub de Bobby Tarrés.

Días más tarde lo acompañé a tomar el micro que lo llevaría a Lincoln. Yo me quedaba en la zona de peligro y él se marchaba hacia la seguridad. ¿Por qué sentía entonces que todo era al revés, que él iba hacia el peligro,

que él sin mí iba hacia la catástrofe, que era mi obligación seguirlo y salvarlo? No lo hice. Lo dejé tomar el micro.

Su padre murió poco después. A la muerte de su padre Bobby se hizo cargo de la fábrica. Eso fue después del golpe militar del 76: ya habían liberado la importación y los pequeños industriales fueron borrados en pocos meses por los productos importados. Los Kamionka no podían competir con juguetes chinos que costaban una cuarta parte. Las vidrieras de las jugueterías se llenaron de autos a pila que encendían las luces y dinosaurios a control remoto. Los Kamionka no se rompieron, pero se amontonaron en los depósitos de las jugueterías hasta desaparecer. Corrieron la misma suerte que las muñecas que abrían y cerraban los ojos, los granaderos de plástico, los revólveres de cebita, los autitos de colección, los cañones Goliath. Bobby ocultó a su madre las deudas, hasta que ella misma murió, rodeada de frascos de remedios comprados al fiado y facturas impagas. Bobby perdió el terreno de la fábrica, la casa familiar, los juguetes intocados con sus cajas originales.

Kamionka, el camión indestructible.

Muchos años después, durante la última conversación que tuve con Colina Ross, unos pocos meses antes de que apareciera muerto en el templo de las sales Colina, le pregunté por qué había cerrado el cine, por qué había echado a Tarrés.

—Para salvarlo. Era un inocente, no se daba cuenta de que estaba rodeado de amistades que no le convenían.

—Fue directo a la ruina.

—A la ruina, pero no a la muerte. Sobrevivió. Una vez lo encontré, andaba de paseo por Buenos Aires. Por la avenida Corrientes, claro. Miraba los bares, las librerías, los cines, como si buscara la puerta para regresar a un reino perdido. Hablé con él. No me guardaba rencor. Me dijo que trabajaba de operador en un cine en alguna ciudad de la provincia. Era lo que le gustaba. Podría haber sido un genio descifrando antiguos manuscritos, pero quería pasar películas. Seguía demasiado abrigado, como siempre: 25 grados y con bufanda.

—Pensó que usted estaba ofendido con él.

—¿Cómo iba a estar ofendido con Bobby? Le repito, lo eché para salvarlo. Ustedes estaban ciegos, pero los demás mirábamos el reloj. Cinco minutos antes o cinco minutos después los matarían a todos. Es un milagro que algunos hayan quedado vivos.

La casa olía a eucalipto. Colina Ross sirvió un poco más de *whisky* en mi vaso.

—Pero en nuestro país siempre pasa lo mismo: todo se hace por la mitad.

OceanofPDF.com

Mudanza

Me llevé las cosas del departamento de Eleonora. No había casi nada para mudar, porque ya entonces las cosas nos pesaban como un lastre y procurábamos no acumular nada. Sólo tuvimos que sentarnos a conversar para resolver a quién pertenecían unos quince libros, cuya compra había sido una decisión en común: después de una vacilación, ella me los cedió todos, me dijo que ya no le interesaban los libros, que la vida verdadera estaba allá afuera, esperándonos con sus promesas y sus decisiones, y que ya no tenía sentido sentarse a leer. Antes de dármelos, hizo algo que me llamó la atención: tachó su nombre de todos los libros.

—¿Por qué hacés eso?

—No quiero dejar rastros a mis espaldas.

Conseguí alquilar un departamento de un ambiente en un edificio de la Avenida Pueyrredón a metros de Santa Fe. El alquiler era alto, porque el departamento tenía teléfono. Estaba siempre limpio, siempre ordenado, tenía un número mínimo de cosas y carecía por completo de alma.

En los tres o cuatro meses que siguieron crucé varias veces a Eleonora en algún pasillo de la facultad, pero nos saludábamos sin detenernos, simulando apuro, asuntos urgentes. Si yo estaba acompañado, trataba de disimularlo, como si Eleonora pudiera reclamar todavía alguna exclusividad. A medida que pasaban los días, yo sentía que las discusiones se perdían, y volvía a ser para mí una desconocida. Volvía al comienzo: ella estaba con la piedra en la mano, esperando el momento de arrojarla, como alguien dispuesto a correr riesgos sólo para ver cómo funcionan las cosas en el mundo.

Cuando se dejó de hablar de la explosión del barco, porque otras explosiones la habían condenado al olvido, Crámer volvió a sus clases. Pronto apareció Lemos también. Las reuniones del Círculo siguieron haciéndose un tiempo más. Yo no iba, pero a veces los cruzaba en la facultad. Crámer caminaba rápido, miraba a todo el mundo, estaba en

estado de alerta; muy a menudo cambiaba bruscamente de dirección. Siempre caminaba a contramano. Yo esperaba que me dijera algo, una palabra que me asegurara que la investigación no se había inclinado en ningún momento hacia nosotros. Pero Crámer hacía un gesto con la mano: significaba que no convenía que nos vieran juntos, que había espías a nuestro alrededor. Se alejaba con apuro, siempre tomando caminos distintos, como si durmiera cada noche en un sitio diferente, las variadas habitaciones de su reino clandestino.

Una noche vi a Lemos y a Eleonora que bajaban juntos la escalera central de la facultad. Ella vestía un *jean* y una blusa amarilla que yo conocía bien. Me pareció que la mano de Lemos estaba en la cintura de Eleonora, sobre el borde del *jean*. El gesto duró un segundo, pero sugería una idea de posesión. Me mezclé entre unos estudiantes para que Lemos y Eleonora se alejaran sin verme.

Me pregunté si era un gesto casual, una muestra de confianza. Sabía que no tenía sentido preocuparme por ella una vez que nos habíamos separado, pero los celos se abrían paso en cualquier momento: durante un viaje en colectivo, en un café, o en medio de la noche. Y mi imaginación se obstinaba en encontrar una solución a aquel enigma. ¿Estaban Lemos y Eleonora juntos? ¿Desde cuándo? Si la novela policial ha triunfado en el mundo, es porque todos nos sentimos, en algún momento de la vida, detectives, pero no porque investiguemos crímenes: son los celos los que nos convierten en descifradores de indicios, en buscadores de la verdad que duerme detrás de la apariencia.

Muy pronto, y sin buscarla, tuve la confirmación del romance. Volví a encontrarme a Eleonora, esta vez en un pasillo. Cruzamos un par de palabras casi inaudibles en el bullicio y me alejé enseguida rumbo a mi clase. Sonó un trueno que hizo vibrar los vidrios, pero la facultad tenía su propio clima y su neblina de humo de cigarrillo. La lluvia parecía algo que ocurría en otro país. Unos estudiantes conversaban a los gritos, pero de pronto se abrieron como las aguas del Mar Rojo y entre ellos pasó Ana María Bari, la mujer de Lemos. Pasó con tanta brusquedad que empujó a uno de los estudiantes y unos libros se cayeron al suelo. La mujer de Lemos vestía un impermeable rojo y estaba empapada. Calzaba, como siempre, sus

botas altas. Pasó a mi lado. La saludé con una sonrisa, pero no me miró. El mundo se había vaciado para ella de personas, excepto una. Algo en mí adivinó cuál era su meta. Me di vuelta y la seguí con la mirada. Pocas veces en la vida vemos a alguien que sabe realmente adónde va: y aquella mujer lo sabía.

Eleonora no la vio venir. Buscaba algo en su cartera, sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca. Faltaba encontrar los fósforos. Ana María ya estaba junto a ella. Eleonora levantó los ojos y dijo su nombre, o mejor su sobrenombre, Any. Fue claramente un error, porque siempre la había llamado Ana María; si la llamaba Any era porque se lo había oído decir muchas veces a Lemos, en sus conversaciones privadas, y de alguna manera se le había pegado la costumbre. De inmediato recibió una bofetada. No sé si fue por el envión que llevaba la mujer, o porque aquel cuerpo pequeño escondía una fuerza enorme, pero durante un segundo temí que la hubiera matado. Fue tan fuerte el golpe que Eleonora trastabilló y se golpeó la nuca contra la pared. No tuvo tiempo de defenderse, ni pudo responder. El cigarrillo había desaparecido de su boca. La mujer de Lemos se quedó un segundo mirando la sangre, el colorido resultado de su efímera obra, y luego desapareció tan velozmente como había venido.

Entre tanto, el pasillo se había vaciado. Muchos de aquellos estudiantes debían juzgar imprescindibles los ataques a cuarteles, los atentados con bombas, los asesinatos, pero esa pequeña violencia, esa mínima sangre, los escandalizaba. Yo llevaba un pañuelo en el bolsillo y lo acerqué a la boca de Eleonora. Tenía partido el labio inferior. Dejó que le limpiara la sangre sin reaccionar, pero una vez que pasó el aturdimiento me sacó el pañuelo de la mano y ella misma se limpió. La sangre insistía en volver, como si juzgara pálidos aquellos labios sin pintar. Le pregunté si estaba bien y no me respondió: miraba hacia delante, hacia el fondo del pasillo, donde Ana María había desaparecido. Miraba con una furia helada.

—Estoy bien —dijo—. Esa mujer todo lo confunde.

No le dije nada a Eleonora, pero en mi opinión Ana María, la psicóloga de la lengua materna y la lengua paterna, podía ser confusa para explicar algunas cosas, pero en cambio veía aquel asunto con absoluta claridad.

Eleonora hizo el gesto de devolverme el pañuelo, pero vio que estaba completamente manchado de sangre y lo guardó en su cartera.

Ésa fue nuestra despedida. Volví a verla años después, una mañana de primavera, en Roma.

OceanofPDF.com

El fin del Círculo

La oficina de la facultad dejó de funcionar como centro de reunión desde octubre del 75, cinco meses antes del golpe militar. La facultad ya era terreno minado y empezaron a reunirse en casas particulares. Seguí dando clases en la facultad, pero dejé de ver por completo a mis antiguos compañeros del Círculo de Criptógrafos. A veces me ponía a observar a los estudiantes que llenaban los pasillos o las escaleras, para ver si encontraba a Eleonora. Crámer, Lemos, Cimer, Barnes, Eleonora: todos habían abandonado, como se suele decir, los sitios que solían frecuentar.

A comienzos de marzo del 76, dos semanas antes del golpe militar, uno de los socios del Círculo apareció muerto en un terreno baldío de Pompeya. Yo no lo conocía, era uno de los recién llegados, tenía pedido de captura de la policía santafesina. De esa muerte no me enteré en su momento, pero años después Eleonora completó los vacíos que para mí tenía la historia desde que me había apartado del Círculo. Se reunieron en el departamento de Eleonora y Lemos explicó esa primera muerte a través del pasado del muerto y su participación en el asalto a una comisaría ocurrido en la provincia de Santa Fe. La caída no tenía nada que ver con el Círculo, su asesinato se había debido sólo a una acumulación de circunstancias azarosas. La policía lo venía siguiendo. Se debía entender esa muerte como una excepción, había explicado Lemos. Los demás podían quedarse tranquilos, siempre que cumplieran con las normas de seguridad. A pesar de las palabras de Lemos, algunos se dieron por advertidos, se apartaron del Círculo y se salvaron. Otros no. Era difícil distinguir la excepción de la regla.

A Claudio Barnes lo vi una vez más y este encuentro, a pesar de que no hubo casi palabras entre nosotros, fue especialmente memorable para mí. Yo estaba en un bar de la Avenida Boedo frente a un pocillo de café,

mientras leía las *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob, que una pequeña editorial me había encargado traducir. Marcaba con un lápiz las palabras que tendría que buscar luego en el diccionario. Hacía calor, y el ruido monótono del ventilador de techo parecía susurrar que todo es igual siempre, que nunca pasa nada, y que no hay mayor placer, en esta vida de rutinas, que tomar un café en un bar sin que nadie interrumpa. Estaba leyendo la vida de Sufrah, el malvado hechicero de la historia de Aladino. Los otros personajes del libro eran o pretendían ser reales; Sufrah era el único que pertenecía a la imaginación. El adivino ya se había resignado a perder la famosa lámpara, y también el palacio, porque lámpara y palacio habían sido mágicamente trasladados a China. Pero no se resignaba a ignorar el origen de la lámpara. A través de sus artes mágicas lograba que aparecieran unas letras: S, L, M, N. Y a través de ese mensaje secreto Sufrah se daba cuenta de que el inventor de la lámpara había sido nada menos que el rey Salomón.

El mago era malvado, pero Schwob lo convertía en alguien casi conmovedor, por esa persistencia en saber la verdad, a pesar de la derrota.

Terminaba de leer el cuento, con el hallazgo del cadáver del rey Salomón, cuando Barnes entró en el bar y vino caminando directamente hacia mi mesa. Al principio pensé que era un encuentro casual, pero al descubrir los ojos fijos en mí me di cuenta de que había venido a buscarme. Vestía, como siempre, su saco negro de cuero. El bolsillo izquierdo colgaba descosido. Seguía con la cabeza rapada, pero la piel parecía haber ganado una cierta transparencia enfermiza. Cuántas veces le habían advertido que no llamara la atención. Que fuera, como Crámer, alguien capaz de confundirse entre la multitud, alguien que ha estudiado el arte de ser olvidado. Pero ahora era más llamativo que nunca: todos en el bar se dieron vuelta a mirar aquel espectro de saco de cuero. Tenía la cara de quien no ha dormido en días. Miraba hacia un lado y otro, para ver si alguien lo estaba siguiendo. Era uno de esos tenaces mensajeros que aparecen en las antiguas historias, que entregan su mensaje y mueren, porque el camino ha sido demasiado largo. Vino hacia mí con un sobre en la mano, lo dobló en dos y me lo puso en el bolsillo de la camisa.

Le pregunté cómo me había encontrado. Pero movió la cabeza a un lado y a otro, como si no tuviera tiempo o fuerzas para dar ninguna explicación.

«Para Crámer» dijo, por toda respuesta. Y había en los ojos un ruego mudo. A pesar de los años transcurridos no sé cuál era el contenido de ese ruego: que entregara el mensaje o que no lo entregara. Más difícil de descifrar resultó el ruego que el mensaje. Iba a decirle que hacía largo tiempo que no veía a Crámer, que no tenía modo de comunicarme con él, pero Barnes ya se alejaba entre las mesas.

Aunque no había probado el café, dejé un billete sobre la mesa y me fui. Bastaba ver a Barnes para saber que el peligro seguía sus pasos con la obstinación de una esposa despechada. Di largos rodeos para llegar al pequeño departamento que alquilaba, por si alguien lo había estado siguiendo a Barnes y luego por carácter transitivo me había seguido a mí. Recuerdo que ese día estrenaba unos mocasines marrones, que me hacían doler. Justo hoy tenía que ponérmelos, pensé, mientras subía y bajaba de colectivos y de subtes, atento a mis espaldas.

Una vez en mi departamento me saqué los zapatos y abrí el sobre. No era un sobre sin usar: era un sobre de la compañía de electricidad, pero estaba tachado el nombre del destinatario y la dirección. Saqué de su interior una hoja de papel donde Barnes había escrito a mano una serie de letras.

QLYRMOPQEDHLRMZOCDCBJUNLUOFQ

Lo leí una y otra vez, sin hacer ningún intento por descifrarlo y lo devolví a su sobre.

No hice nada por entregar el mensaje a Crámer. No sabía dónde estaba, y aunque lo hubiera sabido, era mejor no acercarse a él. Dejé el mensaje escondido entre las páginas de *Vidas imaginarias*, que nunca llegué a traducir. Pronto perdería el libro y el mensaje. El libro no volvió, pero el mensaje sí.

A Crámer se lo habían llevado en mayo, unos días antes de que Barnes apareciera en el bar de Boedo. Poco después le tocó a Lemos y a Cimer en junio. De nada de esto me enteré en el momento, sólo meses después.

Sí supe de la muerte de Barnes, a mediados de mayo del 76, porque salió en los periódicos: *Abaten a peligroso subversivo*. Leí la noticia tres días después de que me entregara el mensaje en el bar de Boedo. Qué equivocadas son mis premoniciones, pensé. Porque la primera vez que lo vi, en el año 72, había sentido una puntada de resentimiento: lo había considerado un posible rival. Alguien destinado a avanzar en su carrera, a través de ayudantías, becas, jefaturas de trabajos prácticos, el imprescindible doctorado, el gobierno de una cátedra. Pensaba que Barnes era el que habría de reemplazar a Colina Ross, el que mantendría vivo el interés por la criptografía, sin dejar que cayera, a la vez, el interés por el esoterismo renacentista. Barnes, había pensado entonces, era el que podía vencerme. No sería yo el encargado de suceder a Colina Ross, sino él. Aunque estudié la historia de los oráculos griegos, aunque sé de memoria el nombre de las más famosas sibilas de la antigüedad, mis artes mánticas son modestas. No hubo ninguna cátedra para Barnes: el diario decía que lo habían acribillado cuando salía de un bar de Villa Crespo. Llevaba con él una vieja pistola Ballester Molina, que debía haber pertenecido a su familia y dormido durante años en un cajón, porque ya en aquella época era una antigüedad. Parapetado detrás de un árbol, la disparó dos o tres veces, sin dar en blanco alguno.

Después vinieron a buscarme a mí, que me creía afuera de todos los peligros.

De la oficina que ocupábamos en el último piso del edificio de la facultad se llevaron todo: los papeles, los libros, la correspondencia que Fabiani había archivado minuciosamente, la máquina de escribir, inclusive el sacapuntas mecánico atornillado a la mesa que, dibujado por mí, había servido de símbolo al Círculo de Criptógrafos de Buenos Aires.

CUARTA PARTE

La oficina de los hombres pálidos

OceanofPDF.com

La lengua de la radiación

Los que vinieron a buscarme sabían que no era peligroso ni para ellos ni para mí, que no tenía armas ni cápsulas de cianuro escondidas en los bolsillos. Vinieron en un solo auto, no me creyeron merecedor de un operativo más grande. Ocurrió a la salida de un colegio del barrio de Once, en el que había entrado dos meses atrás para dar clases de literatura en quinto año. Acababa de tomar una prueba, tema uno, tema dos, dos preguntas para cada tema, y así me había llevado para corregir treinta hojas llenas con las caligrafías aborrecibles de mis alumnos. Confiaban en que cuanto más intrincada fuera la letra, más posibilidades había de que uno descubriera en la hoja un tesoro escondido. Era una prueba sobre sonetos, y les había dado a leer a Juan Rodolfo Wilcock, delicado y melancólico, y a Almafuerte, vigoroso y desesperado, que me parecía que podía llegar a conmover el ánimo de los adolescentes. *No te des por vencido, ni aun vencido,/no te sientas esclavo, ni aun esclavo;/trémulo de pavor, piénsate bravo,/y arremete feroz, ya mal herido.*

A la salida del aula me esperaba una alumna que no había podido dar la prueba porque había llegado tarde. Era una chica de pelo negro, que llevaba una vincha. «Cuándo me la va a tomar», preguntó ella, y yo le dije «mañana» y ella volvió a decir «mañana» y suspiró, como si la palabra le causara extrañeza y a la vez melancolía. Yo no la recordaba entonces, y sin embargo ahora es la única cara que recuerdo de aquel curso. La compleja máquina del mundo la había enviado a ella para despedirme de casi todo. Una vez que atravesé el vestíbulo, bajé los escalones de mármol y crucé las rejas pintadas de verde dejé el colegio para siempre. Y los treinta exámenes quedaron tirados sobre la vereda, como señal de una vida que había sido interrumpida, con todas sus ínfimas tareas sin completar.

Es cierto que todos los días se recibían noticias de asesinatos y secuestros; noticias apenas murmuradas en la cola del banco, en el almacén o en llamadas telefónicas que había que interpretar laboriosamente, porque

sólo comunicaban alusiones y sobrenombres. Pero no terminaba de parecerme del todo real. Era consciente de que todo aquello ocurría, y sin embargo no alcanzaba a relacionarlo con los titubeos y entusiasmos pasajeros que hasta entonces habían formado mi vida.

Cuando los vi aparecer, me llamó la atención que trabajaran allí mismo, a la luz del día, sin esperar la tarde o la noche o siquiera las nubes. Se movían con prisa pero con tranquilidad, sin ese entusiasmo que despierta la novedad: habían hecho lo mismo otras veces y acaso su tarea ya empezaba a resultarles aburrida. Había un oficial al mando, me di cuenta de inmediato, a pesar de que estaba vestido de civil. El pelo negro, engominado, un pantalón gris, una camisa blanca, lentes negros. El otro, morocho, debía ser un suboficial, también estaba de civil. Había un tercero, un chofer, de *jean* y zapatillas. Apenas me di cuenta de que venían por mí solté las pruebas de mis alumnos, con la esperanza que se esparcieran y revelaran lo que había pasado. Pero los confusos mensajes fueron arrastrados por el viento sin que el oficial se inmutara en lo más mínimo. Ni él ni el otro se preocuparon en borrar las modestas señales que quería dejar a mi paso. Sabían que nada serviría: los pájaros siempre se comen las migas que Hansel y Gretel dejan en el camino. El último, dijo el oficial, y en ese instante alguien a quien hasta entonces no había visto me cubrió la cabeza con una bolsa de tela. Después supe que era una funda de almohada. Quise quitármela, por puro instinto, y recibí un culatazo sobre la oreja izquierda. Sentí casi de inmediato la tibieza de la sangre. Todo debe haber durado unos diez segundos, pero a mí me pareció un procedimiento interminable. Me metieron en el asiento de atrás, en el piso, la cabeza contra la alfombra de goma. Un borceguí me aplastó con violencia la cabeza, y cuando salí del aturdimiento empecé a sentir el zumbido en los oídos que no me había visitado desde hacía años. El enjambre de avispas había regresado.

Por momentos el auto iba a gran velocidad; después, de pronto, el tráfico lento, los bocinazos, los gritos de los otros conductores. El chofer y el hombre que viajaba en el asiento de atrás, y cuyo borceguí me aplastaba por momentos la espalda y por momentos la cabeza, hacían de tanto en tanto algún comentario cansado sobre el tránsito, pero el oficial, sentado en el asiento del acompañante, permanecía callado, ajeno a ese intercambio de

vaguedades, y su silencio fue cohibiendo a los otros hasta enmudecerlos por completo.

El automóvil bajó por una rampa y se fueron apagando los ruidos de la ciudad. Cuando me arrastraron fuera del coche sentí, a pesar de la bolsa de tela, el aire fresco de un lugar amplio y subterráneo. Imaginé que estábamos en el garage de un edificio. Oí el ruido de una puerta que se abría y después, cuando me empujaron adentro, el zumbido de tubos fluorescentes.

Me descubrieron la cabeza y la luz me encegueció. Durante los primeros segundos no pude ver nada, hasta que alcancé a distinguir unos árboles: un bosque de arrayanes y un cielo azul. El póster estaba pegado en la pared, torcido, con los colores apagados, y parecía haber estado allí desde siempre. *Mi país: todo por descubrir*. Había escritorios y sillas, pero no había dos cosas iguales: una silla de madera de comedor diario, otra de oficina, un escritorio de fórmica, otro que parecía antiguo, un pupitre escolar. Había también otras personas. Aún sin clavar la vista en ellos, los reconocí. Pensé de inmediato que tenía que ocultar que sabía quiénes eran, aunque si me detenía a pensar un poco el asunto, era evidente que nos habían reunido en esa oficina subterránea porque sabían quiénes éramos todos, y los extraños lazos que nos habían unido en el pasado. Me quedé quieto, esperando instrucciones.

Crámer y Cimer estaban sentados frente a escritorios y tenían las manos libres. Trabajaban, o simulaban trabajar en sus papeles. Parecía como si alguien hubiera querido crear la ficción de una oficina, pero no hubiera contado con los elementos apropiados. Un elenco teatral de pueblo que ensaya con lo poco que tiene a mano. A la incongruencia de los muebles se le sumaba la de la ropa. Crámer estaba con una camisa blanca, raída y sucia. El cuello tenía unas manchas pardas que debían ser de sangre. Cimer vestía una de esas tricotas verdes que formaban parte del uniforme de fajina de los soldados conscriptos. No di ninguna señal de conocerlos, ni siquiera fijé la vista en ellos. Ellos tampoco me miraron.

En el fondo de la oficina descubrí a Ramiro Lemos, al que hacía meses que no veía. Estaba muy delgado, se le marcaban los huesos de la frente y los ojos enormes. Igual que los otros, tenía una barba de muchos días. Vestía una remera azul. Hizo un leve gesto de sorpresa al verme; que yo,

uno de los jesuitas, hubiera caído también, era algo que estaba fuera de todo cálculo. Mi sola presencia, me diría más adelante, le había dado la pauta de los alcances de la catástrofe. Durante un instante temí ver a Eleonora, temí que hubiera caído junto a Lemos, pero no estaba. Éramos sólo nosotros cuatro.

El oficial que nos había capturado, y cuyo nombre, Blasco, sólo conocí días después, se paró enfrente de mí. No dijo ningún nombre, sólo que lo llamara Mayor. Era oficial de inteligencia, me enteraría más tarde.

Cuando empezó a hablar, los otros dejaron sus papeles y le dedicaron una atención obligatoria. Estaban acostumbrados a sus discursos.

—La subversión no son sólo las armas, la ambición de poder, el odio. Es la radiación que ha estado carcomiendo el lenguaje y a través del lenguaje el pensamiento y a través del pensamiento, la realidad. Las cosas cambian de forma a nuestro alrededor. Entre el hombre y la mujer, la radiación. Entre el padre y el hijo, la radiación. Entre el amigo y el amigo, entre el patrón y el obrero, entre el pastor y su grey: la radiación. Todos ustedes, en mayor o menor medida, se han contaminado. Ya estarían muertos, si no los hubiera puesto en mi lista. Todos estamos infectados, y yo mismo lo estoy. Este trabajo nos va a servir a todos como limpieza y expiación.

Lo que dijo fue mucho más largo y estaba hecho de repeticiones, como si creyera que esa reiteración era la única barrera contra la radiación. Los militares siempre han sido sensibles al carácter repetitivo de la verdad. ¿Cómo puede ser cierto algo que se dice una sola vez, una palabra que apenas brilla y se apaga? Blasco no explicó de qué trabajo se trataba pero no hacía falta, porque me hizo sentar delante de un escritorio, y puso ante mí papeles de todo tipo. Yo pensé que todavía estaba vivo, que sobreviviría, que sólo me faltaba encontrar la oportunidad para aclarar el malentendido que me había llevado hasta allí. Y empecé a buscar entre esos papeles, y a clasificarlos, sin preguntar siquiera de qué se trataba el trabajo.

Durante los primeros días no intercambié una sola palabra con los otros. Había siempre junto a la puerta un soldado al que no podíamos dirigirle la

palabra. El soldado tenía un fusil en las manos, un FAL, con la correa cruzándole la espalda. Los guardias siempre cambiaban. Elegían soldados nacidos en pueblos del interior, soldados sin ningún lazo con la ciudad, soldados que no sabían qué hacer con sus francos, porque no se animaban a visitar la ciudad por temor a perderse o por falta de dinero, y que pasaban sus tardes libres en el cuartel, jugando al truco o escuchando en la radio la Oral Deportiva. Elegían a aquellos que estaban predestinados por falta de miras, analfabetismo o puro aburrimiento a hacer del cuartel su hogar y a convertirse así en suboficiales, para repetir sobre otros las mismas brutalidades que ahora caían sobre ellos. Los sacaban de los cuarteles de Campo de Mayo, La Tablada o Ciudadela, los traían en camiones, los encerraban en el sótano para vigilarnos. Pero era fácil adivinar que no eran estos soldaditos de juguete nuestros verdaderos guardianes, sino apenas un elemento decorativo.

Los conscriptos nos miraban con temor. Quién sabe lo que les dirían de nosotros; tal vez no éramos para ellos sólo un modelo de perversión moral, sino los poseedores de secretos poderes. Apenas hacíamos un movimiento brusco, para levantar, por ejemplo, un lápiz caído, nos apuntaban y se ponían a gritar que nos quedáramos quietos. A uno, alto y con orejas enormes, se le escapó un tiro que casi pega a Crámer en la cabeza. En el encierro del sótano el disparo sonó como una explosión y pronto entraron cuatro soldados más y tres hombres en *jeans* y zapatillas Adidas, armados con pistolas. Creían que se había producido una fuga en masa. El soldado casi se pone a llorar cuando se le escapó el tiro, pero Crámer no se inmutó. El agujero de la bala quedó en la pared, y con el correr de los meses se fue haciendo más grande por el revoque que caía.

Dormíamos en una habitación del fondo, irrespirable, en colchones tirados en el suelo. No sabíamos dónde estábamos, pero era evidente que se trataba de un sótano. Cimer y yo habíamos recibido un pase directo a la oficina. Lemos había pasado por las comisarías de La Plata, donde pocos sobrevivían. Crámer había estado detenido en Córdoba, donde había tratado de esconderse, en casa de unos familiares. Yo estaba convencido de que estaba allí por mi prolijo informe sobre la muerte del sindicalista Guzmán, o porque había encontrado en el espejo de una casa arrasada la palabra

Nimrod, el número 67. Después me di cuenta de que estaba ahí por mi habilidad como criptoanalista. Aquel sótano era el Círculo de Criptógrafos de Buenos Aires, aunque bajo una nueva forma.

Durante las noches, Crámer y Lemos se movían, respondían a las órdenes, decían basta, pedían agua, se defendían de los golpes y el voltaje de la pesadilla. Todos tenían una palidez amarillenta que pronto fue también la mía. No era sólo la ausencia del aire libre sino como si la misma oscuridad y la luz de los tubos fluorescentes acabaran por señalarnos con su marca amarilla.

Recibíamos como una dádiva todo lo que llegaba del exterior. A veces era una frase dicha por un soldado: sobre el clima, algún partido de fútbol o la vida en el cuartel. Otras veces un papel: un boleto de colectivo que uno de los soldados o Blasco había dejado caer, o un volante de una tintorería pegado a la suela de un zapato, el envoltorio de un paquete de pastillas o de un chocolate. Guardábamos esos pedazos que llegaban del mundo real como un tesoro. No sólo eran señales que nos permitían saber más o menos dónde estábamos (pronto supimos que estábamos en el sótano de un edificio en la avenida Leandro Alem); eran también pruebas de que detrás de las paredes de aquel sótano había una ciudad, y la gente caminaba apurada, y los chicos iban a la escuela y pasaban los colectivos y los trajes manchados iban a parar a las tintorerías.

El golpe de Blasco

Todas las mañanas, a las ocho, Blasco se presentaba y nos recordaba que nuestra única posibilidad de sobrevivir consistía en colaborar con él.

—¿Creen que me fue fácil convencerlos? ¿Creen que es fácil arrancar gente del matadero, cuando no se salvan ni los hijos de los generales?

No teníamos nombres, sólo números. Pero estos números no pertenecían a una misma serie, sino que parecían provenir de sistemas clasificatorios distintos. Crámer era el 85, Lemos el 10.027. A Cimer se le agregaba una letra: N23. A mí me había tocado el 148. Teníamos completamente prohibido usar nombres entre nosotros. Ni los nuestros ni los de nadie. Cada una de las páginas que entregábamos debía incluir el número que nos correspondía.

El sistema de numeración me recordaba una vieja historia policial que había leído. A fines del siglo XIX, una pandilla de criminales se dedicaba a robar ataúdes del cementerio de la Recoleta para devolverlos a cambio de un rescate. El grupo era muy pequeño, pero sus integrantes apenas se conocían entre sí y tenían prohibido llamarse por el nombre. En vez de alias, como es tradicional en el hampa, tenían números. El jefe les había entregado números muy grandes (3522, 6521) para hacerles creer que formaban parte de una organización infinita. En el sótano de Alem los números tenían la misión contraria: hacernos sentir que no éramos nadie y que no formábamos parte de nada.

Cimer y Crámer colaboraban o fingían que colaboraban. No despegaban la vista de los papeles y tomaban notas en hojas de papel de almacenero, que llegaban por millares, con el único instrumento de escritura que teníamos: lápices negros Faber (más adelante, cuando confirmaron que no teníamos el ingenio suficiente para improvisar armas con útiles de oficina, agregaron máquinas de escribir). Lemos, en cambio, se mantenía ajeno, como uno de esos enfermos que renuncian a sobrevivir. Apenas probaba el remedo de comida que nos traían y durante las horas de trabajo jamás fingía

haber encontrado algo. Ni siquiera clasificaba los papeles. A Blasco lo enloquecía el escritorio desordenado, la pasividad, la indiferencia. Los viernes, cuando había que mostrar resultados, deslizábamos alguno de nuestros apuntes entre sus papeles, para que tuviera algo que mostrar. Aceptaba los favores con el mismo desinterés con que aceptaba el castigo, que consistía, además de los golpes, en el encierro en un pequeño cuarto, asfixiante y sin una sola luz.

Fue a los dos o tres días de mi llegada cuando oí por primera vez a Lemos preguntar por su esposa. Lo hizo casi en un murmullo:

—¿Me podría decir dónde está mi mujer?

Crámer me dijo después que la pregunta había sido hecha otras veces y con las mismas palabras, y que siempre había obtenido la misma respuesta. Lemos estaba sentado en una silla de hierro, una absurda silla de jardín, y se encorvaba sobre el escritorio. Dijo su pregunta sin mirar al mayor. Blasco se ubicó a sus espaldas, pareció reflexionar un segundo sobre la pregunta — *¿Me podría decir dónde está mi mujer?*— y lo golpeó en la nuca con la mano abierta. Luego le recordó que estaban prohibidas las preguntas. Oí, como un coro lejano, la risa nerviosa, ahogada, del soldado de guardia.

Días después la escena se repitió, casi sin variantes, excepto que la respuesta de Blasco fue más larga. El sólo hecho de que pregunte, dijo Blasco esa vez, significa que cree que algo se le debe, que tiene derecho a algo, aunque sea a una palabra. Pero estamos en un lugar donde no existen los derechos, las respuestas ni las excepciones.

Yo no había vuelto a ver a la esposa de Lemos desde la escena en el pasillo, cuando había golpeado a Eleonora. No podía pensar que esa mujer, la psicóloga de la lengua paterna y la lengua materna, charlatana y un poco absurda, fuera la mujer cuyo destino ahora era un enigma.

Y sin embargo, tres días más tarde Lemos volvió a preguntar. Y recibió también el golpe en la nuca. Cimer y Crámer, antiguos habitantes del sótano, ya estaban acostumbrados a la escena y pronto me acostumbré yo también. Cuando oíamos la voz de Lemos nos estremecíamos, porque sabíamos lo que seguía. Para nosotros era aún peor la pregunta que el golpe, porque el golpe daba por terminada la cosa, pero la pregunta y el silencio que le seguía —y Blasco parecía disfrutar de esa espera, y cada vez

demoraba más el golpe— eran el anticipo de una violencia que podía tomar cualquier forma. ¿Qué ley escrita o no escrita le impedía a Blasco aplastar una silla contra el cráneo de Lemos, u ordenar un repentino *traslado* o pegarle ahí mismo un tiro?

También nosotros, a fuerza de repeticiones, acabamos por encontrar algo cómico en aquel juego de la pregunta, la espera y el golpe. Era como la escena de las cachetadas de las películas mudas o de los viejos circos: el espectáculo consiste en que la víctima olvida que eso ya ocurrió y por eso repite las conductas que habrán de ser castigadas. Pero tal vez la gracia verdadera de tal clase de rutinas consiste en que no se trata de un verdadero olvido sino de un recuerdo: el recuerdo de que hay cosas peores que esos golpes, que los golpes, al fin y al cabo, pueden ser insignificantes, pueden carecer de toda importancia.

No sé cuántas veces ocurrió la escena, porque el recuerdo nunca sabe contar, el recuerdo es siempre recuerdo de lo único. Pero de tanto ejecutar la rutina, al principio con crueldad, luego con indiferencia y finalmente con curiosidad, Blasco encontró en Lemos un núcleo de insensatez o perseverancia que merecía su admiración. Era como si hubiera ido creando, con sus golpes, una especie de dureza, de callo, que no se podía pasar por alto, y que no era mérito sólo de Lemos, sino del mismo Blasco.

Uno de los golpes fue más fuerte que los demás, e hizo caer a Lemos de la silla. Cayó de costado, y estuvo durante un instante con la cabeza contra el piso de cemento antes de levantarse. El cemento, mal alisado, le hizo un raspón en el lado izquierdo de la frente. Pero no se tocó la nuca ni la frente ni hizo un gesto de dolor: volvió a sentarse. Blasco se miró la palma, como si su propia mano lo hubiera traicionado: quería siempre pegar el mismo golpe, ni más fuerte ni más despacio, pero se había equivocado. Fue la señal de que algo iba a cambiar.

La insistencia de Lemos en preguntar fue una sorpresa para mí, porque siempre había imaginado que Crámer era más duro que Lemos. Crámer era el que podía aguantar todo, el que había cruzado la línea de la experiencia, el que había descifrado mensajes en una isla lejana. Pero ahora era Lemos el que se adueñaba de la escena. Era Lemos el que repetía su pregunta sin sentido, y la repetía sin miedo, sin respeto por la serie de experiencias

anteriores. Cuando el golpe estaba por venir, nosotros tres tensábamos el cuello, como si el golpe fuera a caer sobre nosotros, como si lo hubiéramos recibido muchas veces. Lemos no, Lemos siempre recibía el golpe por primera vez.

Después de la novedad de la caída fue evidente para nosotros que Blasco ya no le pegaba con la misma fuerza, como si temiera volver a hacerlo caer. La insistencia de Lemos lo había vencido, y si el golpe sonaba más fuerte, era porque lo daba con la palma ahuecada, para aumentar su espectacularidad y evitar a la vez provocar una lesión. Porque el golpe se había modificado, pero la pregunta no se había modificado en lo más mínimo. *Me podría decir dónde está mi mujer.* Las mismas palabras, el mismo volumen de voz, casi un susurro. La mirada baja, concentrada en los papeles. Y Blasco lo supo: de ahora en más o bien dejaba de golpearlo, o bien le pegaba un tiro en la nuca y daba por terminado el asunto. Lemos sabía que esas eran las opciones, y nos preguntábamos en cuál de las dos ponía sus esperanzas.

Una tarde Blasco, al escuchar la pregunta, preparó su mano para el golpe, pero se contuvo. Crámer, Cimer y yo nos quedamos esperando, los lápices en el aire, como autómatas de pronto desconectados. Y Blasco esperó, pero no era la espera tensa que preparaba al auditorio para el golpe, sino la espera dubitativa de quien busca las palabras adecuadas. Las palabras y también el tono, porque debía decirlo de tal manera que no pareciera una abdicación, ni una renuncia a aquel estado sin preguntas, derechos o excepciones.

Blasco dijo que había hecho dos llamadas telefónicas y que había recibido una información que consideraba digna de fe. La respuesta era la siguiente: Ana María Bari, Ana María Bari de Lemos, psicóloga, profesora en la Universidad de Buenos Aires, había sido detenida en la estación de tren de Santos Lugares en agosto. Estuvo a punto de salvarse porque tenía un tío coronel, ya retirado, que había acudido a viejos camaradas del Colegio Militar y a compañeros de golf del Círculo Militar y había caminado por pasillos y esperado ante oficinas de funcionarios subalternos con el fin de conseguir una entrevista con alguien del Ministerio del Interior. Pero a la misma hora en que su tío se entrevistaba con un

funcionario menor del Ministerio del Interior Ana María Bari era ejecutada, con otros cinco detenidos, como respuesta a un atentado que se acababa de cometer, y que había dejado dos suboficiales de prefectura muertos. No se salvaban ni los hijos de los generales, había dicho Blasco; menos podía salvarse la sobrina de un coronel retirado.

Lemos escuchó las palabras sin interrumpir. Cimer, Crámer y yo tratamos de simular que no prestábamos atención, que sólo atendíamos a nuestras labores, pero el ruido de los papeles y lápices había cesado.

—La mataron hace una semana, 10.027 —repitió Blasco, porque creyó que el otro, que había escuchado todo sin expresión, no había entendido una sola palabra de lo que acababa de decir.

Lemos volvió la cabeza hacia sus papeles como si lo que había oído no le mereciera ni reflexión ni pesar ni interés. Entonces Blasco le convidó un cigarrillo y al aceptarlo Lemos tocó la mano del mayor Blasco, como si tuviera que proteger la llama del encendedor de un viento que allí abajo no podíamos siquiera imaginar.

El discípulo del padre Miral

Blasco podía mentir, Blasco podía estar mal informado. Pero Lemos le creyó y todos le creímos, porque las estadísticas estaban de su parte.

Lemos había estado trabajando con abulia, sin intentar siquiera simular que ponía algún esfuerzo. Su escritorio se llenaba de papeles; a veces los tomaba en sus manos, pero tenía la mirada perdida. Cuando recibió la noticia, pensamos que su desgano se haría más profundo, más errática su conducta, y que no ocuparía por mucho tiempo un lugar entre nosotros. En voz baja Crámer me pidió que me concentrara en Lemos. Que tratara de acercar algún resultado a su escritorio. No era tarea fácil, había que aprovechar alguna distracción de los soldados. Crámer pensaba, como yo, que faltaba poco para que se lo llevaran.

Conseguí acercar unos papeles a su escritorio, que estaba a unos pasos. Pensé que Lemos ni siquiera iba a leerlos, porque los dejó caer sobre un desorden de hojas, fotografías y recortes de periódicos. Pero los tomó en sus manos y les prestó atención durante unos minutos. Luego, de improviso, me los devolvió. Los soldados que estaban de guardia podrían haber reaccionado, pero estaban inmóviles, con la mente en blanco, en un éxtasis de aburrimiento. Lemos se puso a ordenar su escritorio, clasificando los papeles en cuatro grupos distintos. Cada tanto se detenía en alguno, como si vacilara en ponerlo en un grupo o en otro. Una señal de que había empezado a trabajar a conciencia.

Fue en ese momento cuando empezó lo que podríamos llamar la recuperación de Lemos. Como si la muerte de su mujer hubiera señalado el fin de una etapa, Lemos empezó a comer mejor y a concentrarse en sus papeles y a mantener largos diálogos con Blasco sobre la naturaleza de nuestro trabajo. Lemos hacía cuidadosas preguntas, y recibía a cambio monosilábicas o largas respuestas, precisas tanto en su brevedad como en su abundancia. Lemos ya no sentía ni temor ni esperanza, ya estaba libre.

Por esa época —yo llevaba unos cuatro meses de encierro— empezamos a hacernos nuestra propia comida, casi siempre arroz, en un calentador a garrafa. A veces nos traían papas o zapallo, algunas frutas pasadas. Muy de vez en cuando nos dejaban salir a un patio, un pozo de aire y luz. Nos sacaban de la oficina subterránea y nos llevaban a través del garage a una escalera que subía al patio. Todas las ventanas del edificio estaban cerradas, no se veía nunca a nadie, ni siquiera personal de limpieza. Conjeturábamos que todo el edificio debía ser una dependencia oficial, tal vez oficinas del ejército o de gendarmería. Asomaban al patio algunos aparatos de aire acondicionado, que en días de calor ronroneaban, y arriba el cielo era como el fondo de un pozo.

En esas salidas al patio nos dejaban solos, y entonces conversábamos en susurros sobre las posibilidades de enviar algún mensaje al exterior; fantaseábamos con usar a alguno de los soldados como mensajeros. Pero nunca llegamos a tener ningún diálogo con aquellos conscriptos que siempre cambiaban. No encontramos el modo de entablar ninguna conversación, nos evitaban con una especie de temor supersticioso. Tanto miedo tenían a sus superiores que no había modo de engañarlos. Crámer llegó a decirle algunas palabras a uno de los conscriptos, y parecía que este lo escuchaba con atención, como si se hubiera alcanzado la primera etapa de un hechizo. Pero al fin el soldado le respondió con una frase que seguramente había sido ideada por el mismo Blasco:

—No hablamos con muertos.

Lemos empezó a recuperar peso y a hacer por las noches ejercicios para desentumecer los músculos. Lagartijas, elongaciones. Tenía que hacer todo con lentitud, porque el aire —que provenía de tubos de ventilación— no sobraba. Empecé a imitarlo, como si me esperara, en el futuro distante, una fuga que me habría de exigir ciertas aptitudes físicas.

Fue de a poco que nos fuimos dando cuenta hasta qué punto llegaba la nueva disposición de Lemos por su trabajo. Escribía tanto que muy a menudo tenía que sacarle punta al lápiz. Aun mientras sus manos se ocupaban del sacapuntas, su mirada estaba fija en los papeles, como si no quisiera perder un segundo. Al principio nos entusiasmamos ya que creíamos haberlo perdido. Después empezamos a sentir una leve inquietud,

que pronto se transformó en preocupación. Nos mirábamos con Crámer, con Cimer. Lemos no nos miraba. Su escritorio se había transformado en un modesto universo que exigía toda su atención.

Trabajaba con tanto fervor que, aun con todas sus limitaciones como criptoanalista, puso en evidencia que hasta ese momento no habíamos hecho otra cosa que demorar el trabajo. Habíamos marcado como indescifrables mensajes cuyo significado era obvio y habíamos dado respuestas correctas sólo a las preguntas que sabíamos inútiles para las intenciones de Blasco.

Ante los nuevos resultados, Blasco vacilaba entre la alegría y la exasperación. Tal vez hubiera eliminado en ese momento a alguien del grupo, como advertencia, de no ser por Lemos, que pronto se convirtió en una especie de confidente y jefe intermedio. Examinaba el material de cada uno y decidía por dónde debíamos seguir. Vio, antes que nosotros, que Cimer empezaba a caminar hacia el abismo, y empezó a poner en sus manos sólo los trabajos más sencillos, y también más inocuos, como para que no chocaran contra sus posibles escrúpulos. En ningún momento Blasco puso a Lemos oficialmente por encima de nosotros, pero tampoco mostró ninguna oposición ante la determinación de Lemos. Su capacidad para organizar el trabajo de los demás, que había utilizado para transformar los restos del Círculo de Criptógrafos en un instrumento revolucionario, ahora la aplicaba al sótano. Empezaron a aparecer nombres y direcciones. Empezaron a aparecer instrucciones minuciosas. Blasco tenía algo concreto para mostrar a sus superiores y no ocultaba su alegría por sentir que él mismo había logrado una conversión, doblemente valiosa por cuanto la coerción había ocupado un lugar secundario.

Yo no sabía cómo convencer a Lemos de que hiciera las cosas con más lentitud y más torpeza. Yo no hablé, pero Crámer se animó:

—Están cazando en el zoológico, Ramiro. Hay que hacer todo más despacio, hay que darles tiempo a irse, a cambiar sus rutinas.

—Ya tuvieron tiempo suficiente.

—Algunos tardan más que otros en entender.

—Si no lo entendieron hasta ahora, no lo van a entender nunca.

—Si tardamos una hora, les damos una hora más para salvarse. Si tardamos un día, un día más.

Entonces Lemos —que siempre había sido su lugarteniente, su sombra— señaló las paredes de la oficina, señaló a los exiguos habitantes de esa oficina —ellos dos, Cimer, yo— y le explicó:

—Éste es nuestro barco ahora, Víctor, éstos son nuestros tripulantes. No está en nuestras manos salvar a los que no están en este barco. Lo que pasa afuera es otra realidad. No sabemos qué les pasó ni qué les está pasando, y ellos no saben nada de nosotros. Son mundos incomunicados. Estamos muertos para ellos y ellos están muertos para nosotros.

Y Crámer, que siempre había tenido una respuesta para todo, no supo qué decir. De haber tenido caramelos de eucalipto a su disposición, se hubiera llevado uno a la boca. Pero no tenía nada, ni caramelos ni respuestas. Volvió a su escritorio.

—Nos vendió a todos por algún privilegio —nos dijo después Cimer por lo bajo. Crámer le ordenó que se callara, que no dijera disparates. Tenía razón, porque fuera lo que fuera que movía a Lemos a actuar así, no buscaba ningún privilegio personal a cambio de su colaboración. No buscaba mejor comida, o ropa decente, o más abrigo, o la promesa de la libertad. No pidió, ni obtuvo, ninguna de estas cosas. Cuando aparecían resultados, trataba de adjudicárselos a otros, como si quisiera que mejorase la opinión de Blasco sobre nuestra colaboración.

Blasco no cesaba de acercarnos nuevos materiales. Había algo de infantil en la alegría que mostraba con cada nueva entrega, cuando venía a nosotros con cajas de cartón que acarreaban sus soldados. En las cajas había papeles y cintas grabadas. Ya contábamos con lupas, máquinas de escribir, grabadores, proyectores de diapositivas.

—Tengo que obtener nombres para poder mantener esta estructura sin bajas. Pero no es ese aspecto del trabajo lo que más me interesa.

Hacía entonces una pausa, para que supiéramos que lo que nos iba a decir era importante.

—Lo que quiero es hacer un tratado que agote el lenguaje del enemigo. Su gramática, su retórica, su repertorio de metáforas. Su odio a la religión, su lógica falsa, su imposición de falacias. Las leyes de la radiación. Repiten lo que decimos, pero entre signos de interrogación. Hablamos con mayúsculas, hablamos fuerte, estamos demasiado seguros de lo que decimos. Hablamos como si estuviéramos en un cuartel, no aprendimos nada de la sutileza, del rumor que se infiltra en las conciencias. Ellos hablan entre comillas, en bastardillas, ponen en duda. No sabemos preguntar, y sin embargo no hay ninguna palabra tan peligrosa como un signo de interrogación.

En los monólogos de Blasco, apenas interrumpidos por las pitadas a sus Particulares negros, que volvían aún más irrespirable el sótano irrespirable, aparecían de tanto en tanto informaciones sobre su pasado. Nada sobre su familia, porque era muy cuidadoso y jamás mencionaba a su esposa, si la tenía (dábamos por sentado que sí, ya que ningún oficial soltero hubiera llegado al grado de mayor) o a sus hipotéticos hijos (luego supe que no tenía hijos). Hablaba, en cambio, de su aprendizaje junto al padre Julio Miral, autor, según él, del más completo estudio sobre el lenguaje del comunismo.

Lo había conocido en 1967. Un compañero de armas le había acercado un libro de Miral, y apenas leyó las primeras páginas, Blasco se propuso conocer personalmente al autor. Empezó a asistir a sus cursos porque él mismo, a pesar de su juventud, se había dado cuenta de la importancia del lenguaje en la lucha con el enemigo. Había estado todo el tiempo pensando en el lenguaje y de pronto veía que otro, con más sabiduría, había llegado a las mismas conclusiones que él.

Miral había encontrado, nos decía Blasco, el núcleo mismo de la radiación. Debajo de los múltiples lenguajes y sublenguajes y jergas de los trotskistas y maoístas y estalinistas y populistas de izquierda y cristianos de la teología de la liberación y compañeros de ruta e idiotas útiles se escondía la forma única de un mismo mal, una retórica común, una misma manera de desacralizar el mundo y despojarlo de todo sentido trascendente.

Blasco llamaba «aprendizaje espiritual» a las horas que había pasado junto a Miral. El cura llegaba a las clases con un portafolio negro y gastado

donde siempre llevaba una Biblia de tapas azules de la que se caían las hojas. Nunca tenía necesidad de mirar apuntes, todo lo tenía en la cabeza, incluidas las citas. Blasco había llegado a ser amigo del sacerdote y habían conversado muchas veces, mientras lo acompañaba algunas cuerdas hasta la parada del colectivo.

—En el Ejército oí muchas veces hablar de Dios y de Patria como dos ideas que deben ir juntas. Pero sólo en los escritos y en las clases de Miral llegué a entender de qué estábamos hablando. Sin la fe en Dios, la idea de Nación es fanatismo y confusión. Sin la idea de Nación, la divinidad o bien es superstición, cuando falta la inteligencia, o bien abstracción, cuando la inteligencia sobra.

Había cumplido tres seminarios con Miral, dos en el año 67 y el último en el 68, en las instalaciones de un colegio del barrio de Monserrat. Los seminarios eran los sábados, cuando la escuela quedaba vacía de alumnos, y sólo se veía a un empleado de limpieza volcando aserrín en los largos pasillos, para barrerlo después con un escobillón. Miral, que venía de familia francesa, había acabado por execrar a Francia: «Toda la decadencia del catolicismo viene de los franceses, que nos enseñaron la debilidad, con Maritain a la cabeza. Francia, la católica Francia, nos enseñó a abominar de todas nuestras creencias. Cualquier gesto de debilidad lo confunden con transformación».

A veces Blasco venía con apuntes a mano que debíamos pasar a máquina, esas caóticas páginas formaban parte de su gran tratado. Nos esmerábamos en transcribir sus anotaciones sin errores y manteniendo su estilo que consistía en repeticiones de palabras y abundancia de mayúsculas: Orden, Libertad, Patria, Odio, Muerte. A modo de inspiración para lo que debía ser nuestra prosa nos alcanzó un opúsculo de Charles Maurras, *El orden y el desorden*. En la facultad habíamos aprendido la confusión, con la prosa de Maurras aprenderíamos la claridad. Cuando le entregábamos algunas páginas mecanografiadas se exaltaba:

—El padre Miral me enseñó a desjudeizar el pensamiento. Los nazis no entendían nada, exterminaban personas, cuando no es a los judíos como personas a los que hay que destruir, sino a la idea de lo judío. De qué sirve matar judíos si la idea de lo judío, con su voluntad de engaño y su

exaltación de la usura, domina el alma del mundo. El padre Miral me enseñó a desjudeizar mis propias ideas, a arrancarles la pátina del engaño, a borrar todo relativismo, a encontrar lo auténtico. Y lo auténtico no es lo que podemos enunciar: es aquello por lo que podemos jugar la vida.

Blasco también había tenido su «aprendizaje técnico» que correspondía a los meses en que había formado parte del grupo de oficiales encargados de redactar el trabajo «Escritura en campaña», un informe que llegó a todos los estamentos del ejército con el fin de unificar los métodos de escritura en medio de las operaciones militares. Era un libro de 200 páginas y no llevaba ninguna mención de autor. Blasco aseguraba que la mayoría de las ideas eran de él, y que era el único del equipo que se había puesto a escribir, porque los otros se aburrían. Los habían reclutado entre los primeros de su promoción, los más capacitados, pero igual consideraban que formar parte de esa comisión era un castigo. Sólo para Blasco era un honor. Los dejó a los otros ocuparse de los símbolos militares que debían marcarse en los mapas —tanques, soldados, cañones, cursos de agua, campamentos, arsenales— para que él pudiera ocuparse sin intromisiones de lo que llamaba «el espíritu detrás de la letra». Blasco nos repetía algunos de sus conceptos: *Para que la redacción de los distintos documentos sea correcta, deberá transmitirse exactamente el significado de lo que se desea expresar, evitando confusiones o interpretaciones por parte del destinatario.*

Había trabajado durante cuatro meses de 1970 en el proyecto, que incluía, además de las instrucciones para escribir y clasificar documentos, un apartado con abreviaturas y otro con los símbolos para utilizar en los planos. El mayor había traído varios ejemplares al sótano de Alem y nos obligaba a leerlo para que nuestros informes fueran más claros y precisos.

A veces él mismo nos leía instrucciones en voz alta: *La concisión se basará en una síntesis apropiada. Cuanto más breve sea el trabajo, menores serán las posibilidades de error, pero a su vez podrá afectar la claridad. Ésta nunca se deberá sacrificar en beneficio de la concisión.*

Cuando conversaba con Lemos, Blasco hablaba con su voz estridente, que resonaba en las paredes del sótano, mientras Lemos apenas susurraba.

Era como escuchar a alguien que conversa con otro por teléfono. Porque Lemos, que antes, en los tiempos del Círculo de Criptógrafos, había hablado siempre en voz alta, aprovechando su voz grave y poderosa, ahora había sido completamente ganado por el murmullo, por el secreto, que antes habían sido las artes de Crámer.

Blasco se enredaba con Lemos en largas conversaciones. A veces se burlaba del pasado de Lemos —porque ya no quedaban dudas de que todo aquello había sido su pasado, que ahora estaba transformado en un hombre nuevo—, pero otras trataba de buscar puntos en común, y los encontraba sobre todo en el nacionalismo. A veces le ponía una mano en el hombro:

—Todos somos discípulos, directos o indirectos, del padre Miral. Yo aprendí con sus libros a desarmar la retórica comunista, a ver en su mismo idioma la gramática de la disolución. Aprendí con él a reconocer el sistema de pensamiento judeo-marxista allí donde lo encuentro, y a luchar contra la idea del Imperio Judío Universal que tiene como capital Jerusalén. Y ustedes salieron de Tacuara, que salió de las enseñanzas de Miral, aunque él no lo quiso reconocer. Desgraciadamente, de ustedes se ocupan los marinos, que son todos masones, y odian a los católicos. A nosotros nos tocan los trotskistas, unos alucinados que creen que están en la guerra de Vietnam, y que son almas perdidas que no tienen salvación. En cambio, entre ustedes y nosotros podríamos habernos entendido, porque a pesar de todo conservamos en el fondo esas dos ideas, Dios y Nación. Pero hay una gran diferencia, y es la reverencia que sienten ustedes por el conocimiento. Esto es lo que los ha desviado. El marxismo los ha convencido de que pueden entender el mundo, y el mundo no puede ser comprendido.

»El padre Miral creía que todo es lucha entre católicos y gnósticos. Los gnósticos, que descreen de la importancia de la fe y sólo confían en el conocimiento, son los fanáticos que sirven sin saberlo al poder judío mundial. Yo soy católico y ustedes gnósticos, y aun cuando crean hacer el bien estarán siempre en el error. El problema con ustedes no es la violencia, porque la violencia siempre es necesaria. El problema es que creen que la verdad la van a alcanzar al final, cuando la verdad debe estar desde el principio. El Vaticano simula preocuparse por los libertinos, pero en sus reuniones secretas los sacerdotes máximos saben que el problema del

mundo no es el amor libre ni los divorciados ni los anticlericales ni los maricones, sino los ascetas furiosos como ustedes dispuestos a hacerse sacrificar por un mundo más puro.

OceanofPDF.com

El orden de los materiales

En el sótano se acumulaban manuales de historia, libros de matemática, filmaciones, cartas, telegramas, diapositivas, libros de poemas, postales, folletos, tarjetas de visita, recetarios médicos, desgrabaciones de clases de la facultad, revistas de historietas. Los papeles llenaban cajas de cartón, las cajas de cartón bloqueaban el paso entre los escritorios. También había fotos de casas, de ventanas de edificios y de balcones, marcadas por diversas señales: un pañuelo atado a los barrotes de una ventana, una maceta volcada en un balcón, una sábana azul. Las señales advertían que la casa o el departamento había sido marcado por los grupos de tareas del ejército, de la marina o por la policía.

En varias carpetas grandes, como las que usan los empleados administrativos, guardábamos cientos de recortes de periódicos, a veces de revistas de izquierda, y otras de diarios o revistas de tirada nacional. También había boletines de publicaciones sindicales. Encontré las feroces circulares del sindicato de prensa que redactaba Eleonora, felizmente sin firma. Estábamos atentos a los nombres que se repetían en más de un sitio. A través de ciertos giros estilísticos, debíamos tratar de identificar a los autores que firmaban con seudónimo.

—El estilo es el hombre —decía Blasco. En vano yo trataba de convencerlo de que el estilo es la época, y que no había modo de averiguar quiénes eran los autores de diatribas y panfletos.

A Blasco se le había ocurrido por ese entonces que los avisos de agradecimiento a los santos que aparecían publicados en las últimas páginas de *Clarín* y *La Nación* escondían mensajes secretos de los grupos guerrilleros.

—Están tan perdidos —decía Blasco— que no tienen otro modo de comunicarse. De paso rezan, que no les viene mal.

También sospechaba de la página de necrológicas. Se ocupaba de corroborar personalmente que los entierros que anunciaban los avisos

fúnebres realmente hubieran ocurrido. Llamaba a Recoleta, a la Chacarita, al cementerio judío de La Tablada.

—Si pudiera instalarles un teléfono para que ustedes mismos hicieran esa tarea, mi trabajo sería más liviano. Pero me daría mucho pesar tener que entregárselos a los muchachos de la Marina sólo porque marcaron un número equivocado.

Los panfletos de las agrupaciones sindicales y políticas llegaban de a cientos, y había que separar los auténticos de las falsificaciones. Algunos los hacían imprimir los servicios de inteligencia, o las agrupaciones sindicales rivales con el fin de influir en otros o confundirlos.

Algunos libros estaban manchados de tizne y tenían el olor ácido de las cosas quemadas. Me imaginaba que sus dueños habían sido sorprendidos en el momento de quemarlos en alguna fogata en el jardín o en las hornallas de la cocina. A veces Blasco nos proponía averiguar de qué libro se trataba, dándonos sólo una página quemada de la que habían sobrevivido unos pocos párrafos. Esto lo hacía, según nos decía, para mantener nuestras mentes activas. Otros libros, periódicos y cuadernos tenían restos de tierra. Las babosas de jardín, al pasar por la tapa de los libros, la carcomían como si se tratara de ácido. Los bordes comidos por la humedad y los insectos y la tierra que encontrábamos entre sus páginas daban la impresión de que se trataba de ejemplares que provenían de una civilización extinguida.

A veces Blasco nos ordenaba que dejáramos los papeles de lado y nos concentráramos en grabaciones de conversaciones telefónicas que teníamos que escuchar una y otra vez. Los grabadores que nos daba parecían venir de alguna dependencia oficial, eran grandes, grises y tenían unas etiquetas con un código formado por letras y números. Las voces que escuchábamos en las grabaciones hablaban, aparentemente, de banalidades, pero en algún momento un instante de extrañeza, una aparente distracción, una frase o una palabra incongruente, un casi imperceptible cambio de tono, que justificaban la sospecha que sobre esas voces había caído. Yo trataba de encontrar en esas voces amenazadas —que ya eran tal vez voces de muertos— alguna noticia del mundo. Blasco parecía entrar en éxtasis con estas conversaciones, pero lo que más le interesaba no era la posibilidad de que hubiera un mensaje secreto, sino las banalidades de toda conversación.

Pasaba horas escuchando peleas familiares, los comentarios de dos amigas sobre alguna *boutique* que acababa de abrir o sobre un nuevo vecino, las bromas entre dos compañeros de un periódico. Cuanto más lejanos los diálogos de algún posible contenido oculto, mayor era su interés. Pero sobre todo le interesaban las conversaciones entre esposos, como si el matrimonio fuera un enigma que esperaba de él una respuesta. Cimer me decía:

—Tiene su propio teleteatro.

Y mientras escuchaba una grabación, que ponía a todo volumen, daba grandes pasos por el sótano, exaltado por confidencias, discusiones, por el miedo o la fugaz y eventual alegría de alguna conversación. Se ponía de parte de uno o de otro, respondía, corregía, discutía, como si aquellos invisibles confidentes le hablaran a él. A veces las frases le contagiaban también una imprevista melancolía, y pasaba de la exaltación al silencio.

En los días más fríos del invierno, la humedad nos llegaba hasta los huesos. Escribíamos con unas frazadas raídas sobre los hombros. No teníamos ni una sola estufa, y contábamos apenas con un par de pulóveres agujereados y unos pantalones de gimnasia de frisa. Yo sentía frío en las manos, cuando las sacaba de la frazada para escribir con el lápiz o a máquina las manos se me endurecían, y comencé a sentir un dolor reumático que continuó aun fuera de aquel sótano.

Cuando nos veía temblando, Blasco, que jamás estaba abrigado, se reía de nosotros.

«Si trabajaran más, no tendrían frío. Además el frío ayuda al pensar. Todas las culturas nacidas en el frío prosperaron. Cuanto más frío, mejor trabajan las cabezas. Comparen Suecia con Uganda, Canadá con Haití».

También debíamos analizar los comunicados de las organizaciones guerrilleras, escritos siempre en un lenguaje áspero, técnico, marcial. A veces Blasco aprobaba ese lenguaje:

—Habría que contratar a estos cretinos para que redactaran nuestros discursos, nuestras propias órdenes. Ojalá pudiéramos escribir así, amenazados por la muerte, y sin demostrar ninguna emoción. Admirable frialdad.

Casi nunca hablábamos con Cimer, Lemos y Crámer de las consecuencias de nuestro trabajo. Con el correr de los días el mundo de afuera se fue haciendo más irreal, y eso ayudaba a que siguiéramos trabajando, sobreviviendo, sin pensar en los que caían allá afuera, allá arriba. De tanto en tanto, a través del descuido de nuestros guardianes, podíamos encontrar información sobre el mundo real y al conversar llenábamos con conjeturas los vacíos. Nos llegaban recortes, pero nunca diarios o revistas enteras —salvo las revistas de los grupos de izquierda, de las que rara vez podía extraerse alguna información sobre el mundo real: eran una serie ilimitada de consignas y obituarios—. Era en el dorso de las páginas que debíamos revisar donde aparecían fragmentos de noticias, que comentábamos con interés; un partido de fútbol, un descubrimiento científico, un estreno teatral. Con emoción encontré una vez, detrás de una solicitada firmada por el colegio de farmacéuticos, una noticia casi entera sobre la caída de un meteorito en la Unión Soviética, cerca de la frontera con Mongolia. De noche, temblando, y mientras el zumbido de mis oídos se hacía más fuerte, como ocurría cuando me acostaba, imaginaba la bola de fuego que se abría paso entre nubes oscuras para estrellarse en el desierto, haciendo un enorme cráter y lanzando al aire una nube de polvo. Mi zumbido dejaba de estar vacío: era el ruido que hacía el meteorito al acercarse a la Tierra. Me sentía dueño de esa noticia, como si el prodigio hubiera ocurrido sólo para mí.

Una tarde Blasco olvidó, o simuló olvidar, un diario entero que escondí entre mis papeles. Durante semanas leí cada una de las páginas sin saltarme los avisos clasificados, las noticias insignificantes, las páginas de deportes que jamás me habían interesado. Me convertí en un experto en ese día en particular. El diario pasó de mano en mano y a la noche jugábamos a responder preguntas: por cuántos goles había ganado Chacarita, cómo se llamaba el policía ejecutado en Núñez, cuánto costaba el nuevo modelo de Ford, cuál había sido la temperatura mínima en Ushuaia. El ministro de economía de un país africano, las víctimas de las páginas de policiales, el galán de la nueva telenovela, los jugadores de fútbol de la selección: todos eran los habitantes de un planeta secreto cuya ajada y amarillenta enciclopedia conocíamos a la perfección.

Blasco dejó en mi escritorio una serie de fotos de una casa de Colegiales. Era una casa con los postigos pintados de verde y un pequeño balcón con dos macetas: un cactus y un malvón. Bastaba con dar una mirada a las fotos para ver en las macetas una señal de alerta: en algunas fotos las macetas estaban juntas del lado izquierdo, en otras del derecho. Blasco me ordenó que analizara la correspondencia destinada a esa dirección. Una postal de Bariloche, cartas anodinas de tías viejas. Hubo una carta que comenzaba comentando el alquiler de una casa de vacaciones en Córdoba. Luego decía:

La casa que alquilamos está muy bien, toda enmarcada por los altos eucaliptos. Pancho estuvo de mal humor, se cayó y se lastimó la frente. El grupo de amigos de Sergio son los mismos siete de siempre. Cuando abrí la heladera habían acabado con todo.

Sabía que había algo raro en la carta, algo antinatural. Ninguna frase era completamente inverosímil, pero todas juntas provocaban un efecto de extrañeza. Demasiada información, pensé. La gente cuando escribe no informa todo el tiempo, sino que da vueltas, vacila, repite. Le importa más su preciso mundo interior que los hechos, nebulosos y ajenos. Aquí se pasaba de una cosa a la otra.

Como ocurría siempre, traté de demorar todo lo posible la respuesta, pero Blasco me presionó para que la resolviera cuanto antes. Había estado todo un día encerrado en el pequeño cuarto del fondo y no quería volver allí. En un par de horas me di cuenta del sistema: las palabras que se debían marcar estaban separadas por otras palabras. Pero el número de estas palabras de relleno era cambiante y respetaba un orden aritmético. Entre una y otra había dos, luego tres, luego cuatro palabras, así hasta el final:

La **casa** que alquilamos **está** muy bien, toda **enmarcada** por los altos eucaliptos. **Pancho** estuvo de mal humor, se **cayó** y se lastimó la frente. El **grupo** de amigos de Sergio son los

mismos **siete** de siempre. Cuando abrí la heladera habían **acabado** con todo.

Pasé en limpio el mensaje:

Casa enmarcada (es decir, marcada). *Pancho cayó*. *Grupo siete acabado*.

Le pasé el papel a Blasco.

—Muy bien, 148 —dijo—. Coincide con lo que sabíamos.

Algunos materiales exigían una interpretación esotérica, había que arrancar un sentido escondido en los pliegues de las letras. Sustituíamos letras y palabras, o extraíamos algunas palabras de algún contexto mayor. Pero los materiales que tenían una circulación pública —manuales de escuela, libros en general, discursos, panfletos, inclusive historietas— pedían una interpretación alegórica. Había que llevar aquellos mismos términos a un plano más general de interpretación y desenmascarar el materialismo marxista cifrado en la vida de nuestros próceres, en la crítica o exaltación de las vanguardias estéticas, en poemas abstrusos o en la teoría de conjuntos.

Blasco insistía mucho con las historietas. Traía revistas para que las revisáramos en busca de algo que resultara raro, fuera de lugar. No le interesaban las historietas gauchescas, las de *cowboys* ni las de aventuras en tiempos de hititas y sumerios: perseguía los mensajes escondidos detrás de naves espaciales e invasiones extraterrestres. Cuanto más estrafalario fuera el tema, nos decía, más fácil era contrabandear información.

—Estén atentos a los platos voladores. No vienen de Marte: vienen de Cuba.

Al principio trajo recortes de una tira que salía en la última página de *Clarín*: «El regreso de Osiris». Contaba el encuentro de unos astronautas con una raza extraterrestre de aspecto humano pero capaz de vivir mil años. La mitología egipcia no era otra cosa que el recuerdo del anterior viaje de los antiguos urlanitas a la Tierra. Ahora Osiris —descendiente de aquel Osiris que había sido considerado como un dios por los egipcios—

regresaba con la misión de salvar a la Tierra de los experimentos atómicos y a la vez de los malvados habitantes del Imperio de Gahum, los «hombres sin sangre». De vez en cuando aparecían unos extraños signos que representaban el lenguaje de Urln. Estos signos desvelaban a Blasco, hasta que le señalé que en una de las primeras tiras estaba el código que permitía traducir los mensajes. Entonces el asunto dejó de interesarle. Como Maldany, Blasco se daba cuenta de que descifrar es decepcionarse.

Después consiguió un buen número de tiras publicadas en el diario *Noticias*, que había sido clausurado dos años antes por una orden del Poder Ejecutivo. La historieta se llamaba «La guerra de los antartes», los guiones los firmaba un tal Francisco G. Vázquez; los dibujos, G. Trigo. En sus cuadritos se mostraba una Argentina futura en la que la revolución había triunfado. El gobierno estaba formado por consejeros populares, que habían intervenido en la revolución, y que respondían a su vez a un líder. Pero la felicidad revolucionaria no duraba mucho: una invasión extraterrestre invadía el país, empezando por la Antártida —de ahí el nombre que recibían los extraterrestres—. Todo aquel que oponía alguna resistencia era aniquilado. La invasión no abarcaba todo el mundo: las grandes potencias, ante la amenaza externa, habían entregado al enemigo los países del Tercer Mundo.

Blasco miraba los dibujos y suspiraba:

—Ni siquiera pueden imaginar a pleno su utopía. Apenas triunfan, desde los confines del espacio llegan naves espaciales para matarlos a todos. Fíjese que los invasores siguen el esquema de Pinochet: liquidan primero selectivamente a aquellos que pueden poner alguna resistencia, líderes sindicales o sociales, intelectuales de peso. Esta historia es del año 74 y ya hablaba de la catástrofe inevitable. En los panfletos proclaman la victoria pero cuando sueñan, sueñan la derrota.

Otras de las obsesiones de Blasco eran los avisos clasificados. Nos pasaba hojas cortadas de *Clarín* con avisos de venta de autos o inmuebles. Teníamos que leer miles de avisos en letra diminuta y descifrar alguna anomalía, algún aviso que se repitiera de un modo poco natural, y a partir de los cuales pudiera trazarse un patrón. Justamente porque era el método en el que menos creíamos, poníamos ahí todas nuestras fuerzas, esperando

que la mera curiosidad trazara sobre aquellos departamentos, autos, tractores, campos, máquinas de escribir, mucamas por horas, un patrón aleatorio que llevara a un camino clausurado.

Llegué a encontrar, después de días de arruinarme la vista, un Fiat Spider que se ofrecía a la venta con extraña insistencia y cuyo teléfono no correspondía a ningún número real. El hallazgo entusiasmó a Blasco, porque uno de los jefes del grupo sur recibía el apodo de «la araña». Al final se comprobó que el coche era real, aunque había una errata en el número de teléfono. Crámer encontró, en el rubro «anticuarios», una serie de avisos que ofrecían un juego de té de loza inglesa, pero cuando Blasco mandó a uno de sus esbirros, descubrió que lejos de tratarse de un mensaje cifrado, era una anciana dama de una familia patricia que ponía de vez en cuando sus cosas en venta para arrepentirse de inmediato.

En el sótano de Alem todos nos íbamos transformando, excepto Crámer. Mientras Lemos, Cimer y yo cambiábamos día a día, erosionados por el encierro y el burocrático ejercicio de la delación, Crámer se desprendía de todo lo que en él era circunstancial, para alcanzar una forma más verdadera. La palidez espectral y las barbas crecidas, que a nosotros nos convertían en algo así como compañeros de Edmundo Dantes en su cautiverio en la isla de If, a él le daban un aire de concentración, de perfección moral que venía bien con su personalidad. Había actuado siempre como un prisionero, como alguien que cuidaba cada una de sus palabras y movimientos, y ahora era un prisionero de verdad.

Nosotros sufríamos el torcimiento o desvío de nuestro destino; él, su cumplimiento. Y mientras nosotros parecíamos explorar todas las variantes de la derrota, él se mantenía con un gesto distante, como si todo aquello que vivíamos, en lugar de ser un fracaso absoluto, fuera la confirmación de una remota teoría sostenida desde su juventud. Si extrañaba sus caramelos de goma con sabor a eucalipto, nunca lo dijo.

A veces discutíamos en voz baja. Lo hacíamos sobre todo de noche. Cuidábamos las palabras, por la posibilidad de que hubiera micrófonos. Crámer, que había tenido más experiencia que nosotros en el desciframiento

de mensajes reales durante los meses pasados en Cuba, insistía en que muchos de los mensajes que nos pasaban eran falsos. Se trataba, nos decía, de listas de números y letras destinados sólo a verificar nuestra fidelidad a la causa. Nuestra verdadera misión consistía en la interpretación alegórica y en cumplir con las ambiciones intelectuales de Blasco, por lo que nuestra acción era en gran parte inocua.

No estamos condenando a nadie, nos decía siempre. Todo es un engaño, pero no debemos revelar que sabemos que es un engaño. No le creí entonces y no le creo ahora, pero a veces fantaseaba yo también con que nada era real, con que todo no era más que un experimento subterráneo, un juego en el que nadie saldría lastimado.

A veces Crámer me preguntaba por la amistad entre Colina Ross y Maldany. En otras circunstancias yo hubiera evitado toda respuesta, pero ahí abajo ya no tenía sentido mantener la confidencialidad. No sabía si alguno iba a salir vivo del sótano. Y era un placer jugar a reconstruir, en la noche, alguna parcela del mundo. Entonces le hablaba de Maldany, de Colina y de Marilú, y de *La fuente del sapo*, y sentía que por un momento escapaba del sótano. Crámer era un experto en el trabajo de Maldany, y me explicaba con asombrosa precisión su método para descifrar aquellos signos. A veces garabateaba de memoria las tablillas cretenses y mezclaba la hoja entre mis papeles. Pero de la vida personal de Maldany no sabía nada. Ni tampoco le interesaba. Siempre se había movido en una gélida escenografía de abstracciones.

—Si Colina Ross conserva tantos papeles de Maldany —me preguntó una vez—, ¿por qué no los publica?

—No sé. Le traen malos recuerdos. Fueron los años en los que su esposa enfermó y murió.

—¿No tuvieron hijos?

—No —mentí.

—Pero hay un momento en que el dolor se termina.

—A Colina nunca le interesó publicar. El único libro que escribió, lo hizo porque necesitaba el dinero.

—Pero éste no sería su libro. Sería el libro de Maldany. Colina Ross no tiene derecho a adueñarse de esos papeles que no le corresponden.

Me pareció increíble que ahí, en el sótano, donde toda justicia era negada, Crámer pudiera indignarse por el destino de unos papeles. Pensé que hay algo en nosotros que siempre atrasa, algo que permanece atado a una fase anterior de nuestra vida.

Así conversábamos de hechos lejanos, porque del presente sabíamos poco y nada. Salvo aquel diario que pude conservar, no teníamos otros a nuestro alcance, como para seguir esas noticias que de todos modos no salían en los diarios. Pero en nuestros escritorios se acumulaba, fragmentada, triturada, dispersa, a veces en grabaciones telefónicas, otras veces en boletines de prensa clandestinos, la verdadera información. Y si conectábamos un dato con otro veíamos que de aquellas vanguardias triunfantes, tan convencidos de haberse infiltrado en todas partes, aun en la policía y en la Iglesia y en el Ejército, ahora no quedaban más que batallones perdidos, sin conexión unos con otros, y cuyos mensajes, destinados en su mayoría a grupos ya exterminados, eran interceptados de inmediato. Los que habían renunciado a salir del país, permanecían escondidos, sin levantar la cabeza. Muchos se inventaban identidades falsas, y alquilaban casas en las afueras de pequeñas ciudades del interior, pensando que eso era más seguro que las grandes ciudades. Pero de inmediato los reconocían como recién llegados, ajenos, misteriosos. Hablaban del pueblo, pero no lograban mezclarse con el pueblo. Esperaban órdenes de un comité central cuyos sobrevivientes, si los había, ya estaban fuera del país. Todo el mundo esperaba órdenes, pero los que podían dar las órdenes eran fugitivos, o trabajaban para el enemigo o estaban muertos. A veces confiaban en un cambio de perspectiva, un plan secreto, sorpresivo, que revelaría que lo que había parecido una derrota no era más que una retirada estratégica. La dialéctica les enseñaba que siempre se podía esperar lo inesperado.

Sin anotar nada íbamos armando la vasta maqueta de la derrota. Nos íbamos enterando de los verdaderos alcances de la organización a medida que la organización se desmoronaba. Éramos una agencia de noticias especializada en malas noticias, éramos la agencia de noticias de los muertos.

N23

Como si el mismo mecanismo que nos había atrapado necesitara siempre un hombre en la cuerda floja —para advertirnos que todos seguíamos en peligro de muerte y a la vez para alentarnos con la esperanza de que no seríamos los primeros de la lista— muy pronto Cimer reemplazó a Lemos. Las consecuencias de nuestros actos ocuparon toda la mente del matemático, que empezó a entregar informes desvaídos, tan confusos que hubieran necesitado un intérprete, tan falsos que era un milagro que Blasco todavía no hubiera tomado la decisión de ordenar su traslado. La teoría de Crámer, que afirmaba que todo era una prueba con un misterioso fin ulterior, era corregida por la teoría de Cimer, para quien cada uno de nuestros movimientos tenía consecuencias en el mundo real.

Blasco notó de inmediato la caída de Cimer. Pasaba junto a su escritorio, le daba una leída a sus informes, los rompía y los dejaba de nuevo en el escritorio. Cimer no levantaba los ojos.

Apenas Blasco se alejaba de su escritorio, Cimer volvía a sus operaciones aritméticas. No hablaba con nosotros, no decía a nadie qué era lo que estaba contando, qué representaba ese número que anotaba, corregía, volvía a anotar. Lo tenía siempre allí, en su escritorio, como objeto de constantes ajustes. Procesaba toda la fragmentaria información de la que disponíamos, y cuanto mayor era ese número, mayor el poder que ejercía sobre él. Era ya para ese entonces un número tan grande, que Cimer lo miraba con incredulidad, preguntándose si acaso no exageraba, si todos sus cálculos no habían estado completamente errados desde el principio.

Una mañana Blasco le encargó a Cimer la resolución de un mensaje cifrado que había aparecido en un telegrama. Cimer ni siquiera miró el papel. Lo saqué de su escritorio para intentar resolverlo, ya me había acostumbrado a imitar su letra. Anoté en una esquina N23. Pero Blasco volvió a entrar, fue directo a mi escritorio, me pegó con el puño en la nuca, tomó el papel y lo devolvió al escritorio de Cimer. Contra lo que era su

costumbre, se quedó en silencio, observándonos. Lemos trató de hablar con él pero lo hizo callar con un gesto. En un momento Cimer tomó el papel e hizo alguna anotación en el margen, pero luego volvió a sus cálculos.

Al cabo de las dos horas, Blasco se acercó al escritorio de Cimer y miró los resultados. No dijo una sola palabra, ni siquiera lo recriminó. Sólo se guardó el papel en el bolsillo y se fue. Pero al día siguiente llegó acompañado de dos hombres muy parecidos, pelo un poco largo, anteojos negros, *jeans* y zapatillas Adidas (los verdaderos, invisibles guardianes), y les ordenó que se lo llevaran.

Lemos se paró frente a él, con las palmas de las manos abiertas, como intentando una súplica para la que no encontraba las palabras.

—Tarde para reclamos —dijo Blasco.

A los dos días ya estábamos acostumbrados a la ausencia de Cimer. Si hubiera una fábrica de recuerdos, donde se hicieran recuerdos a pedido, compraría uno en el que nos desvelábamos por Cimer, y preguntamos por él, aun a riesgo de nuestra vida. Me apena pensar que la preocupación por Cimer duró poco y nada. Mientras pudimos protegimos a Cimer, e imitamos su letra y firmamos sus informes con el N23, pero una vez que se lo llevaron dejamos que Cimer se apagara del todo. Era como si nuestro reducido espacio derivara en una reducción del tiempo, como si esa celda temporal nos impidiera pensar en algo que no fuera el día anterior y el día siguiente. Ni siquiera cuando estábamos solos lo mencionábamos. Cimer quedó completamente borrado. Fuera cual fuere el número que había encontrado, había acabado por sumar uno más.

Un mensaje secreto

Los días que siguieron a la partida de Cimer fueron los más oscuros. Casi dejamos de hablar entre nosotros, temerosos de correr su misma suerte. Impulsados por el miedo, trabajamos con más fervor que en los días anteriores. Nos esforzamos en mostrar resultados de cualquier naturaleza, en llenar páginas con interpretaciones de manuales de Historia, de cartas, de artículos de periódicos, de avisos clasificados. Colina Ross decía que la falta de dinero era la décima musa. En el sótano de Alem aprendí que la undécima era la muerte.

Con el paso de los días noté que el ingreso de materiales empezaba a mermar. La derrota era completa, los que no se habían ido estaban muertos, ya no quedaban casas por saquear. Teníamos que fingir que siempre había trabajo pendiente, porque temíamos el momento en que ya no le sirviéramos a Blasco para nada.

Como había disminuido el material, aprovechábamos entonces para alimentar con páginas y páginas el gran tratado de Blasco —La lengua de la radiación— del que a veces hablaba con pasión y otras veces con desconsuelo:

—Tengo talento de artista: un día me dejo arrebatar por mis sueños, y al día siguiente caigo en el vacío.

Escribíamos capítulos sueltos, que Blasco mezclaba, cortaba, pegaba. Analizábamos comunicados de grupos guerrilleros. Artículos de revistas de izquierda. Reuníamos metáforas que se repetían. Un capítulo entero dedicado a las consignas que se habían repetido durante los últimos siete u ocho años: Patria o colonia, Liberación o dependencia, Revolución o muerte, Liberación o muerte, Patria o muerte. O, o, o, o. A Blasco le interesaban especialmente los escritos de los grupos vinculados a la Teología de la Liberación.

—A estos curas todo les da lo mismo: Jesucristo, Marx o el Che Guevara. Lo que importa es seguir a alguien que tenga barba.

Una tarde Blasco le avisó a Lemos que la semana siguiente debería acompañarlo fuera del sótano, porque necesitaba una colaboración «*in situ*». Después de lo que había pasado con Cimer, temimos por Lemos. Había colaborado con Blasco con un entusiasmo excesivo, pero tal vez Blasco recordaba su desvaída labor de los primeros tiempos y estaba dispuesto a castigar aquella lejana falta. O le había llegado la orden de comenzar a eliminarnos uno por uno. Cualquier cosa podía suceder. Lemos, sin embargo, no estaba preocupado. No parecía temer ni sentir nada en absoluto.

La mañana de su salida recibió una maquinita de afeitar con su correspondiente gilette y una tijera y la orden de bañarse, afeitarse y cortarse el pelo. Después de meses de verlo con barba, la cara limpia lo devolvía a la juventud. Recibió también algo de ropa decente. Blasco lo vino a buscar cerca del mediodía. Lemos salió sin que su cara revelara ninguna clase de entusiasmo por la posibilidad de salir al mundo exterior por unas horas.

Volvió de noche, cuando ya estábamos acostados. Le preguntamos dónde había ido, pero sólo dijo «Por ahí» y se quedó dormido. Más tarde diría que después de tanto encierro, el aire libre lo había agotado.

Cuando, en los días siguientes, esas salidas se repitieron, Lemos fue perdiendo su palidez. Volvía de buen humor. Yo estaba muy ansioso por recibir cualquier noticia del mundo exterior. Todo me interesaba: alguna novedad en la moda de las mujeres, las noticias de tapa de los diarios, algún bar que acababa de abrir u otro que había cerrado. Encerrado en un mundo masculino, me parecía milagroso que describiera a cualquier mujer: una maestra que salía de una escuela, con trabajos de sus alumnos; una chica que atendía un bar y se olvidaba de todo; una mujer a la que se le había corrido el maquillaje a causa de las lágrimas. Lemos se había convertido en nuestro Marco Polo.

Crámer era mucho más selectivo que yo en el uso de la curiosidad. Quería saber qué marcas habían dejado tantas caídas. ¿Había algo en los

diarios? ¿Algo escrito en las paredes? ¿En las conversaciones casuales? ¿En las miradas? ¿En el aire? A todas sus preguntas, Lemos respondía: Nada.

Lemos consideraba que esas visitas anticipaban nuestra salida. Cada vez más cerca, nos decía, y nos mostraba sus manos, que ya no estaban tan pálidas. Las exhibía como si se tratara de extraños animales atrapados en la selva y de los que estaba orgulloso. Sus manos un poco morenas frente a nuestras manos amarillas, grises.

—De ahora en más, si llego a sobrevivir, voy a caminar siempre del lado del sol, aunque sea verano y haga cuarenta grados.

A veces traía de sus excursiones caramelos de eucalipto para Crámer, comprados, imaginábamos, con dinero que le había dado Blasco.

Cuando el mayor entraba le decía «Mi amigo» y le daba un golpe suave en la nuca, una versión cariñosa de los golpes que en el pasado lo habían aturdido.

Una mañana de septiembre del 77, Lemos vino hacia mi escritorio y se quedó a mis espaldas, observando mi trabajo. Yo había empezado a comportarme con Lemos como con el mayor; y si se ponía a leer mi trabajo a mis espaldas, me limitaba a quedarme quieto y transpirar. Pero esa vez, como la escena ya duraba demasiado, di vuelta la cabeza, y lo vi dubitativo, con un papel en las manos, como si no se animara a entregarlo.

—Esto es importante. Dejé todo lo demás. Lo quieren urgente.

Miré el papel. Alguien había escrito con lápiz:

QLYRMOPQEDHLRMZOCDCBJUNLUOFQ

Lo leí una y otra vez; había en la sucesión de letras un elemento vagamente familiar. Sabía que en alguna parte había visto ese mensaje. Lo primero que pensé fue en los ejercicios que nos daba Colina Ross, y que Tarrés resolvía con tanta rapidez. Pero el mensaje susurraba otra cosa, no la serenidad que

daban los ejercicios, desprovistos, como crucigramas, de todo matiz emocional. Había algo que me inquietaba.

—¿Nada más? —pregunté.

—Nada más. Yo probé. Crámer probó. Quedás vos.

—¿Qué es?

—No sé. Pero Blasco insiste.

—¿De dónde lo sacaron?

—¿Cómo voy a saberlo? Son cosas que aparecen.

—¿Es un nombre?

—Puede ser un nombre. Puede ser cualquier cosa.

Era demasiado largo para ser un nombre, pero era lógico pensar que si alguien cifraba un nombre, agregaría alguna palabra de más para que el número de letras no diera ninguna pista sobre su significado.

Fue después de trabajar unas horas con el papel, buscando repeticiones, cuando de pronto me acordé de Barnes. Estaba seguro de que era el mensaje que me había pasado Barnes, cuando entró, delgado y espectral, en el bar de Boedo. Aquella vez yo había guardado el papel entre las páginas de *Vidas imaginarias* y no había intentado descifrar un solo signo. Ahora el mensaje volvía a mí, como vuelven las cosas en las pesadillas.

Me cuidé muy bien de decirle a Lemos que aquel mensaje alguna vez le había estado destinado a Crámer. Estudié las letras. La mayoría de los mensajes eran obra de aficionados y estaban escritos en una clave única, y entonces eran fáciles de resolver, aun cuando eliminaban los espacios en blanco entre las palabras. La frecuencia con que aparecía una letra seguía siendo el mejor camino para comenzar a descifrar un texto. Pero bastaba una mirada para que me diera cuenta de que no era un mensaje de sustitución simple.

Busqué repeticiones. Las repeticiones siempre son la punta de la madeja para descifrar mensajes. No pude avanzar.

Cuando Blasco se acercó a pedirme la solución, noté un vago temblor de ansiedad en sus manos.

—¿Lo resolvió, 148?

—No, hasta ahora me resultó imposible.

—No conozco el significado de la palabra «imposible».

—Si tuviera un texto mayor...

—No hay nada más. Es todo lo que tenemos. Quiero oír su opinión.

—Es seguro, por la variedad de letras, que está escrito con una clave cambiante. La primera vez que aparece una A es cambiada, por ejemplo, por una F; la segunda por una Z.

—¿Y qué es eso que anotó ahí?

Blasco sacó de entre mis apuntes un diagrama que los criptógrafos conocen como cuadro de Vigenère.

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A
C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B
D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C
E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D
F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E
G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F
H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G
I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H
J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I
K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J
L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K
M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L
N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M
O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N
P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O
Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P
R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q
S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R
T	U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S
U	V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T
V	W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U
W	X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V
X	Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W
Y	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X
Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y
A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z

—Es uno de los sistemas de cifrado más comunes —le dije.

Había muchos sistemas de cifrado posible. Pero yo sabía que ese mensaje lo había cifrado Barnes, y que él admiraba sobre todos los demás el

sistema de Vigenère. Encontraba en el cuadro economía y elegancia.

—¿Cómo funciona? —quiso saber Blasco.

—Supongamos que nuestro abecedario se redujera sólo a cinco letras: ABCDE. Cada letra en un mensaje cifrado podría ser reemplazada por sí misma y por las otras cuatro. Esto se reflejaría en un cuadro así.

A B C D E

B C D E A

C D E A B

D E A B C

E A B C D

A B C D E

—Imagine que quiero transmitir la palabra BECA. De antemano acordé con el receptor del mensaje una palabra clave. Por ejemplo: DEA. Esta palabra me indicará qué línea horizontal debo elegir para cifrar cada una de las letras. Para cifrar BECA me fijaré primero que letra corresponde a B en la línea de la D, luego buscaré la E en la línea de la E, la C en la línea de la A, y finalmente la A en la línea de la D, ya que la palabra clave se vuelve a utilizar una y otra vez.

Blasco tomó un lápiz e hizo unas anotaciones.

—El resultado de cifrar BECA, según la clave DEA, sería EDCD.

—Exacto.

—Si ya sabe cómo descifrarlo, ¿por qué no lo hace?

—No estoy seguro de que haya sido cifrado con este cuadro.

—Haga de cuenta que sí.

—No sé cuál es la palabra clave. Podría ser cualquier cosa. El nombre de un país, de una planta, de un pintor. Podría no ser una palabra, sino una frase, o un conjunto aleatorio de letras, lo que haría todo más complicado. Si fuera un mensaje más largo podría buscar artículos y preposiciones y tratar de encontrar algunas repeticiones, para ver al menos cuántas letras tiene la palabra clave. Pero como es tan breve...

Blasco miró mi cuadrito con las letras y se lo guardó en el bolsillo.

—Tal vez necesite una temporada en el cuarto del fondo para recuperar la inspiración. En la oscuridad y el silencio uno se enfrenta consigo mismo y oye con más claridad la voz interior.

Pero Blasco no podía tener la atención concentrada en una cosa por mucho tiempo. Cuando miró mi mesa, al día siguiente, empezó a darme órdenes con respecto a otros papeles. Ahí sí había avanzado, y tuve algo para darle.

—Está trabajando bien, 148. Pero no olvide el otro mensaje. Yo voy a estar unos días afuera. Tengo que buscar un material. Mientras tanto, Lemos se ocupará de este asunto. No lo decepcione.

En los días siguientes, Lemos insistió con su pedido. Por momentos parecía dispuesto a golpearme, o pasaba frente a mi escritorio y me decía por lo bajo: «Acordate de Cimer». En otros momentos se olvidaba de toda violencia, se me ponía a hablar como un amigo, me preguntaba qué iba a hacer el día que saliera de allí y por fin, luego de oír mis evasivas y monosílabos, me imploraba que resolviera aquel asunto. A mí me extrañaba que con Blasco lejos Lemos siguiera preguntando por aquel mensaje. Volví a preguntarme si sabía que aquel mensaje estaba originalmente destinado a Crámer. Si alguien podía descifrarlo era Crámer, que seguramente sabía de qué se trataba, pero había quedado a salvo del encargo.

En un momento pensé en pedirle a Blasco que consiguiera papel carbónico para hacer copias del cuadro de Vigenère, así no tenía que transcribirlo cada vez que se me rompía la hoja, a fuerza de anotaciones y la erosión de la goma de borrar. Pero no me animé, el instinto me sugería que no debía llamar la atención de ninguna manera. Y era mejor así: cuanto más laboriosa fuera la tarea, más tardaría.

Cuando resolví el enigma, unos seis días después de que me fuera entregado, no lo hice después de horas de concentración e investigación paciente, sino de golpe, como una revelación. Lo que me llevó a la solución no fue el aspecto literal del mensaje, sino el modo cómo había llegado hasta mí la primera vez. Volví a ver a Barnes, con su saco de cuero, entrando en el bar de Boedo, con su mensaje en el bolsillo. «Para Crámer», había dicho.

Tal vez no habían logrado ponerse de acuerdo en una clave en común; entonces la clave tenía que ser algo que Crámer pudiera suponer, adivinar. Algo que para Crámer fuera una obsesión.

Había probado con muchas palabras antes. Me concentré en Crámer, que estaba a pocos pasos. Me era difícil contener la tentación de preguntarle: ¿Cuál es tu palabra mágica? En tu última conversación con Barnes, ¿de qué hablaron? Así como no le había avisado a Lemos de la última visita que me había hecho Barnes antes de morir, tampoco quería que Crámer supiera nada del mensaje, sobre todo ahora que suponía que era él el verdadero destinatario.

Recordé un viejo truco de magia que me había hecho un amigo cuando tenía diez años. Me mostró un sobre y me pidió que eligiera un número, un color y un oficio. Cuando dije «carpintero» me dio el sobre, y saqué una tarjeta donde él había escrito la palabra correcta. No tardó en explicarme el truco: todo el mundo respondía «carpintero». En algún lugar profundo de la memoria, la palabra «oficio» y la palabra «carpintero» estaban conectadas.

Yo tenía que hallar el «carpintero» de Crámer. La palabra obvia, la primera que se le podía ocurrir. Probé con CORDOBA, su ciudad natal. Probé con COLINA ROSS, su enemigo. Si se hubiera tratado de otro cualquiera habría probado con nombres de mujer. Pero ninguna mujer inquietaba al célibe Crámer. En una de nuestras conversaciones fingí que tenía unos parientes en Córdoba, y así llegué a preguntarle el nombre de su madre. Estela. No funcionó.

Al final probé con MALDANY. Busqué la Q en la línea que correspondía a la M, la L en la línea que correspondía a la A... Enseguida aparecieron las primeras palabras de la solución:

QLYRMOPQEDHLRMZOCDCBJUNLUOFQ
ELNOMBREES...

Estuve a punto de gritar que lo había encontrado, que ya tenía la clave. Tan encerrado estaba en el juego que me había olvidado que todo aquello podía tener inmensos efectos en el mundo real. Me faltaba traducir el resto del mensaje. El nombre. Y cuando hube descifrado el mensaje completo me

quedé rígido en mi lugar, reprimiendo todo gesto. Nunca en mi vida estuve tan quieto. Nadie me miraba pero yo sentía que la vista de todos estaba sobre mí, y que Lemos me estudiaba, como si cada uno de mis gestos pudiera traducir los pensamientos que ocultaba.

Cuando di con la respuesta creí que se trataba de una alucinación provocada por el encierro y la obsesión. Un discípulo de Wittgenstein, Julius Orff, había probado que dado un mensaje secreto no correspondía una única solución; llevado a cierto grado de obsesión, el criptoanalista podía proyectar sobre los signos desconocidos el espejo roto de su propia memoria, y así encontrar en las palabras indicios de un hecho remoto o el nombre de una mujer perdida. Champollion mismo creía ver a veces que los jeroglíficos egipcios rimaban con los hechizos que su madre, una mujer ignorante y supersticiosa, repetía ante cada uno de los actos cotidianos, como limpiar la casa o preparar una comida. En los manuales de criptografía advertían contra esas palabras fantasma —que llamaban así en alusión a los miembros fantasmas que los pacientes amputados suelen percibir como reales— que llegaban a la conciencia desde el fondo de la memoria, para señalar algo que se había perdido o que no se había resuelto.

Había escrito el nombre en una hoja cuadriculada, pero no podía tirarlo a la basura, porque lo hubieran encontrado. Hubiera querido que mi letra, precisa y clara, fuera tan indescifrable como los galimatías de mis alumnos. Tampoco podía romperlo, porque era una regla de oro que debíamos dejar los papeles intactos, aunque fueran borradores, para recordarnos que nosotros mismos, descifradores, podíamos ser objeto de un trabajo de desciframiento. Entonces escribí una letra sobre otra, como si probara combinaciones, como si la ilusión y el desencanto se alternaran en un juego obsesivo, y llené el papel hasta que la tinta oscureció y al fin sepultó el nombre prohibido:

QLYRMOPQEDHLRMZOCDCBJUNLUOFQ
ELNOMBREESELEONORACOLINAROSS

Los archivos

Durante los días que duró la ausencia de Blasco la disciplina se relajó y nos sentimos más libres. Pero había en esos cambios algo intranquilizador, ya que Blasco, que era quien nos tenía encerrados, era también el único al que le importaba que siguiéramos con vida. Cuando lo vimos aparecer, sentimos algo de alivio.

Llegó de mañana, vestido con un traje gris y el nudo de la corbata torcido. Tenía el aspecto de no haber dormido, la cara sin afeitar. Había vuelto de su misión cansado y desalentado, como si hubiera traído consigo una amenaza para ese mundo subterráneo que había creado.

—Reuniones y reuniones. Córdoba, Mendoza, La Plata. Qué decepción, 10.027 —le dijo a Lemos—. Me aseguraron que me iban a dar documentación importante, pero no encontré nada valioso. Además, quieren levantar esta oficina. Que ya no es necesario, que no sirve para nada. Les agarró la piromanía, queman todo, no quieren guardar ningún papel. Antes archivaban hasta la última estupidez, y llenaban de sellos cada papelito, ahora queman los archivos. Tienen unos sellos que dicen LÉASE Y DESTRÚYASE. Antes no los usaban nunca, ahora sellan con esa leyenda hasta la lista del almacén. Me piden que saque todo, que no deje una sola hoja de papel. Pero no voy a permitir que todo esto se pierda. Se suponía que eran los marxistas los que escondían las revistas en el sótano y enterraban libros en el jardín. Ahora somos nosotros.

Una especie de exasperación melancólica se había adueñado de Blasco. Ya no se preocupaba de que nosotros ni los custodios oyéramos sus quejas cercanas al desvarío. Cuando se tranquilizó y se fue, Lemos se acercó de nuevo para pedirme resultados sobre el mensaje. Decidí simular que el asunto ya se había convertido en una obsesión: le mostré sucesivos cuadros de Vigenère, con letras marcadas y borrones. Empecé con una prolija y larga explicación con el fin de aburrirlo y al final abandonó.

En los días siguientes, aunque tuve otros encargos, simulé que tenía siempre presente el mensaje. Inclinado sobre mi escritorio, copié una y otra vez aquellas letras, las transformé en otras, las agrupé; saqué constantes, las convertí en números. Temía que me quitaran el encargo y que éste pudiera volver a manos de Crámer. Lemos, por sus limitaciones, no estaba en condiciones de resolverlo, pero Crámer sí; Crámer sabía todo, tenía una formación completa. Si yo lo había descifrado, Crámer también lo haría.

Llegué a pensar en inventar una solución falsa, que no comprometiera a nadie; pero si tenían una vaga idea de su contenido se darían cuenta de que se trataba de una mentira y eso me pondría en peligro. Mejor dejarlo sin resolver. Después de todo, por buenos y empecinados que sean los criptoanalistas, siempre existen mensajes que nadie puede descifrar.

En los días siguientes, el sótano se fue despoblando de papeles. Las cajas de cartón que habían bloqueado el camino con sus cassettes, recortes periodísticos, cartas personales y libros desenterrados empezaban a desaparecer.

En aquel tiempo la basura todavía se quemaba dentro de los edificios, y todas nuestras pruebas terminaron en el quemador: una puertita de metal que conducía a las llamas. Excepto los papeles que Blasco se llevaba para su archivo personal.

A veces nos hacía un guiño mientras metía papeles en un maletín de cuero negro:

—Los historiadores del mañana vendrán a mí cuando quieran entender el enigma de esta época.

Yo estaba ansioso, quería que entraran nuevos encargos, que Blasco insistiera con su gran tratado sobre el lenguaje revolucionario —La lengua de la radiación—. Hubiera cambiado con gusto esas letras de pesadilla por grabaciones, mapas, panfletos, series numéricas y las cartas de presos políticos, que eran, últimamente, nuestro material principal.

Por esa época habían autorizado a los hombres y mujeres que estuvieran legalmente casados que se enviaran cartas de una cárcel a la otra. Se trataba de presos capturados antes del 24 de marzo del 76; a partir de esa fecha ya

no hubo ninguna detención legal, y casi todos terminaron desaparecidos. Entre los presos legales había algunos con viejas causas que habían seguido su paso por Tribunales, y otros puestos a disposición del Poder Ejecutivo.

Sólo podían escribirse los presos que estaban legalmente casados, pero otros presos aprovechaban esas cartas para enviarse mensajes camuflados dentro de la carta principal. Antes de que las cartas llegaran a destino se las abría y se sacaba copias, por si tenían algo que podía interesar. Nuestro trabajo consistía en detectar dónde terminaba un mensaje y empezaba el siguiente. La caligrafía era siempre la misma, así que había que estar atento a una palabra que se repetía a modo de señal, o una frase levemente incongruente que servía de corte. A veces el corte estaba dado, por ejemplo, por una *a* cursiva en medio de una carta escrita con letra de imprenta. Una vez dividida la carta original en una serie de mensajes, teníamos que decidir si eran asuntos personales, dictados por el aburrimiento y por el deseo de recibir noticias del mundo, o si se trataba de correspondencia política, tráfico de esperanzas infundadas, menciones a los compañeros que seguían en actividad puertas afuera.

Leí cientos de cartas de los presos, marcando con lápiz el momento en el que los interlocutores cambiaban, y casi deseaba leer más, para ver la continuación de los asuntos que comentaban. Esos papeles eran mi modesto folletín. Seguía con atención sus enredos amorosos, hechos de pura voluntad e imaginación, sus bromas, los planes para cuando salieran de la cárcel. Unos querían ver el mar, otros entrar en cierto café, o comer tal comida, o ver una película. Habían pertenecido a grupos guerrilleros, era de esperar que hablaran de películas en las que pudiera encontrarse algún matiz político, documentales sobre Vietnam, *La guerra de Argelia*, *La hora de los hornos*, *La chinoise*, pero todas las películas que mencionaban eran sobre pasiones: *Cumbres borrascosas*, *Casablanca*, *La tregua*. O fantásticas: *El mago de Oz*, *Mary Poppins*, *Los pájaros*. Y la mayoría eran películas viejas, que habían visto en su niñez o su adolescencia. Yo los envidiaba: podían escribirle a alguien, aunque la mayoría de las veces fueran cartas enviadas a ciegas, mientras que nosotros no teníamos ningún contacto con el mundo allá afuera.

Pero esas distracciones no significaban que el mensaje hubiera sido olvidado. Cuando veía que se acumulaban papeles o grabaciones sobre mi escritorio, Lemos me sacaba trabajo, que dejaba en manos de Crámer, para que me dedicara sólo al mensaje. Lemos volvía a escribir la serie de letras y números casi amorosamente. Lo sabía de memoria. Alguna vez le dije que insistía tanto como si en aquel papel estuviera la salida.

—La única salida en la que pienso es la que nos permite llegar vivos hasta el fin del día. —Se acercó a mi oído—. Si llegás a tener alguna sospecha, quiero saberlo. Sea quien sea, ya no corre ningún peligro: o está muerto o afuera del país.

—¿Estás seguro de que se trata de un nombre?

—¿Vos no?

—Realmente no sé.

—Es un nombre. Estoy seguro de que es un nombre.

—Es muy largo para ser un nombre.

—Vos sabés mejor que yo que si alguien cifra un nombre, es lógico que agregue letras o palabras.

—¿Y por qué importa tanto ese nombre?

—No sé por qué. Blasco fantasea con eso. Quién sabe qué espera encontrar.

Durante semanas soporté la presión por el mensaje secreto. Envidiaba a Crámer, liberado del encargo. Escribí tantas veces el mensaje, tantas veces cambié esas letras y números por otros, que convencí a Lemos y al mayor Blasco de que aquello también se había convertido en una obsesión para mí. Mientras los últimos perseguidos eran exterminados, yo tomé la decisión de no revelar el nombre. La cadena de delaciones en algún punto tenía que cortarse. Dormía con los dientes apretados, tenía miedo de decir en sueños la verdad.

Exit

Los soldados trajeron unas grandes bolsas de arpillera y las dejaron en un rincón. No las tocamos, aunque durante días mirábamos las bolsas tratando de encontrarles alguna explicación. Una mañana Blasco me ordenó que las abriera. Desaté el nudo con una vaga aprehensión de lo que aquello pudiera encerrar. Siguiendo las órdenes del mayor, comencé a vaciarlas: contenían ropa, la clase de ropa que la gente dona al Ejército de salvación, y que en general proviene de parientes muertos.

Toda novedad era vista por nosotros como amenaza y esperanza a la vez. Crámer y yo miramos esas prendas —pantalones enormes, camisas sin botones, un chaleco de traje sin el traje correspondiente, unos zapatos de charol de hombre, muy chicos, una absurda corbata amarilla— como si fueran signos cuyo sentido todavía estaba en penumbras. Yo temí que hubiera alguna relación entre aquellas prendas y el mensaje.

Al día siguiente Blasco se acercó a mi escritorio y me informó:

—A la tarde va a quedar libre, 148.

Esperó alguna reacción de mi parte, pero me quedé callado. Una frase no significaba nada. Podía pedirme que resolviera el enigma a cambio de mi salida. O podía tratarse del fin.

—Vaya directo a la casa de algún familiar —siguió Blasco. Parecía algo molesto por mi apatía—. No llame la atención de ninguna manera. No se comunique con nadie, ni con parientes de Cimer, Crámer o Lemos. Durante los primeros tres meses aléjese de cualquier teléfono: un teléfono puede ser en su caso un símbolo del suicidio. Reclúyase. No se deje ver por el centro. Prensa extranjera, o abogados, ni hablar. Y sepa que queda a disposición para algún nuevo encargo que surja. Sé dónde ir a buscarlo.

Abrió la puerta, pero antes de salir recordó:

—Si alguien le pregunta dónde estuvo detenido, diga que estuvo en el campo, que no puede reconocer el lugar, vacas y molinos de viento. No se le ocurra mencionar la avenida Alem.

Dos horas más tarde Blasco volvió. Un soldado me entregó una tijera y una maquinita de afeitar. Estaba tan nervioso que me corté toda la cara. Después Blasco me ordenó que me vistiera con la ropa que estaba en la bolsa. Traté de elegir lo más adecuado, que era de todas maneras inadecuado: un pantalón de traje marrón cuatro talles más grande, las zapatillas Flecha que había usado los últimos meses, una camisa gris. Crámer me dio la mano, Lemos un abrazo, mientras susurraba a mi oído algo. Pensé que me estaba dando un mensaje para algún familiar, que avisara a alguien que estaba vivo, pero lo que dijo, en un susurro repetitivo, fue: el nombre, el nombre...

Me aparté de él. La puerta del sótano se abrió: me esperaba un Falcon con la puerta trasera abierta. Blasco me ordenó que me echara en el asiento. Que no levantara la cabeza hasta que se me ordenara.

—Ya nos volveremos a ver, 148. Si alguien le pregunta por mí alguna vez, diga que no me conoce. Ah, y no tenga un mal recuerdo de su paso por el limbo. Allá afuera no hubiera sobrevivido.

El coche, manejado por un suboficial del ejército vestido de civil, al que no había visto nunca, subió la rampa hacia la luz. El mundo exterior, lejos de parecerme un lugar tentador, me aterraba. Permanecí tirado en el asiento trasero, mirando por las ventanillas imágenes sesgadas de la ciudad. Árboles, colectivos, edificios. Al cabo de unos minutos tuve la impresión de que estábamos en la misma avenida Alem de donde habíamos salido, y que todo había sido una trampa, un estímulo para que resolviera el mensaje. Después de un rato el coche se detuvo. El chofer me ordenó que me bajara. El coche se alejó a toda velocidad.

Estaba en una esquina de la Avenida Garay, cerca de Constitución. Miré a mi alrededor, sin saber para dónde ir. Había un bar en una esquina, un hotel sombrío de cortinas anaranjadas, un puesto de diarios. El paredón de un baldío estaba cubierto con afiches que anunciaban el mundial de fútbol: un gauchito pateaba una pelota. Siempre había pensado que en ese instante de libertad, si alguna vez llegaba, cada cosa del mundo sería preciosa, cualquier detalle me dejaría maravillado. Y sin embargo había algo amenazante en el mundo que me rodeaba y tuve miedo de cada una de esas cosas innumerables que forman la vida. ¿Cómo era que se vivía? ¿A través

de qué procedimientos mentales llegaba uno a tomar una decisión? Pensé en las cartas de los presos políticos, los planes de ver el mar, de comer tal comida en tal restaurante, de hacer un asado, de ir a un café, de tomar mate en una terraza bajo el sol del invierno. Pero yo estaba aturdido, no sabía qué quería. La gente me miraba por la calle a causa de mi palidez espectral y de mi ropa enorme. No había encontrado ningún cinturón en la bolsa de arpillera y tenía que agarrarme el pantalón para que no se me cayera. Con un tramo de cable negro que encontré junto a un árbol improvisé un cinturón. No podía soportar la avenida porque me abrumaba la cantidad de gente y tenía la sensación de que me iban a señalar con el dedo. Había que pensar en algo. Caminaría hasta Plaza Once: ahí tomaría el tren hasta la casa de mis padres. No tenía dinero para comprar el boleto. Podía intentar viajar sin pagar, pero no quería tener problemas con los guardias del ferrocarril, y menos con policías. Me acerqué a pedirle unas monedas a una chica que esperaba el colectivo. Dio un grito y se alejó. La segunda vez le pedí a un hombre y conseguí algo de dinero.

Hacía meses que no me miraba en el espejo. Tomé por una calle lateral y entré al baño de un bar y allí, solo, entre las paredes mugrientas llenas de mensajes obscenos, miré mi cara, que era la cara de un desconocido, y pude decir en voz alta el nombre que había guardado tanto tiempo.

Eleonora Colina Ross.

OceanofPDF.com

QUINTA PARTE

El templo de las sales Colina

OceanofPDF.com

El mundo exterior

Mientras estaba en poder de Blasco, había pensado que lo primero que haría al salir del sótano de Alem era averiguar el destino de Eleonora. Y sin embargo dejé pasar los días sin hacer una llamada a Colina Ross. Blasco me había advertido sobre el peligro de los teléfonos. Pero no era por eso que no llamaba. No quería recibir malas noticias, no quería que me dijera que nadie sabía dónde estaba, que se la habían llevado de tal bar o de tal esquina, que la habían visto en una comisaría o en un cuartel.

Dos semanas después de salir me decidí por fin a hablar con Colina Ross. Era un sábado a la mañana, temprano, y no me disgustó la idea de despertar al profesor. Escuché un «hola» somnoliento, y cuando dije mi nombre se quedó mudo y balbuceó alguna palabra que no llegaba a ser palabra. Yo conocía ese lenguaje. Es el de quien piensa que habla con un muerto, y tiene que tomar una decisión: o corrige su versión de la realidad y acepta que los fantasmas existen, o corrige las imágenes mentales que se ha hecho de esa muerte, y llena en segundos los formularios que lo devuelvan a la vida. Vivo, muerto: táchese lo que no corresponda.

—Aquí me tiene, profesor.

—Dorey. Se salvó. Yo pensé...

—Me salvé.

—¿Y los otros?

—Lemos y Crámer están vivos...

—¿Dónde?

—No sé. Cimer, en cambio... —Iba a decir que estaba muerto, pero tampoco de eso estaba seguro—. De Cimer no se sabe nada.

—No me acuerdo quién era Cimer.

—Uno rubio, pálido. Trabajaba en el archivo de *La Razón*.

—Ah sí —dijo, pero me di cuenta de que no lo recordaba. Lo envidié: me hubiera gustado no recordar quién era, ni lo que le había pasado.

—A Barnes lo mataron... —dije.

—En un bar. Lo leí en el diario. Habría podido ser un buen profesor. Qué desperdicio. Qué terrible desperdicio... —Se quedó callado unos instantes—. Pero usted llama para saber de Eleonora...

—Sí...

—Eleonora está a salvo —dijo por fin.

—¿Dónde está?

Vaciló un segundo.

—En México.

—¿Desde cuándo?

—No soy bueno para las fechas.

—¿Me da su dirección?

—No la tengo. No sé nada de ella.

—¿No se escriben?

—No.

—¿Hay alguien que pueda saber dónde está?

—No, Dorey. No tengo la menor idea.

Recordé de pronto los papeles de Maldany. La época en que los buscaba me parecía ahora tan lejana y borrosa como los tiempos en que las tablillas habían sido marcadas.

—No busque a nadie —dijo de pronto el profesor—. Ni a mi hija ni a nadie. Váyase en cuanto pueda. Lleve poco equipaje.

Cortó.

Las flores de jacarandá habían empezado a caer y teñían de lila las veredas; a medida que eran pisoteadas y aplastadas se volvían oscuros manchones de tinta. Llevado por una absurda curiosidad me detenía a recoger papeles del piso —volantes, envoltorios de golosinas o cigarrillos, alguna hoja de carpeta de un estudiante— como si todavía estuviera en el sótano de Alem.

Todas las cosas seguían pareciéndome irreales, y podía quedarme durante un largo rato sentado en el banco de piedra de una plaza mirando un árbol, o un escarabajo asediado por una patrulla de hormigas. En lugar de haber salido al mundo exterior, sentía que me había metido en un mundo aún más interior, donde todas las cosas se convertían en señales ocultas.

Necesitaba salir, pero todavía no había encontrado la puerta, y el mundo seguía cerrado como un sótano.

Empecé a hacer pequeñas caminatas, en las que continuamente tenía la impresión de que me seguían. Así como antes había indagado en los papeles que traía Blasco, ahora indagaba en las caras de los que me rodeaban. Un cruce casual de miradas, en un bar o en el vagón de subte, me dejaba con una inquietud que me amargaba horas enteras. Una tarde descubrí que una adolescente rubia, vestida con uniforme de algún colegio privado, se apartaba de sus amigas y me miraba, y estuve a punto de creer que me señalaría con el dedo para gritar que había sido descubierto. Si veía dos veces a la misma persona, sentía que se trataba de una trampa, como si fuera antinatural que la gente repitiera costumbres, compras, caminatas. Quería un mundo de piezas únicas, donde los desconocidos mostraran fugazmente su indiferencia y luego desaparecieran para siempre.

Una tarde me animé a ir al centro. Ya para entonces mi piel había empezado a perder su palidez. Me obligaba a una dieta de zanahorias y naranjas. Bajé del subte en el Congreso y caminé por Callao hasta la Avenida Corrientes. Iba con la cabeza gacha, evitando encontrarme con conocidos. En el pasado, cuántas veces había caminado esas mismas cuadras, mirando a través del vidrio el interior de los bares, La Giralda, con sus mesas de mármol, La Paz, La Ópera, Los 36 billares, con sus mesas de madera oscura, en busca de conocidos, de alguna amiga, de algún atajo para no terminar la noche solo. Ahora quería ser el hombre invisible y evitaba las ventanas de los bares por temor a descubrir una cara familiar.

Entré en una librería de usados, fui hasta el fondo, donde no se veía a nadie, y me puse a revisar una mesa de novelas policiales. Compré una de David Goodis de la colección Rastros. Al salir casi me choco con Lemos. Vestía un pantalón blanco y una camisa verde de mangas cortas.

—Miguelito —dijo—. Creí que te habías ido. Veo que no soy el único que decidió quedarse.

Se acercó como para darme un abrazo pero me tendió la mano. Miró hacia los lados, como si alguien estuviera observándonos. Nadie nos

prestaba atención.

—¿Y Crámer? —pregunté.

—Nos largaron juntos.

—¿Se fue del país?

—No sé. No volví a verlo. No era buena idea que nos juntáramos, ¿no?

Hizo un gesto con la mano como para empujar a Crámer a esa región a donde van a parar los compañeros de escuela, los viejos amigos del barrio, las novias antiguas que dijeron o recibieron, en una mesa de confitería, las triviales fórmulas del adiós, todos aquellos que recordamos como piezas de la memoria, pero que no tienen un lugar en el presente.

—Estaba por ir a visitarte.

—¿Para qué?

Me tomó del brazo.

—Vamos al subte.

—¿Para ir adónde?

—A cualquier lado. Es para hablar tranquilos. Así vamos a saber si nos siguen.

—¿Blasco?

Se rió.

—Nunca entendiste nada, Dorey. Si alguien nos sigue, no es Blasco. Es *por* Blasco. El mayor tiene muchos enemigos en los servicios de inteligencia. Es un incomprendido.

Fuimos hasta la estación Callao, y tomamos el primer tren. Toda la gente apurada. A mí, después de tantos meses de inmovilidad, me extrañaba que todos tuvieran obligaciones y urgencias. ¿A dónde iba toda la gente? Lemos hizo el gesto de subir a un vagón pero cambió bruscamente de idea y subió al siguiente. Hice lo mismo.

—Estoy paranoico, ya ves. Siempre creo que alguien me está siguiendo. En especial cuando me siguen.

Pero nadie nos seguía ni nos prestaba atención. Un vendedor ofrecía un juego de biromes de colores, tratando de vencer con su voz el fragor del subterráneo. Una chica de unos doce años esperaba su turno, con un montón de estampitas en la mano.

Entonces supe que nuestro encuentro no había sido casual, porque Lemos me preguntó de pronto:

—Ese mensaje, ¿te acordás?

Había entendido perfectamente, pero fingí que no podía oírlo. El ruido de las ruedas contra las vías. Me gritó en el oído:

—Ese mensaje. ¿Qué decía?

Durante un segundo estuve a punto de decirle la verdad. Eleonora estaba en México, no había nada que temer. ¿Pero si no era así? ¿Si Colina Ross había dicho eso porque era un libreto preparado por Eleonora, y ella seguía en las calles de Buenos Aires? Además ese nombre era lo que yo no había dicho, lo que no había revelado, era un límite, el breve símbolo de que algo había quedado sin decir. Si acababa por pronunciarlo, entonces, ¿qué quedaría de mí?

—No sé. Nunca lo resolví.

—Blasco sigue preguntando.

—Pensé que estabas libre de él.

—Claro que estoy libre.

—¿Y entonces?

—Colaboro con él. Cuando se enoja, me llama 10.027, como antes.

—¿Seguís en el sótano?

Había llegado hasta la última estación, Leandro N. Alem. Muy cerca de allí —yo no sabía a qué altura— en uno de los edificios de la recova, estaba el sótano. Bajamos del vagón.

—Pero ahora por propia voluntad. Montamos una pequeña empresa de seguridad. Hacemos trabajos para compañías financieras. Encriptamos información. También investigamos compañías rivales. El mundo que se viene es el mundo del secreto. A veces la policía nos encarga también alguna cosa. Pero los privados son mejores, el Estado siempre paga con atraso.

Se me acercó con un aire de confidencialidad.

—El sótano de Alem no es un lugar seguro. Ya te dije, Blasco tiene muchos enemigos dentro de la gente de inteligencia. Él tiene esa pasión por el archivo, por la Historia, quiere juntar materiales para el futuro.

—¿Y su tratado sobre la radiación?

—Nunca lo terminó. Le escribimos muchas páginas, vos sobre todo, pero dice que no es suficiente. Siempre cree que está a punto de entender la época que le tocó vivir, pero que le falta un detalle. Por eso vive pendiente de su archivo. Eso no le gusta a sus camaradas de armas. Son tímidos, se conforman con que la Historia la hagan los monumentos, los manuales, los nombres de las calles, las estatuas ecuestres. Les falta esa pasión por el archivo que tiene Blasco. Quieren quemar todo. El ambiente se hizo asfixiante. Por eso nos vamos de ahí. —Empezó a buscar algo en sus bolsillos—. El mes que viene abrimos oficinas propias. Nos decidimos hace poco, estábamos los dos en el sótano y para sellar el acuerdo hicimos un brindis. Un poco patético: en vez de *champagne*, Suter etiqueta marrón y vasitos descartables. Pero brindamos.

Al fin encontró en sus bolsillos lo que buscaba y me dio una tarjeta. Decía el nombre de la empresa: Security Corp. Había también un nombre, Javier Dobal.

—¿Quién es?

—No pensarás que voy a trabajar en esto con mi nombre verdadero. Somos supersticiosos como los indios: si saben tu nombre, pueden hechizarte. Llamame si resolvés el tema del mensaje: Blasco sigue preguntando por vos. Pero en términos positivos: le dejaste un buen recuerdo. A veces me dice: ¿en qué andaré 148?

Quise devolverle la tarjeta, pero me la sacó de la mano y la puso en el bolsillo de mi camisa.

—Además ya terminaron las conspiraciones, terminó la revolución, terminó todo. Es hora de que empecemos a ganarnos la vida, como todo el mundo.

Nos despedimos. Yo eché a caminar rumbo al obelisco.

Había llegado marzo, ya hacía más de cuatro meses que estaba afuera. Decidí ir a pasar unos días a Mar del Plata, a un pequeño departamento de mi familia que estaba en Playa de los Ingleses. Un viernes a la mañana tomé el tren en Constitución. Los guardias, vestidos con viejos uniformes grises, pedían los pasajes con una impaciente brusquedad. Habían empezado las

clases, y a la costa sólo iban matrimonios de jubilados. Todos discutían sobre cosas que habían olvidado meter en las valijas.

La ciudad me recibió con una llovizna. El edificio estaba vacío, de cuarenta departamentos sólo había dos o tres habitados, y en el pozo de aire y luz el viento zumbaba lúgubre. Siempre había mirado sin entender a la gente que venía de los pueblos a hacinarse en el verano en Mar del Plata, en playas donde no se podía caminar sin pisar a alguien. Había exaltado, en cambio, el invierno, la soledad y el silencio. Ahora hubiera preferido la música estridente de las radios, la procesión bien provista de sombrillas, paletas y heladeritas portátiles, la multitud horizontal untada de sapolán Ferrini. La soledad era un fenómeno sobrevalorado, a causa de malos poemas y fotografías cursis de playas vacías.

Asistí al melancólico espectáculo de la ciudad que terminaba de vaciarse de turistas. Di caminatas por la costa, tomé vermouth mientras miraba por las ventanas de los bares y compré una corbata para entrar al casino. Las mujeres todas demasiado maquilladas, con vestidos largos como para un casamiento, y jugando sólo a los números de la ruleta; los hombres preferían jugar a columnas, par o impar, negro o rojo, o a las mesas de *black jack*. Intenté aplicar una martingala que Cimer me había explicado alguna vez, y que combinaba apuestas a negros y a impares: perdí la modesta cifra que tenía en los bolsillos. Me resigné a pasear como un sonámbulo entre las mesas.

Al tercer día la soledad ya se había hecho insoportable y saqué un pasaje de regreso en el tren de la noche.

Al llegar, mi madre me avisó que habían ido a buscarme.

—¿Quién?

—Uno que te conocía de la facultad. Un muchacho saludable, bronceado. Lemus o...

—Lemos.

—Se quedó mirando los muebles, las fotos, los cuadros, como si nunca hubiera estado en una casa como la nuestra. Parecía un poco ido. Me pidió que te hiciera acordar del mensaje. ¿Vos tenías algún mensaje que darle?

A partir de ese momento, cada vez que el timbre o el teléfono sonaban, temía que fuera él. Imaginaba a Blasco azuzándolo, convenciéndolo, los dos

solos en el sótano de Alem, ya sin prisioneros ni guardianes.

Empecé a pasar poco tiempo en la casa. Me iba temprano y regresaba a la noche; todo el día en la calle, a veces en el centro, haciendo trayectos absurdos, cambiando el tren por el colectivo y luego el subte, a fin de despistar a imaginarios perseguidores.

Al fin me dispuse a partir: pensé primero en Madrid o Barcelona pero finalmente elegí Roma, porque allí vivía un primo que me podría dar un trabajo. En la familia nadie aprobó ni desaprobó la decisión, pero sentí que respiraban aliviados por la cercanía de la partida.

Para irme no bastaba con comprar el pasaje en una agencia de viajes: primero tenía que sacar el pasaporte en el Departamento Central de Policía. Eran muchos los que habían sido detenidos en ese momento, con los ojos enrojecidos por la noche en vela y los dedos manchados de tinta. Día tras día postergaba el trámite, hasta que al fin me decidí.

El edificio del Departamento Central de Policía, donde había que sacar el pasaporte, estaba rodeado por las casas de fotos carnet 4 por 4, sastrerías con vidrieras llenas de uniformes azules y armerías con sus bastones reglamentarios y sus pistolas 9 milímetros. Gracias a un contacto de mi padre, había reservado el turno para hacer el «trámite acelerado». Había que pagar diez veces más, pero se tenía el pasaporte en el mismo día. Además tenía otra ventaja: los policías que se ocupaban de esa fábrica clandestina de pasaportes, sabiendo que ejercían su oficio en la oscuridad, eran poco proclives a plantear problemas que amenazaran su negocio. Había que preguntar por un tal comisario Aguat. Nunca supe si ese comisario existía de verdad o si era una clave para que a uno lo enviaran escaleras abajo, mientras los otros aspirantes a tener su pasaporte llenaban salas y pasillos desde las 5 de la mañana.

A medida que me adentraba en el edificio, crecía mi temor, y prestaba atención a las caras y gestos de los policías, tratando de adivinar señales de alarma. No las encontré: todos parecían fastidiados, aburridos, cansados de escuchar las mismas preguntas.

Al final me hicieron esperar en un pasillo, para pasar después a un cuarto donde un oficial fumaba frente a una mesa de fórmica. Era un cuartito minúsculo con una ventana que daba a un patio con unas palmeras.

En las paredes había afiches con fotografías de guerrilleros. Algunas, se notaba, eran fotos carnet. Otras habían sido tomadas alguna vez que habían sido detenidos.

Si los ve... ¡Denúncielos!

El cartel ya tenía unos años. Me pregunté si de aquellos nombres alguno quedaba vivo todavía.

—¿Adónde piensa viajar?

—A Italia, a ver a unos parientes.

—A Italia, claro. Quién no tiene parientes en Italia —me dijo con algo de suspicacia y me tendió la libreta azul, con letras doradas. Lo tomé con los dedos manchados con esa espesa tinta negra que nunca terminaba de borrarse, por más que uno se lavara y fregara las manos. Ya estaba saliendo cuando me llamó.

—Espere. No se vaya todavía. Tiene que firmar.

Firmé en una planilla que me tendió.

—Y fíjese que sea su pasaporte. No vaya a ser que le demos uno equivocado.

La fecha del viaje estaba prevista para un sábado a la tarde, pero puse la valija en el baúl del auto de mi padre dos días antes, y en mitad de la noche. No quería mostrar ningún equipaje en el momento de la partida. Le pedí a mi madre que no fuera al aeropuerto y me despedí de ella en el interior de la casa, no quería llamar la atención. Salimos con mi padre en el Peugeot 504 como si fuéramos a hacer una compra al supermercado.

Mientras avanzábamos lentamente por las calles del barrio vi a Lemos. Tenía un pantalón claro, unas botas tejanas un poco extravagantes, una camisa violeta. Parecía vestido para salir de noche, para ir a bailar. Fingí que no lo veía. Mientras el coche se alejaba levantó la mano, como si hubiera llegado hasta allí sólo para despedirme.

La vida en Liliput

Mi primo, Ignacio Suardi, vivía cerca de la Piazza dei Re di Roma. Me alojó durante dos semanas en su casa, hasta que pude alquilar, con plata que me había dado mi padre, un mínimo departamento en un edificio de tres pisos del *quartiere* San Lorenzo. Abajo había un restaurante chino y no podía abrir las ventanas porque el departamento se llenaba de olor a fritura rancia.

Ignacio era hijo de la hermana mayor de mi madre. Su partida hacia Italia no había tenido nada que ver con la política: de joven se había dedicado a viajar y a trabajar durante el verano europeo en hoteles. Había terminado por radicarse en Roma y a dedicarse a la venta de soldados de plomo, que habían sido el *hobby* de su adolescencia. Claro que él no estaba de acuerdo con este nombre.

—No se puede decir que son soldados, porque hay también figuras de Cleopatra y de Adán y Eva en el paraíso y de Sofía Loren. Así que lo correcto es llamarlos «miniaturas».

—Miniaturas de plomo...

—Tampoco son de plomo, porque es venenoso y está prohibido. Es una aleación que lleva una mínima parte de plomo. Lo llamamos metal blanco.

—Miniaturas de metal blanco...

—Suenan poco atractivo. Mejor sigamos con lo de soldaditos de plomo.

El negocio se llamaba Liliput: era una pequeña tienda con un espacio con vitrinas para atender al público y un depósito con estanterías llenas de cajas de cartón. En las vitrinas se reunían soldados de Napoleón con los dioses egipcios, James Bond con Elvis Presley, oficiales de las SS con el papa Paulo VI (el modelo de Wojtyla, recientemente elegido luego del breve papado de Albino Luciani, saldría poco después, y con gran éxito). Lo que vendía en la tienda era una pequeña parte del movimiento del negocio. La mayor parte de las piezas se vendían por correspondencia. Yo lo ayudaba a ubicar los soldados de plomo en sus cajas verdes, donde

yacían sobre un lecho de viruta de madera. Luego había que hacer los paquetes y despacharlos por correo. A mí me parecía una cosa asombrosa que piezas de valor fueran enviadas por correo; en Argentina a nadie se le hubiera ocurrido una audacia así. Pasaba las horas ubicando los soldaditos en sus cajas. Si eran muy valiosos, los amortajaba en papel de seda.

—Mis clientes son hombres mayores, coroneles retirados, ex policías, ex funcionarios del servicio diplomático —me decía mi primo—. Son caballeros de cierta edad. No les interesa la Historia sino la dorada apariencia de la Historia. Estudian libros con las láminas de uniformes para comprobar que lo que compran es tal como fue. No quieren saber nada de ciudades bombardeadas, de animales muertos en los caminos, de campos de concentración.

A veces tenía que acompañarlo a la casa de alguna viuda que quería sacarse de encima la insensata colección del marido. Las casas eran grandes y silenciosas como museos. Era fácil regatear con las viudas y pagarles mucho menos de lo que valían las piezas, porque querían terminar rápido con esos ejércitos fantasmales que acechaban desde las vitrinas polvorientas. A cambio, debíamos escucharlas: horas enteras en aquellas salas en penumbras, tomando café con bizcochos de anís, mientras hablaban mal de los maridos muertos, de los hijos que se habían ido a vivir lejos (a cinco cuadras de distancia), y, sobre todo, de las nueras, esas arpías.

Acompañaba a mi primo a las ferias que se hacían en pequeñas ciudades del norte de Italia. Salíamos antes del amanecer, en ocasiones por caminos de niebla, con el asiento trasero del Fiat lleno de cajas hasta el techo.

De vez en cuando mi primo Ignacio viajaba a la Argentina y venía con las valijas llenas de soldaditos que se hacían en un taller montado en el garaje de una casa de Quilmes. Pertenecía a un pequeño industrial que había tenido una fábrica de autitos de colección. Pero había quebrado cuando se liberaron las importaciones y ahora, ya sin empleados ni máquinas, sobrevivía con esa artesanía. Mi primo era un experto en convencer a las encargadas de las líneas aéreas de que no le cobraran exceso de equipaje.

Sus excusas siempre incluían una esposa, el amor de su vida, que acababa de morir. Lo que se llevaba a Italia en aquellas valijas enormes eran sus recuerdos. Él tenía cuarenta años y era soltero, pero había

conseguido una alianza, y si alguna empleada no le creía, se la sacaba y se la daba como prueba del sagrado vínculo que lo unía a esas reliquias, total ya no la iba a necesitar más. Era el último recurso y siempre funcionaba.

—Tenemos que aprovechar que la noción de exceso de equipaje es una de las tantas «zonas grises» de la vida moderna. Pronto te va a tocar a vos hacer estos viajes.

Entre los exiliados, la posibilidad de volver también era una «zona gris» de la vida moderna. De continuo se oían rumores lejanos, tranquilizadores algunas veces y alarmantes otras. Gente que había llegado a Ezeiza y había desaparecido de inmediato. Gente que no se había atrevido a salir del aeropuerto, y que había tomado el primer avión que partía para cualquier parte. Gente que había regresado sin problemas y que había abierto un negocio o había vuelto a ocupar un lugar en la universidad, sin que nadie le preguntara nada.

Yo sabía que una vez que volviera, volvería del todo. No extrañaba la Argentina, extrañaba la realidad. Vivir afuera era como estar en un mundo donde las cosas por más que tuvieran volumen y peso, parecían a punto de desaparecer.

En esos viajes mi primo me traía cartas de mi familia, libros, frascos de dulce de leche, paquetes de yerba, cajas de alfajores Havanna. También grabaciones caseras con canciones que mi hermana creía que podían gustarme, o programas de radio. Dibujos de mis sobrinos, para quienes era un fantasma. Pero decir fantasma ya es demasiado, porque los fantasmas poseen un lugar, y yo no tenía una casa encantada donde hacer mis apariciones. Muchas veces dibujaban los regalos que yo mismo les mandaba (muñecas Barbie, una especie de robot gigante llamado Mazinger, cuyos programas todavía no habían llegado a la Argentina), tal vez porque eran la única señal de mi existencia y querían, de algún modo, afianzarla. Yo abría alfajores, frascos, libros como si fueran reliquias de un reino perdido. Comía, leía, escuchaba muy de a poco, para que el tesoro no se agotara en alguna tarde de ansiedad y tristeza.

Pero esa inmersión en una Argentina simbólica no significaba que me acercara a una Argentina real: evitaba el contacto con compatriotas tanto como podía. Los rumores circulaban entre los exiliados, y se concentraban

en las reuniones de los comités destinados a reclamar por los presos políticos y los desaparecidos. Era posible que ya se hablara, en esos círculos invisibles (invisibles para mí) de la Oficina de los hombres pálidos.

En todos los contactos entre exiliados reinaba la paranoia: se sospechaba de los liberados, enviados al mundo para ver en qué andaban sus antiguos compañeros; se sospechaba que había agentes de inteligencia cantando viejas canciones en las peñas de los exiliados, a la espera de que las charlas casuales que se desplegaban a su alrededor les dieran motivo para los informes semanales que debían pasar a la embajada argentina en Roma. También los servicios secretos italianos estaban interesados en las reuniones de argentinos, por temor a posibles contactos de los exiliados con miembros de las Brigadas Rojas.

Mi primo me decía:

—Hay que desconfiar de los más exaltados, que exigen volver a empezar todo como si nada. Ésos son infiltrados seguro. Hay que dudar también de los más conservadores, que preconizan la deserción y el olvido. Y por último, hay que desconfiar de los que han encontrado el justo medio entre el entusiasmo y la derrota.

Mi dirección la tenía sólo la familia y un par de amigos de los tiempos del colegio secundario. Sin embargo, empecé a recibir cartas que no eran de amigos ni familiares: cartas con el membrete de Security Corp. Lemos, cansado tal vez de ser Javier Dobal, las firmaba con su propio nombre. Security Corp tenía sus oficinas en un edificio del microcentro.

Yo nunca respondía sus cartas, y sin embargo Lemos me contaba su vida. Cambiaba de departamento con frecuencia. Y de novia. Compró una pecera gigantesca y la llenó de peces mal elegidos, porque se comieron unos a otros y los sobrevivientes murieron también. Me pedía consejos sobre la difícil relación que tenía con su padre, un médico. También me pedía que lo asesorara en temas de criptografía. A veces, en cartas escritas de noche y al borde del delirio, proponía que nos reuniéramos todos de nuevo, que volviéramos a formar el Círculo de Criptógrafos, y a veces se equivocaba y lo llamaba la Oficina de los hombres pálidos. Y al final lo que aquellas cartas pedían era siempre lo mismo: que descifrara el mensaje, que revelara el nombre escondido, que dijera de una vez por todas la verdad.

Los secretos que guardamos

Acostumbrado a los soldaditos y sus campos de batalla en miniatura, tuve una vida en miniatura también. A diferencia de la vida en Argentina, donde todo se ramificaba infinitamente a través del tiempo, y uno dejaba de ver a gente conocida, y luego la recuperaba y volvía a perderla de vista, en Roma las cosas empezaban de improviso y terminaban por completo. Hice nuevos amigos, a los que luego dejé de ver, sin extrañarlos. Viví con una mujer, una profesora de La Sapienza y luego con otra, bióloga; la primera escapó y de la segunda me escapé. Pero de una manera o de otra cada historia quedó completamente cerrada. Vivir en el extranjero era como vivir en episodios.

En cambio, todos los conflictos de mi vida en Buenos Aires, por lejanos que fueran, seguían gravitando, ávidos, sobre mí. Cada carta que recibía era un rosario de cuentas pendientes. Ahí estaba la culpa por haber perdido de vista a Tarrés, mi único amigo verdadero, que me contaba en sus cartas el derrumbe de la empresa familiar, sus malabares con facturas impagas, o sus viajes por el interior de la provincia de Buenos Aires, pasando películas y luchando con viejas máquinas de proyección.

Ahí estaban las cartas que avisaban de la suerte corrida por conocidos y por desconocidos, y que a menudo pedían noticias sobre otros conocidos y desconocidos, pero todos lo hacían en la lengua críptica de la paranoia. Así, lo que estaba en el centro de la carta era algo sin importancia, mientras que la verdadera información parecía formar parte de una colección de impulsos y distracciones. Ahí estaban las cartas de mi madre, llenas de detalles de la vida cotidiana, y las de mi padre, anodinas y lacónicas, que prolongaban y congelaban su antiguo silencio. También las cartas de Lemos, que reclamaban la antigua tarea.

Todo lo que me rodeaba en Roma era provisorio. Los muebles de segunda mano que llenaban mi mínimo departamento, los libros que compraba, la gente que veía: de todo terminaría por deshacerme.

Una mañana Ignacio me dio un papel —un volante que habían pasado bajo la puerta, publicidad de una tarotista— donde había anotado en lápiz una dirección.

—Ayer llamaron por teléfono pero ya te habías ido.

—¿Quién es?

—Una argentina —tardó un segundo en encontrar el nombre—, Eleonora. Dijo que mañana entre 10 y 12 iba a estar dando una clase en esa dirección.

Eleonora, había dicho. Había pronunciado su nombre como una palabra cualquiera, como el nombre de una calle que vemos desde la ventanilla del auto para olvidarla al instante, como el nombre que un desconocido pronuncia en el tren.

Me quedé mirando el papel, cuyo contenido era claro, como si se tratara de un mensaje secreto. Podía no ir a la cita, podía escapar de Eleonora. Seguramente estaba de paso por Roma y en unos días se iría. Si resistía la tentación de verla, escaparía al poder del pasado. ¿De que servían los constantes intentos de inventarme una nueva identidad, alejado de Crámer, de Blasco, de Lemos, de las listas de nombres, de los mensajes cifrados, si ahora iba a verla? Pero la oficina de correo de los dioses no descansa, y sus telegramas pueden tomar cualquier forma, inclusive una dirección escrita en el volante de una tarotista.

Al día siguiente, después de preguntar y dar vueltas, llegué a una casa que parecía en ruinas. Un cartel anunciaba que se trataba de un centro cultural dedicado a Latinoamérica. No había nadie en la puerta, sólo una cartelera de corcho donde habían pegado con chinchas toda clase de volantes que anunciaban ciclos de cine mexicano, peñas folklóricas, clases de tango, cursos de cocina peruana, homenajes a Neruda.

Subí la escalera siguiendo el eco de una conversación. Pero los que hablaban pronto desaparecieron, como si fueran fantasmas. De afuera el edificio parecía pequeño, pero el interior se prolongaba en largos corredores y escaleras oscuras. No había nadie a quién preguntarle dónde estaba Eleonora, de manera que registré a conciencia el edificio. Un gato dormía

en el último escalón de una escalera de mármol. Detrás del cristal de una puerta la vi de pronto, y a pesar de que la buscaba me sorprendió encontrarla, como si buscar y hallar fueran acciones incompatibles. Era primavera y llevaba un vestido floreado; me pareció que el mismo vestido que había querido comprarle años atrás. Había dejado sobre la mesa unos lentes de sol.

Entré a la sala tan silenciosamente como pude. La puerta me delató con un chirrido de casa embrujada. Eleonora me miró con furia, cómo alguien se atrevía a entrar en el aula poco antes del final de la clase. Pero cuando me reconoció hizo un momento de silencio y se quedó mirándome con los ojos muy abiertos. Sentí que yo no era simplemente yo, sino el representante de una época, el cónsul furtivo de un país incomprensible. Temí que hubiera perdido el hilo de lo que estaba diciendo. Me hizo un saludo con la mano. Salí de la sala para que pudiera terminar su clase.

La esperé afuera, bajo una claraboya que dejaba caer una luz del color de las nubes. Tenía la sensación de haber cometido un error, de haber atravesado un límite invisible. Pero sabía que si tenía alguna posibilidad de perdonarme era por no haber pronunciado su nombre. Ahora su nombre me pertenecía, ahora su nombre era más mío que suyo. Que ella se quedara con su Eleonora Bartoldi; el otro, Eleonora Colina Ross, con el apellido para ella abominable, me pertenecía.

Ruidos de sillas que se movían y murmullo de conversaciones: la clase terminaba. Un círculo de asistentes la seguía con demoradas y urgentes inquietudes en español y en italiano. La comitiva cruzó el umbral y avanzó unos pasos por el pasillo, todo a una lentitud exasperante. Considerados uno por uno, no resultaban del todo extraños, pero en conjunto tenían algo monstruoso, como si cada uno estuviera dotado de un rasgo que lo hacía memorable, a la manera de los personajes de Dickens: el hombre del bastón con empuñadura de plata era demasiado pálido, el adolescente de pecas parecía un niño de 12 años con la altura de un adulto, la mujer de negro tenía unas pestañas postizas descomunales y agitaba frenéticamente un abanico chino, el joven de barba negra tenía una herida en una oreja.

Tuve que esperar a que el pequeño círculo se desarmara uno a uno. Todos partían de inmediato, como si se les hubiera encomendado una

misión que debía cumplirse al instante. Quedó el de la herida en la oreja, empecinado en formular una pregunta que constaba de balbuceados capítulos. Por fin me acerqué lo suficiente como para que Van Gogh se marchara. Eleonora tendió las manos hacia mí. Nos abrazamos con torpeza.

—¿Hace cuánto que estás en Roma?

—Cuatro días, ésta es la última clase.

—¿Y me llamaste el último día?

—Me costó encontrarte. Además no me voy hoy, me voy mañana.

Ella tenía en sus manos una serie de hojas mecanografiadas entregadas por los alumnos.

—*Los secretos que guardamos.* ¿Te contaron ellos sus secretos?

—No te rías. Los hago escribir a partir de secretos familiares, de cosas que oyeron en la infancia y que no entendieron, de libros que les prohibieron leer, de cosas que vieron y no deberían haber visto. Les pedí que no me trajeran nada la última clase, pero siempre pasa lo mismo. Ahora voy a tener que contestarles por correo.

Caminamos hasta tarde por la orilla del río. Hablamos de viejas películas, hablamos de Buenos Aires; esquivamos, sigilosos, todos los temas importantes: la suerte de los amigos, la incertidumbre en la que vivíamos, su padre. Ninguna mención al Círculo de Criptógrafos de Buenos Aires. Jugábamos a que todo era nuevo, a que nos veíamos por primera vez.

Pasamos junto a un violinista que reconoció que éramos argentinos y empezó a tocar «Por una cabeza» con ritmo de polca. Dejé caer unas liras en el sombrero agujereado. Después fuimos a mi departamento. Estaba, como siempre, ordenado, pero no había nada en las paredes, no había ningún mueble que valiera nada, y ella me dijo:

—Parece como si te fueras a ir mañana o como si hubieras llegado ayer.

—Llegué ayer y me voy a ir a mañana. Es lo que me digo cada día.

—¿Adónde te vas a ir?

—Voy a volver. Como todos.

—Sí, claro, en el año dos mil.

La abracé. Oía su respiración junto a mi oído, y sólo quería quedarme así, largo rato, sin una sola palabra, sin la pesada obligación de recordar nada ni de planear nada.

Se despertó a las once de la mañana y me habló de un tren que acababa de partir y de obligaciones y urgencias que la esperaban en Madrid. Se quedó tres días conmigo; tres días que tuvieron el aire irresponsable de lo perfecto. Me pidió que no hablara de su padre ni de las cosas que habían pasado. Acepté. Ese pacto tenía para mí el sabor de una absolución.

Volvió a Madrid, vació el departamento, malvendió muebles y abandonó libros, y poco después llegó a Roma, agotada, sin voz y con 38 de fiebre. La voz volvió, la fiebre se fue y desde ese día vivimos juntos. Las cosas antes habían sido complicadas, pero ahora todo era simple y sencillo: estábamos en el extranjero, que es siempre, igual que las valijas, un resumen de la vida.

Cada tanto Eleonora me dejaba saber cosas de su vida. Había salido de Argentina en octubre del 76. Aun dentro del avión, mientras esperaba el momento del despegue, tenía miedo de que la fueran a buscar. Ocupaba uno de los últimos asientos, en la zona fumadores, y fumó un cigarrillo tras otro hasta que el atado se le acabó. Conservaba la carta de embarque del avión y la había puesto en un portarretratos: el modesto trofeo que otorgan las huidas. Vivió dos años en México, y se casó con un médico, un pediatra, pero el matrimonio duró siete meses.

—Se cansó, el pobre. Las llamadas telefónicas a cualquier hora, las reuniones de improvisado. Los argentinos en sí mismos ya son insoportables, me decía, pero los argentinos exiliados superan todo lo imaginable.

Después se había ido a Barcelona, porque alguien le había prometido trabajo en una editorial. Aquel asunto había fallado y había trabajado de lo que había podido: tradujo manuales de herramientas eléctricas, limpió mesas en un bar, enseñó español a extranjeros, sobre todo a alemanes y holandeses. Con el tiempo consiguió un puesto en una universidad, en la biblioteca. Completaba fichas, acomodaba los libros. Usaba unos guantes de goma, porque el papel y el polvo le secaban la piel de las manos. Siempre perdía los guantes.

Una mañana vino a visitarla una amiga de México y le trajo unas cartas que habían llegado a su viejo departamento en el DF. Eran tantas que habían trabado la puerta. Eleonora las puso sobre la mesa de su casa y empezó a clasificarlas. Algunas las descartó de inmediato, con el placer que da

sacarse papeles de encima; otras eran de amigos, a los que había que responder. Y cinco eran de su padre. Éstas las dejó sin abrir, como había hecho siempre. Las veía cada mañana, sobre una mesa, al lado del teléfono, obstinadas. No quería saber nada de su padre: ni verlo, ni escribirle, ni hablar por teléfono.

Fue entonces cuando se le ocurrió la idea de empezar a trabajar con los secretos. Era hija de alguien dedicado al secreto, había formado parte del Círculo de Criptógrafos, había pasado su juventud hablando de secretos, había juntado horas de grabaciones con gente contando sus secretos (material perdido a causa del súbito abandono del departamento de la calle Uruguay). No había otro tema que le perteneciera tanto como ése. Escribió artículos, a mitad de camino entre la reflexión y el recuerdo de los secretos que había grabado en los tiempos de la facultad. Empezó a dar una especie de taller literario *sui generis* donde los participantes escribían a partir de todo aquello que les habían ocultado (o que habían ocultado ellos mismos).

—El taller es un imán para los locos.

—¿En Madrid también?

—En Madrid y en Barcelona. Solitarios, melancólicos, paranoides, argentinos. Pero resultó: en poco tiempo dejé de vestirme en las liquidaciones de El corte inglés.

Todavía no había terminado el libro, seguía trabajando en él, hacía continuos agregados y modificaciones. Había empezado por estudiar los diferentes modos de secreto que recorrían la literatura: el autor del crimen en la novela policial, un antiguo misterio en el cuento fantástico. Pasaba luego de la literatura a la vida cotidiana: los secretos entre amigas, la formulación de los deseos (que deben ocultarse, para que puedan cumplirse, ya sea frente a la torta de cumpleaños, o bajo un puente sacudido por un tren, o ante la caída de una estrella fugaz), los secretos entre hombres, los secretos en el matrimonio.

—¿Y las cartas de tu padre?

—En una caja de zapatos.

—¿Las abriste?

—No. Cerradas sirven de inspiración, abiertas no sirven para nada. Colina Ross se terminó para mí.

Algo debía haber pasado justo antes de que se fuera del país para que nunca más volvieran a hablarse. La imaginación es rutinaria, y yo pensé en algún escándalo final con colegialas o chicas del interior. Sabía que no podía preguntar y no pregunté. Me hizo prometerle que no mencionaría a su padre en su presencia.

OceanofPDF.com

Noticias de Colina Ross

A comienzos del verano compramos un auto usado, un Fiat 500 de color azul, y fuimos a la casa que una de sus amigas tenía cerca de Pisa, y desde donde había pocos kilómetros hasta el mar. Eleonora estrenó una bikini blanca que le quedaba espléndida, y parecía no cansarse nunca de entrar en el agua.

Vino luego un otoño suave seguido de un invierno especialmente duro, que mostró todas las deficiencias del pequeño departamento a la hora de las temperaturas extremas. Las ventanas cerraban mal, la estufa eléctrica se descompuso, desayunábamos con tres capas de ropa. Eleonora se movía por el departamento con una manta sobre los hombros.

—¿Qué estamos haciendo acá, sin plata, con frío? Volvamos.

—¿A dónde?

—A Buenos Aires.

—¿Vos estás loco?

—El clima cambió. Se nota en las cartas, en las noticias.

—Ellos son los que dicen que todo está mejor. Es parte de su propaganda. Los generales dejan que les hagan caricaturas, para fingir que se puede publicar cualquier cosa.

—Ya mataron a todos los que querían matar.

—A lo mejor les quedan algunos todavía.

Eleonora nunca me preguntaba sobre mi larga temporada en el reino subterráneo del mayor Blasco. Yo le había hablado de la oficina de los hombres pálidos, y ella me había dejado hablar sin hacer ninguna pregunta, sin pedir ninguna precisión. Yo pensaba que era una muestra de pudor o cautela. Nunca antes había hablado de esto con nadie, y ahora empezaba a encontrar palabras para contarlo. Y a medida que lo contaba lo organizaba, inclusive en mi memoria, en pequeños episodios; suprimía el miedo repetido, el aburrimiento, el frío, el dolor en los huesos, que eran lo cotidiano, por hechos precisos y únicos.

Había aprendido también a darle a nuestro trabajo un matiz más teórico que práctico: no hablaba de los mensajes descifrados, de las conversaciones grabadas, de las fotografías miradas con lupa, sino de los comunicados, las revistas, los libros quemados o con restos de tierra, la obsesión de Blasco por el lenguaje revolucionario. A veces me imaginaba a mí mismo discurriendo ante un borroso tribunal, explicando con un tono razonable lo inofensivo que era todo aquel trabajo subterráneo. En mis fantasías yo era el único que hablaba, nadie me interrumpía, nadie me pedía más explicaciones; pero había en quienes me escuchaban una especie de dejo de impaciencia, como si aguardaran que yo pasara a hablar de cosas más importantes. Y eso nunca sucedía.

Había postergado el momento de hablarle a Eleonora del mensaje, prefería que aquélla fuera una historia tan lejana como fuera posible. Pero creía que debía saberlo, que tenía derecho a conocer el oscuro tránsito de su nombre. Una noche en la que habíamos abierto una botella de Chianti y estábamos en la cama con todas las frazadas sobre nosotros, escuché de mi voz —como si fuera la voz de otro—, el nombre de Barnes. Claudio Barnes, su amigo desde los tiempos del secundario, muerto a la salida de un bar de la Avenida Federico Lacroze. Le hablé de la visita que me había hecho, mientras yo me abocaba a la frustrada traducción de *Vidas imaginarias*. Le hablé del mensaje que me dejó en el bolsillo. Hubo entonces un asomo de inquietud, porque entendió de inmediato que aquello era un prólogo, que lo importante vendría después. Resistió el impulso de decirme que me apurara, que terminara la historia. En cambio dijo, con simulada paciencia:

—Barnes siempre fue un loco. Excéntrico desde los 13 años. Antes de que fuera «el pelado Barnes», era «el loco Barnes».

—Cuando recibí el mensaje pensé lo mismo: que estaba loco.

—A los otros les gustaban los uniformes, los grados militares, las órdenes. A Barnes no, a él le encantaba la otra parte de la vida clandestina: susurros, señales, llamadas misteriosas.

—Pero después ese mensaje volvió.

—¿Cómo volvió?

—El mayor Blasco me insistió para que le encontrara un significado. Y Lemos también. Parecía más interesado que Blasco. Sigue interesado.

—¿Y qué decía el mensaje?

Preferí explicarle, ya con la perversión del que no se resigna a abandonar la historia que brevemente lo cobija, cómo lo había descifrado. Si el mensaje no era para Lemos, era para Crámer. Y al pensar en Crámer, pensé en Maldany.

—¿Esa era la palabra clave, *Maldany*?

—*Maldany*... Sólo un discípulo de tu padre podría haber cifrado... o descifrado, ese mensaje. Un discípulo o un enemigo, como Crámer.

—Barnes era un discípulo de mi padre.

—Yo también.

Esperé a que ella preguntara.

—¿Qué era el mensaje? —dijo al fin.

—Tu nombre.

—¿Mi nombre?

—Tu nombre verdadero. Tu nombre completo: Eleonora Colina Ross.

Consideró un segundo la respuesta, con el aire de una profesora que medita si los balbuceos de un alumno pueden dar por contestada una pregunta.

—¿Por qué Barnes tenía mi nombre escrito en clave?

—No sé. Pero debía ser algo importante para él. Cifrar ese nombre fue lo último que hizo. Alguien te tenía que buscar. O alguien tenía que llevarte algo. O encargarte algo. Quién sabe. No tenemos a quién preguntarle.

Por supuesto que sí teníamos a quién preguntarle: a Lemos. Pero era la última persona en el mundo con la que se me habría ocurrido hablar.

—¿Lo veías a Barnes en esa época? —pregunté.

—Ya no veía a nadie. Dejé el departamento en el momento justo, no pude llevarme nada. Perdí todo, hasta las cosas que guardaba de mi madre. Durante meses me la pasé de un lugar a otro. Un departamento en el centro, un chalet en Escobar, una casa en el Tigre. Llegué a dormir una noche en casa de mi padre. Imaginate.

—No lo puedo imaginar.

—El escondite perfecto. Dormí en uno de los cuartos clausurados por mi abuela. La cama estaba rodeada de maniquíes de costura, cuadros apoyados en el piso, arañas de cristal. Me custodiaban una Venus de Milo y un enano de jardín. Me desperté en medio de la noche, con temor de que las cosas fueran a aplastarme.

No volvió a hablar de Barnes ni de Colina Ross.

Tuve noticias del profesor ese mismo invierno.

Mi primo había conseguido la representación de una marca de soldaditos suiza, un negocio por el que había trabajado largo tiempo. La *vedette* de esta casa eran las réplicas de la Guardia suiza del Vaticano, cuyos uniformes eran representados con colores brillantes y un realismo absoluto. Para festejar la firma del contrato, que le daba un singular prestigio a su negocio, Ignacio organizó una jornada de charlas en el primer piso de un hotel de Roma. Su dueño era uno de los coleccionistas más fervorosos, así que mi primo no tenía que pagar nada por el salón.

Días antes del encuentro recibió la noticia de que uno de los oradores había muerto de un ataque cardíaco. Me pidió que lo reemplazara con alguna charla sobre temas bélicos. Le dije que lo único que sabía era la historia de los códigos secretos.

—Cualquier cosa, lo que sea —respondió, con gran interés por el tema de mi futura conferencia.

Un día antes me advirtió que debía ir con saco y corbata. Para ese entonces yo hablaba bastante bien el italiano, pero no podía improvisar, porque la búsqueda de una palabra podía hacerme perder el hilo. Escribí lo que iba a decir en una Olivetti lettera de color rojo que había comprado en un negocio de cosas usadas.

Me puse un saco de un color azul un poco estridente, que había conseguido en una liquidación, y una corbata que me prestó mi primo, porque hasta entonces no me había visto en la obligación de comprarme una. Llegamos temprano al hotel y subimos al primer piso. Era un edificio del siglo XVIII agobiado de muebles enormes, cortinados púrpura y lúgubres retratos de misteriosos obispos velados por la telaraña. Allí armamos unas

mesas con un ecléctico elenco; miembros de la guardia suiza, indios sioux, sacerdotes aztecas, samurais, tropas francesas de la Gran Guerra con máscaras antigás. Había también cañones y catapultas. No dejábamos de movernos para conservar el calor. Ignacio sacó con disimulo una petaca de plata de su bolsillo y tomó un trago.

Los asistentes empezaron a llegar, todos con sus puros encendidos, como para dar algo de humo a las inmóviles batallas en miniatura. Había unas treinta sillas tapizadas de rojo, y casi todas fueron ocupadas. Por supuesto, no había ni mujeres ni jóvenes en el público. Aburrido pero igual nervioso, asistí a las otras conferencias: la representación de Napoleón en la pintura, un panorama de las distintas clases de moldes para miniaturas de plomo, la evolución de los mecanismos a cuerda, la historia de los juguetes de latón pintado. Apenas me llegó el turno y tuve que subir a la tarima, me di cuenta de que había elegido un tema inadecuado: el modo como los norteamericanos rompieron el código japonés a finales de la Segunda Guerra Mundial. Los asistentes me miraban con el apático rechazo que despertamos siempre los recién llegados. Además ellos reunían en sus casas soldaditos de plomo; les interesaba lo que la guerra tenía de visual y público, no de íntimo y secreto. Criptógrafos y espías tenían por oficio la ausencia: ni uniformes ni armas. ¿Acaso se vendían miniaturas de Sorge, o de los miembros de la Orquesta Roja?

Cuando terminé de leer la conferencia y volví a mi asiento se me acercó un hombre de pelo completamente blanco. Tendría unos setenta años pero se notaba que estaba en buen estado, y quemado por el sol, como si acabara de llegar del extranjero. Le hacía falta un corte de pelo, lo que hizo que le tuviera simpatía: siempre me ha gustado la gente que se olvida del amargo trámite de ir a cortarse el pelo. Pensé que era uno de los coleccionistas, y me apresté para recibir una lección de algún tipo, ya que no preguntaban, sólo sabían responder.

—¿Miguel Dorey?

—Sí.

—Ulisse Donadio... —Me tendió una mano que lucía un anillo grueso de oro, con sus iniciales—. Vi en el diario su nombre, por eso vine.

—¿Nos conocemos?

—Verá, soy siciliano, de Palermo, pero dirijo desde hace años un centro de estudios en la Universidad de Bolonia. En una época recibíamos una publicación de Buenos Aires, los *Cuadernos de la Esfinge*. Usted escribía a menudo ahí.

—Buena memoria.

—Somos pocos los que nos dedicamos a jugar con las letras y los símbolos... Yo seguía con mucha atención aquella revista. Inclusive intercambié varias cartas con un muchacho... No recuerdo el nombre... una especie de secretario de la revista...

—Fabiani.

—Eso es. Pero bueno, de un día para otro dejé de tener noticias del Círculo de Criptógrafos de Buenos Aires. Mandé una carta, pero no me respondieron. Se disolvió, me imagino.

—Se disolvió.

—¿Peleas?

—De todo un poco.

—Los académicos somos gente difícil en todas partes. Celos, intrigas... Bueno, yo quería hablarle de un amigo que tenemos en común: Ezequiel Colina Ross. Y de su amistad con Maldany.

Volví a mirarlo: era un emisario del pasado, un empleado ocasional de la oficina de correos de los dioses.

—Cuando yo era muy joven llegué a completar uno de esos cuestionarios que Alexander Maldany enviaba a todas las universidades, mientras investigaba la lengua de Dédalo. El cuestionario no era para mí, sino para el jefe de cátedra, pero me pidió que me ocupara del asunto. Creía que Maldany era un loco y que no valía la pena ocuparse del asunto.

Un nuevo conferencista había subido al estrado y miraba las hojas que se proponía leer. Con algún pavor el público admiraba la extensión del escrito.

—Silencio, ya empieza una nueva conferencia —dijo Donadio—. Van a hablar sobre catapultas: buena oportunidad para salir despedidos.

Salimos a la calle y el frío me desanimó. El viento se empeñaba en despeinar a las mujeres. Caminamos unos pocos metros y entramos en un

pequeño café de mesas diminutas y redondas. Pedí un ristretto y él una grappa.

—Por el frío —bebió la grappa de un trago, admirablemente—. Odio el frío. Los sicilianos no estamos acostumbrados a esta temperatura.

—¿Cuánto hace que enseña en Bolonia?

—Muchos años. Toda una vida. Iba de visita a Palermo cuando vivía mi madre. Ya no voy más. En la casa vive mi hermana, soltera, recluida como una monja, las ventanas siempre cerradas. En esa casa nunca entra la luz del sol. Dice que los tapices se destiñen con la luz.

—Me decía que conoció a Colina Ross.

—Lo conocía de nombre, por supuesto, de los tiempos de los *Cuadernos de la Esfinge*. Sabía de su amistad con Maldany. Aproveché un viaje que tuve que hacer a la Argentina y fui a visitarlo. Quería saber si había guardado su correspondencia. Maldany estuvo olvidado durante muchos años, pero en los últimos tiempos hubo una especie de fiebre entre los historiadores. El nombre de Maldany empezó a repetirse en publicaciones académicas y en los pasillos de las universidades. Los departamentos de arqueología empezaron a ofrecer importantes sumas de dinero para comprar lo que sea. ¡Qué gran peligro el dinero en manos de académicos!

—¿Y qué le dijo Colina Ross?

—Un sábado me aventuré hasta La Plata, y fui a la vieja dirección que tenía. Yo no sabía si seguía viviendo en la misma casa, ni siquiera sabía si estaba vivo. Pero lo encontré, me invitó a pasar y me convidó un *whisky* bastante espantoso. Me contó que se había escrito con Maldany. Las cartas de Maldany siempre eran bastante largas, me dijo, como si las hubiera empezado con el fin de contar algo que nunca se decidía a contar. Pero el género confesional no era para él. Nunca hubo cartas en el mundo que incluyeran con tan poca frecuencia la palabra yo. Colina Ross recordaba haber leído en alguna parte que cierto emperador chino había reservado para sí el uso de la primera persona singular; nadie más en todo el imperio podía decir yo, bajo pena de que se le cortara la cabeza. Maldany, decía Colina Ross, era de los pocos que, muchos siglos después de la muerte del emperador chino, seguía cumpliendo con su edicto.

—¿Y los papeles? —me inquieté.

—Le ofrecí una suma interesante. Me dijo que no los tenía. Yo subí un poco la oferta, hasta el límite de los modestos fondos de mi instituto. Entonces me dijo que no conservaba ni una sola carta de Maldany. Nada del resto de sus papeles.

Donadio se acercó a mí con aire de complicidad. Parecía disfrutar del secreto.

—Me dijo que una persona vino a buscar esos papeles, y que sin pagar nada, sin ejercer violencia, sin robarlos, se los llevó. Que el mismo Colina Ross le dio un bolso para que se llevara esos papeles. ¿Puede creerlo?

—¿Le dijo cómo se llamaba esa persona?

—Crámer. Víctor Crámer. No sé si con c o con k.

Había perdido hacía tiempo toda esperanza de dar con los papeles de Maldany, pero aun así sentí una decepción que me dejó mudo. Y sin embargo no podía creer aquello: Colina Ross entregando su amarillento tesoro a su antiguo enemigo.

—¿Con c o con k? —repitió.

—Con c.

—¿Lo conoce?

—Sí.

Terminé mi ristretto y pedí otro. Donadio repitió su grappa, que volvió a beber de un trago.

—Este Crámer... ¿era amigo del profesor? —quiso saber.

—Se odiaban.

—¿Se odiaban? —preguntó, como si no entendiera el significado de la palabra.

—Se odiaban.

—Pero se respetaban...

—No. Se odiaban sin necesidad de respeto.

Traté de imaginar la escena: Colina Ross cediéndole todos sus papeles —toda la memoria de su amistad con Maldany— a Crámer. Imaginé la casa de Colina Ross, imaginé la penumbra, los estantes polvorientos. Imaginé a Crámer. El profesor servía dos vasos de *whisky*. Crámer, abstemio, imbuido siempre de su eterna pureza, no probaba una gota.

—¿Y sabe dónde puedo encontrarlo a Crámer? Quisiera hacerle una oferta.

—Hace años que no lo veo.

—¿Salió de la Argentina?

—Tampoco sé.

No dejó que mis pobres respuestas lo desanimaran; empezó a desgranar ante mí sus recuerdos de Buenos Aires. Quise pagar pero insistió en pagar él. Salimos. El frío me cortó la respiración. Me dio su tarjeta.

—El teléfono es el de mi casa. El de la universidad nunca lo atiende nadie. Haga el favor de contarme si sabe algo de esos papeles. Y si tuviera un artículo sobre nuestro pequeño *hobby* de los mensajes secretos... le estaré eternamente agradecido.

Donadio se alejó caminando rápido. La tarjeta era amarillenta y estaba arrugada.

Volví al hotel. Las conferencias habían terminado y ayudé a mi primo a sacar a los ejércitos de plomo de las vitrinas y devolverlos a sus cajas. Me dijo que había sido un éxito, y bebió un último trago de su petaca de plata.

OceanofPDF.com

Volver

No le dije a Eleonora que había recibido estas extrañas noticias de su padre, pero durante días, cada vez que me quedaba solo (en general frente a un sinnúmero de soldaditos por embalar) me preguntaba por qué el profesor le había entregado a Crámer los papeles de Maldany. Me hubiera gustado saber qué opinaba ella de ese misterio, pero yo sabía que apenas nombrara a su padre, su humor cambiaría de inmediato. Y no obtendría ni la promesa de una conjetura.

A medida que pasaban los días Eleonora iba fijando cuadros, instalando cortinas, comprando muebles no desarmables, acumulando libros. Trataba de hacer de mi departamento alquilado una casa de verdad. A mí me inquietaba la acumulación de objetos, como si el mero peso nos hundiera en territorio italiano y borrara la posibilidad de la partida. Yo quería volver a la Argentina, ella no. Me decía que era una insensatez, que los rumores de que la cosa estaba tranquila eran un cebo del mismo gobierno para atrapar a incautos y nostálgicos. El año 79, me decía, había demostrado lo que significaba el regreso: los esperaban en aeropuertos, en puestos de frontera, en estaciones de micros, y los cazaban uno por uno. Pero los días pasaban; los exiliados se intercambiaban cassettes TDK de 90 minutos con programas de radio y ejemplares de la revista *Humor* y artículos periodísticos recortados de diarios y de revistas, fotocopias de fotocopias cuyas letras espectrales había que leer con lupa. Los exiliados estudiaban esos artículos, grabaciones, libros tratando de ver si era posible volver, o si aquella tolerancia formaba parte de una complicada trampa.

Nos pusimos un plazo de seis meses para que yo volviera. Pero mi regreso se anticipó bruscamente: mi madre llamó una noche para decir que mi padre estaba internado. Si quería llegar a verlo con vida, tenía que viajar de inmediato.

Mi primo y Eleonora fueron a despedirme al aeropuerto. Ignacio me había hecho una serie de encargos, y continuamente me los recordaba. Me

había dado unas revistas de temas militares y unas láminas con uniformes que debía llevar a un taller donde hacían soldaditos, en Quilmes, para que los usaran como modelos. Además debía comprar una serie de piezas en un local que estaba en la calle Libertad y otro en una galería de la calle Lavalle, donde no sólo vendían soldaditos sino toda una memorabilia de la guerra: cascos, medallas, granadas, pistolas Luger.

—Me van a hacer una partida de personajes del nazismo, con esvásticas y todo. Como en Alemania están prohibidas las representaciones de personajes del Tercer Reich y los símbolos nazis, los coleccionistas de allá se desesperan por el estandarte con el águila negra, con un Göring, con un Hitler.

En el avión me llevé para leer *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzati. Había leído esa novela muchísimos años atrás, en una edición tan vieja que Buzzati firmaba con su nombre completo: Dino Buzzati Traverso. La novela se había vuelto a poner de moda porque Valerio Zurlini acababa de hacer una película en un desierto de Irán.

Me había encantado la fábula del pobre teniente Drogo, que en los confines de un imperio borroso espera a unos tártaros que justifiquen su vida. Acaso podría escribirse, pensé, la fábula opuesta: una fortaleza asediada día tras día por repetidos tártaros, donde un joven teniente sueña con que los invasores se cansen o desaparezcan. Porque a mí, al fin y al cabo, no me parecía tan malo lo que atormentaba a Drogo: la ausencia de los tártaros.

Viajé a San Pablo en un avión de Varig y crucé la frontera en ómnibus, porque se suponía que los controles en los puestos de gendarmería en Misiones eran menos rigurosos que en Ezeiza. En medio de la noche la gendarmería detuvo el ómnibus, pero estábamos en 1981 y habían pasado los tiempos en que buscaban subversivos: solamente mercadería de contrabando, sobre todo electrodomésticos. Dieron al saqueo un aire de formalidad: instalaron en medio de la ruta un pequeño escritorio, una máquina de escribir con hojas y carbónico. Entonces un escribiente se puso a dactilografiar a la luz de un farol de querosene la mercadería incautada:

dos televisores, un equipo de música, una gran bolsa llena de remeras Hering, unas revistas con chicas desnudas. Robaban todo lo que podían, y sin embargo le hacían ese homenaje al orden: poner todo por escrito.

En Liniers me esperaban mi hermana y su esposo. Habían dejado por unos días su hotel en Córdoba, y a sus hijos. Mi hermana me abrazó y no me soltaba; pero su esposo le dijo algo en el oído y empezó a avanzar rápido hasta el auto.

Le dije a mi hermana que la veía espléndida y rejuvenecida. Mentiroso, dijo, hace dos noches que no duermo y casi no pruebo bocado, tengo ojeras. Subimos rápido al Taunus de mi cuñado. Mientras viajábamos hacia Ramos Mejía fueron poniéndome al tanto de las noticias familiares. El hotel que tenían en Córdoba había estado a punto de cerrar, porque era muy barato viajar al exterior, todo el mundo se iba a Miami y volvía con la valija llena de ropa y cámaras y televisores y videocaseteras. Pero ahora se estaban recuperando, muy de a poco. Habían terminado de construir una pileta de natación para los huéspedes. Hasta tenía trampolín. Mi sobrino estaba en cuarto grado, tenía problemas de conducta, estaba por tomar la comunión. Mi sobrina terminaba la primaria, tocaba el piano y sacaba en todo sobresaliente. En cuanto a mi padre, mi hermana respondía con una sucesión de informes médicos; a cada mejoría seguía una desmejora, a cada avance un retroceso.

—Pero le va a hacer bien verte.

Pude pasar por la casa de mis padres antes de salir rumbo al hospital. Cuando llegué eran las ocho de la noche. Mi hermana, previsora, me había dado una bolsita de la farmacia, para convencer al personal de vigilancia que llevaba unos medicamentos y así me dejaran pasar. Pero nadie me estorbó el paso ni me preguntó nada. Atravesé grandes pasillos desiertos que olían a desinfectante. Cuando entré en la habitación mi padre dormitaba. Era la primera vez en la vida que lo veía con barba de dos o tres días.

Mi padre no me reconoció de inmediato, me dio la mano, como si saludara a un desconocido. La mano estaba fría y apretaba sin fuerza. Traía conmigo una caja de bombones Bacci, que siempre le habían gustado, y

unos cassettes de ópera. Soy yo, le dije, soy Miguel. Entonces se abrieron las puertas de la memoria.

—Recuperaste un poco de color —me dijo—. Cuando te fuiste, parecías un muerto.

—El sol de Italia.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No sé todavía si quedarme o si volver a Italia. Si me quedo, voy a buscar trabajo.

—¿De qué?

—No sé, papá. Acabo de llegar.

—¿Y la criptografía?

—Ya tuve bastante de eso. Voy a tener que hacer algunos trámites a ver si puedo conseguir el título. En eso estaba cuando me tuve que ir.

—Trámites, trámites. Nos pasamos la vida haciendo trámites.

—Sí.

—Papeles muertos.

Nunca le habían molestado los trámites. Era abogado: daba importancia a cada paso de cualquier procedimiento, a cada letra de cada documento. Vivía en un mundo de papeles sellados y firmados. Papeles muertos. Algo había cambiado. Nos quedamos unos segundos en silencio. Descorrí las cortinas. Miré las ventanas iluminadas. Las vidas ajenas. Siempre me despiertan curiosidad los rituales de los otros, las cosas que hace la gente cuando cree que nadie las ve: una mujer fumaba mirando al vacío, un hombre abría la heladera y se quedaba mirándola largo rato, una adolescente bailaba en silencio (en silencio para mí, que estaba lejos). Miré después las cosas que le habían dejado a mi padre las sucesivas visitas: una revista *Somos*, diarios de los días anteriores, pastillas de menta, un ejemplar de la revista *Libro elegido* (que traía con cada entrega un resumen de diez o doce libros exitosos, para que uno pudiera hablar de ellos sin necesidad de haberlos leído), una novela de Morris West. De pronto dijo:

—Cuando estudiaba el bachillerato en el Colegio San José, todos preferíamos confesarnos con un cura polaco que nadie sabía de dónde había salido, porque hablaba mal el castellano y no entendía nada de lo que decíamos. No importa cuáles fueran nuestros pecados, decía con su acento

áspero: «Dos padrenuestros, dos avemarías», y listo. Confesarnos con otro nos hubiera avergonzado. Pero con él nos animábamos a decir la verdad. Le confesabas una mentira y la penitencia era «Dos padrenuestros, dos avemarías». Si alguien le hubiera confesado un adulterio, un sacrilegio, un crimen, la penitencia hubiera sido la misma: «Dos padrenuestros, dos avemarías». Tiempo después, ya estudiante avanzado de Derecho, cursé un seminario sobre derecho canónico, y tuve que ir a buscar unos libros a la biblioteca del seminario de Villa Devoto. En la biblioteca encontré al cura polaco, inclinado sobre un libro en latín. Me acerqué a saludarlo, aunque pensaba que no iba a lograr hacerme entender. Elegí las palabras con lentitud y cuidado, como si hablara con un niño de dos años. «Hable tranquilo, entiendo perfectamente», me dijo. «Qué bien habla ahora, padre. Me acuerdo que antes...» «Yo siempre hablé bien», me respondió. «Yo siempre entendí todo».

Como si el esfuerzo de hablar o de reconocerse hubiera sido demasiado, mi padre se quedó dormido.

Contra todo pronóstico mi padre se recuperó; mi madre atribuía el milagro a mi llegada. En quince días volvió a su casa y decidió dejar de trabajar. Cedió los asuntos que tenía pendientes a un colega más joven, a quien alquiló el estudio. Stella Maris, su secretaria, tuvo así un nuevo señor, lo que alivió a toda la familia, porque todos estaban preocupados con qué haría Stella Maris cuando mi padre se jubilara. Temían que se tirara por la ventana del estudio.

El doctor Dorey jamás había regado una planta: empezó a cuidarlas, a hacer injertos, a leer manuales de jardinería. Tomamos la costumbre con mi hermana de regalarle semillas exóticas, bulbos de tulipanes, herramientas importadas, sombreros de lona, tijeras de podar. Basta que alguien adquiriera un nuevo pasatiempo para que los que lo rodean lo consideren una pasión, una misión en la vida, y conviertan la afición en destino, a través de comentarios insistentes y exagerados tributos. Somos distraídos, ambiguos, inconstantes; pero queremos que los demás sean de una sola pieza.

Con Eleonora finalmente decidimos que yo me quedaría en Buenos Aires y que ella se ocuparía de deshacer el departamento de Roma. Mejor reservar nuestros ahorros para el nuevo hogar en Buenos Aires que para pagar otro pasaje de avión. Cada vez que hablábamos por teléfono (llamadas breves, porque era carísimo hablar), me agobiaba con los detalles de la trabajosa mudanza. Me preguntaba si quería conservar tal mueble o tal otro, ¿y la vajilla?, ¿y el cuadrito aquel de la mujer en la playa? Yo recomendaba que se deshiciera del todo. Pero ella insistía en mandar algunas cosas por barco. Le recordé los trámites que habría que hacer en la aduana de Buenos Aires, ese ritual de formularios, sellos y sobornos, y desistió.

Los primeros días me sentía vagamente confundido, como si hubiera acabado de bajar del avión. Aún no había llegado hasta nosotros la expresión «*jet lag*»: apenas existían el cansancio y la confusión horaria, sin que el nombre en inglés diera prestigio al embotamiento. Empecé a extrañar una cierta rutina que organizara mi vida. Además tenía que conseguir un trabajo antes de que las liras y dólares que había traído conmigo se me acabaran.

Alquilé un departamento en el barrio de Boedo, tratando de cumplir con las instrucciones de Eleonora: que fuera luminoso, que las ventanas dieran a la calle, que la cocina fuera grande (como si a ella le interesara cocinar). Sabía que le gustaría elegir los muebles, así que al principio compré sólo lo indispensable: una cama y algunas sillas. En la calle encontré una mesa con una pata rota. La traje al departamento, la arreglé, la pinté de blanco y la llamé la Mesa de las Cosas Pendientes. En vez de agenda tenía mi mesa, sobre la que ponía la cuenta de la luz o el gas, un velador que tenía que arreglar, cartoncitos con citas (de trabajo, con amigos, con el dentista) y más adelante, los exámenes de mis alumnos.

Empecé a dar clases de Literatura y de Filosofía en un colegio secundario del barrio de Once. Descubrí que con los años había ganado una extraordinaria paciencia para tratar con adolescentes; lo que irritaba a otros profesores, y que de más joven también me había irritado a mí, ahora me dejaba indiferente. Eso desconcertaba a los alumnos, que me trataban con cierto respeto. Se asombraban también de que pudiera descifrar su

caligrafía: tenían la vana esperanza de que uno, al no comprender, sospechara que los garabatos escondían la respuesta correcta. En los exámenes siempre pedían más tiempo, como si tuvieran una genialidad en suspenso que se reservaban para el final. Yo me empeñaba en transmitirles mis gustos poéticos pasados de moda: Rubén Darío, los siete sonetos medicinales de Almafuerte, Manuel Gutiérrez Nájera, el «Aulo Gelio» de Arturo Capdevila. Durante años los intelectuales de izquierda se habían desgañado hablando del escritor comprometido, y habían abrumado a la poesía de exigencias, pero el mejor poema sobre el tema era el largo «Aulo Gelio» de Capdevila, inocente de toda sospecha de izquierdismo:

«Mas en tanto que vano entretenías
con verdades minúsculas el alma,
las legiones del César por la tierra
el triunfo del inicuo dilataban.

Ni una censura te arrancó el injusto.
Ni una chispa de amor la turba esclava.
Tú sabías de Píndaro y de Homero,
de los dioses también; del Hombre, nada.»

¿Pero entendían mis alumnos algo del «Aulo Gelio»? Invariablemente lo llamaban Ay Rogelio.

Estaba ansioso por la llegada de Eleonora, pero también la temía. En Roma estábamos solos, el mundo entre paréntesis. Sin otros compromisos que los de la vida cotidiana. Pero en Buenos Aires seríamos asediados incesantemente por mi familia, su padre, los viejos conocidos, las cosas pendientes, la vida pasada, el miedo...

Los tártaros, los tártaros.

OceanofPDF.com

La «madre» del mensaje

A mediados de diciembre, un mes antes de la fecha prevista para la llegada de Eleonora, vi, al final de un pasillo, en el colegio de Once donde trabajaba, a Lemos. Estaba apoyado contra la pared, y fumaba con aire pensativo. Lo reconocí de inmediato a pesar de la camisa hawaiana, el pelo largo, el bronceado. Antes de que tuviera tiempo de verme, giré a la izquierda y bajé unas escaleras que daban a un patio. Había poca gente en el colegio: las clases ya habían terminado y sólo quedaban los alumnos que se habían llevado materias a diciembre.

Primero traté de convencerme de que no era Lemos sino alguien parecido. Después, ya fracasada esa tentativa, traté de convencerme de que no venía por mí: tal vez había tenido un hijo del que yo no tenía noticias, o estaba en pareja con una madre divorciada. Pronto corregí mis esperanzas.

Es Lemos y viene por mí.

Decidí postergar mi salida. Esperaba que Lemos se cansara de esperar. Pasé por la sala de profesores, sitio que evitaba cuanto podía, porque uno se condenaba a charlas incómodas y a ser testigo —y a menudo jurado— de peleas. Abundaban los litigios por la cafetera eléctrica sin lavar, por el uso de tazas ajenas y por la desaparición súbita de una porción de tarta de manzanas.

Advertí con alivio que en la larga mesa había una sola persona: la profesora Lopresti, de Actividades prácticas. Llevaba un alto peinado sostenido por *spray*, una obra maestra de la arquitectura contemporánea. Lopresti tenía cincuenta y cinco años, era soltera, vivía con su madre, no se iba de vacaciones, y los veranos le resultaban interminables. Esperaba ansiosa que llegara marzo, para volver a encargarles a los alumnos que hicieran la torre Eiffel con fósforos quemados o «El pensador» de Rodin tallado en jabón de lavar la ropa.

Frente a ella había una bandejita dorada de cartón con masas llenas de dulce de leche, crema *chantilly* y crema pastelera.

—Vi un pajarito muerto —dijo, a modo de explicación.

Me quedé mirándola extrañado.

—Le digo que vi un pajarito muerto y le jugué al 35. Como acerté traje masas para todos. Iba a traer una sidra pero me olvidé. ¿No quiere una masita?

Tenía náuseas, pero me dio no sé qué rechazarla y tomé un cañoncito de crema. Hacía 36 grados, comer el cañoncito sin líquido para tomar era como cometer sepuku. Estaba tan preocupado por la presencia de Lemos que me hubiera gustado compartir mi ansiedad con la profesora Lopresti, pero temía que no fuera la persona adecuada para esa clase de confianzas. Le deseé feliz Navidad y próspero Año Nuevo y salí de la sala. Pensaba escapar por la puerta trasera del edificio, que sólo se usaba para entregas de muebles o mercadería. Era un buen plan de escape, pero me salió al paso mi perseguidor, que trataba de prender un cigarrillo futuro con otro ya consumido. Me miró a través de sus anteojos de sol.

—Está prohibido fumar —dije.

—Sí, me imaginaba. En las escuelas están prohibidas todas las cosas buenas de la vida.

—¿Cómo me encontraste?

—Sé amable. Primero preguntame cómo estoy, qué hice estos años; inventá alguna excusa por la cual no pudiste responder mis cartas. Mostrá interés en cómo van mis cosas, si me casé (no), si tengo hijos (tampoco). Y entonces sí, preguntame todo lo que sabés que no voy a contestar.

Todo le daba un aire juvenil: la despreocupación sobreactuada, el pelo largo, la barba descuidada, el bronceado, que parecía natural y no de lámpara, una camisa floreada, cuyo logo era una tabla de surf, unas cuantas horas de gimnasio. No me hubiera sorprendido descubrir un tatuaje.

—¿Estuvieron de festejo? Ah, la vida loca de los profesores.

Yo me había olvidado del cañoncito con crema pastelera, lo tiré en el primer cesto que vi y me limpié el almíbar de la mano con el pañuelo. Caminamos por el pasillo hacia la puerta de salida. Fotos de alumnos de viejas promociones. En cada uno de los cuadros de delgado marco negro todos sonreían, menos uno: en medio de esos homenajes al propio porvenir, siempre hay uno que adivina de qué trata la cosa.

—¿Tenés auto? —me preguntó al llegar a la puerta.

—Sí. —Tenía el Peugeot 504 de mi padre, que había dejado de manejar. El cambio de dueño no le había sentado bien al coche: dormía a la intemperie, y yo no lo lavaba nunca—. Pero vengo a trabajar en subte. Nunca hay lugar para estacionar.

—Entonces vení conmigo. Te llevo a tu casa. Así en el camino podemos charlar.

Salimos a la calle. Me señaló un auto nuevo, importado, rojo, de alguna marca japonesa que yo no conocía, estacionado delante de la escuela, sobre el cordón pintado de amarillo y entre carteles de Prohibido estacionar. Subimos al auto. Había quedado al sol y el calor era insoportable. El auto olía a nuevo, como si acabara de salir del concesionario. Puso el aire acondicionado.

—Apenas estamos en diciembre y ya estás bronceado —le dije.

—Después de haber estado encerrado allá abajo, me dediqué a la vida al aire libre. En cuanto tengo unos días me voy a la playa. Aprendí a hacer surf, ¿sabías?

—¿Surf?

—Sí, surf. ¿Tiene algo de malo?

—No.

—Hay una parte física, pero también hay mucha observación. Mirar las olas, aprender a conocerlas.

—¿Seguís con esa compañía que tenías con Blasco?

—Claro. Cuando quieras un puesto en Security Corp...

—Tengo mi trabajo, gracias.

—¿Qué es lo que enseñás?

—Literatura de cuarto y quinto. Española, argentina y latinoamericana.

—¿Cuánto por mes? No, no me digas que me deprimos.

—Me alcanza. No tengo hijos. Me conocés: soy un hombre de gustos moderados.

—¿Y pareja, mujer, novia, o, como decíamos antes, *compañera*?

Pensé en Eleonora y quise expulsarla de mi conciencia, como si Lemos fuera capaz de leer el pensamiento:

—Tampoco.

Lemos puso un cassette: «Las cuatro estaciones».

—¿Te gusta la música clásica? La verdad que no tengo otra cosa, y no soporto la radio, todos se hacen los graciosos. ¿No es eso la desgracia de este país, que todo el mundo se hace el gracioso?

Lemos iba siguiendo la melodía con la mano derecha. Abandonó Rivadavia rumbo al norte. Nos alejábamos de mi casa. Ensayé una desvaída protesta: tengo treinta exámenes para corregir. Solamente una cerveza, dijo Lemos, y pensé que realmente no me vendría mal una cerveza.

Estacionó frente a un viejo bar en una esquina, cerca del Parque Centenario. Había sólo ventiladores de techo y se extrañaba el aire acondicionado del auto rojo. Pocas mesas ocupadas: hombres solos a quien el calor de diciembre ponía a prueba su fidelidad al bar. Lemos eligió una mesa junto a la ventana y pidió una cerveza con ingredientes. El mozo trajo un plato con pocas papas fritas y menos maníes.

—Esto es una tristeza. Traiga algo más. Somos viejos amigos que nos encontramos después de años.

El mozo volvió con queso, salamín, aceitunas. Lemos lo miró con aprobación.

—En el tiempo que trabajamos juntos, me di cuenta de que si bien existen ciertas reglas para analizar mensajes, esas reglas sólo sirven para continuar con el trabajo una vez que ya empezó. El primer paso, la punta del ovillo, es lo que no se puede enseñar ni explicar. Y para eso no existe ninguna regla. De los cuatro, eras el único que tenía verdadera intuición. Fingí que todos éramos iguales, porque a todos nos convenía eso; pero eras el que tenía el don, el que veía en la oscuridad. Y no dije nada. Y a pesar de todo no me considerás digno de una llamada telefónica, una carta.

—Todos nosotros, los hombres pálidos, somos portadores de malos recuerdos.

—Pero sobrevivimos. Y ya no estamos tan pálidos.

Un hombre de ochenta años, camisa blanca y tiradores, pasaba mesa por mesa dejando billetes de lotería.

—Pozo acumulado. ¿Quién quiere hacerse rico?

—Ya soy rico —Lemos le devolvió los billetes—. ¿Sabés por qué dejan los billetes de lotería estos tipos? Para que uno vea el número. Y le quede

grabado en la cabeza. Si llega a salir, aunque sea en terminación, uno se amarga. Ésa es la estrategia secreta.

—Yo no sería capaz de recordar ni la última cifra del billete.

—Sin embargo, estoy seguro de que aquel mensaje, con tantas letras, lo sabés de memoria.

—Sólo hay cuatro cosas que sé de memoria: «Mi noche triste», el poema de Borges «El remordimiento», el padrenuestro y el Himno a Sarmiento. Ah, y los sonetos medicinales de Almafuerte. Bueno, los tres primeros.

—Como ves, yo no me doy por vencido ni aun vencido. Decime cuál era el mensaje.

—Si en el sótano de Alem no lo resolvimos, a pesar de toda la inspiración del momento, menos ahora.

—Es un nombre que no te incumbe ni te importa. Decime el nombre y no me ves más en tu vida.

—Pasaron años. ¿Qué importancia podía tener ese mensaje? Ni a Blasco le debe interesar ya...

—Seguramente no, porque está muerto.

—¿Muerto?

—¿No sabías? Cáncer de pulmón. Fumaba tres atados por día.

Desde que había salido del sótano de Alem, siempre me había quedado la sensación de que el mayor Blasco podía aparecer en cualquier momento, para reclamarme por un trabajo urgente. Me parecía verlo en una calle atestada o en el fondo de un vagón de subterráneo, como solemos ver a los que han muerto, por esa especie de ilusión que provocan las multitudes y sus caras infinitas. Porque los cuentos ingleses nos enseñan que los fantasmas aparecen en casas abandonadas, en la soledad y el frío, pero para nosotros sólo hay fantasmas en la asfixiante indiferencia de una multitud.

—Murió en el Hospital Militar. Yo fui a verlo cada día, hasta el fin. Sus camaradas de armas también lo visitaban... querían saber dónde estaba su archivo. Su viuda, que vive en Belgrano, me dijo que cayeron a revisar la casa pero que no encontraron nada. La asustaron, pobre mujer. Uno la interrogaba mientras los otros daban vuelta los cajones.

—¿No te era difícil trabajar con él?

—No, para nada.

—Hizo matar a Cimer. A Cimer y quién sabe a cuántos más. Vos eras amigo de Cimer.

—Claro que éramos amigos. Jugábamos al póquer los jueves. Cimer ganaba siempre.

—¿No te acordabas de Cimer mientras conversabas con Blasco?

Por toda respuesta Lemos señaló una mesa con unos jóvenes de poco más de veinte años.

—Míralos —dijo.

Eran dos chicos y una chica, sentados junto a la ventana del bar. Rondaban los veinte años. En la mesa había una botella de Seven Up, un agua mineral y un tostado, que compartían. La remera de uno tenía la cara de Sid Vicious; la del otro, de lentes, un dibujo animado japonés. La chica, de pelo corto, tenía un aire levemente andrógino. Hablaban con monosílabos, se aburrían. De pronto uno se reía fuerte, y la risa desaparecía con la misma brusquedad con la que había surgido.

—Míralos.

—No hace falta que los señales.

—No, claro. Señalar es de mala educación, me decía mi madre.

—Los estoy viendo.

—¿Y qué ves?

—Chicos de veinte años. Clase media. Quizás van a la universidad.

—Ahora respondeme a esta pregunta: ¿con quién tenemos más en común? ¿Con ellos o con Blasco?

—A ellos no los conocemos...

—Míralos bien: claro que los conocemos. Son iguales a todos los otros: abúlicos, egoístas, impulsivos, depresivos. Ansiolíticos antes de los veinte. No les interesa nada, fuera de sí mismos. Creen que el mundo es una extensión de sus temores y deseos. Tus alumnos deben ser iguales, ¿no? ¿Algún ideal? Su ideal es comprar cosas en Estados Unidos. Tal zapatilla, tal buzo, tal equipo de música.

—El diagnóstico de una generación...

—Las épocas son lo que nos une, las comunes circunstancias, no los bandos... Querido Miguel: la época en que nos pasó algo importante es la

única patria a la que podemos aspirar. Y los que estaban en el mismo lugar a la misma hora, éstos son nuestros compatriotas.

Me puse de pie.

—Tengo que irme. Mis exámenes...

Clavó sus dedos sobre mi brazo hasta que me senté. Sacó del bolsillo de su camisa un papel doblado en cuatro. Me lo dio y lo abrí. Con letra clara había escrito el viejo mensaje.

Se lo devolví, pero lo acercó hacia mí.

—Hay algo que tenés que saber. Ese papel no le interesaba a Blasco. Me interesaba a mí. Por lo que significaba. Eso nunca te lo dije, pero ya es hora de que lo sepas.

—¿Y qué significaba?

—Era el nombre de la persona que nos había entregado a todos. También a mi mujer, a Any, que nada tenía que ver con todos nosotros.

Miré lo que me rodeaba: el ventilador de techo, el vaso medio vacío de cerveza, una mujer que pasó del otro lado de la ventana arrastrando a un chico con guardapolvo de jardín de infantes. Sobre la pared de enfrente había afiches que hablaban de los cortes de luz: *Ayudemos entre todos a salir de la oscuridad*. Un hombre de traje azul entró silbando y dejó el diario sobre la mesa antes de llamar al mozo. Todos estos desconocidos parecían confabulados para que oyera al fin la verdad. De este instante me voy a acordar toda la vida, pensé. Voy a acordarme del hombre del diario, y de la mujer que arrastra al chico que ahora se pone a llorar, y del que tiene la remera de Sid Vicious y de la chica que parece un chico y del otro con el dibujo japonés. Eleonora nos entregó a todos.

Ayudemos entre todos a salir de la oscuridad.

Pero si me detenía un segundo a pensar, si me aislaba por un momento del ruido del bar, la sorpresa, a mi pesar, no era completamente una sorpresa: Eleonora me lo había estado diciendo todo el tiempo. Yo no había querido escucharla. Me había hablado de los secretos, de las cartas cerradas, de la verdad como maldición. Hablaba de los secretos en la cultura, en el mundo, en el universo; pero era su secreto el que importaba guardar.

Cuando llevé el vaso a mi boca noté que mi mano temblaba. Había descifrado el mensaje, pero ahora me llegaba, tardío, lo que Colina Ross

llamaba la «madre del mensaje», es decir, el contexto, el sentido, la historia. El significado del significado.

Eleonora Colina Ross.

—Eso no puede ser cierto. Nos hubieras dicho.

—No, porque podía ser el nombre de cualquiera. El tuyo. Inclusive el de Crámer. Y si era así, nadie hubiera dicho la respuesta. Mi única posibilidad era que no supieras de qué se trataba.

No dije más. Ajeno a mi perplejidad y a mi silencio, Lemos seguía hablando.

—¿Te acordás de Claudio Barnes? Barnes me dijo que había un militar que sabía todo sobre el Círculo de Criptógrafos. Todos nuestros nombres. Y que estaba a punto de averiguar quién le había pasado la información. Tengo que investigar, me dijo. ¿Te imaginás a Barnes, recorriendo las calles como un alucinado, acechado por todas partes, y haciendo una investigación, como si fuera un detective de pesadilla? Y sin embargo cumplió. Días más tarde, cuando me dejó la información, la puso en clave. Me la dejó bajo la puerta del departamento en que yo estaba parando y que yo creía el lugar más seguro de la tierra. Pero Barnes sobrestimaba mis modestas habilidades. Nunca tuve cabeza para eso de los mensajes secretos. Yo estaba ahí por Crámer. Los escuchaba hablar a ustedes del abad no sé cuánto y de jeroglíficos y me parecía que estaban locos.

—El que estaba loco era Barnes. Puede haber puesto en ese mensaje cualquier cosa.

—Yo creo que puso la verdad. Una verdad que, a menos en mi caso, no ha perdido su interés.

—¿No le preguntaste qué era?

—Lo mataron al día siguiente de que pasó el mensaje bajo mi puerta. Estaba armado, quién diría, no era un tipo al que le gustaran las armas. Y yo nunca pude saber quién nos había delatado.

—¿Y Blasco no lo sabía?

—Él respondía a un teniente coronel y a unos colaboradores que tenía. Le dieron nuestros nombres, nuestras direcciones, pero nunca le dijeron cómo lo habían sabido. Igual que nosotros: compartimentos estancos.

Vino a mi memoria, a mi pesar, la imagen de Barnes, con su saco de cuero y su sombrero. En el invierno de 1976 cumplió con el trabajo que le habían encargado: había descubierto a la culpable. Cifró el nombre a través del cuadro de Vigenère. Y fue fiel, completamente fiel, al legado de Colina Ross, hasta tal punto que sólo otro discípulo de Colina Ross podría haberlo descifrado. Porque a nadie más se le hubiera ocurrido el nombre de Maldany. Yo estaba seguro de que Claudio Barnes había muerto con la esperanza de que nadie llegara a comprender su mensaje.

Traté de que mi voz sonara normal, fastidiada por el calor, aburrida por la conversación, ajena a toda sorpresa:

—¿Qué importa eso? ¿Qué importa quién nos delató? Nosotros delatamos a tantos...

Lemos golpeó la mesa con la palma abierta. De mesas vecinas se dieron vuelta para mirarnos. También el de la remera de Sid Vicious.

—A mí me importa. El que nos delató incluyó a Any. Ella no tenía nada que ver.

Recitó las letras del mensaje.

—Lo memoricé sin errores. Me costó: tuve que aplicar una de esas reglas mnemotécnicas de las que ustedes tanto hablaban y que atribuían a Nicolás de Cusa...

—A Giordano Bruno.

—Da lo mismo. Por fidelidad a mí, Blasco lo había considerado como un asunto personal. Me hice amigo de ese hijo de puta. Amigo de verdad. Él entendió lo que eso significaba para mí.

Nos quedamos en silencio. Era un silencio que Lemos aprobaba. Consideraba al silencio la antesala de la verdad.

—Y ahora que sabés todo, ¿estás tan seguro de que no descifraste el mensaje?

Miré la serie de letras. No había modo de que Lemos lo descifrara. Tal vez supiera qué era el cuadro de Vigenère, el marco en el que el mensaje había sido cifrado, pero nunca encontraría la palabra clave.

—Si alguien llegara a resolverlo, ¿qué consecuencias tendría para el dueño del nombre?

Se echó hacia atrás. Sus ojos volvieron a indagarme, a ver si sabía.

—Ninguna. Todo lo que hago lo hago por amor a la verdad. ¿No te dan ganas de saber por qué las cosas salieron como salieron?

Lo miré, los ojos clavados en mí, como si pudieran ver más allá de las apariencias. Era él, no Barnes, el alucinado, el detective de pesadilla. Había seguido, año tras año, con la misma investigación, siempre fracasada pero siempre en pie. Quiso pagar pero me adelanté. Cuando me puse de pie y abandoné la mesa, pensé que iba a detenerme de alguna manera, pero Lemos parecía desanimado, como si nuestra conversación lo hubiera deprimido, y dejó que me fuera sin una sola palabra.

OceanofPDF.com

El enemigo

En mi Mesa de las Cosas Pendientes había una cuenta de la luz, una pila de exámenes para corregir, una afeitadora eléctrica que tenía que llevar a arreglar y un cartelito: *Colina Ross*.

Fui caminando hasta plaza Once. Hombres solitarios leían el diario en los bancos de piedra, judíos ortodoxos caminaban apurados, mucamas paraguayas esperaban que vinieran a contratarlas, pastores evangelistas de trajes mal cortados y corbatas fosforescentes se desgañitaban frente a una mínima grey de vagabundos y borrachos. Subí al ómnibus blanco de la empresa Río de la Plata y me senté junto a la ventanilla. Me había llevado unos exámenes para corregir. Pronto me quedé dormido. Me desperté cuando el micro entraba en la terminal de La Plata. Caminé hasta la casa de Colina Ross, con el paso lento de los arrepentidos. En algún momento me perdí y tuve que pedir indicaciones.

La casa ofrecía el melancólico espectáculo de un lento cataclismo. Las gárgolas, ciegas de musgo, habían dibujado sobre los muros interminables jeroglíficos de óxido. El primero de los escalones de mármol lucía partido, y unos yuyos se abrían paso, tenaces, por las grietas, garabatos verdes sobre un renglón torcido.

El profesor abrió la puerta, la cara sin afeitar ese día, ni el anterior. Cuando le dije mi nombre se quedó pensando, como si no supiera quién era. Los ojos eran dos vidrios azules. Dije de nuevo:

—Miguel Dorey, profesor...

—Sé quien es. Es sorpresa, no amnesia. Ni sordera.

Se hizo a un lado y entré. La casa estaba fresca, a pesar del calor de la calle. Colina había envejecido antes de tiempo, de joven ya tenía el aire de un hombre mayor. Ahora tenía más de setenta y los años, a los que había hecho ese temprano tributo, lo habían respetado. Estaba igual que la última vez que lo había visto. Y sin embargo había en su palidez un elemento de frialdad que no me gustó; sus ojos parecían haberse achicado, como si todas

las cosas que miraba las mirara desde lejos. Busqué otro indicio de enfermedad, no lo encontré. Vestía con el desaliño de siempre, una camisa gastada y un pantalón que le quedaba grande, y unos zapatos sin lustrar. La casa olía vagamente a eucalipto, tal vez se había preparado una infusión para los bronquios. Me senté en el sillón de la pata rota. Sobre la mesa ratona había un diario de La Plata abierto, y comenté, por decir algo, que habían retomado unas obras pendientes en la catedral. Me miró como si no supiera de qué le hablaba. Junto al diario había unos sobres de un laboratorio médico. En una esquina, el monograma del laboratorio, la copa con la serpiente. Y unos papeles con el membrete de la universidad. Señaló los papeles, para desviar mi atención de los informes del laboratorio.

—La gente del rectorado me está preparando un homenaje. ¿Cree que Eleonora querrá venir?

—¿Cuándo es?

—En tres meses.

—Eleonora sigue en Italia.

Vendría pronto, pero no quise decírselo.

—A usted lo debe sorprender que me hagan un homenaje...

—¿Por qué? Usted sabe que siempre admiré su obra.

—Mi obra... ¿cuál es mi obra? Si uno vive lo suficiente, los contemporáneos, es decir, los enemigos, terminan por jubilarse, por irse al extranjero o por morir. Los viejos pecados se perdonan. Y a uno empiezan a llamarlo el «mítico» profesor Colina Ross, el «legendario» profesor Colina Ross. Cuando llegamos a ese punto de la cronología, ya no se nos pide que rindamos cuentas. Todo forma parte de un mismo mundo en color sepia, y nada parece tan grave.

No me preguntó qué quería tomar, pero sacó dos vasos de un aparador y una botella de *whisky* barato.

—Supe que estuvo viviendo en Roma —dijo.

—Estoy viviendo con su hija, eso lo sabe.

—Sí. Sé eso también. ¿Vino a pedirme la mano?

Hablamos de Tarrés. Me contó que lo había echado para salvarlo. Me contó que unos meses atrás lo había encontrado en la calle Corrientes. Durante unos segundos pensé en preguntarle dónde estaba: me tomaría un

ómnibus o un tren en Retiro o en Constitución, viajaría toda la noche, buscaría a Tarrés en algún cine de la provincia.

No pregunté.

Sirvió dos centímetros de *whisky* en cada vaso y me acercó uno.

—¿Quién le contó que Eleonora y yo vivimos juntos?

—Parezco un hombre aislado, acá en La Plata. Y sin embargo, me llegan noticias.

—Debe tener buenos corresponsales.

—En realidad me lo contó alguien que vino personalmente. Pero déjeme mantener por ahora... ¿cómo dicen los periodistas?... la privacidad de las fuentes.

Sabía que esa persona era Crámer, no se lo dije.

—Hace poco, en Roma, conocí a un profesor de la universidad de Bolonia. Se acordaba mucho de los *Cuadernos de la Esfinge*. También de usted.

Asintió con la cabeza, como si aprobara mis palabras en medio de un examen:

—El hombre del anillo. No me acuerdo del nombre.

—Donadio.

—Me dio cierta melancolía ese hombre solo, obsesionado por los papeles. Nuestra universidad es un caos y una pesadilla, pero las europeas son peores, porque los aplastan con la idea de una tradición que hay que continuar. Esas bibliotecas infinitas son causa de muchos suicidios. Las citas al pie de página son causa de muchos suicidios. Todo es pasado, nada se puede agregar ya.

—El síndrome de Pompeya.

—Ese siciliano, Donadio, estaba completamente petrificado.

—Buscaba los papeles de Maldany.

—Maldany se puso de moda. ¿Puede creerlo? Es tan irritante cuando lo que uno ha vivido se convierte en motivo de interés académico. Lo que era vida ahora son *papers*...

—Me dijo que se fue con las manos vacías.

—Le expliqué que no necesitaba dinero, y Donadio lo entendió perfectamente.

—Todos necesitamos dinero.

—Para las chicas. En eso está pensando. Colina Ross necesita dinero para las chicas, o para solucionar los problemas que las chicas puedan traerle.

—No pensaba en eso.

—¿No?

—Pensaba que podría arreglar esta casa.

Señaló vagamente el techo de la sala: una mancha de humedad, revoque caído, telarañas.

—Esta casa es mi mente. Se va haciendo pedazos. Con el paso de los años, las casas se convierten en metáforas de los que las habitamos.

Miré la rajadura que cruzaba el techo.

—Esta metáfora puede llegar a aplastarlo.

—¿A qué vino, Dorey? ¿Trae algún mensaje de mi hija? Eso convertiría su visita a La Plata en algo realmente útil y hasta memorable. De otro modo...

—Quiero saber si realmente le dio a Crámer las cartas de Maldany.

Miró su vaso.

—Crámer vino aquí, un sábado a la mañana, hará de esto casi un año. Pasó por alto cortesías y tonterías y se limitó a decirme que venía a buscar las cartas. Yo no hice nada. Ni siquiera toqué los papeles. No, miento: le busqué un bolso viejo para que no se le cayeran los papeles de las manos. No creo que me devuelva el bolso, pero no es gran pérdida: el cierre estaba roto, y hace años que dejé el tenis.

—¿Y por qué se las dio? Siempre fueron enemigos.

—Fuimos adversarios, pero no enemigos. Yo tuve un solo enemigo verdadero, y no fue Crámer.

—Él le sacó el Círculo. Él nos arrastró a todos... A su hija también...

—Ustedes se dejaron arrastrar. Crámer era de esos hombres que parecen encarnar la fuerza ciega de la Historia. Pero pueden ser evitados. No hay que ofrecerles resistencia, hay que hacerse a un lado, dejarlos pasar. Como el agua encuentra su cauce, ellos suelen encontrar su camino.

—Éramos jóvenes.

—Ésa es una excusa estúpida. Es en la juventud cuando se toman todas las decisiones importantes. El trabajo, el matrimonio, los hijos. ¡Hasta el llamado de Cristo! El resto de la vida consiste en disfrutar o padecer las consecuencias de esas decisiones.

—¿Quién es su enemigo entonces? ¿Lemos?

—Si no es Crámer, menos Lemos. Los enemigos no se deben elegir a la ligera. No se deben elegir a causa del odio, que es mal consejero. Deben ser significativos, simbólicos. Cuando Crámer se llevó las cartas, sin pagar un solo centavo, sin decir siquiera gracias, yo sentí un inmenso alivio. Por fin me sacaba de encima esos papeles viejos. Ya no caerían en manos de mi enemigo verdadero.

El profesor Colina Ross me sonrió con un odio que yo jamás había visto, y que jamás volví a ver en persona alguna. Me pareció que por un momento la debilidad lo arrebató, pero que el odio lo encendía y lo mantenía ahí sentado.

—Veo que soy yo su enemigo, no Crámer.

—Usted. Usted. Exactamente usted.

—¿Por qué? ¿Porque no lo defendí cuando Crámer lo echó del Círculo de Criptógrafos? ¿Tendría que haberme ido con usted?

—Ni siquiera me acordaba que estaba presente en esa reunión. No, fue por esa función de cine que hicieron con Tarrés.

—*La fuente del sapo...*

—Usted me atrajo a esa sala inmunda como a una trampa. Jamás me hubiera dado cuenta de que ahí, en esa película vieja, estaba el mensaje que me había mandado Marilú. Yo buscaba en los cajones, en las páginas de los libros. Los hombres siempre nos damos cuenta tarde de la inteligencia de las mujeres.

—Yo no le dije nada a usted. No le dije nada a Eleonora.

—No hace falta decir. Somos criptógrafos, ¿no? Cuando mi mujer susurró para decir su deseo al estanque, algo en usted se transformó. Yo no lo estaba mirando, miraba la película. Y debo decir que tampoco hizo un movimiento brusco. Sin embargo hubo como una concentración de energía, como si se hubiera producido un relámpago en la sala. Estuve a punto de creer en la telepatía. Nadie más lo vio, pero yo lo sentí como si hubiera

metido los dedos en el enchufe. Vi que algo lo había sacudido y me había contagiado esa descarga eléctrica. Lo supe de la misma manera que sabemos que atrás nuestro, fuera por completo de nuestro campo visual, hay alguien que nos conoce y nos está mirando. Entonces recordé sus problemas de audición. Me acordé de aquella vez cuando nos encontramos en el subte, y usted leyó los labios de esos dos cretinos, amigos de Crámer. Algunos sordos leen los labios, pensé. Usted había descubierto el mensaje secreto escondido durante años. Usted fue el cómplice que necesitaba mi esposa para atormentarme.

Ya tenía los ojos enrojecidos por la bebida y el humo del cigarro de Colina Ross.

—Ahí lo elegí como mi enemigo. No Crámer, no Crámer: usted. Ella no es tu hija, ella no es tu hija... Era la fuente de los deseos, y el deseo de Marilú era verme sufrir. Lo consiguió; muchos años después pero lo consiguió. No sé si los buenos deseos se cumplen, pero los malos son infalibles.

—Vivió toda su vida junto a Eleonora. La crió y la cuidó. Qué podía importarle la confesión de su mujer.

—Fui una breve calamidad como esposo y una larga calamidad como padre pero al menos me quedaba una certeza: formaba parte de una fatalidad biológica. Pero usted me sacó esa certeza. Crámer me sacó del Círculo, es verdad; pero usted me sacó de mi vida, o de lo que consideraba que era mi vida. Desde ese día lo odié. Si no lo hubiera odiado, lo hubiera sacado de ese Círculo, como saqué a Tarrés, como traté de sacar a Eleonora. Pero lo dejé seguir.

—¿Y quién es el padre de Eleonora? —pregunté, sólo por herirlo.

Tardó en contestar.

—Maldany. Supongo que Maldany. Cruzó el océano y vino a un país del que no sabía nada (bueno, nada no: una vez le regalé para su cumpleaños un libro de Guillermo Enrique Hudson). Yo siempre pensé que venía a verme a mí, que quería que lo liberara de la maldición cretense. Pero tal vez era apenas un hombre enamorado de la mujer equivocada. Tal vez vino a decir lo que no pudo decir y después se mató, como se mata la gente que no puede decir lo único que tiene para decir.

Se acercó hacia mí como si quisiera hacerme una confidencia y temiera que alguien, en la gran casa vacía, nos escuchara.

—Una vez hicimos un viaje en el auto de Maldany. Un Bristol azul. Íbamos nosotros dos adelante con las dos mujeres atrás: su novia y Marilú. Nos detuvimos a un costado del camino a comer unos sandwiches. La novia de Maldany extendió un mantel sobre el pasto. Marilú había conseguido (no sé cómo, porque en esa época era muy difícil comprar cosas del continente) una botella de vino italiano. Nos sentamos en el pasto. Comimos, conversamos. Yo discutía algo con Maldany y no prestaba atención a las mujeres, que estaban silenciosas, pero de pronto, como él desvió la vista hacia ella, la miré. Marilú estaba más hermosa que nunca, con las mejillas encendidas: se había tomado media botella ella sola. Se tendió a dormir unos minutos. Era una salvaje, no le importaba que las hormigas le caminaran por la cara. La novia de Maldany, que la odiaba, no pudo dejar de señalar cómo el pelo se entremezclaba con la hierba. Esa belleza la molestó, y se largó a caminar sola, para olvidarse que en el mundo existía una tal Marilú o para recordar que pronto se iría para siempre. Yo, que era el fingido dueño de esa belleza, me quedé mirándola, como si no la conociera, como si fuera la primera vez que la veía. Parecía una niña, las mejillas encendidas por el vino, la boca entreabierta por el sueño. Entonces cayó una hoja sobre la cabeza de Marilú, como si también el árbol la hubiera descubierto y quisiera señalarla de algún modo. Era una hoja de roble, ya roja, que había ido dando giros, con la geometría impredecible de las cosas en el aire, hasta quedar atrapada en su pelo. Yo no le prestaba atención a Maldany, pensaba que había salido detrás de su novia para corregir lo incorregible. Mi amigo había entrado, como el resto del mundo, en un momentáneo olvido, el parpadeo del universo. Pero de pronto noté que estaba entre nosotros, apurado por recuperar la hoja caída, como si fuera el raro vestigio de una civilización desaparecida, el urgente telegrama de la antigüedad. Maldany tomó la hoja con delicadeza, sin quebrar una nervadura. Entonces descubrió mi mirada y dijo que era una hoja poco común y la guardó en un libro que llevaba en el bolsillo, las tragedias de Sófocles, y sobre el que habíamos estado discutiendo. (Él decía que era una edición de Sófocles lo que habían encontrado en el bolsillo de Shelley

cuando se rescató del mar el cuerpo del poeta; yo decía que era de Esquilo, y tenía razón). Ahora la hoja estaba guardada entre las páginas. Pensé que era una excentricidad, como cuando lo había descubierto atento al abejorro en la ventana; una excentricidad, porque había miles de hojas a nuestro alrededor, iguales a esa, rojas como esa, pero él guardó la que había tocado la cabeza de Marilú. Y yo no me di cuenta de nada, aunque lo tenía delante de mis ojos. Me ocupaba de problemas difíciles: lo fácil me desconcertaba. ¿Hay algo más tonto que el amor?

—¿Le dijo algo de esto a Eleonora?

—No. No le dije nada nunca. ¿Le dijo usted?

—Sabe bien que no.

—¿Por qué no? En un matrimonio no debe haber secretos.

—No estamos casados, y secretos hay siempre.

De pronto vi todo con claridad.

—Todo es mentira.

—¿Qué?

—Que le haya dado los papeles a Crámer para que no cayeran en mis manos.

—Váyase ahora. Estoy cansado.

Colina Ross apretaba las llaves de la casa: el llavero era un autito de metal.

—Eleonora nos entregó a todos, también a la mujer de Lemos. Eso es lo que Crámer averiguó. Con eso lo amenaza. Hace años que Lemos persigue el nombre de Eleonora. Hace años que me pregunta siempre lo mismo: el nombre, el nombre. Yo se lo estuve ocultando. Y veo ahora que Crámer también.

Había sido mi maestro. Esperaba que en ese momento me dijera que yo estaba equivocado, esperaba una versión alternativa a la verdad. Hubiera recibido un insulto como si fuera una bendición. Esperaba su indignada desmentida, su absolución. *Eleonora no delató a nadie: fui yo*. Cerró los ojos un segundo, como si quisiera negarse a responder, y casi me alegró ese silencio, que era mejor que una confirmación. ¿Cómo se le ocurre que mi hija puede haber hecho algo así? Pero la respuesta se abrió paso:

—Ella no lo hizo por salvarse. Lo hizo por mí. Para salvarme a mí.

—¿Para salvarlo a usted de qué?

—Del escándalo. De la cárcel. Usted no lo va a comprender nunca, pero lo que ella hizo fue un acto de amor.

Tuve al mismo tiempo el impulso de huir de aquella casa, de aquel hombre, y la conciencia de que no tenía fuerza para ponerme de pie, de que no llegaría a la puerta. En la penumbra, la lección continuó:

—Un primo mío, el teniente coronel Porta, ocasional asesor en temas de inteligencia, supo lo del Círculo, supo que ya estaba completamente infiltrado y que Eleonora era una de las cabezas. La citó en una confitería de la avenida Santa Fe, le dio una libreta, una birome y le pidió los nombres de todos. No amenazó con matarla, era su sobrina: la amenazó con difundir algunos hechos menores de mi biografía. A mi primo el teniente coronel no le hubiera importado el oprobio; después de todo no tenemos el mismo apellido. Y me odió siempre, desde que éramos niños. Creo que en el fondo esperaba que mi hija le dijera que no, para así poder leer mi nombre en los diarios.

Colina Ross tosió y se quedó sin aire. Siguió después de unos segundos.

—Por defender mi honor los entregó a todos. También a usted. Fue premiada con la autorización de viajar a México. Nunca me lo perdonó. Hice muchas cosas imperdonables, pero lo que ella no me perdonó es lo que no hice, lo que ella hizo.

Pensé en las cartas guardadas en una caja de zapatos. Las cartas que ella no abrió jamás.

—No volvió a hablarme —siguió Colina Ross—. Es obstinada como su madre. Su madre me dejó un mensaje secreto. Ella, ni siquiera eso. Pero no crea que lo que dije antes es mentira: yo no miento. Usted es mi enemigo.

Me puse de pie, le saqué el llavero de las manos y abrí la puerta. Llegó el aire fresco de la calle.

—No le diga a Eleonora que yo sé —le dije.

—Usted sabe que ella no abre mis cartas. Podría escribir cualquier cosa: Eleonora no va a leer. Todo lo que yo escribo, para ella es tinta invisible. Así que puede quedarse tranquilo.

Nunca voy a volver a esta casa, pensé. Cuartos cerrados para siempre. Olor a hojas de eucalipto puestas a hervir. Frascos de sales Colina. Gatos

enterrados en el jardín.

Era mentira. Habría de volver.

—Usted es el maestro de los mensajes secretos. Sabe de esto más que nadie. ¿Por qué no encontró antes el mensaje de su esposa? ¿Por qué tuvo que esperar a que apareciera un idiota capaz de leer los labios?

—¿Tantos años de estudio no le han servido de nada? La respuesta es obvia. Yo se lo dije, hace muchos años. Podemos encontrar el significado de cualquier mensaje en clave, excepto el de aquel que nos está destinado.

OceanofPDF.com

Exceso de equipaje

Una semana después fui a Ezeiza a buscar a Eleonora. Traía consigo una enorme valija roja, otra negra, dos bolsos de nylon y una mochila, además de su cartera. Me pareció increíble que la hubieran dejado subir al avión. Nos dimos un breve abrazo: ella miraba inquieta a un lado y a otro.

—Vámonos rápido.

—Esperame acá que acerco el auto.

—No, no, no quiero quedarme sola. Vamos con las valijas.

Quise tranquilizarla, convencerla de que nadie nos prestaba atención. Pero insistió en que no quería quedarse sola. Empezamos a caminar con las valijas hacia el remoto lugar donde había estacionado.

—¿Cómo te dejaron subir con todo esto?

—Tu primo me aleccionó.

El amplio baúl del 504 cerró con dificultad, y el asiento de atrás quedó bloqueado por los bultos.

—Vendí algunos libros, otros los tiré, otros los repartí. Hubo tantas cosas que hacer los últimos días. Creo que voy a dormir una semana entera.

Cuando llegamos al departamento ya había anochecido. Hicimos tres viajes en ascensor para poder llevar todo. Cuando por fin cerramos la puerta nos abrazamos. Yo fui investigando mi propio abrazo, como si fuera algo que no me perteneciera del todo, un extraño instrumento que acababa de adquirir. Desde que Lemos me había dicho la verdad, había pensado que la trataría de manera distinta, que cada uno de mis gestos aparecería marcado por el leve sello de una acusación; que ella misma pronto advertiría el cambio, y comenzaría una de esas pacientes indagaciones que hacen las mujeres, y que siempre terminan con la verdad. Y sin embargo todo quedó borrado de inmediato, el abrazo funcionaba como un abrazo de verdad, el deseo sexual se abría paso con su urgencia habitual, impostergable como la sed y el hambre. El pasado lucía descolorido, sin poder alguno frente a ese reclamo que es siempre el mismo: ahora, ya.

Nos despertamos unas horas más tarde, en mitad de la noche, en un desorden de prendas y valijas. Había previsto una larga serie de críticas al departamento que había alquilado, pero lo aceptó sin grandes reparos, y empezó a acomodar las cosas a toda velocidad. El ejército de camisas, polleras, libros, lápices de labios, cremas, adornos, perfumes, collares, aros y pulseras inició su veloz conquista del departamento. No le dije que había ido a ver a su padre, tampoco me preguntó.

Los primeros días de vida en común nos movíamos con una extraña cautela, en parte debida al mundo exterior y sus peligros, en parte a nosotros mismos y a nuestros propios peligros. Nos tratábamos con un respeto excesivo. Eso siempre es peligroso; ya se sabe: son las parejas que menos discuten las primeras que se separan. Yo observaba detenidamente mi conciencia, como un teatro vacío donde se habría de dar una obra siempre demorada. Esperaba el momento en que por alguna nimiedad estallara el viejo secreto. Pero nada de eso ocurrió. No dije nada. No reproché nada. Había aprendido a ver en el descubrimiento una cierta justicia. Antes yo era el *hombre pálido*, el culpable que me había acercado a la inocente, y esa diferencia me había pesado. Habíamos sido como miembros de dos castas diferentes. Ahora éramos de la misma clase.

La antigua Eleonora había cambiado. Ese convencimiento de tener todas las respuestas, de vivir un momento único en la historia de la humanidad, de saber quién debe vivir y quién debe morir, de llevar una tea ardiendo a través de un mundo oscuro, todo eso se había terminado. Todo había pasado como pasa una enfermedad; la enfermedad era la época.

Una mañana descubrí a Eleonora en la mesa de la cocina, concentrada en una carta que acababa de llegar. En la hornalla el agua hervía con impaciencia. Apagué el fuego. Era raro que nos llegara una carta, porque poca gente tenía nuestra dirección. Pensé en su padre. Pero me di cuenta de inmediato de qué se trataba: el sobre tenía el logo de Security Corp.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Tomé el papel que había exigido toda la atención de Eleonora. Resistió apenas, pero al fin cedió. Una hoja de papel sin fecha, ni ciudad, ni saludo: sólo el mensaje secreto.

—Sabés bien qué es eso. Ya te lo dije. Te lo dije en Roma.

—¿Qué es?

—Tu nombre.

—¿Y cómo llegó esto acá?

—Es Lemos. Quiere que lo descifre. Hace años que me viene pidiendo lo mismo.

—¿Estás seguro que no sabe lo que dice?

—Estoy seguro.

—¿Por qué insiste? Ya pasaron años.

Me encogí de hombros.

—¿Cuántas veces te escribió?

—No las conté.

—Eso quiere decir que son muchas.

—Son muchas. Si lo ves, tratá de evitarlo.

—¿Por qué lo voy a ver? Sería demasiada casualidad en una ciudad de millones de habitantes.

—Él maneja la casualidad a su modo. Si te lo encontrás, no hables con él, no le digas nada importante.

—¿Estás celoso?

Por primera vez tuve ganas de golpearla.

—¿Sabés de qué estamos hablando, no?

—De mensajes secretos.

—De nombres secretos.

Me mostró el papel.

—¿Qué cree Lemos que está escrito ahí?

—El nombre de la persona que nos delató a todos. También a su mujer. Sobre todo a su mujer.

Se quedó mirándome con los ojos abiertos, tan inmóvil que temí que hubiera dejado de respirar.

Dejó el papel sobre la mesa y fue al dormitorio. A través de la puerta abierta la miré. Era el cuarto vecino, y sin embargo me pareció que espiaba un país lejano. La persiana estaba baja, pero a través de los espacios entre las tablas entraban renglones de luz. Empezó a poner unas cosas en una cartera grande, de cuero rojo, que se había comprado en Roma. Después fue al baño con la cartera, para cargar más cosas. La perdí de vista, pero podía

oír los movimientos bruscos. Algo se estrelló contra el fondo de la bañera, segundos después me llegó el olor a perfume. Volvió al dormitorio. Dejé de mirarla, pero no de oírla. Cajones que se abrían y cerraban, la puerta del ropero, perchas que chocaban entre sí. Después el ruido de la puerta del departamento y el del ascensor.

Cuando fui al dormitorio, vi que estaba el cajón de la cómoda abierto. Ahí guardábamos algo de la plata: se la había llevado. Fui hasta el baño y empecé a recoger los trozos de vidrio del fondo de la bañera. Era un perfume francés. Me hice un pequeño corte. Pero ésa es la ventaja de cortarte con el vidrio de un perfume: corta y desinfecta a la vez.

No me propuse buscarla. Podía estar en cualquier parte, excepto en la casa de su padre. En esos días di largas caminatas, corregí las pruebas de mis alumnos, fui al cine a ver aquellas películas que, sabía, no le gustaban a Eleonora. Llamé a una de sus amigas: me respondió que no la había visto, pero supe, por su voz, que mentía. No insistí.

Un martes a la noche oí la llave girando en la cerradura. Yo estaba comiendo unos tallarines en la mesa del comedor diario. La lamparita se había quemado, y había puesto un velador sobre la mesa. Eleonora apareció con el mismo pantalón y el mismo abrigo que llevaba al partir, pero con una nueva camisa azul, que se había tenido que comprar. Llevaba un guante de lana en la mano derecha, el otro lo había perdido. No me saludó, no me dio un beso, se sirvió un vaso de agua de la canilla, se sentó en la mesa de la cocina (yo no había tocado el mensaje, que seguía donde ella lo había dejado) y empezó a hablar como si continuase una conversación que acabara de interrumpirse.

—Fue aquel tío mío, el teniente coronel. Me mostró unos papeles que guardaba en una carpeta de plástico azul. Había reunido dispersos informes policiales, alguna vieja denuncia, informes de colegios, memorándums internos, alguna comunicación del ministerio de educación de la provincia. Una completa biografía de mi padre. No le interesaba qué habíamos hecho. Querían saber quiénes eran los que sabían de criptografía. Tenía una

confianza absoluta en alguien que estaba organizando una unidad para descifrar todo lo que hubiera para descifrar.

—Blasco.

—No me dijo su nombre, pero hablaba de él con entusiasmo. Decía que era un hombre puro.

—¿Y le diste nuestros nombres?

—No el tuyo. Acusé a los demás para no acusarte a vos. Mi tío te nombró y yo te pinté como un idiota. Pero él ya sabía quién eras vos.

—¿Y la mujer de Lemos?

Eleonora desvió la vista hacia la ventana, que estaba cerrada, porque hacía frío. Nos reflejábamos en el vidrio. La luz del velador nos cobijaba en una burbuja amarilla.

—Él y yo habíamos terminado. Para ese entonces me había apartado del grupo de Crámer. Seguía con el trabajo en el sindicato y había vuelto a mis clases. Pero esa mujer se había vuelto loca. Traté de hablar con ella, pero era imposible. Se aparecía en el aula. Me amenazaba. Me seguía por la calle. Me tocaba el timbre a las tres de la mañana. Me ponía en peligro todo el tiempo. Yo la odiaba. Cuando mi tío me pidió más nombres, di el suyo. Pensé que se iban a dar cuenta de que no sabía nada de criptografía y la iban a soltar.

—No la soltaron.

—Ya sé. La mataron de inmediato.

Se quedó esperando alguna admonición, algún comentario. No dije nada. Tomó el papel con su nombre en clave y lo dobló con cuidado.

—Voy a hablar con Lemos. Le voy a explicar...

Golpeé la mesa con fuerza.

—No. No vas a hablar con Lemos. No le vas a decir una sola palabra. Jamás vas a reconocer que tuviste que ver en esto. —Le saqué el papel de la mano y rompí el mensaje secreto—. Hace años que Lemos persigue ese nombre.

—Pero si le explico, él va a entender...

—Eleonora: esta clase de cosas no se resuelven en una conversación.

Pareció comprender; pareció renunciar al principio femenino de que a través de la palabra se puede dominar a las bestias y a las tribus salvajes y a

las olas del mar. Me acerqué y le arranqué la etiqueta de la camisa azul que le colgaba del cuello, con el precio.

—Hay que cambiar la lamparita —me dijo.

OceanofPDF.com

Mil dardos

Eleonora empezó a hacer llamados para buscar trabajo, sobre todo a quienes había conocido en España y que habían regresado antes que ella. Pronto consiguió un práctico en una cátedra de lingüística. El sueldo era casi inexistente. También empezó a dar sus misteriosos talleres, donde los participantes escribían relatos sobre secretos familiares. A veces me mostraba las cosas que escribían. Muchas tachaduras y *liquid paper*.

—¿Y no te piden, a cambio, que cuentes vos un secreto?

—El croupier no apuesta.

Ella los enviaba a buscar en su pasado, a revolver el fondo de los cajones, a repasar el árbol genealógico, a abrir viejas cartas.

Yo estudiaba cada palabra, cada mirada de Eleonora: me preguntaba si me odiaba por saber la verdad. Sabía de muchas parejas en las que la señal del odio surgía de repente: alguien descubre que no soporta que el otro escuche tal programa de radio a la mañana, que siga usando ese abrigo con el cuello descosido, que pruebe el vino en el restaurante con cara de entendido, que gaste mucho dinero en el supermercado, que diga «aló» en vez de «hola» al atender el teléfono, que use demasiado maquillaje, que mire televisión con la mente en blanco.

Ese verano alquilamos una casa en la costa, en Valeria del Mar. Casi no veíamos a nadie y nos teníamos sólo a nosotros mismos. Hablábamos eligiendo las palabras: si nos abandonábamos a la corriente del lenguaje, con su mezcla de frases hechas y elementos sumergidos del inconsciente, la conversación podía terminar en cualquier parte. Por suerte la casa tenía una respetable colección de novelas de Agatha Christie, con manchas de bronceador en las tapas y arena entre sus páginas.

Volvimos a casa a principio de marzo, porque yo tenía que dar clases. Era el año 82. A fin de mes una manifestación en contra del gobierno, organizada por el sindicalismo, trató en vano de permanecer en la Plaza de Mayo: los atacaron con caballos, balas de goma, carros hidrantes y gases

lacrimógenos. Hubo miles de detenidos. Yo había ido a hacer un trámite al centro: llegué a ver a lo lejos, entre las pancartas, un globo celeste y blanco de la CGT, de tamaño gigantesco, pero el globo no tardó en perderse en el cielo gris, mientras la gente corría escapando de patrulleros, caballos y policías de civil que bajaban de coches Falcon sin identificación. Los manifestantes corrían por la Avenida de Mayo, ya perdidas las pancartas, y con los ojos enrojecidos por los gases lacrimógenos; algunos empapados por los carros hidrantes. Yo acababa de salir de un café, y miraba todo como si no me perteneciera, como si estuviera de visita en un país extranjero. Antes la Historia me había parecido algo próximo, un conjunto de cosas que me rodeaban y que reclamaban algo con urgencia. La Historia era un artefacto complicado, extravagante y lleno de siglas y símbolos, pero a la vez familiar. Ahora era algo infinitamente más sencillo de definir, pero del todo ajeno.

Ya ni recuerdo qué dijimos de esa jornada, porque no hubo tiempo de largas interpretaciones. Dos días más tarde escuchamos en la radio la noticia del desembarco en las Islas Malvinas, cuya capital se llamaría, por pocos y fríos meses, Puerto Argentino. Vinieron las manifestaciones de apoyo, los ruidosos movimientos de tropas, los civiles que se anotaban como voluntarios en regimientos misteriosos de futuros combatientes. Vinieron los largos programas de televisión que juntaban alimentos, ropa y dinero (rápidamente volatilizado); la prohibición de películas antibélicas o meramente inglesas; la prohibición de canciones en inglés; el cambio de nombre de la Torre de los Ingleses y de todas las confiterías llamadas Gran Bretaña, Príncipe Carlos, Londres o Princesa Diana. Vinieron las tapas de las revistas con fotos de naves inglesas en vísperas de hundimiento y los *slogans* de la victoria, las arengas que anunciaban no sólo el triunfo, sino la facilidad del triunfo.

Luego la derrota, brusca como un despertar. Ahora los diarios y las revistas mostraban las fotos de los soldados ateridos, con las tricotas verdes y los verdes uniformes de lona, insuficientes para la lluvia y el frío. Obsoletos fusiles FAL sin mira telescópica enfrentados a armas de última generación, con mira nocturna. Improvisados soldados de 18 y 19 años enfrentados a un ejército profesional. Cañones antiaéreos que disparaban

munición estropeada contra los aviones Sea Harrier de despegue vertical. Y al final el sobrio cementerio de cruces blancas en las afueras de la mínima ciudad que había vuelto a llamarse Puerto Stanley.

Cuando se anunció la derrota, los manifestantes llegaron hasta las puertas de la Casa Rosada. Eleonora quería ir; la detuve. Se repitieron los caballos, los camiones hidrantes, los bastonazos, los gases lacrimógenos. Era tal el caos en las Fuerzas Armadas que en pocos días se dio de baja a todos los soldados conscriptos, excepto a un puñado que era necesario para custodiar los cuarteles. Pronto se anunció el llamado a elecciones.

Pasaron los meses. La historia que había sido callada empezaba a aparecer en todos lados, ya no sólo en revistas o diarios de izquierda sino hasta en las revistas más populares. Una chica desnuda en la tapa y adentro historias de prisioneros arrojados desde los aviones sobre el Río de la Plata, o fotos de exhumaciones en fosas comunes. Las dos cosas prohibidas —la masacre y el sexo— aparecían juntas, confundidas.

Yo leía todas esas historias de centros clandestinos de detención con temor de que apareciera alguna referencia a la oficina de los hombres pálidos o al mayor Blasco. Temía que a Lemos, en su locura, se le hubiera dado por recordar el pasado, por hacer algún estrepitoso *mea culpa*. O que apareciera el archivo de Blasco, con nuestros nombres y méritos. A veces me parecía advertir en el título de un diario o de una revista una posible referencia a nuestras actividades subterráneas. Pero apenas daba una mirada a sus páginas me daba cuenta de que nadie hablaba de Blasco, nadie de nuestra estadía en el limbo, nuestras delaciones. Nadie hablaba de Lemos, ni de Crámer. Sólo Cimer y la mujer de Lemos aparecían nombrados, en alguna de las listas de desaparecidos que empezaban a circular. Pero eran tantos los nombres que no corríamos el riesgo de que se les prestara atención. Esta falta de menciones por un lado me tranquilizaba, pero por otro resultaba desoladora. Todo lo que habíamos vivido era humo, nada, todo borrado. El pasado parecía una alucinación personal hecha de recortes de periódicos, libros quemados y mensajes secretos.

Mi padre me prestó unos dólares y nos mudamos a una casa más grande, un ph en Almagro. Era una casa angosta, larga; nuestro dormitorio daba a la calle, luego venía otro dormitorio y el comedor, y arriba, en el primer piso, un cuarto que podíamos usar para biblioteca. Tenía una gran terraza de baldosas coloradas. Empezamos a hablar de tener un hijo, aunque no podía imaginarme a Eleonora abocada a las tareas hogareñas que exigen los niños. Meditaba todas las mañanas frente a las perillas de la cocina, para ver cuál encendía tal hornalla. No le importaba comer. Si íbamos al supermercado, se quedaba extasiada mirando los estantes, sin saber muy bien para qué eran las cosas, como si fuéramos exiliados de algún país tras la cortina de hierro, abrumados frente a la variedad del capitalismo. Podía vivir durante meses con mate y galletitas y alguna taza de café con leche.

El teléfono sonaba de vez en cuando, pero nunca era para nosotros, ya que nadie tenía nuestro número, sino para la anterior dueña de la casa, propietaria de la empresa Disfraces Tomasini. Yo levantaba con aprehensión el tubo y escuchaba: ¿Me puede tener listo en una semana el traje de bailarina española? O, El disfraz de San Martín, ¿viene con el sable corvo o se alquila aparte? Una última vez llamaron y una voz de mujer preguntó: ¿A cuánto está la muerte? Tardé unos segundos en recordar que la Muerte —máscara de esqueleto, capa negra, hoz— era uno de los hits de Disfraces Tomasini.

Una mañana atendí y apenas dije hola, oí la voz de Lemos. Estaba solo en casa, Eleonora había salido para ir a una clase. Recuerdo que la ventana que daba a la calle estaba abierta y que la corriente de aire me dio un escalofrío. Siempre me encuentra, pensé. Habían pasado al menos dos años desde que lo había visto por última vez; lo había cruzado en una esquina del centro. Aquella vez tardó en descubrirme y me alejé a paso rápido, mientras oía mi nombre. Pero ahora no podía escaparme. Le pregunté cómo había conseguido el teléfono, pero no se molestó en responder.

—Después de años de empezar por el principio decidí empezar por el final.

La locura es esto, pensé. Retomar después de años una conversación, como si sólo hubieran pasado cinco minutos. La locura, pensé, es la continuación en el tiempo de lo que no continúa en absoluto.

—¿Qué final?

—Yo sabía que había que encontrar una palabra clave. Y de pronto pensé, si Barnes estaba pensando en mí, ¿qué palabra clave habría puesto? (Barnes no estaba pensando en vos, Lemos. Barnes pensaba en Crámer.)

—Y entonces probé... Me había equivocado, no tenía que pensar en palabras lejanas, tenía que pensar en lo más cercano...

Respiré aliviado. Jamás acertaría el nombre de Maldany. Arqueología, Creta, tablillas endurecidas por el fuego de lejanos incendios. Era la clase de cosas a las que Lemos nunca prestaba atención.

—Probé con Ana María... No me dio resultado. Probé con Any. No me dio resultado al principio, pero al comenzar desde el final, encontré...

Hizo una pausa, como si tuviera un ataque de timidez. Como si temiera que yo desarmara el único avance que había hecho en tantos años.

—¿Qué es lo que encontraste?

—Una letra «o», dos «eses». Pude avanzar sólo hasta ahí. Un nombre que termina con o, ese, ese. ¿El nombre es Colina Ross, no es cierto?

En su locura Lemos había avanzado. En sus clases Colina Ross había hablado de causalidades extraordinarias en las que un procedimiento errado da con la verdad. Si uno tira un dardo con los ojos vendados, es poco probable que acierte. Pero si uno tira mil dardos, alguno va a llegar al círculo rojo. Lemos había tirado sus mil dardos y así había llegado a descubrir el final del mensaje. ¿Cuánto le faltaría para salir de su encierro mental, y descubrir que la clave no era ANY, sino MALDANY? ¿Cuánto para descubrir el resto del mensaje? ¿Cuánto para descubrir que antes de *Colina Ross*, decía *Eleonora*?

En el sótano de Alem yo había tomado la misión de ocultar el nombre. Ahora tenía que seguir escondiéndolo.

Después de un silencio respondí.

Lemos se quedó en silencio y temí que no me creyera. Temí que se pusiera a estudiar las letras para ver si coincidía mi respuesta con su mensaje. Pero después me pareció oír un gemido, como un llanto que no alcanza a tomar forma. Y entonces comprendí que no buscaría nada, que aceptaría mi veredicto por la sencilla razón de que yo era su último recurso. Necesitaba que el mensaje viniera de afuera. Una verdad que lo había

estado buscando, y que al fin lo alcanzaba. Necesitaba que fuera algo exterior a su obsesión, a sus noches en vela. También él creía en indicios y señales, en la oficina de correo de los dioses, y yo era el encargado de entregar el mensaje. Se habían acabado las amenazas, las promesas y hasta las lágrimas. ¿Qué sentía ahora que creía resuelta la larga adivinanza? Él se sentía liberado. ¿No me sentía liberado yo también?

Cortó sin decir nada más.

«Sí, es *Colina Ross*», le había dicho yo. «*Ezequiel Colina Ross*».

OceanofPDF.com

Pruebas de galera

Eleonora había terminado su libro y se decidió a buscar editor. Empezó un amargo camino: fotocopias, recepcionistas, envíos por correo. Probó también con algún concurso. Al final alguien le dijo que sí: el editor era un hombre joven, hijo de un librero de la calle Corrientes. Había publicado la conferencia *Antígona* de Kierkegaard, un ensayo de Siegfried Kracauer, unos artículos inéditos de Martínez Estrada, y ahora quería empezar a editar autores nuevos.

El editor no tenía oficina. Lo visitamos en su departamento, en Rodríguez Peña y Tucumán. Era joven, bajo, llevaba una barba incipiente. Nos sirvió un café en la mesa de la cocina, mientras su esposa caminaba entre los paquetes de libros con un bebé de meses en brazos.

—Quiero vender muchos libros pero no para hacerme rico, sino para poder caminar por mi departamento. Y así salvar mi matrimonio.

—¿Y por qué no dejás los libros en la librería de tu padre? —le pregunté. Sabía que el local tenía un sótano donde habían ido a parar ensayos políticos, libros con causas penales, libros que prometían inconvenientes para el editor y para el librero. La censura nunca había tenido reglas completamente definidas: era un susurro, un llamado a la cautela, un ejercicio de paranoia, un presentimiento. En los últimos tiempos, esos viejos ejemplares estaban volviendo con timidez a las mesas de la superficie.

—¿Y aguantar sus consejos sobre qué debo editar y qué no? Prefiero tener libros en la bañadera.

En dos o tres noches ayudé a Eleonora a corregir el original. Subrayó con rojo lo que iba en bastardilla, con negro las negritas. Me animé a aconsejarle:

—Sacale las notas a pie de página. Cada cita es una baja en el ejército de los lectores.

Increíblemente me hizo caso. Cortó y pegó. El libro resultó unas treinta páginas más corto que en su versión original. Quedó un original colorido, con anotaciones en los márgenes y páginas pegadas con cinta scotch y con plasticola.

El editor la convenció de que hiciera una presentación.

—¿Para qué? Si a lo sumo se venden doce o quince libros.

—Si en cualquier presentación se vendieran doce o quince libros, yo haría presentaciones todos los días y sería feliz.

La presentación finalmente se hizo: fue un día de lluvia y frío. Yo había salido de unas clases en un profesorado, y le había dejado el auto a Eleonora. Tomé un taxi, un viejo Di Tella tripulado por un hombre de ochenta años que iba a veinte kilómetros por hora. A través del parabrisas los autos eran líquidas manchas de luz. «Odio los días de lluvia», decía el taxista. «Pero ustedes trabajan más cuando llueve». «Eso qué importa. Son mayores los peligros». Como para ilustrar su idea estuvo a punto de atropellar a una mujer. Vi durante un segundo la cara despavorida de la mujer, iluminada por los faros. Los neumáticos chirriaron. «La gente debería usar luces, como los autos. No se dan cuenta de que son grises, opacos. Sombras».

El taxi me dejó en la librería, en la calle Talcahuano. Eleonora estaba en la puerta, maquillaje y peinado milagrosamente salvados de la lluvia. Bajamos la escalera rumbo al salón subterráneo donde se haría la presentación. Habían estado haciendo unos arreglos, y el sótano olía a pegamento y humedad. El editor nos esperaba: vestido con un impermeable empapado, vagamente avergonzado por la soledad que nos rodeaba.

—No nos deprimamos todavía: alguien va a llegar —prometió.

Eleonora le propuso levantar todo, pero el editor le pidió paciencia. A pesar de su corta experiencia, sabía lo esencial: todo el mundo llega tarde, y más en los días de lluvia, y aún más si se trata de una presentación de libros. Es tal sacrificio ir a la presentación de un libro, que uno, aunque llegue sólo para las palabras y aplausos finales, se siente cumplido.

Pero la gente empezó a llegar: compañeros de facultad, una pareja de españoles que eran amigos de Eleonora y estaban de paseo por Buenos Aires, los misteriosos alumnos de su taller, que seguían siendo una

colección de *freaks*: una mujer alta, maquillada en exceso, tacos altos y un vestido de fiesta azul; una chica pálida vestida de negro y con la mano vendada; un gordo gigantesco de mirada torva. Eleonora me contó al oído el perfil de sus alumnos. La primera era dueña de una sedería: había encontrado sus diarios de adolescencia y quería publicarlos (con notas al pie «para marcar mis cambios de punto de vista»). La chica de negro quemaba en las macetas del balcón todo lo que escribía. El gordo gigantesco era autor de cinco novelas de ciencia ficción de ochocientas páginas. Los alumnos del taller se conocían entre sí, pero se saludaron con discreción mientras se miraban con encono. El autor de ciencia ficción se había traído dos cajas de maní con chocolate, como si estuviera en un cine. Cuando se terminaron, se quedó dormido.

El micrófono no funcionaba, como suele ocurrir con los micrófonos, pero no era imprescindible. El mismo editor se encargó de presentar el libro. Nombró a otros autores que se habían ocupado del secreto: Georg Simmel, Mircea Eliade, René Guénon, y algún psicoanalista cuyo nombre se me escapa. Después le preguntó a Eleonora de quiénes eran esas cartas que, según decía en el prólogo, le habían inspirado el libro.

—Es un libro que trata de secretos: déjeme guardar ese secreto.

Ése no es tu secreto, pensé. Pero es estrategia clásica de quien esconde algo esconder otra cosa en su lugar. Así, quien descubre algo cree haberlo descubierto todo.

No sé de qué habló esa noche porque no presté atención: miraba hacia la puerta, como si Colina Ross pudiera aparecer de un momento a otro para decir: *Dorey me señaló. Dorey entregó mi nombre y ahora tengo la sombra de Lemos sobre mí.* Pero su padre no apareció. No se enteró, pensé. O la lluvia lo desanimó. Venirse de tan lejos, en medio de este temporal. Y luego tener que volver a La Plata en un ómnibus.

Al terminar la presentación, Eleonora se sentó en una mesita, firmó seis o siete libros con caligrafía insegura y conversó sin abandonar una cansada sonrisa. Habíamos comprado cuatro botellas de vino, un queso y algunas galletitas saladas. Descorché un par de botellas y lo serví en unos vasitos de plástico.

—Éxito total —decía el editor. Estaba contento: había vendido nueve libros.

El sótano olía a humedad y yo sentía que me quedaba sin aire. Desde mi experiencia en la oficina de los hombres pálidos, evitaba los sótanos tanto como podía. Subí las escaleras, con un vaso de vino en la mano. Me quedé en la puerta de la librería, mirando a la gente apurada y con paraguas. Son opacos, pensé, el taxista tenía razón. Sombras.

Pero hubo alguien que no me pareció una sombra: una mujer con un impermeable verde luchaba por conservar un paraguas a lunares contra la fuerza del viento. Calculé que tendría unos sesenta años. Se refugió bajo el alero de la librería. Los zapatos y la cartera eran de marca; eso era evidente aun para un lego como yo en materia de moda. El paraguas, en cambio, era chino. Luego de domesticar su paraguas me preguntó:

—¿Aquí se presenta el libro de Eleonora Bartoldi?

—Ya terminó. Pero pase, si quiere. La autora está firmando. Y hay vino.

No parecía alumna de Eleonora. No había manifestado aún ninguna anormalidad.

—¿Usted podría darle un mensaje?

—Si conoce a Eleonora, mejor que se lo dé usted misma.

—No, no quiero verla. La habría llamado por teléfono, pero no tengo su número. Me enteré de la presentación porque salió en *La Nación*. Yo leo el diario entero. Inclusive la sección de actividades culturales, que nadie más lee. Conferencias sobre Egipto y conciertos de órgano en las iglesias.

Sacó un papel de la cartera y una lapicera Parker. Empezó a escribir pero se desanimó.

—Mire lo que es esto, manchones de tinta, escritura acuática. ¿Usted le diría algo por mí?

—Claro.

—No son buenas noticias.

La oficina de correos de los dioses, pensé. Aún en medio de tormentas, sus emisarios salen a entregar sus mensajes.

—¿Quién es usted?

—Soy la tía de Eleonora. Su tía Haydée.

—Eleonora va a querer verla. Si se entera de que no la hice pasar...

—¿Y usted es...?

—Miguel. Yo soy su... —No encontré la palabra adecuada. Por eso la civilización había inventado el matrimonio: para poder definir las cosas de una manera concluyente—. Vivo con ella.

—Es algo delicado lo que tengo para decirle. Es sobre su padre.

—Lo conozco bien.

—Todas las semanas nos vemos, siempre en la misma confitería. Todas las semanas, desde hace... Desde hace no sé cuántos años. Pero ahora no aparece. No responde el teléfono.

—Con esta tormenta...

—En la casa no hay nadie. La correspondencia se junta en el buzón.

—A lo mejor tuvo que viajar.

—No diga estupideces. ¿A dónde va a ir?

¿A dónde iba a ir un hombre solo y con mala salud, sin avisar a la única persona con la que conservaba algún contacto?

Después dijo:

—Yo no tengo llave de la casa, si no, entraría. Es una tontería que Ezequiel nunca me la haya dado.

—No sé si Eleonora tiene llaves...

—Ella podría haber ido a visitarlo, ¿no? Lo dejó abandonado.

—Nunca se llevaron bien del todo.

—Acusaciones. Reproches. Ella no lo entiende. Nadie lo entendió nunca. Ella se atreve a juzgarlo, pero no trata de entenderlo. Todo pasó porque yo lo traicioné.

Bajó la voz. A lo lejos se oyó la frenada de un auto y un largo bocinazo.

—Fue hace muchos años. Entre nosotros dos teníamos el paraíso. Teníamos nuestro árbol de los secretos. Pero lo traicioné.

—¿Usted lo traicionó?

—Crecí. Maduré. Envejecí.

La mujer se alejó por la calle con su maltrecho paraguas a lunares, y retomó la lucha contra las ráfagas.

Volvimos con dos paquetes de libros, que dejamos en el piso, cerca de la puerta. Fue una noche de caminatas por la casa, llamadas inútiles y cafés a la madrugada. Y estornudos: los dos nos habíamos resfriado. De tanto en tanto, Eleonora ensayaba una explicación que incluía congresos, viajes, una mudanza. Yo la dejaba hablar sin contradecirla. Durante unos minutos las palabras le daban una ilusión de control sobre las cosas, pero luego ella misma encontraba obstáculos a sus explicaciones. En algún momento quiso que partiéramos en mitad de la noche, pero me desalentaba la idea de viajar en la oscuridad y con esa lluvia. No tenía ganas de terminar en la banquina o debajo de un camión. La convencí de dormir un rato y esperar el amanecer.

Cuando me desperté encontré los paquetes envueltos en papel madera y atados con cordel amarillo y tardé unos segundos en recordar que eran los libros de Eleonora. La presentación había sido unas horas antes, y sin embargo la noticia de la noche la había convertido en un hecho lejano. Eleonora ni siquiera le había dado una mirada a su libro.

Era una mañana helada. El auto siempre dormía en la calle, y la tormenta lo había cubierto de ramitas y de hojas. El Peugeot 504 tardó en arrancar, como siempre que hacía frío. Le puse el cebador y lo ahugué, con un deseo inconsciente de que nada funcionara, pero al fin arrancó. Ella se había puesto unos guantes de lana rojos. Cada tanto tenía que pasarle un trapo al vidrio que se obstinaba en empañarse. No hablamos en casi todo el camino. Yo encendí la radio, pero Eleonora me pidió que cambiara de estación, que le bajara el volumen y finalmente que la apagara. Era sábado y había pocos autos en la ruta.

Cerca de La Plata pasamos junto a un circo que anunciaba la presencia de Guy Williams, el Zorro. Un elefante atado a una estaca exploraba con su trompa los pastos junto a un coche quemado. Los carteles torcidos anunciaban una serie de cosas asombrosas. Hay una tristeza que sólo pueden despertar en nosotros los circos, los teatros, los carnavales, la gente disfrazada, cualquier intento de representación: como si los artistas detrás del maquillaje y las máscaras quisieran convocar las cosas malas del mundo para vencerlas y desterrarlas, pero al final resultaran vencidos.

Después cruzamos las vías del tren y entramos en la ciudad. Las paredes estaban empapeladas con los afiches de las elecciones. Tuve que hacer un desvío a causa de una calle cortada —la tormenta había tirado un árbol, que había aplastado a un Fiat colorado— y Eleonora empezó a darme instrucciones para que no me perdiera entre las diagonales.

Estacionamos delante de la puerta de Colina Ross. Cuando apagué el motor, los dos nos quedamos quietos. Habremos estado así unos cinco minutos, sin decir nada. Con la calefacción apagada, el coche se enfriaba y perdía su carácter de refugio. Una mujer pasó con el changuito de las compras. Avanzaba lentamente y se tapaba la cara con la mano, por el viento. Un hombre alto paseaba dos temibles perros negros. Giré la llave para que Eleonora prendiera un cigarrillo con el encendedor del auto. Salí del Peugeot para escapar del humo. A los dos minutos ella me siguió.

—Voy a entrar yo —le dije. No podía dejar de tiritar—. Dame las llaves.

—Vamos juntos.

Hacía tanto frío que nos salía vapor de la boca.

—La tía Haydée, siempre tremendista. Colina Ross debe estar de viaje —dijo Eleonora, como si necesitara hacer un resumen de todas las hipótesis de la noche anterior. Sabía, mejor que yo, que Colina Ross odiaba viajar. Fue su último acto especulativo, antes de entrar en la realidad.

Tocamos el timbre un largo rato pero sin convicción. Le dimos una chance a la normalidad para hacerse presente. No aceptó nuestra invitación. La correspondencia se había acumulado. Los últimos sobres habían quedado con la mitad fuera del pequeño buzón, y se habían mojado con la lluvia de la noche anterior. Los saqué: la cuenta de la luz, un sobre de la Universidad de La Plata, un aviso para retirar una encomienda en el correo, sobres con boletas para las elecciones de octubre. Al oírnos una vecina abrió un poco la puerta. Vestía batón, chaleco y pantuflas de lana: el uniforme reservado a las amas de casa entradas en años. Pensé que iba a decirnos algo, pero nos miró con reprobación y volvió a entrar en la casa. No supe qué reprobaba: que estuviéramos ahora ahí o que no hubiéramos estado antes. Mientras tanto, Eleonora buscaba las llaves en la cartera y se le iban cayendo al suelo un paquete de pañuelos descartables, un lápiz labial, unas pastillas de menta. Por fin tuvo las llaves en la mano.

—Ya está. Entremos.

La puerta se abrió con alguna dificultad, porque había más sobres que la trababan. Dentro todo estaba oscuro. La casa tenía ese frío húmedo de los lugares deshabitados.

Cuando Eleonora encendió la luz del comedor, una lamparita estalló. Abrí las celosías de metal y entró una luz blanca. La casa me pareció más ordenada que las tres veces anteriores que la había visitado (una como invitado, otra como frustrado ladrón de los papeles de Maldany, la última como enemigo). Sobre la mesa, una capa de polvo. Ahí estaba el llavero del profesor, con su autito de metal. En una taza había un sedimento de té y junto a ella un *bay biscuit* intacto. En un tazón de loza, una solitaria manzana roja se pudría.

En el escritorio estaba su máquina de escribir, una Remington portátil, con una hoja en el carro. Temí que Colina Ross hubiera dejado algún mensaje destinado a su hija (*Dorey me señaló, Lemos viene a buscarme*), pero la hoja estaba en blanco.

Eleonora subió con paso lento las escaleras. Yo la seguí y me adelanté. Fui encendiendo las luces y mirando en los cuartos antes de que ella pudiera asomarse. Abrí un par de cuartos que estaban tan abarrotados de cosas que la puerta no podía moverse más que unos pocos centímetros. En uno de ellos me sobresalté al ver la mano blanca de una escultura. Una vez que comprobé que el primer piso estaba libre de amargas sorpresas dejé sola a Eleonora.

Fui a dar una ojeada a la cocina. No había ningún plato sin lavar. Salvo por un vaso ancho, de *whisky*, todo estaba en su lugar. Abrí la puerta que daba al jardín, y caminé por un sendero de lajas. La puerta del cuartito de la torre, que nunca antes había pisado, estaba sin llave. Entré. La biblioteca trepaba en espiral, era una obra maestra de la carpintería. Las paredes húmedas habían dejado sobre los escalones restos de pintura y revoque. No pude evitar dar una mirada a los libros, escritos en una docena de idiomas. Encontré inclusive un ejemplar de la *Scripta Minoa*, la edición de las inscripciones halladas en Creta. Era un libro de tamaño gigantesco. Lo tomé como para abrirlo, pero no lo hice. Años atrás me hubiera encantado poseer aquel ejemplar; ahora me parecía uno de esos objetos capaces de conservar

y traer al presente la antigua tristeza de un mundo petrificado. El síndrome de Pompeya, decía Colina Ross.

Ya habíamos recorrido todo y no habíamos encontrado una sola huella de que algo malo hubiera pasado. Entonces me acordé del templo de las sales Colina. Comprendí de inmediato que esa visita era una réplica de aquella anterior, y que hallaría a Colina Ross en el mismo lugar.

Corrí para llegar antes que ella. La puerta estaba sin llave. La luz atravesaba los vitrales, se dejaba teñir de azul y caía sobre el cuerpo que flotaba en la piscina saturada de sal. Tal vez no es exacto decir que flotaba, porque el líquido se había consumido casi por completo y parecía más bien un cuerpo que el mar ha dejado en una playa desierta. En los bordes de la pileta se amontonaban frascos vacíos de Sales Colina, cuyo contenido había sido vertido en el agua. Los frascos estaban ordenados, uno junto a otro, y, aunque vacíos, alguien se había molestado en poner las tapas en su lugar. Como no había a la vista ninguno intacto, supuse que había vaciado hasta el último frasco que había en la casa.

La sal se concentraba en los contornos de su cuerpo y dibujos de escarcha le cruzaban la cara. Los cristales eran un rompecabezas blanco de piezas diminutas. La piel de la cara, una máscara tensa. Su cuerpo había empezado a ser disecado por la labor de la sal. Todo había ocurrido hacía mucho, todo pertenecía a un mundo de fósiles o cristales.

Desde el piso de arriba Eleonora me llamó varias veces y luego oí los pasos cautelosos que bajaban las escaleras. Traté de decirle que no entrara, pero no me salió la voz. Fue como en los sueños, cuando queremos pedir auxilio pero no podemos gritar. La vi llegar, vestida con su tapado negro, tiritando, porque la casa estaba helada. Con esa atención intensa hacia las cosas inútiles que sentimos en los momentos graves, noté que sólo llevaba un guante, el izquierdo. Fui hacia ella, pero me apartó de su camino. Como un niño, sentí que me dejaba afuera del misterioso y agobiante mundo de los adultos.

Los ojos de Eleonora recorrieron la escena, como si el cadáver fuera un elemento más, uno entre tantos; no menos importante que la sal, los frascos vacíos, la luz que llegaba a través de la claraboya. Un gemido salió del fondo de su garganta. No derramó una sola lágrima y no hizo ningún

ademán por acercarse al cuerpo. Nos quedamos en silencio frente al sepulcro de sal.

Le dije que iba a llamar por teléfono y me detuvo con una señal imperiosa de la mano enguantada de rojo. Yo empezaba a sentir esa euforia que los sobrevivientes experimentan luego de catástrofes, cuando advierten que tienen en sus manos misiones importantes, cuando miran a su alrededor y ven que todo lo que los rodea está cargado de sentido, y que el día escapa al orden de los días y se vuelve único y memorable.

Entonces descubrí en la mano derecha de Eleonora un sobre cerrado donde el profesor había escrito con letra diminuta: *Para mi hija Eleonora*. Antes ella nunca había abierto sus cartas, las juntaba en la caja de zapatos, cementerio de las cartas de su padre. Pero ésta era diferente. Ésta, la última, la iba a abrir.

Dorey me señaló, pensé. La sombra de Lemos sobre mí.

Dorey me señaló, ahora Lemos viene a buscarme.

OceanofPDF.com

El último mensaje

Después vinieron las llamadas telefónicas, las conversaciones con médicos forenses y con policías, los formularios amarillentos (*Llénese con LETRA DE IMPRENTA MAYÚSCULA*), los viajes a La Plata, la espera en un banco de la morgue, los detalles de la autopsia. Nadie propuso un crimen, la irrupción de un desconocido, la conexión de la mínima escena con una trama mayor. Los forenses se inclinaron por un discreto suicidio, o la conjunción accidental de narcóticos y alcohol. Tenía agua en los pulmones, se había ahogado en su mínimo Mar Muerto, pero eso lo atribuyeron a los narcóticos. Si Lemos había estado allí, meticuloso y letal, su trabajo había sido imperceptible. (Lo imaginé en mangas de camisa a pesar del frío; lo imaginé bronceado, aun en medio del invierno; lo imaginé silbando una canción de moda; lo imaginé con guantes de cirujano, blancos y traslúcidos; lo imaginé desapasionado, despojado de ira, como si no fuera a vengarse, sino a completar, con un crimen, su antiguo acertijo). Nadie descubrió señales de ningún visitante. La casa misma parecía decir: ¿para qué sirve este escenario de yuyos creciendo en las grietas, gatos enterrados en el jardín, y soledad, sino para la muerte?

Luego vinieron los homenajes, la placa con su nombre en algún aula de La Plata, y el libro de Crámer con la correspondencia de Maldany, publicado por una editorial universitaria inglesa (Crámer creyó justo rendir tributo a Colina Ross: incluyó su nombre en la lista de los agradecimientos). Y también los minutos —los 20 segundos— de silencio, y ninguna verdad, porque la verdad rara vez sirve de homenaje. Pero antes de que levantara el teléfono e hiciera pública aquella muerte, ella tenía que abrir el sobre.

—¿Dónde encontraste esa carta? —pregunté.

—En la mesita de luz —dijo, mientras desgarraba el papel con las manos.

Eleonora sacó del sobre una hoja plegada por la mitad. Papel viejo, amarillento. *Dorey me señaló*, pensé.

En su interior había una hoja de árbol. En la hoja de papel no había ni una sola palabra. La hoja de árbol estaba seca y conservaba un resplandor rojizo.

Eleonora la miró de un lado y de otro, esperando encontrar una explicación. Era el testamento de un hombre que había dedicado su vida a las palabras, y sin palabras se despedía.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo—. Guarda una hoja de árbol en un sobre, escribe mi nombre y después se muere, o se mata. Es una locura.

—Es un mensaje secreto.

—¿Y qué quiere decir este mensaje?

Lo preguntó por preguntar, no se le ocurrió que yo sabía. Su padre y ella habían formado parte de un mundo cerrado, culpable y verdadero, los que estábamos afuera éramos irreales. Yo quedaba libre de toda sospecha, no por inocencia sino por irrealdad.

Callé el secreto de la hoja: que era la réplica de una hoja lejana, atrapada con mano ávida y guardada en un libro. Tuve temor de que un secreto llevara a otro, y que también el mío quedara revelado. Tuve miedo de que el mundo se convirtiera en un infierno transparente.

Sólo le dije que si había aprendido algo de su padre, si había aprendido una sola cosa en todas las horas que había pasado con él, es que podemos descifrar cualquier mensaje, excepto aquel que nos está destinado.

Sobre nosotros se levantaba el antiguo letrero de la empresa familiar, con trazos que eran a la vez ramas y letras:

Sales Colina. La fuente de la eterna juventud.

OceanofPDF.com



PABLO DE SANTIS. Nació en Buenos Aires en 1963. Ha sido guionista y jefe de redacción de la revista argentina *Fierro* y ha trabajado como guionista y escritor de textos para programas de televisión. Su primera novela *El palacio de la noche* apareció en 1987 a la que le siguieron *Desde el ojo del pez*, *La sombra del dinosaurio*, *Pesadilla para hackers*, *El último espía*, *Lucas Lenz y el Museo del Universo*, *Enciclopedia en la hoguera*, *Las plantas carnívoras* y *Páginas mezcladas*, obras en su mayoría destinadas a adolescentes.

Su novela *El enigma de París* fue ganadora del Premio Iberoamericano Planeta-Casa de América de Narrativa 2007.

OceanofPDF.com